

SCARLETT
O'CONNOR

Señoritas británicas 1

NORA



NORA



SEÑORITAS BRITÁNICAS 1

SCARLETT O'CONNOR

©Lune Noir, 2019

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

A todos ustedes, del otro lado, que hacen posible este sueño de escribir. Gracias por acompañarme en una nueva historia.
Scarlett.

ÍNDICE

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

SEGUNDA PARTE

14

15

16

17

18

19

20

21

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

[Nuestro catálogo](#)

[Síguenos en las redes sociales](#)

PRIMERA PARTE

ESTE DE ESTADOS UNIDOS

1854-1859

El entusiasmo de los pasajeros se hizo oír por encima de las máquinas de vapor y platos apilados. Nora y Colin compartieron miradas, y se apresuraron a terminar con la tarea que tenían en mano: lavar los trastos del mediodía.

El capitán Jack Knoxville se presentó ante ellos con una sonrisa cómplice y sentenció:

—Ya estamos en América, milord, señorita... eso significa que son libres.

No perdieron tiempo en modales. Dejaron los paños, se secaron las manos en los roñosos delantales antes de quitárselos y abandonaron la cocina del Elizabeth IV con premura, antes de que el hombre cambiara de parecer.

—¡América! —exclamó Nora frente a la visión de la magnífica costa que los recibía. Libertad... de lo que estaban hechos los sueños.

Lord Colin Webb no contuvo la alegría y, en cuanto divisó a su reciente esposa, Emily Grant, corrió hacia ella para abrazarla y hacerla girar. A Nora le hubiera gustado tener a quien aferrarse en el momento de dicha. La gran mano de Zachary Grant, hermano mayor de la mencionada, se posó en su huesudo hombro a modo de consuelo, al parecer, él también anhelaba a alguien.

Nora era pequeña y delgada, nada podía hacer en la proa del barco. Un mar de cuerpos se aglomeraba allí para apreciar el puerto y la extensión de tierra que se abría camino en el horizonte, hasta esa mañana, solo marítimo. Por suerte para ella, no solo el capitán le había tomado cariño, gran parte de la tripulación la tenía en estima. Subió a la cabina del timón y se sentó en las escaleras de madera pulida desde donde podía verlo todo. La brisa costera jugueteaba con algunos de los mechones renegridos que escapaban de sus trenzas recogidas en la coronilla y le helaba las mejillas hasta teñirlas de rojo. Se sentía bien, no era invierno y, aunque tuvo que frotarse los brazos con las manos para entrar en calor, la temperatura era tolerable.

América...

Nora Jolley era todo menos una niña miedosa. Sin embargo, su temeridad había sobrepasado cualquier límite. Claro que no tuvo opción, era eso o morir, estaba segura.

Apenas un mes atrás, su vida era otra, y lo más arriesgado que había hecho se trataba de sentarse en el acantilado cercano a las tierras de Aberdeen con las piernas colgando del precipicio. Supo trabajar como dama de compañía de la esposa del vicario, una mujer mayor, exigente y algo avara, que le brindaba un techo y ningún salario a cambio de charlas, bordados y atenciones. Nunca pensó que se hallaría a sí misma al límite de otro estilo de precipicio, uno que la invitaba a saltar si quería vivir.

Y ella anhelaba vivir y conseguir justicia. Ambas cosas refulgían en su interior como el aceite que alimentaba el fuego de su determinación.

Huérfana, con la reciente pérdida de su hermana, sin nadie en quien contar, se embarcó en la más osada de las travesías, sin imaginar que el destino le tenía preparados un par de giros más a su existencia.

La cabellera rubia dorada de Colin Webb era fácilmente reconocible, solo bastaba buscar la de su esposa, aún más clara, y junto a ella, él, siempre a su lado.

Cuando creyó que viajaría como polizón o que la descubrirían y terminaría en una prisión americana, Lord Webb apareció como un ángel al rescate. La señora Campbell solía decir que Dios obraba de maneras misteriosas, pero con ella había sido de lo más explícito. Su ángel se parecía a uno, solo le faltaban las alas. La belleza era indiscutible, al igual que la bondad.

Y ese ángel relacionado con la nobleza británica y con la riqueza americana le debía un favor a ella. Justo a ella.

Nora lo había salvado de morir ahogado en el Támesis al abrirle el ojo de buey. Con esa buena acción, se había delatado como polizón, a la vez que se había ganado un amigo de corazón. El hombre solo pensaba en recuperar a la mujer amada, y ahora, habiendo conseguido a Emily Grant como esposa, no escatimaba en agradecimientos a quien lo había ayudado.

Colin consiguió que Nora cambiara de parecer respecto a la nobleza. La opinión que albergaba de ellos, hasta ese momento, no era buena; el poco contacto que tuvo con un Lord en el pasado le había arrebatado todo y la había llevado a cometer la locura que en ese instante se presentaba con la forma de nuevo continente. Se prometió, desde ese día en adelante, no juzgar a todos por igual y aceptar que podían existir los buenos hombres en ese grupo social. Al fin de cuentas, el joven lord pagó el pasaje a modo de gratitud, y no lo hizo con uno en clase baja, sino en alta, con todos los lujos incluidos. Algunos de los cuales le resultaban ajenos a Nora y hasta absurdos. Por intervención de Webb y los Grant, sumada a la buena predisposición del capitán, viajaba en el

camarote de la señora Campbell, una mujer que solo demandaba de ella la compañía a la hora del té y la lectura por las noches hasta que el sueño la alcanzara. Vestigios de su existencia previa como dama de compañía.

El resto del tiempo, era libre de recorrer el buque y hacer amigos por doquier. Salvo, por supuesto, la hora entre el almuerzo y el té, que debía dedicar a la limpieza de trastos junto al otro condenado. Castigo liviano si se consideraba el delito de subir a un buque sin pasaje.

Sí, lo que había iniciado mal, se volvió una experiencia hermosa, divertida y enriquecedora.

Como todo lo bueno, llegaba a su fin. Allí, en el puerto de Nueva York, Nora Jolley volvería a la vida real, a su temeraria travesía, a la búsqueda desesperada, al borde del abismo...

Pero aún tenía unas horas más, minutos que disfrutaría con la brisa de frente y el sol en lo alto.

—Nora... —La voz de Colin Webb intervino en sus pensamientos.

—Milord.

El hombre le sonrió, le enternecía el recato con el que Nora lo trataba, más si tenían en cuenta la confianza ganada tras las horas de condena.

—¿Has pensado en lo que hemos hablado? California...

—Lo he pensado, y sigo en pie, milord. No puedo ir a California.

—Nora... —En esa ocasión, el tono de Colin fue de reprimenda. La veía como a una niña, y tenía sus motivos. Lo era. Nora tenía apenas quince años —. Puedes confiar en mí, en los Grant. Conseguirás trabajo...

—No es eso... —La muchacha no confiaba en nadie, pero si alguien estaba a un paso de conseguir eso de ella, ese era Colin Webb. Se atrevió a contar parte de su pesar—. Busco a alguien en América. No vengo por el sueño de libertad y oportunidades...

—¿A quién intentas hallar? Quizá pueda ayudarte...

Nora lamentó su boca. No podía decirle a quién buscaba, temía que ese nombre se hiciera rumor, el rumor comulgara con la brisa, la brisa se hiciera viento y llegara a Inglaterra, a oídos del actual marqués de Aberdeen... el hombre del que huía con pavor.

—No se preocupe, milord, ya ha hecho mucho por mí.

—No lo suficiente. Además, a estas alturas va más allá de una deuda por saldar, es lo que cualquier persona de bien haría por una niña indefensa.

—¡No soy una niña! ¡Y no estoy indefensa!, si mal no recuerda, el que se veía bastante indefenso, colgando de una soga, era usted —le recordó la

muchacha. La imagen del lord intentando alcanzar el estribor del Elizabeth IV sería la comidilla de Londres por años.

—La niña tiene razón... —Zachary Grant, quien se había aproximado con tanto sigilo como su corpulenta anatomía se lo permitía, se sumó a la disputa, y tanto Nora como Colin bufaron. Ella, por lo de *niña*, y él, porque su cuñado jamás dejaría pasar la anécdota—. Y, aunque me atragante, Webb también la tiene. América no es un lugar fácil, pequeña.

—Inglaterra tampoco, señor —rebatió ella, con el fino mentón alzado. Los grandes ojos café, algo rasgados, brillaron en desafío. No sabía con qué penurias habían lidiado ellos dos, pero sabía muy bien las que ella acarreaba, y dudaba que allí fueran peores.

Era cierto que la inmensidad del país se le presentaba como un desalentador desafío, y que hallar a un hombre con tan solo su nombre y profesión parecía ser una tarea hercúlea, sin embargo, nada se comparaba a lo que había dejado atrás.

Los hombres no dijeron nada, era evidente que algo muy malo tendría que haberle pasado a Nora para que se arriesgara a viajar como polizón, vestida de hombre y sin más que una maleta.

—Bien, si no podemos hacerte cambiar de parecer, permítenos ayudarte de otra manera —dijo Colin. Zachary extendió un sobre y Webb, otro. El de Grant contenía varios dólares, una fortuna ante los ojos de Nora; el del lord, una carta sellada con el escudo del condado de Sutcliff, el cual estaba dibujado en el anillo que el hombre llevaba siempre en su meñique, y firmada por él mismo, en el que ponía al corriente sus referencias, relaciones y quiénes respondían por la muchacha—. ¿Eres buena recordando nombres e indicaciones?

—Sí, milord. —Acompañó la afirmación con un enérgico asentimiento de cabeza. El orgullo le dolía un poco; si bien le molestaba que se refirieran a ella como una niña, lo cierto era que se sentía sola y desamparada, y la ayuda era bien recibida.

—Bien... Entonces, recuerda esto: En California siempre encontrarás un Grant que te brinde auxilio en caso de que lo necesites, pero si decides quedarte en la costa este, encontrarás a los Clark. Edward Clark es el padre de Lady Miranda, la esposa de mi buen amigo, Lord Bridport. Son personas muy bien relacionadas...

—Pfff... —Zachary se burló.

—¿Qué?

—¿Bien relacionadas? ¿Así llamas a ser más rico que un Creso?

—Perdón —fingió disculparse Webb—, lamento haber herido tu delicada susceptibilidad americana...

—Ya quisieras tú tener la *susceptibilidad* americana. ¿O debo recordarte que viajas con solo una muda de ropa que quedó destruida tras tu baño en el Támesis?

—Es temporal...

—Es temporal mientras estés en América, así que cuida bien mi susceptibilidad.

Nora quería quejarse de que no iban al grano, pero se estaba divirtiendo con la disputa. En las semanas de viaje, las pueriles peleas entre los hombres la habían entretenido. Y no solo a ella, el capitán Knoxville no dejaba pasar oportunidad de enfrentarlos, para su divertimento personal. Unos metros más abajo, al final de la escalera, divisó a Emily, quien sonreía en complicidad con ella. Al fin, Lady Webb intervino.

—Ya, cariño, deja que lo explique yo. Edward Clark es un buen hombre, que es lo que importa, y estará dispuesto a ayudarte si lo necesitas. Me quedaría más tranquila... todos lo haríamos —aclaró—, si supiéramos que irás de inmediato con él. Pero puedo reconocer la terquedad cuando la veo. Conserva la carta, y si algo sucediera, recurre a él o envía un telegrama al rancho Grant, ¿sí?

Emily Grant, con su dulzura y una terquedad digna rival de la de Nora, le arrancó una promesa.

—Sí, está bien. Muchas gracias por todo, de verdad, han hecho más de lo necesario.

—¡De ninguna manera!, eres tú quien me ha brindado el mejor de los presentes. —Su mirada celeste, llena de embeleso, coincidió con la de su esposo, y Zachary rodó los ojos ante el meloso espectáculo.

—Por mi parte —dijo el mayor de los Grant—, solo me aseguro de que vivas para poder vengarme de esto. Por tu culpa soy cuñado de este mequetrefe.

Nora se tapó la boca para no reír, aunque sus modales se habían distendido en compañía de los Grant y de algunos marineros de la tripulación, seguía siendo una educada señorita británica. Y una señorita británica jamás se reía de un Lord.

—¡Oh, sí! —Colin no parecía afectado en absoluto—. Si mal no recuerdo, hice un juramento de por vida... De... por... vida... junto a los Grant.

Abrazó a su esposa con cariño, y ella rio complacida.

—¡Suélteme, milord! —exclamó deshaciéndose del agarre—, antes de que emprendamos el resto de la vida, debo ayudar a Nora con sus maletas y algunas cosas de damas.

Sin más, arrastró a la muchacha a los camarotes para llenarla de obsequios. Cintas para el cabello, jabones y perfumes. Y una muda de ropa femenina y elegante que había comprado a otra pasajera, una que compartía el menudo talle de Nora.

Con una maleta llena de secretos oscuros y pasados dolorosos, y otra repleta de regalos amorosos y promesas de futuro, emprendió un nuevo camino. Uno en tierras americanas.

En cuanto las despedidas se llevaron a cabo, Nora se sintió desamparada. La soledad que la abrumaba se hizo insoportable. Se permitió hacer aquello que no había hecho desde la muerte de su hermana Elisa: Lloró. Lloró a mares, lloró a océanos, lloró sueños rotos y vidas truncadas. Lloró la muerte de Elisa, la de sus padres...

Las lágrimas pasaron desapercibidas en el puerto de Nueva York; al alzar los ojos, descubrió, a su pesar, que no era la única presa de la melancolía. Había perdido hasta ese privilegio, el de sentirse la única cargando un dolor en el mundo.

Apoyó las maletas en el suelo, se secó las mejillas con la manga de la camisa, enderezó la espalda, alzó el mentón y emprendió el paso hacia la ciudad, dispuesta a hacer algo útil con el sufrimiento.

Justicia. Justicia por Elisa.

Tal empresa tenía un nombre: Charles Miler. Debía hallar al señor Miler.

No podía ser tan difícil. Caminó varias millas de ciudad, cargando las maletas, hasta que los brazos se le entumecieron. ¿Demonios, Nueva York parecía más grande que Londres? No era que ella tuviera gran experiencia en Londres, solo había visto el puerto; su vida, hasta entonces, se había limitado a las tierras de Aberdeen. De pronto, ese pensamiento le infundió fuerzas: ¿cuántas mujeres habían visto tanto mundo como ella? Sonrió. Ninguna de las que conocía.

En general, una muchacha como Nora nacía y moría en el mismo sitio. Así le había sucedido a Elisa...

—Tanto para ver, hermana —le susurró al viento—. Te han quitado tanto.

La sensación de injusticia le pareció aún mayor. Le habían arrancado la vida, robado la juventud y las posibilidades.

Agotada tanto física como emocionalmente, alzó la vista hasta hallar dónde sentarse. Un lugar le llamó la atención, parecía una posada, pero no lo era. Se trataba de algo que jamás había pisado: un café. Había escuchado que era algo parisino, y, de hecho, al leer el letrero lo confirmó: Café París.

Según la señora Godman, la esposa del vicario, ese era un vicio burgués, de personas que no conocían de buenos modales ni lugares en la pirámide

social. A Nora le pareció fascinante. Café y pastelillos que eran servidos para cualquiera que pudiera pagarlos. Ella podía.

—Gracias, señor Grant —dijo, sonrió y buscó unos centavos de dólares. Su apariencia se ganó algunas miradas sorprendidas. Siendo casi una niña, de aspecto desalineado y sola, el camarero no tardó en acercarse.

—Disculpe, ¿habla usted inglés? —La pregunta la descolocó. ¿Qué otro idioma podía hablar?

—¿Acaso solo se atiende a franceses? —respondió con otra pregunta, con las mejillas ardidadas por el bochorno—. ¡Oh, lo siento tanto, señor! Leí el letrero, pero pensé que era el nombre del lugar. Mis disculpas... —Atinó a ponerse de pie, el camarero la detuvo.

—No, señorita, lo pregunto por las maletas y la distancia al puerto. Supuse que recién arribaba, y a América llegan de muchos países.

—Soy de Inglaterra —aseveró, y el camarero le sonrió.

—Lo adiviné en cuanto pronunció palabra. Tiene usted un acento muy marcado. —El de él se evidenciaba irlandés, algo que no ajustaba con la imagen parisina del lugar—. Bien... diga, ¿qué le sirvo?

Nora no sabía qué pedir, la novedad le cerró el estómago, incluso ante la tentadora pastelería del local.

—Solo algo para beber.

—Disculpe usted la rudeza, pero... ¿tiene para pagar?

Nora asintió con la cabeza y refrenó el impulso de mostrarle los dólares para demostrarlo. La desconfianza había vuelto a ella, y todas las fábulas con las que asustaban a las niñas para que no hablaran con extraños o caminaran solas resonaron en sus oídos.

Como la muchacha no se decidía, el camarero, amable, le entregó un vaso de refrescante limonada que Nora bebió casi de un trago. Se sintió bien de inmediato, y le agradó constatar que el camarero era amable sin ocultar ninguna intención maligna detrás. Al parecer, lo dicho por el hombre era cierto, llegaban los inmigrantes a raudales, todos ellos nostálgicos, desorientados y con la necesidad de una voz amiga. Pagó con el dinero que el señor Grant le había dado, y el camarero se sorprendió al ver el dólar. Al igual que maldijo al tener que entregarle el cambio.

—¿Algo más, señorita? —inquirió al retirar el vaso vacío. Nora tenía la vista perdida en la calle, sorprendida del movimiento constante de carruajes, jinetes, carros, calesas, vendedores ambulantes.

Volvió la mirada hacia él, iba a decir que nada más. Aunque el dinero le

quemara en las manos y en esos momentos comprendiera que la suma que le habían dado era muy grande, decidió seguir con el plan de austeridad. La costumbre a la desgracia no se va de un día al otro, ni se cura por la amabilidad de un camarero.

—Nueva York es una tentación, con razón la señora Godman decía que era cosa de satán... —dejó escapar en un murmullo. El hombre rio por la ocurrencia.

—Puede que satán ande por estas calles, pero también los ángeles.

—Amén. Doy fe de eso, ¿sabe?, tuve la suerte de encontrarme con varios desde que emprendí este viaje. Pero hay que estar atento, no siempre llevan alas.

Era un halago para el empleado del Café París, uno que le hizo nacer una sonrisa y una gran predisposición a la ayuda.

—¿Y bien?, ¿algo más?

Nora caviló la posibilidad de marcharse con la hermosa sensación de haber conocido a alguien bueno y conservar la dulzura de la limonada en la boca. De todos modos, optó por ir al grano, retomar la amargura de su travesía.

—Sí, ¿conoce usted a Charles Miler?

—No... —El camarero se tomó el mentón y frunció el ceño, en un esfuerzo por rebuscar en la memoria.

—Me lo temía. Tanta suerte junta era imposible. —Se puso de pie, el hombre la detuvo.

—No sé el nombre ni tengo tratos con él, pero quizá ese tal Charles Miler esté relacionado a Miler & Miler.

Era algo. Volvió a sentarse.

—¿Miler & Miler? —inquirió, en busca de más detalles.

—Sí, una gran editorial e imprenta de aquí.

La palabra editorial la llenó de euforia. Sí, tenía que ser él. Poseía poca información sobre la persona que buscaba: nombre y profesión. Sabía que era editor, no pensó que se tratara del dueño.

—Puede ser él. ¿Cómo puedo encontrarlo?

—Soy un simple camarero, señorita —explicó al recuperar el aire tras una risotada—, no me relaciono con los grandes empresarios de América. —Frente al desánimo de ella, agregó—: Si le sirve a usted, puede dirigirse a las oficinas que Miler & Miler tienen en Nueva York.

Le dio las indicaciones necesarias, y Nora hizo el esfuerzo de recordarlas.

De nuevo, la sensación de que América era inabarcable le quitó una pizca de esperanzas.

—Muchas gracias, señor. De verdad, ha sido muy generoso. Que el Señor le brinde el doble de lo que ha dado —saludó al marcharse con la bendición aprendida en casa del vicario, y cargó ambas maletas.

Ya en la acera, el grito la hizo detenerse.

—Señorita, señorita. Sé que no debería meterme en sus asuntos, pero... tengo una hija de casi su edad, no debería andar sola. Puede que la tal señora Godman tenga razón, sí anda satán por esta ciudad, y sale de noche.

El miedo la hizo persignarse. El hombre hacía alusión a la guerra de pandillas que se cobraba muertos cada noche y se disputaban el territorio inexplorado. No era de sorprender, demasiadas personas desesperadas emigraban a esas tierras, y no todas conseguían cumplir el sueño americano, muchas se veían encerradas en una pesadilla.

—Gracias por la advertencia.

—A unas tres millas de aquí, hacia el oeste, se encuentran las Hermanas de la Caridad. Dígales que va de mi parte, de Ernest Lawson, y pida asilo.

—De nuevo, muchas gracias. —Le retribuyó con una sonrisa.

Esperaba no tener que usar esa ayuda, esperaba no tener que pasar la noche sola en la ciudad de Nueva York. No... iría a Miler & Miler, se presentaría ante el tal Charles, le exigiría justicia y sería al fin libre de volver a su hogar.

¿A qué hogar?, pensó, pero se obligó a desestimar el pensamiento. Lo reemplazó por otro, mientras avanzaba por las calles de esa gran ciudad.

¿Por qué Miler & Miler, si hasta donde ella sabía, había tan solo un Charles Miler?

Si bien era una muchachita delgada, la fuerza la acompañó durante el trayecto hasta las oficinas de Miler & Miler.

Estaba agotada, la última ingesta sólida había sido sobre el barco, pero al no saber adónde ir, le pareció que ese sería un buen inicio.

Quedaba una hora para el cierre, Nora compró una hogaza de pan, dos manzanas y se sentó en la acera, frente a la puerta, a esperar por alguien que se asemejara a la idea mental que tenía de Charles Miler.

La oficina de la editorial en Nueva York se le presentaba lujosa, otra de las cosas que no había esperado. Era un frente liso, con ventanas altas y una puerta amplia de madera maciza. Los cristales que recubrían las ventanas estaban divididos en varios rectángulos y se notaba la pulcritud en ellos. Nora podía atestiguar las figuras de los empleados al otro lado, yendo y viniendo, atareados. Tenía que desarraigarse la ingenuidad, y parecía que cada hora en esa ciudad le arrancaba una capa de la misma.

Tantos años de ser los parientes pobres del vicario de Aberdeen le habían hecho pensar que el único camino posible al dinero era nacer con él. Y eso solo era posible siendo de la nobleza.

Comprendía, allí, ante el inmenso edificio, que aquello no era más que una falacia con la que convencían a los menos afortunados de que eran afortunados.

Recordaba, con dolor, el día en que la señora Godman las recibió en su casa, al mes de haber perdido a su madre.

«Elisa, tienes suerte —dijo la mujer, convencida de sus palabras—, el marqués de Aberdeen solicita una dama de compañía para su madre, que ya es una mujer mayor. Le he hablado de ti, de tu carácter afable y tu buena predisposición. Está de acuerdo con brindarte la posibilidad de una entrevista. Si aceptas, Nora podrá quedarse con nosotros».

Elisa había hecho todo por agradar al marqués, quizá en demasía, con el afán de proveerle un techo y alimento a su hermanita. En ese entonces. Nora, era demasiado joven para valerse por sí misma, y el amparo de su hermana fue el sostén de su existencia.

Lamentaba cada segundo.

Como fuera, el velo había caído. Atestiguaba varios casos de éxito que nada tenían que ver con la sangre. El primero había sido el de la familia Grant y, en esos instantes, se le presentaba el de Charles Miler.

A punto de darse por vencida, un hombre de unos cincuenta años, con el cabello cano y un porte elegante, se asomó por la puerta de ingreso, constató algo y se apuró a cerrar. Coincidió con la imagen que Nora se había hecho del editor, tanto en edad como en magnetismo. Parecía un hombre inteligente, con una frente amplia que lucía un poco más gracias a la inminente calvicie, un bigote poblado y un rostro redondo, bonachón.

—Disculpe. —Nora se aproximó, arrastrando sus bártulos—. ¿Es usted el señor Miler?

El rostro del hombre mutó, dejando atrás cualquier vestigio de amabilidad. La miró de pies a cabeza, y deshizo el recorrido a la inversa.

—¿Quién lo busca?

Nora apoyó las maletas en la acera, extendió la mano en un gesto más propio de un caballero que de una dama y se presentó.

—Mi nombre es Nora, ¿es usted el señor Miler?

—Su nombre no me dice nada. Márchese —ordenó el hombre, y la hizo a un lado con un ademán brusco.

—Usted no me ha dicho el suyo —se molestó la muchacha, y alzó el mentón. La señora Godman decía que ese era un gesto molesto, indigno de una niña que debía mostrarse sumisa ante su situación.

—No soy el señor Miler, y haría bien en dejar de preguntar por él. Si la veo husmear por la zona una vez más, llamaré a las autoridades.

La amenaza le pareció desproporcionada. Nora se quedó de pie, de frente a la gran puerta de la editorial, sin poder creer lo sucedido. Hasta ese momento, la buenaventura le había sonreído. Empezando por Lord Webb, siguiendo por el capitán, los Grant y finalizando con Ernest, el camarero. Por eso no debía confiarse, se dijo con pesar. La malicia no era algo propio de Inglaterra, podía hallarse en cualquier sitio.

Pasado el enfado inicial ante el maltrato, la abrumó el desconcierto. Lo que había visto en ese hombre, que ahora sabía que no podía ser Miler, no era maldad, sino miedo. El mismo miedo que la asaltaba a ella cuando pensaba que la podían descubrir. ¿Y si el marqués la hallaba?, ¿y si el rumor de su travesía llegaba a oídos del noble?

Ese sentimiento había visto reflejado en los ojos del brusco hombre. La intriga, junto con la esperanza de ver salir al verdadero señor Miler, la

llevaron a regresar al sitio en la acera, comer una manzana y aguardar.

La noche no tardó en llegar. El encargado de las farolas la saludó con un suave toque en su sombrero antes de encender las luces de las calles. Nueva York se convirtió ante sus ojos, pasó de ser la bella ciudad de amables ciudadanos a un lugar oscuro y bastante tenebroso.

En la editorial, los empleados salieron de a grupos. Las damas se acompañaban las unas con las otras, para mantenerse seguras, y en ocasiones, algunos caballeros caminaban junto a ellas. A Nora le gustó ver a aquellas mujeres, y soñó despierta por unos segundos.

No eran sirvientas, ni damas de compañía, ni institutrices. Eran trabajadoras. La idea le resultaba tan ajena como los dibujos de los animales mitológicos. Vestían de manera sobria y sencilla, pero sin la humildad que caracterizaba a su propia vestimenta. Sonreían, hablaban con modales francos y lenguaje cultivado. Cuando reían, lo hacían con sinceridad, soltaban carcajadas, como solo había visto hacer a los hombres. A la par de las mujeres, los caballeros se mostraban a su vez menos tiesos que en las ocasiones que ella había vislumbrado a la alta sociedad. ¡Si hasta uno de ellos hablaba de un congresista, enfrente de una mujer!

Nora dejó el resguardo de las sombras y se atrevió a acercarse.

—Disculpen —Corrió tras el grupo antes de que este se separara en la intersección de calles—, ¿alguno de ustedes es el señor Miler o sabe dónde puedo hallarlo?

Uno de los hombres miró a Nora con la misma cautela que había mostrado el señor mayor minutos atrás. Una de las damas lo golpeó con su pequeño bolso, antes de agregar:

—No ves que se trata de una niña...

—No te sorprenda... los he visto utilizar hasta a esclavos para...

—Shh... Niña, ¿para qué buscas al señor Miler?

Nora dudó, la desconfianza se hizo mutua.

—Traigo para él un recado de Inglaterra —dijo al fin.

—¿Tú sola, desde Inglaterra? —preguntó el caballero—. Vamos, Suzane, no es más que alguna trampa. —Arrastró a la mujer lejos de ella, como si, de pronto, Nora fuera portadora de alguna contagiosa enfermedad.

Desconcertada, apoyó la espalda contra la pared más cercana y se dejó caer al suelo.

Dar con el señor Miler se volvía una tarea muy complicada minuto a minuto. Nora intentó mantener la esperanza. Se dijo que el cansancio y el

hambre le habían quitado las energías y le hacían ver las cosas con un manto gris.

El día no había sido infructuoso del todo. Había recabado información, a saber: La editorial era de Charles Miler, pues sus empleados no habían negado conocerlo, sino que lo protegían. La actitud se debía a que el hombre aún vivía —lo cual no era un detalle menor si se tenía en cuenta la edad estimada—, y era un buen empleador, de lo que ella podía deducir una gran posibilidad de que fuera generoso, amable y noble, de otro modo, los subalternos no lo resguardarían con el celo que lo hacían.

Supuso, mientras comía una porción de pan con la última manzana, que eso podía utilizarlo a su favor. Al día siguiente se mostraría con menos resquemores y explicaría los motivos que tenía para hablar con el señor Miler. Estaba segura de que los mismos empleados se mostrarían compasivos con la historia y le serían de ayuda.

Agotada, se arrastró a un callejón en las inmediaciones y agradeció que la noche no fuera fría. Con el estómago saciado, aunque no lleno, se dejó vencer por el sueño.

Despertó sobresaltada a las pocas horas. Los gritos, las corridas, la asustaron.

No podía saber la hora, imaginó medianoche. Los sonidos de juerga eran evidentes. Ernest tenía razón, Nueva York les pertenecía a los demonios por las noches.

Se escabulló aún más hacia las sombras, asustada por lo que pudiera suceder. En la parte trasera de un edificio, en la zona en la que se dejaban los residuos, se hallaba una pareja teniendo sexo. Al otro lado del callejón, un grupo de cuatro hombres le daban una paliza mortal a un muchacho indefenso.

Nora buscó refugio entre los deshechos, ocultó su cuerpo con las maletas y los restos de vaya uno a saber qué, y lloró en silencio.

Las lágrimas brotaron de sus ojos hasta el alba. Lamentó cada suceso de su vida, desde la muerte de su madre, la ayuda de su hermana, hasta las infantiles decisiones de ese día.

Se había creído capaz de enfrentar el mundo, pensó que, tras todo lo vivido, cualquier desgracia le sabría a poco. No era verdad.

Debía haber marchado con los Grant a California o, en su defecto, dirigirse de inmediato con el tal señor Clark. En última instancia, las Hermanas de la Caridad.

Ingenua, estúpida, ilusa, se repitió hasta que las farolas se apagaron y las

pandillas volvieron a esconderse en las sombras de la ciudad. Era demasiado pequeña para la tarea que tenía entre manos. Necesitaba rearmarse y, sobre todo, ser paciente. Comprendió que se había aferrado a la ilusión de justicia como algo divino, que le llegaría solo por ser merecedora.

No, la vida no era justa, en el mundo no todos recibían lo que merecían. Ni a los buenos les iba bien; ni a los malos, mal.

Si quería conseguir lo anhelado, debía comenzar por ponerse de pie y reconocer, con humildad, sus limitaciones.

Era tiempo de dejarse ayudar.

Temblaba y hedía. Nora caminó las tres millas hacia el convento de las Hermanas de la Caridad presa de un gran terror.

Repetía el nombre Ernest Lawson como una melodía, al tiempo que repasaba las instrucciones que el buen hombre le había dado para llegar.

Hermanas de la Caridad, sonaba bien. Sonaba a personas que no tendrían problemas de hospedar a un necesitado. Y ella lo era.

La ciudad volvía a ostentar su belleza, pero Nora era incapaz de verla. No todavía. Debía asegurarse la supervivencia primero.

Pensar que el nuevo mundo resplandecía de promesas...

Le hubiera gustado ser más precavida, menos inocente, más adulta. Los quince años de edad le pesaban como a un anciano ochenta. Ambos se encontraban en esos extremos de la vida que te arrebatan la independencia.

Había estado a merced de Elisa, su hermana se había sacrificado a un precio altísimo. Murió antes de conseguir lo que quería para ella: una vida cómoda y sin privaciones.

Conseguir eso en ese nuevo país era una forma de honrarla, la otra, conseguir justicia. Para lo segundo, necesitaba lo primero.

Llegó antes de las nueve de la mañana al convento. Tres millas no eran nada para sus piernas jóvenes y sus brazos fuertes. De igual modo, tardó varios minutos en atreverse a llamar a la campana. Minutos que aprovechó mirando por la reja hacia el interior.

No esperaba que un convento se viera tan bien. Se trataba de un lugar para la fe romana, algo no tan común en Inglaterra por esos momentos. El catolicismo era cosa de irlandeses, y Nora había adivinado la procedencia de Ernest por el acento propio de Belfast.

La reja era labrada, terminaba en un arco de donde colgaba un letrero con una frase en latín. No sabía latín, la educación recibida como pariente de un vicario se limitaba a lo básico. Supuso, de todos modos, que se trataba de algún rezo o bendición, y la embargó una profunda paz.

El terreno estaba bordeado por un alto muro, que impedía mirar y ser visto. Solo el ingreso estaba abierto a los curiosos. Desde allí, un sendero de gravilla conducía a la puerta principal, y se abría también en dirección a la

capilla. Lo demás era jardín, verde, pulcro y prolijo. Tenían frutales hacia un lado, huerto hacia el otro y una gran sección destinada a rosas rubiginosas, también conocidas como rosa mosqueta.

Se decidió a hacer sonar la campana y aguardó, nerviosa, a que se presentara alguien. Los segundos transcurridos se llenaron de imaginación, Nora era propensa a las fantasías.

Imaginó que llegaría una mujer rechoncha, de rostro afable, con ojos redondos, de muñeca, llenos de bondad. Le sonreiría, la invitaría a pasar y escucharía todos sus pesares. La llenaría de consejos buenos, que le ayudarían a comprender el mundo, y...

—Buenos días, que el Señor esté contigo —saludó una mujer.

—Buenos días... —La hermana de la caridad la miró con escepticismo y una dosis de malestar al no oír lo que se acompañaba a tal saludo. Nora improvisó—: El Señor esté contigo.

—Y con tu espíritu —contestó la monja, y la muchacha se obligó a recordar que esa era la respuesta esperada.

La mirada de la Hermana la recorrió de pies a cabezas, sin mostrar desprecio ni malestar, solo entendimiento. Sin decir nada, abrió la reja y la hizo pasar.

—Yo... este... —los balbuceos de Nora no fueron atendidos. La mujer, de hábito gris, cofia blanca y una pesada cruz de madera colgando al pecho no se volvió a ella ni le dirigió la palabra.

Por simple instinto, la joven siguió los pasos de la monja por el sendero, y luego por los pasillos de paredes blancas y figuras religiosas. Olía a incienso, a violetas, a rosas y a encierro. A Nora no le resultó desagradable la mezcla de aromas, por el contrario, le trajo serenidad. Una sensación que las pandillas de Nueva York le habían quitado en una noche. La monja se detuvo en seco tras una puerta de madera oscura, como las que Nora imaginaba en los calabozos de los castillos, y ella, distraída como iba al absorber todo lo que veía, impactó con el cuerpo de la pobre mujer.

Un golpe suave, ninguna respuesta, de igual modo, la monja abrió, la hizo pasar y cerró tras ella sin acompañarla.

El nuevo escenario se presentaba tan cautivador como el resto. Un escritorio, una imagen de la virgen, un crucifijo colgando de la pared y varios estantes llenos de libros encuadernados en cuero.

—Buenos días, que el Señor esté contigo —dijo una voz dura y áspera.

—Y con su espíritu —contestó de manera mecánica.

—Sor Mary, la madre superiora del convento de las Hermanas de la Caridad. Y tú...

—Nora Jolley, de Inglaterra. He llegado a la ciudad ayer y pasé la noche fuera... verá... —La mano de la madre superiora la detuvo.

—Dudo que desees ordenarte, por lo que supongo que te traen otras necesidades.

—Sí, yo... —De nuevo fue detenida por la monja. La mujer no tenía ni ojos amables, ni cuerpo redondeado, ni nada de lo que había imaginado; sin embargo, la rodeaba un halo de bondad extraño, una energía luminosa que comunicaba serenidad de espíritu.

—No quiero mentiras, jovencita. No se aceptan aquí las mentiras, pero sí se aceptan los secretos. Entonces, cuida bien tus palabras, obra siempre con la verdad... ¿qué te trae por aquí?

Nora pensó bien la respuesta. No mentir. Si no quería hacerlo, debía ocultar sus motivos, esos que iban en busca de Charles Miler. Por lo tanto, analizó dentro de ella lo que sí la había llevado a ese lugar: el miedo.

—Al llegar pequé de soberbia, Sor Mary, creí que sabía más que quienes me quisieron ayudar y desprecié su socorro. Tengo algunos dólares, con los que pagaré mi hospedaje, pero no conozco a nadie aquí y no sé por dónde empezar a buscar un techo. Anoche descubrí que los peligros de la ciudad, de la vida, son mayores de los que esperaba. Un buen hombre, Ernest Lawson, me sugirió que viniera aquí y no le hice caso, eso casi me cuesta la vida, o eso pienso yo.

La sonrisa tenue de Sor Mary le dijo que la explicación fue apropiada.

—Omítese la razón que te trajo sola a América, pero comparte el miedo que te trajo al convento. —Se tomó el mentón y analizó las posibilidades—. Puedes quedarte aquí, siempre y cuando comprendas que es una opción temporal. Nuestra intención es que quienes se hospedan tomen dos caminos acompañados por la fe: el de los votos o el de la familia en Gracia del Señor. No se te cobrará nada, aunque se espera que tus manos se pongan al servicio de la congregación.

Nora asintió conforme y feliz, la idea de no pasar otra noche a la intemperie la hizo largar el aire con alivio.

—Aprenderás a trabajar con humildad. Sor Magdalena te acompañará a la celda, que compartirás con otras tres muchachas. Empezarás la jornada a las cinco de la mañana, con la oración en ayunas. A las seis, se brindará el desayuno y a las siete se te asignará una tarea acorde a tus capacidades. Al

mediodía se tomará un breve almuerzo, una nueva hora de oración y, por la tarde, se te otorgará el tiempo necesario para que halles, fuera de estos muros, un trabajo digno. —Esperó a que Nora mostrara signos de comprensión y la despidió—. Ve, tras la puerta espera Sor Magdalena. Toma un baño, veo que has presenciado lo peor de la ciudad, hueles a ello...

La muchacha se sonrojó, consciente de que su hedor rompía con la armonía del convento y se apuró a acatar la orden.

Esa noche, la primera bajo techo en su nueva vida, ideó planes para el futuro hasta quedarse dormida. Todos ellos tenían el mismo nombre y el mismo fin: Charles Miler, justicia.

De considerarse el objetivo de Nora como el centro mismo del éxito, no quedaría más que decir que fracasó de manera rotunda.

El primer mes en el Nuevo Mundo fue para la muchacha un tiempo, en esos términos, desperdiciado. Sin embargo, no podía verse la situación solo desde esa óptica, pues sería injusto.

Nora era una niña en muchos aspectos, y poseía el don del aprendizaje. La única contra con la que contaba era que, para aprender, primero debía desterrar conceptos y prejuicios que la educación británica había tatuado en su ser.

El primero de ellos era que el trabajo les pertenecía a las clases bajas, que dignificaba a la servidumbre, pero que debía evitarse en aquellos que estaban por encima en la pirámide social. Y Nora supo ostentar ese puesto medio.

Al ser sobrina de los Godman, estaba por encima de la baja servidumbre. Solo la desgracia la hubiera llevado a convertirse en una doncella o en una lavandera, y si eso ocurría, debía aceptarlo con humildad. Pero, era menester evitarlo. Tampoco podía aspirar a la nobleza y a la riqueza, roles que quedaban destinados a las damas de buena cuna y con dotes abundantes. Ser los parientes pobres de alguien bien relacionado se traducía a un lugar muy marcado en la sociedad. Podía optar entre ser dama de compañía, institutriz, ama de llaves o depender de la caridad de sus familiares acaudalados. En caso de contar con una vivienda, se aceptaba la posibilidad de rentar habitaciones a otras damas y cumplir el papel de salvaguardar la moral de sus inquilinos. Y eso era todo el abanico de posibilidades que Nora pudo contemplar en sus quince años.

En Nueva York, un universo por completo nuevo se abrió ante sus ojos. Allí el trabajo ocupaba otro lugar, uno primordial. Y los americanos parecían desconocer las reglas tácitas de la sociedad, esas que le decían que si nacías sirviente morías sirviente. En esa ciudad, —Y pronto comprobaría que en todo el territorio—, los hombres y mujeres aspiraban siempre a más. Eran sirvientes que querían convertirse en comerciantes, y comerciantes que anhelaban ser empresarios, y empresarios que pretendían llegar a ser aristócratas.

La señora Godman catalogaría tal actitud de vulgar, Nora, en cambio, la encontraba fascinante.

En el convento, sus días comenzaban con una hora de oración. Sor Magdalena le explicó que de ese modo alimentaban primero el espíritu y, luego, el cuerpo. Los desayunos eran abundantes, aunque lejos de contar con delicias, para no tentar al pecado de la gula, y tras la ingesta, las mujeres que se hospedaban bajo la caridad de las Hermanas, dedicaban las horas matutinas a trabajar para pagar el techo.

Nora sabía leer y escribir, algo raro en ese contexto. Por fuera de lo lógico, Sor Mary no le asignó tareas acordes a sus conocimientos, sino todo lo contrario.

—Ya he notado que sabes leer y escribir. También posees la habilidad de mantener una conversación amable, bordar y coser... ¿De qué te servirá, entonces, emprender esas actividades que tan bien conoces?

Con esa sentencia, la madre superiora la envió a trabajar la tierra, a cuidar de las rosas mosquetas y producir el aceite de esa flor y de tantas otras que vendían para sustentar el convento.

Por las tardes, tras el almuerzo, Nora tenía el tiempo libre. Horas que destinaba a pararse frente a la editorial Miler & Miler y aguardar por la aparición de su dueño.

El rechazo inicial de los empleados se convirtió, pronto, en malestar general. Y, más tarde, en indiferencia. Día a día, Nora se volvía un adorno más en la fachada del lugar. Nadie le daba información sobre Charles Miler, ni un ínfimo detalle, pero tampoco invertían energías en espantarla o amenazarla con las fuerzas de la ley. Al parecer, tras la desconfianza inicial, pasaron a considerarla inofensiva.

Las esperanzas se marchitaban en el interior de la muchacha. En sus oraciones, incluía a Elisa y pedía por su alma y por la justicia terrenal. Le hubiera gustado poder ser el instrumento que consiguiera tal cosa, pero ya no se sentía tan capaz.

Una mañana, en la que trabajaba en la destilación del aceite, fue llamada por la madre superiora.

Desde su llegada, no había vuelto a pisar el despacho destinado a la autoridad máxima, y temió lo que ahí podía hallar. Hacía bien.

—Adelante —ordenó la voz de Sor Mary tras el suave golpe en la madera —. Te esperaba, Nora.

Asintió en silencio. El saludo lleno de bendiciones ya no era requerido, el

mismo se daba al alba, solo restaba, en esos instantes, esperar con el corazón en el puño por lo que la mujer tuviera por decir.

—Eres una muchacha con mucho talento. —Tomó asiento sin indicar a Nora que hiciera lo mismo. Ella se quedó de pie, segura de que aquello se trataba de una reprimenda por algo que desconocía. Estaba acostumbrada a recibirlas, tanto su madre como Elisa le habían soltado discursos en el pasado sobre su comportamiento díscolo, y la señora Godman, sobre la humildad con la que debía recibir su suerte de dama de compañía—, es por eso que lamento tener que dejarte ir...

—Perdón... —Nora esperó haber oído mal.

—Tienes que marcharte, Nora, pues no has recibido la ayuda que aquí brindamos, y por eso es preferible otorgarle tu lugar a quien sí lo haga.

La boca de Nora se abrió por la sorpresa, y pese a toda la educación recibida, rebatió:

—Sí he recibido su ayuda y estoy muy agradecida...

—Nada de eso. Conoces las pautas aquí, a la mañana oración y por la tarde la búsqueda de un empleo. No voy a preguntarte por qué aún no has hallado uno, pues la otra regla del convento es nada de mentiras y solo conseguiría eso de tus labios. —La dureza de las palabras de la madre superiora golpearon el pecho de Nora. Tenía razón, por las tardes, en vez de buscar empleo, había ido a pararse a la puerta de la editorial. Desperdió la ayuda brindada.

—Por favor —clamó—, una oportunidad más, no puedo quedarme en la calle...

—Tienes dos días para dejar el convento, Nora. Solo dos días, eres lista, y si has aprendido algo, sabrás encontrar una salida.

—Pero...

—No tengo más qué decir, por favor... —Indicó la puerta con su dedo y volvió el rostro a la tarea que tenía ante sí al ser interrumpida por Nora.

Tardó en acatar la orden, y Sor Mary no mostró indicios de que la presencia le molestara o impacientara. La ignoró, haciendo que el vacío en el pecho de Nora se ensanchara hasta dejarla agotada.

Le correspondía hacer aceites esa mañana, en cambio, se marchó a su celda a preparar las maletas para una nueva travesía. Las lágrimas no salían de sus ojos, era como si se hubieran secado, y el vacío en su pecho empezaba a volverse piedra. La invadía un profundo sentimiento de fatalidad y autocompasión, una sensación que fue interrumpida por Sor Magdalena.

—Supongo que ya sabes lo que me dijo la madre superiora —espetó, molesta con la monja sin saber por qué—. ¿Alguna vez te caí bien?

—Aquí no se trata de caer bien, Nora. Se trata de ayudar, y muchas veces debemos ayudar a los despreciables y despedir a los nobles.

—¿Y yo, en qué grupo entro?

—En el de los nobles, aunque ahora estés en los despreciables. No has conseguido entender la lección, Sor Mary hace lo que debe por tu bien.

—¿Lo que debe?, ¿Lo que debe?! ¿Sabes cómo es Nueva York por las noches?, ¿sabes el miedo que provoca estar en un país desconocido, sola, sin nada ni nadie?, ¿sabes lo que es temer a la muerte?

Sor Magdalena no pareció sorprendida por los lamentos de la muchacha. Ocupó sus laboriosas manos en ayudarla con la maleta.

—¿Por qué no has buscado un empleo en este tiempo que se te ha brindado? —Nora encogió los hombros con desdén, en un gesto chiquilín que denotaba un orgulloso mutismo. Era lo que la monja deseaba poner en manifiesto—. La ayuda aquí no es el techo, Nora. El techo lo puedes hallar en cualquier sitio: en una casa de juegos, en un burdel...

¿De verdad una mujer de fe acababa de mencionar esos lugares de mala muerte?

—¿Allí es donde quieres que vaya?

—No, ¿Tú?

—¿Por supuesto que no! Pero, ¿qué más me queda si...?

Mientras hablaban, Sor Magdalena había separado un par de objetos antes de guardarlos en la maleta: Un sobre con dólares, una carta lacrada con el sello de Sutcliff y un vestido sobrio y elegante. Ante tal exposición, Nora no pudo más que callar.

—No es nuestra ayuda la única que has rechazado, ni es la primera vez. Escuchar tras las puertas está mal, lo reconozco, pero recuerdo lo que has dicho cuando llegaste aquí, «pequé de soberbia», y lo vuelves a hacer, de soberbia y orgullo. Te niegas a ser ayudada, rechazas tal providencia y te lamentas de tu suerte. ¿Por qué?

—Yo no... —musitó.

—Cada uno interpreta a nuestro Dios a su manera, yo suelo pensar que Él nos hizo como una gran casona llena de puertas y ventanas, para que por ellas entre todo lo bueno de la vida. Pero, a veces, también entra lo malo, y nosotros, tras ese dolor, nos apresuramos a cerrar esa ventana o puerta con el afán de protegernos. Hay quienes van por la vida cerrados al amor, por una

experiencia de desamor. Otros, a la familia, porque han sufrido demasiadas pérdidas. Tú... tú cerraste la entrada a la ayuda, y solo me queda adivinar que alguien te ha fallado. Nora, no eres mala ni poco merecedora de socorro, eres apenas una niña... no permitas a quien te hizo daño que condicione tu vida. Abre todas las ventanas, todas las puertas, y deja entrar, con cautela, lo bueno de la vida. —Señaló las muestras de ayuda que estaban junto a la maleta—. Eso es lo que aquí ofrecemos, una oportunidad. Solo una. Te quedan dos días para hacer uso de lo que Ernest Lawson, un hombre bueno y sin dobles intenciones, te ha otorgado: una oportunidad. Y tienes todo esto...

Nora se dejó caer sobre el colchón del catre asignado. Se sentía convulsionada por las palabras de Sor Magdalena, dichos tan acertados.

—Cuando quedé huérfana —susurró a la espalda de la monja, que ya se marchaba para dejarla a solas—, los Godman, que eran primos de mi madre, nos dieron alojamiento en su casa. La señora Godman puso una condición, que mi hermana Elisa trabajara para el duque de Aberdeen como dama de compañía de su madre para pagar mi hospedaje. Toda la ganancia de Elisa, no era mucha, vale aclarar, iba a los bolsillos de la esposa del vicario. Y eso no implicaba que yo pudiera estar a mis anchas o que se me brindara algún beneficio... No. Yo debía cumplir el rol de dama de compañía de la señora Godman para ganarme el pan ¿Entonces, por qué le robaba todo el salario a mi hermana? Si ella hubiera tenido un penique... uno. Si yo hubiese ganado un chelín al menos... Si no nos hubieran convencido de que, por nuestra condición de desahuciadas, debíamos someternos a todo lo que nuestros benefactores desearan.

—Eso no es ayuda, Nora. No lo confundas. Has cerrado la ventana equivocada. ¿Acaso aquí se te ha cobrado uno de esos dólares de allí?, ¿se te ha hecho trabajar de sol a sombra, o solo un par de horas? ¿De verdad crees que las personas que te han otorgado estos objetos vendrán a ti a cobrártelos con usureros intereses?

—No...

—Nora, el orgullo desmedido se vuelve soberbia. Creo en Dios, quizá tú solo creas en el destino... sea la deidad que sea, ¿piensas que te debe algo?, ¿que tu suerte cambiará solo porque lo mereces?

Negó con la cabeza. Comprendió que Sor Mary le había impartido una brusca lección, una que hubiera tenido que aprender por sus medios de manera paulatina, pero que ella había decidido aceptar en la forma más dolorosa. Los golpes se sumaban uno tras otro, y la moldeaban a la nueva vida que se le

avecina.

Trabajo e independencia.

Tener que poner en pausa la búsqueda de justicia le dolía en el pecho, sentía que traicionaba a Elisa, al tiempo que comprendía lo que Sor Magdalena le decía: no conseguiría tal cosa solo por merecerla. Y si terminaba en la calle, en un burdel o muerta, no podría hacerse con ella. Forjarse un futuro que la convirtiera en libre, libre de todo, le permitiría ir por aquellos que hicieron a Elisa esclava.

Tenía dos días, y todo comenzaría esa misma tarde.

En la soledad de la celda, se vistió con el traje que Lady Webb le había obsequiado, tomó el sobre con el sello Sutcliff y algunos dólares, decidida a recibir de esos amables extraños la ayuda ofrecida.

Edward Clark, si Colin Webb creía que era el hombre indicado para iniciar la nueva vida en la costa este, a él recurriría. Dolía un poco en el orgullo, sí, pero las Hermanas de la Caridad habían cumplido con su parte, la primera dosis de humildad —que no era sometimiento ni resignación— le corría por las venas y la impulsaban a afrontar el porvenir.

Si restaba recibir algún golpe para comprender que todo lo que sabía de nada servía allí, era divisar la mansión de los Clark en Nueva York.

El vestido que llevaba, que era el más bonito que jamás hubiera poseído, parecía un trapo sucio al lado de la majestuosidad del lugar.

Y pensar que Edward Clark no era aristócrata, ni provenía de buena familia. Por el contrario, hasta hacía un par de años era pobre y analfabeto, con mucho menos en su haber que la misma Nora.

La fachada de piedra, con altos ventanales, un jardín frontal cuidado y tres pisos de alto —más el altillo— era impresionante. Por poco, la muchacha da media vuelta y arroja a la basura todos los consejos brindados sobre la humildad, aceptar ayuda y mirar la vida de otro modo. Lo peor: ponía en manifiesto algo que, hasta el momento, había decidido ignorar, que los Grant eran así o más ricos.

Al conocerlos en un barco, lejos de las propiedades reales que poseían, se había dejado llevar por la simpleza de la familia, los modales francos y cariñosos y lo abiertos que eran a tratar con personas por debajo de ellas en estrato social. Pero los Grant eran los reyes del oro, y era sabido que sus ingresos excedían por varios dólares —miles probablemente— a los Clark. Tragó el nudo que se le hizo en la garganta, alisó una arruga imaginaria e hizo el intento de llamar a la campanilla.

¿Le correspondía la puerta principal?, quizá debía ir a la de servicio. Rodear la mansión en busca de dicha puerta no fue una buena idea, cada metro de inmensa construcción le menguaba la determinación. Maravillada, con la vista a lo alto, terminó de bordearla por completo para percatarse de que se había distraído tanto que volvía al punto de inicio.

Hubiese seguido con esa infructífera actividad que le agarrotaba el cerebro si no fuese que la voz de una mujer la hizo detenerse.

—Buenas tardes, ¿está usted perdida? —A Nora le resultó poco habitual la amabilidad de la mujer. Por su vestido, se adivinaba que era una sirvienta. El traje era gris perla, confeccionado con un lienzo noble, ligero, acorde a las temperaturas veraniegas de la época. Llevaba un delantal blanco, con dos grandes bolsillos y una cofia que se perdía entre los pulcros mechones

castaños de la mujer.

—No... o eso creo. Me han informado que aquí vive el señor Edward Clark.

—Así es...

El ama de llaves, ese era su puesto, no desconfió de ella ni de su humilde presencia. Parecía estar acostumbrada a tratar con invitados por debajo de lo que la ostentosa mansión parecía sugerir.

—Me... Me... —Las palabras se trababan en la lengua de Nora—, me gustaría, si no es mucha molestia, hablar con el señor. Supongo que debo solicitar una cita y acordar... pero verá, si pudiera ser con premura, porque...

—Niña, ven, pasa. Te estás poniendo pálida. Espero que no te moleste el tuteo... —dijo la mujer al tiempo que abría la reja que daba a los jardines y la invitaba a adentrarse en ese paraíso en el medio de la ruidosa ciudad.

—No, no me molesta. Me llamo Nora —se presentó con la confianza abriéndose camino en su interior.

—Violet, o como me dicen por aquí, la señora Harman.

—Un gusto, señora Harman. ¿Es usted el ama de llaves?

—En efecto. Permíteme preguntarle al señor si tiene tiempo de recibirla o si debe coordinar una cita previa. Sabe, ambos están siempre muy ocupados.

—¿Ambos?

—Sí, el señor y la señora. El matrimonio trabaja a la par.

La idea la descolocó por completo. ¿Una mujer que trabajara de igual a igual con su marido?

—¿Es eso común? —se atrevió a inquirir. Había seguido los pasos de Violet hasta la entrada principal de la mansión. El hall era circular, con una gran escalinata central de mármol blanco que se bifurcaba hacia ambos lados.

El círculo estaba rodeado por puertas, dos de doble panel y dos más de paneles simples. Sobre la cabeza de Nora pendía una gran lámpara de cristales que en ese momento tenía todas las velas apagadas. El sol entraba a raudales por los ventanales y por la cúpula superior, acristalada, construida con *vitreaux* que formaban imágenes de aves exóticas. Si fuera capaz de bajar la mirada, descubriría que sus pies pisaban una costosa alfombra rojo sangre y que había una gran variedad de plantas de interior decorando cada rincón del lugar.

—¿Qué cosa es *común*? —La cabeza llena de ensoñaciones de Nora volvió a fijarse en la señora Harman. La mujer le sonreía, cómplice del estado de estupor que la paralizaba.

—Que las mujeres trabajen a la par de los maridos. He visto mujeres como empleadas y comerciantes, pero...

—Oh, no, querida. No es para nada habitual. Ni siquiera las muchachas que has visto lo son, suele hablarse muy mal de ellas. —El rostro de Nora mutó, las ilusiones volvieron al lugar que correspondían: sus talones—. Los Clark son... peculiares.

A Nora le pareció que sería de mala educación preguntar a qué se refería con eso, del mismo modo que remarcar que un ama de llaves jamás hablaría así de sus empleadores. Pero, si debía ser honesta, una ama de llaves jamás le hubiera abierto la puerta a una extraña sin solicitar una tarjeta de presentación, ni la hubiese hecho pasar por la puerta principal y, mucho menos, recurrido al tuteo y a la confidencia con tanta facilidad. Supuso que a eso se refería con *peculiares*.

Mientras seguía presa de un estado de ensoñación ante la belleza de la mansión —ni siquiera la casa del marqués, a la cual había avistado de lejos, le había parecido tan atractiva—, la señora Harman la acompañó hasta una sala, tan hermosa como cualquier otro recinto de allí, la invitó a sentarse y, a los pocos minutos, tenía en sus manos una taza de té y una galleta de limón.

La dejó a solas, aunque Nora sabía que en el pasillo estaba de pie una sirvienta, atenta a cualquier necesidad que tuviera, y tras pocos minutos, regresó con las órdenes de Clark.

—El señor y la señora preguntan cuál es el motivo de la visita. —Violet sonrió—. Le recomiendo la mayor de las franquezas cuando trate con los Clark.

—En ese caso, no me queda más que decir que vengo a solicitar su ayuda. Un buen amigo me ha dicho que, si necesitaba de alguien en la costa este, ese alguien era el señor Clark.

La señora Harman pareció conforme con la honestidad de Nora, que no dibujaba la necesidad ni intentaba impresionar. En ese sentido, la educación británica prevalecía sobre la americana, y los años de inculcarle solemnidad y austeridad daban por fin su fruto.

Nora no podía saberlo, pero allí, en Nueva York, los Clark eran tan venerados de frente como criticados de espalda. Ricos e influyentes, todos querían hacer negocios con ellos; brutos e ignorantes, nadie quería que los vieran en su compañía.

La señora Harman la abandonó una vez más, tiempo que Nora aprovechó en degustar la galleta de limón, y reapareció a los minutos con un temple que

adelantaba las buenas nuevas.

—El señor y la señora la esperan en su despacho, por favor, sígueme. — Nora se puso de pie de inmediato y acompañó a la señora Harman por los lujosos pasillos. Durante el trayecto, observó su reflejo en cada objeto brillante del decorado para comprobar su aspecto. Era aceptable. Alisó las arrugas, acomodó los mechones y se pasó la lengua por los dientes para asegurarse de no tener restos de alimento.

En general, la juventud y la buena infancia que tuvo antes de la orfandad habían dejado una buena impronta. Tenía todos los dientes, blancos y sin caries, la piel era lozana, carente de pecas si no se exponía al sol, el cabello castaño oscuro, brillante por la buena alimentación, y una figura delgada por naturaleza, no por penurias.

Una vez en el umbral del despacho, aspiró una gran bocanada de aire, se llenó el pecho de valor y se adentró en la habitación, secundada por la señora Harman.

—La señorita Nora —fue anunciada.

Por costumbre, y también porque la elegancia parecía demandarlo, Nora realizó una delicada y bien coordinada reverencia ante el señor y la señora Clark. Gesto que pareció enternecerlos y divertirlos en iguales dosis.

Mientras aguardaba a que la invitasen a sentarse, o a avanzar, o lo que fuera, la señora Harman hizo sonar la campanilla y, sin demoras, tres sirvientas que vestían similar a ella, entraron con bandejas de plata, tetera de porcelana y tazas a juego. En lugar de dejarlas junto a la señora Clark y retirarse, sirvieron la infusión. Luego, por órdenes de Violet, abandonaron el despacho tan silenciosas como habían llegado. Tras ellas, la señora Harman hizo un asentimiento de cabeza silencioso y siguió los pasos de las muchachas. Nora se sintió huérfana una vez más. La señora y el señor Clark la observaban con ambas cejas alzadas, como si esperaran algo de su parte. A su vez, la joven aguardaba a ser invitada. Transcurrieron varios segundos hasta que el señor Clark viera agotada la paciencia.

—Siéntate —ordenó y señaló la silla frente a él. Una vez más, el tuteo surgía de manera natural, algo que en esas circunstancias incomodaba a Nora. Era una Jolley, podía estar al nivel de un ama de llaves, en cambio, jamás a la altura de un empresario. Acató de inmediato, con movimientos lentos y silenciosos ocupó el espacio indicado. Al parecer, mientras más demostraba la pulida educación de señorita, más se alzaban las cejas de los Clark—. Tengo entendido que un amigo le ha dicho que viniera a verme... ¿un amigo de

Inglaterra?

—Así es, señor. —Nora buscó entre los pliegues de la falda, pues el vestido tenía unos discretos bolsillos que se disimulaban con la amplitud de la tela, y expuso la carta que Lord Colin Webb le había dado. La extendió con mano temblorosa, y palideció por completo cuando vio que el señor Clark no reconocía ni el sello, ni el nombre. Tampoco parecía impresionado por el título.

—¿Y dime, pequeña, por qué este amigo no se presentó él mismo a solicitar lo que sea que vengas a solicitar?

—Porque ha viajado a California, señor. Contrajo nupcias, en el mismo barco en que yo viajaba —Recordar esa boda le iluminó el rostro y la hizo soñar despierta—, con la señorita Emily Grant, ahora Lady Webb...

—¿De los Grant del oro?

—Sí, se...

—¡Pero si nuestra Miranda nos habló de Emily! —exclamó la señora Clark, interrumpiendo la conversación. Tenía un acento muy marcado, de bajos fondos, y la emoción demostrada al poder hablar de su hija no era propia de una dama. Mucho menos, el golpe cariñoso que le dio a su marido en el brazo, como reprimenda por reconocer el dinero de los Grant antes que la relación que estos tenían con su adorada hija—. Miranda es nuestra hija —explicó para la desconcertada Nora—, ha viajado a Inglaterra hace unos meses e hizo un gran matrimonio con un noble...

—Lord Bridport... —adivinó Nora. Colin le había hablado de su buen amigo y del matrimonio de este con otra acaudalada señorita americana. Recién en ese instante unía los puntos de la amistad.

—¿Lo conoces? —preguntó Edward, con la ansiedad en la voz.

—No, señor, no tuve el gusto. Pero tengo entendido que Lord Colin Webb es un íntimo amigo.

—Oh, siento mucho que te abrumemos con nuestras preguntas —se disculpó la señora Clark—, es que hace meses que no vemos a nuestra niña, y recibimos cada noticia de ella como un hambriento las migajas de pan. Pero si no estás aquí con Lord Webb, ¿con quién has viajado?

—Sola, señora. Me hospedo en...

—¿Sola?! ¿Cómo sola?, ¿desde Inglaterra? —Las voces del matrimonio resonaron al unísono.

—S...

—¿Eso es inadmisibile! —Edward golpeó el escritorio, y Nora saltó de su

silla. El susto fue inmenso, y tardó un segundo, un segundo horrible que casi le provoca un infarto, comprender que el hombre no estaba enojado con ella y que su furia iba dirigida a la situación de penurias en la que se encontraba—. ¡Pero si eres más joven que nuestra Miranda!, que ya de por sí es una niña de diecinueve años. ¿Cuántos tienes tú?

—Quince... —Nora se limitó a susurrar su edad, de nada valía decirle a ese señor que su hija ya no era una niña, que diecinueve años eran tres más de la mayoría de las damas casadas de Inglaterra.

—Señorita... —El título sonó a paternal reprimenda en labios del hombre. La mujer, a su lado, tenía una expresión que coincidía con la de su esposo—. Es mejor que expongas qué te ha traído aquí, qué hace que tus amigos sean tan particulares y, sobre todo, que tranquilices a este buen hombre, que teme que todos los británicos sean unos mequetrefes dispuestos a abandonar niñas a la buena de Dios. Que, si es así, ten por seguro que ya mismo me subo a un barco y voy a rescatar a mi hija de las manos de ese...

—Cariño, tranquilízate, que te va a dar una apoplejía —intervino la señora Clark—. Estoy segura de que las palabras de la señora Monroe son sinceras, y nuestra hija ha hecho un buen matrimonio, no solo en lo económico, sino también, en lo afectivo.

—Señor... —Nora se vio presa de su orgullo inglés y sintió la necesidad de defender a sus compatriotas—, estoy segura, sin necesidad de conocerlo, que Lord Bridport es un buen hombre. Sin duda, Lord Colin Webb no prestaría amistad con un par que no fuera digno de él y su bondad. Y debo decir que Lord Webb ha sido todo lo bondadoso que alguien puede ser con una desvalida como yo. Me ha ofrecido su apoyo, como verá en la carta que tiene en sus manos, me ha pagado el pasaje a América, en un camarote de primera clase, y me ha ofrecido su protección y hospedaje en California...

—Y si es así, permíteme la rudeza, ¿por qué demonios no estás con él? Nueva York no es una ciudad gentil, jovencita, se lo dice alguien que ha conocido la peor cara de ella.

—Porque... porque... —La verdad no quería abandonar sus labios. Recordó el rostro de Sor Mary y Sor Magdalena, y la recriminación de ambas. La desconfianza es también una muestra de orgullo, de soberbia. Es creer que las demás personas no obrarán con tanta bondad y espíritu cristiano como uno haría. Nora descendió la mirada a su regazo, con la intención de encontrar valor para exponer sus planes y miedos. Los Clark la miraban con fijeza, en sus miradas se traslucía la preocupación, un sentimiento que nacía de pechos

severos. La consideraban una niña, y no serían capaces de consentirla si creían que tal acto la llevaría por el mal camino. No le sorprendió, pues, ante tal muestra de carácter, que Colin la hubiera mandado con ellos, ni que los Grant hubieran acordado en tal decisión.

—No temas —La señora Clark era tan severa como su marido, pero de modos más amables, maternales—, puedes confiar en nosotros. ¿Sabes?, no siempre hemos sido ricos. Hemos pasado penurias en el pasado, y comprendemos el temor que puede embargarte.

Sí, lo hacían. Y Nora pudo sentir que la empatía de ambos la confortaba y le aflojaba las cuerdas vocales.

—Vine a América en busca de un hombre: Charles Miler. Tengo unos papeles muy importantes para él, documentos que no puedo confiarle a nadie más y que podrían costarme la vida.

—¿Charles Miler?, ¿el editor?

—El mismo, señor. ¿Lo conoce usted?

—Lo conocía, ha muerto...

La noticia le cayó a Nora como un baldazo de agua helada. Los labios le temblaron, al igual que el pulso, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba perdida, estaba sola y sin esperanzas. La última era ese hombre, que ya estaba reunido con el Creador. La pena era tan profunda que la señora Clark se acercó a consolarla, le dio un abrazo y le pasó la mano por la espalda hasta que consiguió hacerla respirar de nuevo.

—Siento mucho darte la noticia —se lamentó Edward—, lleva varios años muerto.

—Pe...Pero, no lo entiendo... No, yo...

La campanilla sonó, y en pocos segundos, Nora tenía entre los dedos un vaso de agua fresca y la señora Harman la abanicaba con ahínco.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó la señora Clark, y despidió a Violet.

—Sí, lo siento. Es que he estado en las oficinas de Miler & Miler, y me dio la impresión de que Charles Miler vivía. Es decir, pregunté por él y los empleados...

—¡Oh, claro! Te refieres a Charles Junior, al hijo de Charles. —Edward sonrió.

—Creo que no, el hombre que yo busco debe rondar los cincuenta años... Pero, ¿tuvo un hijo?

—Sí, sí, el actual editor, antes de que muriera ya trabajaban juntos. Por eso pasó de llamarse Editorial Miler a Miler & Miler. Charles hijo ronda los

veintitantos años en estos momentos.

—Señor Clark... perdone mi pregunta tan descortés y poco apropiada, ¿es Charles Junior hijo legítimo?

La carcajada del matrimonio resonó al tiempo que ardían las mejillas de Nora. La incomodidad de la muchacha, tan educada para sus estándares, los divertía.

—Sí, por supuesto. Es hijo de Miler con una Roosevelt. Un joven que ha heredado lo mejor de ambas familias, la inteligencia Miler y la ambición Roosevelt. Lástima que sea tan propenso a las ideologías radicales...

—Eso no le va a traer más que disgustos —coincidió la señora Clark.

Nora, mientras el matrimonio compartía detalles menores de los dos hombres Miler y la ponían al corriente de algunos rumores, era víctima de una gran desazón. Podía, por supuesto, presentar ante él los documentos que traía; al fin de cuentas, era el heredero de Charles y beneficiario del secreto protegido por Nora, pero no creía que, tratándose de una historia tan ajena al nuevo editor, se sintiera afín a los anhelos de justicia que a ella le pesaban.

—Entonces —dijo Edward al terminar con las anécdotas—, lo que deseas es que te ponga en contacto con Charles...

—Señor, me temo que me encuentro en un aprieto ante la noticia del fallecimiento de Charles Miler padre. Sí, me gustaría hablar con el hijo, si es que existe tal posibilidad. Al parecer, es inaccesible y en el mes que llevo en Nueva York no he podido dar con él...

—No puedo prometer nada, pequeña —La voz de Clark estaba cubierta de cariñosa pena—, si bien tengo mis influencias y puedo presionar algunos hilos aquí y allí, debo advertir que Charles Junior es algo... díscolo. Si no desea ser hallado, pues, ni el presidente dará con él.

—Eso me temo... Por tal motivo, y ya que estoy aquí, me atreveré a tomarme atribuciones con su generosidad y... —Nora sonrió y las mejillas se le colorearon al comprender que la educada diatriba era lo que provocaba esa mirada socarrona en sus interlocutores. Los Clark consideraban que tanto palabrerío cortés quitaba tiempo importante a los asuntos. A punto tal que, si no fuese por la extraña circunstancia en que esa visita se había llevado a cabo, Edward ni siquiera la hubiese invitado a sentarse. Una persona de pie suele ser más expeditiva que una en la comodidad de un sofá—. Es mejor ir al grano, ¿verdad?

—Ya lo creo —bromeó la señora Clark.

—Bien, lo que me gustaría solicitarle es ayuda para conseguir un empleo

que me permita subsistir. Y quizá, si no es demasiado, de ser así... —Tuvo que sacudir la cabeza de lado a lado para no empezar de nuevo con las volteretas verbales—, un posible alojamiento.

—¿Solo eso? —se extrañó el hombre, y la esposa, a su lado, le sonrió con maternal orgullo.

—No me parece poca cosa, señor.

—Pues lo es, teniendo en cuenta que, al parecer, un gran amigo de mi yerno dice que le has salvado la vida y que está en deuda contigo. Bien, dalo por hecho. —La señora Clark se acercó al oído de Edward para susurrar una sugerencia, a la que él respondió a viva voz—: ¡Excelente idea, cariño! Mataremos dos pájaros de un tiro. —Ante el desconcierto de Nora, se explicó—. Te conseguiremos un empleo en la editorial Miler & Miler. Eso sí puedo hacerlo, pues las contrataciones de personal están a cargo del señor Carrington. De ese modo, si Miler se digna a aparecer, podrás hablar con él. Y respecto al hospedaje, podrías alojarte aquí sin ningún problema, dudamos que Miranda vuelva a utilizar su cuarto...

—¡Oh, no, por favor! —exclamó Nora. Se lamentó de inmediato por lo que podía considerarse descortés—. Acepto el empleo, por supuesto, por tal motivo, me parece excesivo que tome su hospitalidad, sobre todo cuando está... tan por encima de mis posibilidades.

—¡Patrañas!

—Cariño... —intervino la señora Clark, conciliadora. Lograba sentir la incomodidad de Nora como suya. La muchacha creía que jamás había conocido una mujer tan empática como la madre de la actual vizcondesa de Bridport—, nosotros nos tenemos el uno al otro. Quien se encuentra sola y con necesidad de una estimulante compañía es la señora Monroe...

—Brillante, querida —coincidió el señor Clark—. De todos modos, hasta que hablemos con ella, no podemos dejarla en la calle.

—No lo estoy, señor. Me hospedo con las Hermanas de la Caridad. Sor Mary me ha dado un día, pero estoy segura de que extenderá el plazo ante el inminente cambio de planes.

—¿Las Hermanas de la Caridad? —A Edward le parecía casi insultante que prefirieran una celda de convento a la palaciega habitación de su amada Miranda. Sin embargo, ante la mirada de acero de su esposa, accedió. Ella luego le explicaría que había leído el orgullo herido de esa pequeña señorita británica, un orgullo que había aceptado rebajar un poco en pos de salir adelante, pero no tanto como para sentir que recibía limosna—. Bien, creo que

no nos quedan más temas por discutir.

—No, señor. Le estaré eternamente agradecida. —Se puso de pie y, sin importarle la diversión en la mirada del matrimonio, ejecutó una reverencia digna de un rey—. En caso de tener que comunicarse...

—Momento, momento —interrumpió la señora Clark—, eso suena a despedida, muchacha. —Nora demostró el embarazo en sus mejillas escarlatas—. ¡De ninguna manera!, a cambio de esto, exigimos el pago. —La señorita Jolley pasó del rojo al blanco, y en ese segundo, todos los temores se materializaron. *Por supuesto que nadie es tan bueno, claro que debes pagar, ¿de verdad creíste en buenos samaritanos?* Las advertencias de su cerebro cruel fueron acalladas por la voz de la mujer—: No aceptamos un no por respuesta, nos acompañarás a la cena. Nos interesa mucho conocer la anécdota de ese amigo de nuestro yerno a punto de ahogarse por amor.

El alivio fue tan grande que le desinfló los pulmones en una exhalación y la hizo aceptar sin chistar.

—Por supuesto, señora, señor... será un placer cenar con ustedes.

Debía culpar a Sor Magdalena, con certeras palabras, había alzado una invisible muralla entre sus pensamientos; era menester para ella recordar que la bondad asistencial existía y nada tenía que ver con la ayuda forzada, cuya intención era la del propósito personal. Tal vez, su carácter requería ser forjado de nuevo considerando esa premisa como base fundamental. Estaba llegando a comprender que la desconfianza y el recelo podían convertirse en arma de doble filo. Sin apartar por completo a la cautela, hizo lo sugerido por la monja, abrió una ventana para darle paso a esa agradable brisa de bondad. Por ahí se colaron los Clark a su vida —aunque la visión de los sucesos indicara lo contrario— y tras ello, con esa amable ventisca transformada en cálido viento, no tuvo más alternativa que abrir una puerta, una que la llevó a un apartamento ubicado en la zona comercial de la ciudad, hogar de Grace Monroe.

—¡Vamos, niña... ábrelo! —la instó la señora Monroe, no comprendía cómo Nora podía mantenerse tan inexpresiva ante el obsequio que estaba frente a ella.

Para Nora era sencillo el porqué, no tenía experiencia en ellos. Por lo menos no de la manera tan protocolar y elegante en la que se presentaba. Ante sus ojos se encontraba una gran caja gris, con lazo de seda, y una nota. Llevaba el tiempo suficiente en Nueva York como para reconocer dos cosas: una, la caja era el distintivo de una de las modistas de la ciudad, y la otra, la letra y firma de la nota que acompañaba al regalo pertenecía a Eva Clark.

—¡Por los cielos, Nora! —Grace desanudó el lazo para motivarla a reaccionar—. Te aseguro que no hay ninguna fiera salvaje aquí dentro —dijo colocando las manos de Nora sobre la tapa de delicado cartón.

—Lo... lo sé —titubeó invadida por una sorpresa que todavía no había podido calificar como buena o mala. Esa duda no hizo más que potenciar su falta de acción.

—Tic, tac, mi niña. Tic, tac —repitió la mujer golpeando el piso con los tacones—. Te recuerdo que en menos de tres horas tienes la entrevista en Miler & Miler, y presiento... —dijo tomando la nota entre sus manos— que esto tiene que ver con ello. —Ajustó sobre su tabique nasal las gafas que

llevaba, colocó la misiva a una altura prudencial y leyó en voz alta—: *Si quieres sobrevivir a los neoyorquinos, no tienes más alternativa que convertirte en una.* ¡Vaya que tiene razón! —agregó Grace para volver a retomar la lectura—. Espera, hay algo más... *Y recuerda, nada de reverencias* —finalizó sin poder contener la carcajada.

La señora Monroe suponía a qué hacía referencia, las costumbres británicas se le escapaban por los poros a Nora, y para desgracia de la muchachita, las mismas carecían de sentido en ese lado del mapamundi, al punto de convertirse en motivo de burla.

Las mejillas de Nora se enrojecieron por la vergüenza mezclada con un dejo de furia que no involucraba de forma alguna a las mujeres que estaban decididas a ayudarla. El sentimiento era para consigo, arrancar las raíces de su educación y creencias sería una ardua tarea que tenía que llevar a cabo con la mayor celeridad posible. Cada día que pasaba en esa ciudad la ponía en evidencia, la exponía como lo que era, una auténtica extranjera de pura cepa británica. La señora Clark, sin conocer el verdadero trasfondo de su misión allí, había dado en el clavo: debía convertirse en una neoyorquina más si quería mantenerse fuera del radar del marqués. Todavía no sabía hasta dónde se extendían los tentáculos de maldad del hombre, y de algo estaba segura, él no cedería hasta encontrarla si la consideraba una amenaza. Y lo era. Por su lado, Nora tampoco se rendiría, ni bajaría los brazos hasta lograr la justicia y la paz que la silenciosa muerte de su hermana reclamaba.

Un fingido carraspeo resonó a centímetros de su oído. Grace Monroe no desistiría, se había comprometido a ser más que un simple lugar de alojamiento, pretendía ser aquello que, podía notar, Nora Jolley no había vuelto a tener desde la muerte de sus padres: un hogar. Con todo lo que eso implicaba, afecto y amables demandas. Si fuese por Nora, el obsequio permanecería hasta el fin de los tiempos sin ser abierto; pero dado su origen, y la inquisición gestual de Grace, no tuvo más remedio que abrirlo.

—Oh... ah... oh. —La inquisición gestual de Grace fue reemplazada por una repetitiva cadena de onomatopeyas que hallaron su fin cuando Nora exhibió la totalidad del contenido—. ¡Es indiscutible el buen gusto de Eva!

Un conjunto de dos piezas en tono ocre oscuro, falda recta y ancha, y chaqueta con mangas abullonadas a la altura de los hombros. La tela hablaba por sí sola, era de altísima calidad, los dedos de Nora parecían estar acariciando nubes, si es que las nubes podían llegar a tocarse. Como si eso no bastara, una camisa de cuello alto con delicados pliegues y lazo que se

entrelazaba para conformar un moño le hacía juego.

—Es demasiado —murmuró sin disimular el embeleso, algo poco habitual en ella.

—No, no lo es. —Grace sentía la necesidad de espabilarla a diario, en todos los aspectos—. Es perfecto. Es tu carta de presentación, niña. ¡Ve, pónelo! Muero de ganas de ver cómo luce en ti.

Nora no contaba con mucho, poseía tan solo un par de vestidos, uno lo había obtenido de Lady Webb, y era imposible negarlo, ostentaba riqueza. El otro, el que llevaba en ese momento, se lo habían entregado las hermanas de la caridad, un vestido simple, de estampado escocés, sin mucha más pretensión que la de cumplir con su función.

—Ya me he vestido, señora Monroe.

—Grace... —le remarcó sin un atisbo de severidad—. Ya te lo he dicho, llámame Grace. Y sí, ya veo que te has vestido, para postularte a un puesto de institutriz... lamento decepcionarte, dudo que lo consigas. Por lo menos, no aquí. Ahora, si lo que pretendes es un empleo en Miler & Miler... —Dejó el comentario en suspenso para que Nora lo finalizara en silencio.

El apellido actuó como un detonante, recordándole su más importante misión. No podía fallar. No podía confiarse solo de la recomendación de Edward Clark. El resultado final quedaba a su cuenta.

En pocos días había conseguido mucho más de lo obtenido en un mes, y eso caía a manos del amparo del matrimonio. Desestimar esa ayuda o toda posible sugerencia —inclusive la indirecta que traía consigo esa nueva vestimenta— era una tontería.

—Miler & Miler —susurró casi como una lejana proclamación.

Grace sonrió cuando Nora tomó entre sus brazos las piezas del delicado conjunto.

—Pues ve a prepararte, muchacha. Tic, tac... —repitió sumándole el golpeteo de palmas—. Tic, tac.

Conocía la fachada de memoria, había pasado horas, días en la acera de enfrente contemplándola como una, poco sutil, acosadora. La perspectiva estaba por cambiar. Le fue difícil dar el primer paso. Tenía la absurda idea de que iba a ser echada a patadas como un perro callejero, aunque eso era un pensamiento absurdo, había visto en más de una oportunidad cómo alimentaban a los animales callejeros. Y no se limitaban solo a eso, cuando determinados sucesos sociales lo ameritaban, distribuían folletería informativa

utilizando a niños vagabundos, y a modo de pago les llenaban los brazos con alimentos junto con un par de centavos de dólar por los servicios.

Dio un paso, tomó coraje. Antes de dar el segundo comprobó el estado de su peinado en la vidriera de la florería. ¡Ni ella se reconocía! Su cabello ya se había olvidado de las trenzas para darle lugar a los recogidos americanos, más voluptuosos, con un rodete bien en lo alto. Llevaba un aplique que la señora Monroe le había dado, una horquilla con un pequeño pajarillo de nácar. Por puro nerviosismo, se acomodó el cabello. Respiró profundo, y sus manos enguantadas se aferraron a la manija del pequeño bolso que traía consigo, también propiedad de Grace. Dentro llevaba un soporte extra: sales para ayudarla a mantener la calma. Se vio tentada a usarlas. No lo hizo para no brindar un gratuito espectáculo a los transeúntes. No se convertiría en esa clase de mujer, era fuerte, independiente. ¡Había atravesado el océano hasta llegar al otro lado del mundo! No debía olvidarlo. Ya no era una niña, finalmente había enterrado esa imagen. Bajo esa creencia cruzó la calle convencida de que nadie la reconocería y que iniciaría de cero en ese lugar.

Tal convencimiento fue exiliado de inmediato.

—¿Otra vez tú?

El rostro redondo y bonachón del hombre mutó a una expresión opuesta. Nora comprendió que su boca se tensaba porque sus canosos bigotes se movían de un lado al otro. Ese no era el recibimiento que esperaba.

—Te he dicho que, si te volvía a ver husmeando por aquí, llamaría a las autoridades.

El hombre tenía una memoria envidiable.

—No estoy husmeando, señor... tengo una entrevista.

—¿Tú? ¿Una entrevista? —No hubo intención de burla, solo sorpresa.

—Sí... —Nora disfrutó del inesperado triunfo, alzó el mentón para darle más ímpetu a sus palabras—. El señor Carrington me espera.

—¿Con qué el señor Carrington? —Nora asintió con énfasis—. A ver, dime, ¿cómo te llamas?

—Nora... Nora Jolley. —El orgullo vibró en su voz.

La actitud defensiva del hombre se desvaneció, y bajo la sombra de su bigote, Nora vislumbró lo que podía ser el inicio de una sonrisa.

—Pues de ser así, adelante, Nora Jolley —dijo haciéndose a un lado para permitirle el ingreso.

Las manos de Nora apretujaron la manija del bolso. Exhaló el aire contenido en su pecho con disimulo. Los nervios la abandonaban al sentir que

el primero de los obstáculos había sido sorteado.

—Primer piso, señorita Nora Jolley... —le indicó él—, yo voy tras sus pasos.

El orgullo ante la satisfacción de conquista se le escapó de la garganta para expandirse de manera despiadada.

—¿Mi nombre ahora le dice algo? —La pregunta hizo reír al hombre.

Sí, él no era el único con buena memoria allí. Nora recordaba cada palabra que le había dicho.

—El suyo no, solo el de Edward Clark... —dijo alcanzándola en el mismo peldaño de la escalera.

—Piensa decirme su nombre en esta oportunidad —demandó como si tuviese derecho alguno.

Un hombre joven se hizo presente en lo alto de la escalera, y vociferó:

—¡Señor Carrington, Clarence lo necesita!

Nora tragó saliva, al tiempo que sus piernas se estacaban sobre la madera crujiente bajo sus pies.

—¿Eso responde a su inquietud, señorita Jolley?

La sonrisa de Carrington venció las barreras de su bigote, la incomodidad que Nora expresaba le resultaba óptima para el disfrute. Retrocedió sobre sus pasos, cambiando de dirección.

—Thomas —se dirigió al muchacho—, hazme el favor de acompañar a la señorita hasta mi oficina. —Luego hizo extensiva la indicación a Nora—. En unos minutos estaré con usted, póngase cómoda... —descendió un par de escalones, se detuvo para girarse a ella—, pero no demasiado cómoda, lo de llamar a las autoridades sigue en pie. —Fue una broma, aunque ella no la percibió así.

Pensar que segundos atrás se consideró victoriosa por sortear el que, creía, era su mayor obstáculo. Necia. Tonta y necia. Todavía le quedaba lo peor.

Trabajar en el subsuelo de Miler & Miler no había estado en los planes iniciales, en especial si quería estar en alerta ante el arribo del hombre que se catapultaba, en el silencio de su mente, como el más anhelado de los objetivos. Supuso que Carrington tenía motivos para adjudicarle la tarea de trabajar bajo el comando de Clarence Weisbord en el sector de imprenta de la editorial. En ese lugar no volaba ni una mosca, era una realidad aparte que combinaba el sonido de las prensas de impresión con los ruidos molestos de la ciudad. Ni mención hacer del aroma que embalsamaba a el ambiente, olor a papel nuevo, tinta y pegamento. Al principio había considerado la labor como un castigo, ahora lo consideraba un privilegio. Como fuese, Mathias Carrington se había cerciorado de mantener a Nora lejos de los entornos en los que podía llegar a obtener información. Desconfiaba, con justa razón. El apodo de «husmeadora» recorría las oficinas cada vez que se referían a ella. Después de casi cinco meses bajo el riguroso yugo de Clarence, los rumores en su nombre comenzaron a dejar de tener importancia. Junto al hombre había aprendido el mejor de los oficios, el cosido y encuadernado de libros. El trabajo era puramente artesanal, lo que les atribuía un valor superior a los libros. ¿Cuántas veces había tenido en sus manos libros sin apreciar el arte en ellos?

Las habilidosas manos de Nora, con dedos delgados y ágiles, se ganaron los mejores trabajos. Las tiradas de los ejemplares eran pequeñas considerando todo el trabajo que demandaba. Algunos se encargaban de las cubiertas, conseguir un grabado perfecto en el cuero era una prioridad. Luego le seguía el acabado interno, y ahí entraba en juego su destreza. La experiencia del bordado la adquirió gracias a la esposa del vicario, la paciencia era una característica propia; juntas, lograban la admiración muda de Weisbord, que había hecho de Nora una especie de pupila.

—¡Maldición! —Lo oyó gruñir por lo bajo.

—¿Se encuentra bien, señor Weisbord? —Lo evaluó de reojo, estaba colocando la cola en el lomo de hojas ya cosidas, se requería de extremo cuidado para no saturar el papel y evitar desbordes al colocar la cubierta de cuero.

—Sí, lo mismo de siempre, pequeña... lo mismo de siempre. —Resopló con fastidio mientras se masajaba los nudillos y los dedos. Era un hombre con más de seis décadas encima, y la vida dedicada al trabajo de imprenta y producción de libros estaba dejando una dolorosa secuela en él.

—¿Ha estado utilizando el aceite de manzanilla que le traje?

—Sí —respondió dejando escapar un leve quejido.

—Creí que estaba cumpliendo con su cometido. —No le agradaba verlo sufrir, era un hombre serio, reacio, pero amable, respetuoso, y dispuesto a compartir con otros sus conocimientos que, contrario a lo que él pensaba, no eran pocos.

—Lo hizo, lo hizo... el problema es que abusé de él.

Nora abandonó la tarea por unos minutos, la cola ya estaba distribuida, debía dejar que se aireara. Giró sobre la banqueta para enfrentarlo.

—¿No le ha quedado más?

Clarence escogió no responder. Nora sabía que el hombre era incapaz de mentir, y a la vez, era un terco como ella, prefería tolerar el dolor antes de molestar a otros con ayuda.

—Esta tarde voy por más —emitió como un decreto, y retomó la labor.

—No, señorita Jolley, no es necesario. Además, no quiero importunarla.

Sabía por ella que obtenía esos preparados de aceites medicinales de las Hermanas de la Caridad.

—No lo hace en lo absoluto, señor Weisbord, tengo que hacer un recado cerca del convento...

El tan característico andar de Nicholas Tuli, uno de los empleados administrativos de la editorial, resonó a las espaldas de Nora. Se limitó al silencio, casi nunca se dirigían a ella, ni siquiera se tomaban la molestia de desearle un buen día.

Esa vez no fue la excepción, Tuli fue directo a Clarence, le murmuró algo al oído, y así como llegó, se marchó; sus potentes pasos sobre la madera, producto del notorio exceso de peso, se oyeron a lo lejos por unos cuantos segundos. Cuando la interrupción del hombre fue un recuerdo, Clarence habló:

—Nora...

Nunca antes la había tuteado. La piel del cuello se le erizó.

—¿Sí, señor Weisbord?

—Carrington quiere verte.

La sensación de escalofrío recorrió todo su cuerpo. Las palabras se le atascaron en la garganta. Llevaba semanas esperando ese momento, el

prudencial, el necesario. El hombre ya había cumplido, Edward Clark debía de sentirse correspondido. Ahora, Carrington podía decir que no tenía la pasta necesaria para el trabajo, o que sus servicios no eran necesarios. Cualquier cosa con tal de librarse de la «husmeadora».

La palidez fue notoria en su rostro. Clarence fue hasta ella, desde donde la contemplaba, parecía una frágil muñequita de nieve.

—Ey, pequeña... todo va a estar bien.

—¿En verdad lo cree así, señor Weisbord? —dijo apenas moviendo los labios. Para Nora, ese llamado era una sentencia.

—Por supuesto que sí, este no es lugar para ti.

Las palabras fueron mal interpretadas por ella. O tal vez, mal expresadas por él. Como fuese, Nora reaccionó.

—¡Pero yo necesito este trabajo! ¡Este trabajo es todo lo que tengo!

Era verdad, lo era todo. La posibilidad de independencia, la sensación de autosuficiencia y, en especial, una silenciosa búsqueda de justicia para su hermana... y también para Charles Miler. Si es que algún día podía llegar a él.

—Tranquila, tranquila... con *lugar* me refería a esto. —Abrió los brazos para abarcar el alrededor—. No a Miler & Miler, confía en mí. Deja eso y ve con el señor Carrington.

La ansiedad la hizo subir los escalones de dos en dos. El corazón le bombeaba con una fuerza indescriptible. Confiaba en Clarence y en sus palabras, estaba ante una nueva oportunidad, no una despedida. Aun así, la combinación de sentimientos positivos y negativos solo consiguió arrastrarla a un nerviosismo para nada funcional, que se potenció cuando quedó a solas, a la espera, en la oficina del hombre. Sus tacones parecían cascos de caballos retumbando en las aceras a pleno trote, y sus dedos se movían como si estuviesen ante un piano imaginario. Sin darle un minuto de piedad, la primera gota de sudor le recorrió la frente.

Mathias Carrington era comparable a un vendaval; iba de un lado al otro, sin detenerse en realidad en ningún lado, alterando a cuanto individuo se le cruzase. Según él, siempre corrían contra el tiempo, nunca daban abasto. Si a ella le habían puesto un sobrenombre, el de todos los demás debía de ser «murmuradores». Tras los pasos del jefe, solo quedaba eso, murmullos. Para suerte de Nora, los mismos resultaron ser el preámbulo de la llegada de Carrington.

Cerró las manos en puño para evitar que sus dedos tamborilearan y se

levantó de la silla para apaciguar la actividad inquieta que poseía a sus piernas. Derecha, bien erguida, con el mentón en perfecto ángulo. No había arrugas, ni pelusas, ni rastros de suciedad en su vestimenta, ya lo había comprobado. Quedaba relajarse, respirar...

—¡Vaya, vaya! —La estampida Carrington finalmente llegó—. No me acordaba de que estaba aquí. —En un par de zancadas estuvo al otro lado del escritorio, frente a ella—. ¿Qué hace de pie, señorita Jolley?

—Lo esperaba, señor Carrington —respondió una vez que se aclaró la garganta.

—Podía esperarme sentada.

—Lo sé, así lo hice.

Comentar el hecho de que llevaba más de un cuarto de hora a su espera no le pareció correcto dado su estatus laboral, pero en otra circunstancia, lo habría hecho. La impuntualidad americana era incompatible con Jolley.

—¿Y por qué se levantó?

—Porque lo oí llegar, señor.

El tiempo corría contra reloj para Carrington, cada segundo valía, y no lo invertiría en absurdos protocolares que no tenían espacio ni sentido. Se dejó caer en la silla. La tal señorita Jolley necesitaba moldear sus costumbres.

—Pues ya estoy aquí, tome asiento que me desespera.

Nora aplanó su falda, y retomó el lugar en la silla que había abandonado segundos atrás. Lo hizo con calma y elegancia, invirtiendo más trabajo del necesario. Para Carrington eso era un despropósito.

—Seamos breves, señorita Jolley... y, sobre todo, eficientes. Estoy hasta la coronilla de los comentarios de Clarence.

—¿Disculpe, señor? —interrumpió—, ¿Clarence?

—Sí, Clarence, al parecer, según él, usted es un diamante en bruto. —El escepticismo fue bien directo—. Y no me queda más alternativa que comprobarlo para refutarlo. —Desplegó un abanico de hojas ante él, desde la distancia en que se encontraba, Nora supuso que estaba ante un manuscrito—. Ve con Coleen...

Para Nora, Carrington utilizaba la estrategia del enigma cuando hablaba. No era así, el hombre simplemente apelaba a lo importante, invertía las energías en las labores editoriales y en los empleados funcionales. De momento, ella no lo era.

—¿Disculpe? —repitió sin comprender la indicación.

Los ojos de Mathias abandonaron el análisis literario para trazar un

camino directo a los de Nora.

—«*Disculpe*», ¿es acaso lo único que sabe decir? —No esperó respuesta, regresó a la lectura—. La recordaba más parlanchina —murmuró por lo bajo.

—Usted me dijo que me guardara mis intenciones y mis palabras...

En la primera entrevista lo había dejado bien en claro: «*No quiero oírla haciendo preguntas, ni metiendo las narices donde no debe*».

Carrington sonrió manteniendo la atención en la lectura.

—Me alegra saber que lo recuerda y que lo sigue aplicando, tal vez no todo está perdido con usted. Vaya con Coleen...

—¿Quién es Coleen?

—Averígüelo, Jolley, y salga de mi oficina. Sentada o parada, me desespera por partes iguales.

Al otro lado de la puerta, la realidad editorial cotidiana que apenas percibía desde las inmediaciones de la planta baja —lo que podría llegar a considerarse un entorno laboral tranquilo y organizado—, se transformaba en un escenario dantesco.

Apenas reconocía un par de rostros. Coleen podía ser cualquiera de las mujeres que trabajaba allí. Sin pudor alguno, detuvo al primer muchacho que pasó a su lado.

—Perdón, ¿quién es Coleen?

—¡Coleen! —Alzó la voz el interrogado—. ¡Te buscan!

Una mujer, de casi unos treinta años, levantó la mano a lo lejos.

—Ahí la tienes... —Le sonrió—. A propósito, yo soy Jon —dijo alejándose de ella, pero sin darle la espalda.

—Yo soy Nora... Nora Jolley.

—Ya sé quién eres. —Le guiñó un ojo, volvió a sonreír, giró y se marchó hasta desvanecerse en uno de los corredores laterales.

Un par de minutos y ya extrañaba al silencioso señor Weisbord y a la aturdidora melodía de las prensas de impresión. Los nervios le hicieron sudar las manos. Con disimulo, las secó en la tela de la falda. ¡Si pudiste cruzar el océano sola, puedes con esto!

Atravesó el salón esquivando los inquietos cuerpos, uno... dos... tres... al quinto escritorio, llegó a destino. Coleen se hallaba sumida en un intenso trabajo de escritura, la pluma danzaba sobre el papel al compás de su mano. La tinta en sus dedos confesaba que llevaba horas realizando la misma actividad.

—¿Coleen?

Cada cual estaba sumergido en lo suyo, y la mujer ante Nora no era la excepción.

—¿Quién pregunta?

—Me llamo Jolley... —Los nervios le hicieron olvidar su nombre—. Nora Jolley, el señor Carrington...

—Ahórrate las palabras, Jolley.

—Nora... Nora Jolley.

La tal Coleen pasó por alto el detalle del nombre completo.

—Ten... —Le entregó un manojó de cartas—. Llévalas al correo —le indicó para luego manifestarse en voz alta—. ¿Alguien tiene correspondencia para ser enviada?

—¡Yo! —confirmó uno.

—¡Y yo! —confirmó otro.

—Si me das unos minutos, yo también —agregó la mujer cuyo escritorio era contiguo al de Coleen.

—Perfecto... —respondió Coleen—, entrégueselo a Jolley.

En segundos, sus brazos se llenaron de cartas y sobres que reenviaban manuscritos.

—Aquí tienes, Jolley.

—Jolley, ten...

Jolley esto. Jolley lo otro.

Se quedó en silencio, a la espera, contemplando como las fieras de la jungla editorial disfrutaban de la nueva presa. El sobrenombre que se había ganado meses atrás era reemplazado por «Jolley».

Era una neoyorquina más, finalmente, luego de dos años, lo había conseguido. Y no era algo que se definía por la vestimenta o cambio de costumbres, no, la característica que te definía como un auténtico americano ciudadano estaba marcada por el manejo del tiempo. La tranquilidad no tenía lugar, se vivía al límite del frenetismo, y Nora Jolley, al igual que la mayoría, corría tras las agujas del reloj.

—¡Por favor, niña, desayuna como es debido!

Para la señora Monroe, sin importar cuánto hubiese crecido, siempre sería su adorable niña de trenzas.

—Lo siento, Grace, tengo cientos de recados que hacer, no tengo tiempo.

No se había sentado a la mesa, bebía café y devoraba una tostada de parada.

—¡Díselo a tu cuerpo! ¿Te has visto al espejo? Estás escuálida, Nora.

—Estoy igual que siempre, mira... —Giró para demostrarle que la ropa le calzaba de igual manera.

—Eva opina como yo, y eso que no te ve a diario.

¡Por suerte!, pensó Nora.

—¡Prometo que mañana desayunaré como Dios manda! —dijo besándola en la mejilla—. Tú y yo, ¿qué te parece?

—No hagas promesas que no puedes cumplir —la reprendió con cariño.

—Prometo cumplirla, y no solo por los pastelillos, sino por la compañía.

Las palabras perfectas para Grace. Le sonrió, y de seguro, en el silencio de su mente, se convenció de que encontraría el momento propicio para hacerla entrar en razones.

—Llévate un pastelillo contigo, puedes comerlo en el camino.

No lo haría, estaba rompiendo las estructuras que había traído consigo, pero no tanto. Le resultaba espantoso comer a la vista de todo el mundo mientras caminaba. De todas maneras, lo tomó, solo para contentarla.

Como era habitual, el descontrol desbordaba a Miler & Miler a primera hora de la mañana. Ella era una bocanada de aire fresco para todos, no por lo

amorosa o el vínculo amistoso conformado, sino por lo eficiente.

—¿Dime que ese pastelillo es para mí?

Jon era el primero en darle la bienvenida, a su manera, con sus encantos y sonrisas. Habían entablado una buena relación, al fin de cuentas, eran los más jóvenes. Se lo entregó, no iba a comerlo, no podía tomarse ni dos minutos para un tentempié.

—¡Jolley! —Coleen la convocó sabedora de que Jon siempre la demoraba más de lo deseado.

—Con tu permiso. —Agradeció la intervención de la mujer, lo único malo de Jon era que conseguía distraerla con facilidad. Se alejó de él y fue directo a Coleen—. Buen día, Coleen...

—¿Recuerdas las correcciones que me sugeriste el otro día?

—Sí...

Habían trabajado juntas en un manuscrito nuevo, el autor era de origen británico.

—Se las enseñé a Mathias, y ahora quiere verte.

—¿Carrington? ¿A mí? ¿Por qué? —Nervios, el nombre Carrington era sinónimo de ese malestar.

—No lo sé, ya me lo dirás. Ve...

Dominó las sensaciones decidida a hondar en el asunto con la mayor brevedad posible, no podía quitarse de la cabeza el hecho de que tenía un montón de pendientes.

Llamó a la puerta. La respuesta no se hizo esperar. Asomó el rostro.

—Señorita Jolley... adelante.

Ni bien avanzó, Carrington se le adelantó para interrumpirle el camino. Tenía en la mano una hoja que pertenecía a alguna obra literaria próxima a publicar.

—Tenga... —Se la entregó—. Lea el primer fragmento.

Los ojos de Nora se deslizaron por las palabras ante la obvia evaluación de Carrington. Cuando hicieron una pausa en la lectura, él indagó:

—¿Qué opina?

—¿En qué contexto?

—Usted es británica, ¿no es así?

—Sí, nací en el condado de Eastbourne.

—¿Y eso se encuentra cerca de Londres?

Nadie obligaba al hombre a saber de geografía inglesa.

—No, en lo absoluto...

—Bueno, no importa, es Inglaterra al fin... Dígame, ¿qué tan inglés siente que es el texto?

¿Qué intentaba preguntarle? Estaba desconcertada.

—No lo entiendo, señor Carrington.

—Déjeme plasmarlo de otro modo, si usted tiene este texto en sus manos, sin saber su procedencia, ¿podría intuir su origen?

—Por supuesto que sí, se nota a la legua que es un escrito cien por ciento inglés.

—¿Y este? —dijo tomando otra hoja del escritorio para reemplazar la que tenía entre sus manos.

Leyó el primero de los fragmentos, y emitió su juicio:

—Puedo reconocer la pluma de *James*.

—La pluma americana, dirá...

—En una forma de decirlo, sí.

—Señorita Jolley, ¿cree usted que pueda lograr un equilibrio entre ambos?

Comprendía lo que le estaba sugiriendo, había expresiones británicas que solían resultar confusas para los americanos, y viceversa. Carrington, como buen editor que era, intentaba encontrar el punto de mayor neutralidad.

—Se refiere a que el texto americano no sea tan americano...

—Y que el texto inglés no sea tan europeo —agregó él con una sonrisa.

—Podría intentarlo —dijo con seguridad, es más, la tarea planteada le parecía enriquecedora y desafiante.

—Pues inténtelo... le diré a Coleen que le adjudique un escritorio. De ahora en más, nada de correo ni recepción de manuscritos, su trabajo es este...

—Le colocó en los brazos la totalidad de la obra británica.

El tiempo le fue dando un nuevo lugar a Nora, uno que puso a prueba su ímpetu. Por desgracia, parte de ese sentimiento se vio corroído por una amarga realidad que era cada vez más aceptada: era posible que aquello que había ido a buscar a ese lado del mundo nunca fuese encontrado. Porque, ya era más que evidente, no quería ser hallado.

El nombre de Charles Miler se filtraba en conversaciones con total naturalidad, por supuesto, hablaban del fundador de la editorial. Un hombre visionario, que había construido ese imperio de letras y tinta de la nada. Muchos de los actuales empleados lo habían conocido. Ni mención hacer de Mathias Carrington, que había dado los primeros pasos en el ámbito laboral

gracias a la ayuda del hombre. Llevaba tiempo muerto, más de lo que uno podría llegar a presuponer dada la intensidad de su recuerdo; sin embargo, el fantasma no era él. Era otro, Charles Miler hijo.

Cada tanto se corría el rumor de una visita que nunca llegaba a concretarse. O, desde telegramas imprevistos, se les informaba de su presencia en algunas de las otras sedes de la editorial que se encontraban en el país.

Nora estaba llegando a considerar como verdad universal a las palabras de Sor Magdalena cuando ella le echaba en cara las injusticias en el mundo. Que las había, y muchas, trabajar en la editorial le había abierto los ojos. Ella quería justicia por su hermana. ¿Y el resto de las hermanas? ¿Y los niños que pasaban hambre y morían abandonados en callejones?

En fin, cuando se sentía insatisfecha y con ganas de patear el tablero del Creador, recordaba las palabras amables y solemnes de la monja:

«Los caminos de Dios son misteriosos como la senda del viento... y son tan, tan misteriosos, que cada tanto se pierde. Pero no te preocupes, tarde o temprano, encuentra el camino de regreso. Solo es cuestión de paciencia».

Paciencia. Respiraba paciencia, la desayunaba, la cenaba y se acostaba junto a ella. Confiaba en la ley divina, de una u otra manera, con Charles Miler o sin él, haría pagar al marqués por sus pecados.

—Ey, Nora... ¿dónde te has perdido, muchacha? —Martha llevaba varios segundos parada a su lado y ni cuenta se había dado— ¿Has visto la hora?

Martha era una de las figuras femeninas más antiguas de la editorial, y junto a Coleen, se habían convertido en un grupo dinámico y funcional. Había otras muchachas trabajando en Miler & Miler, pero se prestaban más al cotilleo que a la labor en sí, eran la cara bonita de la empresa, las pestañas parpadeantes, las sonrisas de bienvenida. En cambio, ellas tres —sin desmerecer sus cualidades físicas, por supuesto— estaban abocadas al trabajo ya que cumplían una función esencial: el intercambio de correspondencia con autores, sedes editoriales, y la corrección de manuscritos con su consecuente lectura y análisis. Carrington confiaba en el ojo clínico de las mujeres, y en el análisis final que realizaban.

—Oh... No, la verdad que no —Apartó los ojos del escrito que tenía ante ella—, a veces no veo beneficioso el hecho de conocer el estado de las agujas del reloj.

Martha rio.

—Comprendo, comprendo, yo también consideré lo mismo tiempo atrás.

—¿Tiempo atrás? ¿Qué sucedió después de ese tiempo?

—Tuve a mis niños y perdí a mi esposo, entonces no me quedó más alternativa que correr a la par de esas agujas.

La vida en América era muy diferente a lo que había vivido en Eastbourne. En verdad era una auténtica tierra de oportunidades, un «*nuevo mundo*». Uno en el que las mujeres comenzaban a valerse por sí mismas y eran respetadas por ello, sin ser exiliadas del ámbito social.

—Lo siento...

—No tienes por qué, muchacha —dijo calzándose los guantes mientras miraba en derredor—. Ya se han marchado casi todos. No te demores mucho...

Solían salir en grupo, lo que les garantizaba seguridad. Cuando el sol caía, las calles de Nueva York se sumían en una oscuridad que servían de escenario para la puja de la conquista. Todos querían ser amos y señores de esa ciudad.

—No lo haré, me quedan tan solo un par de páginas.

—¿Qué tienes entre tus manos? —La curiosidad le ganó la partida a Martha, tomó una de las hojas—. Déjame ver qué te tiene tan entretenida...

—Son los últimos escritos de Vanessa Witthall —se adelantó a responder Nora con el entusiasmo en la punta de la lengua. Una crítica directa al esnobismo y como éste llevaría a la sociedad a la decadencia definitiva.

Una carcajada abandonó la garganta de Martha.

—¡Ay, Lady Witthall, siempre tan mordaz y cínica! ¡La adoro! —Le devolvió la hoja—. Ten... e insisto, no te demores. Buenas noches, Nora.

Llevaba más de un año siendo «*Nora*», el «*Jolley*» era un agradable recuerdo de principiante.

—Buenas noches, Martha... hasta mañana.

Retomó la lectura, la mujer estaba en lo cierto, no tenía que demorarse. Le quedaban tan solo veinte hojas de manuscrito, y la narrativa de la americana, a pesar de llevar un par de años viviendo en tierras británicas, era impecable y embriagadora.

—¡Señorita Jolley! —La voz de Mathias Carrington hizo eco en el salón vacío. Le hablaba desde el resguardo de la oficina. El hombre tenía esa manía de quedarse a deshoras, se marchaba cuando consideraba que el trabajo había llegado a su momento de pausa hasta el día siguiente—. ¿Se encuentra ahí?

¡Diablos! Se demoraría.

—Sí, señor Carrington. ¿Necesita algo?

—Pues sí, hablar contigo... Ven aquí, muchacha.

Al editor en jefe jamás se le hacía esperar más de lo debido. En segundos,

el rostro de Nora apareció asomado en el umbral de la puerta.

—Entra, entra... vamos, toma asiento.

—Con su permiso. —Era imposible hacer a un lado la educación rígida aprendida, Inglaterra todavía le seguía corriendo por las venas.

Se acomodó en la silla frente al escritorio, le hubiese gustado mantener la espalda recta; no pudo, estaba muy agotada. Estaba adquiriendo malas costumbres posturales, debía hacer algo al respecto.

—¿Qué proyección tiene para el nuevo libro de Lady Witthall?

—Creo que para fin de esta semana ya se puede iniciar el proceso de impresión y producción.

—¡Perfecto! —esbozó con satisfacción. Descansó el cuerpo contra el respaldo de la silla, la espalda le crujió y dejó escapar una exhalación de alivio. Los años le pesaban, los años encorvado sobre un escritorio dejaban huellas invisibles en las vértebras. La observó con detenimiento, como si la estuviera evaluando, algo que nunca antes había hecho con notoriedad—. Eres buena y rápida, muchacha —confesó después de meditarlo—. Clarence estaba en lo cierto... —La melancolía los embargó a ambos, Weisbord había fallecido tres meses atrás—, eras y eres un diamante en bruto. —El ceño fruncido de Nora lo obligó a extender lo dicho—. Pulirte se encuentra lejos de mis capacidades, o, mejor dicho, lejos de las capacidades de Miler & Miler, Nueva York.

—¿Perdón? —El nerviosismo no pudo ser controlado por Nora. ¿Acaso la estaba invitando a marcharse de manera cortés?—. No lo he entendido, señor Carrington.

—Lo sé, lo sé, yo mismo le he dado vueltas y vueltas a este asunto... quiero darte el puesto que te mereces, y para mi lamento, no está aquí.

¡Por los cielos, la estaba enloqueciendo! Continuaba sin entender el punto que intentaba exponer.

—¿Y dónde se encuentra ese puesto?

Fue la única pregunta estratégica que se le ocurrió, no pondría en evidencia su incapacidad de entendimiento, y a la vez obtendría una respuesta concreta. Por algún extraño motivo, presentía que la respuesta sería: en tu hogar. La relegarían a la vida que le habían enseñado a enfrentar, sin expectativas, sin independencia ni superación.

—Boston... Boston puede ser una alternativa para ti, si es que eres lo suficientemente inteligente como para aceptarla.

Miler & Miler contaba con oficinas editoriales a lo ancho del país, la

citada era una de las más importantes junto a la de Nueva York.

¿Había oído bien? ¿Boston? No podía hablar. No podía moverse. Estaba paralizada, del miedo, de la emoción. Lo inesperado conjugado con el anhelo se colaba en su vida.

—¿Me ha oído, señorita Jolley? Dije, Boston.

Se dio una bofetada imaginaria para espabilarse.

—Sí, sí... lo he oído a la perfección, señor Carrington. Solo tengo una duda.

—¿Cuál?

—¿Qué haría en Boston?

—Crecer, señorita Jolley... brillar. Y por supuesto, hacerme quedar bien. ¿Cree que será capaz?

—Sí... —titubeó. Entrelazó los dedos de sus manos para contener el temblor.

—Con esa actitud, lo dudo —dijo calzándose los lentes en el tabique para continuar con su trabajo—. Vuelvo a repetir, ¿cree que podrá hacerlo?

Por supuesto que sí, no estaba esperando esa oportunidad, ni siquiera la había imaginado, sin embargo, ahí estaba, ante ella. Iba a tomarla, iba a domarla como a un potro salvaje.

—Sí. —La certeza le hizo abandonar la silla. Fue puro instinto sin normas sociales que la doblegaran. Alzó el mentón—. Por supuesto que sí.

—De ser así, prepárese, en un par de semanas queda una vacante libre, y pretendo que sea para usted. Ahora, regrese a lo suyo que yo necesito continuar con lo mío.

Así la despidió, como quién comenta algo poco relevante al pasar.

Estaba impaciente, y nostálgica por partes iguales. Le había sido difícil acostumbrarse a la vida de esa ciudad, lo consiguió gracias a la ayuda de los Clark, pero por sobre todo, gracias al sostén emocional que la señora Monroe le brindaba a diario. ¿Marcharse? Nunca antes lo había pensado. ¿Quedarse ahí? Tampoco. ¿Qué le quedaba, entonces?

Crecer...

Sí, crecer, y recorrer un nuevo camino. Tal vez, en ese camino podría toparse con el fantasma que la acosaba en sueños. Uno llamado Charles Miler.

Debía contener la ansiedad, tarea imposible en esos instantes. La nieve caía como una cortina blanca y los copos decoraban los árboles. Boston comenzaba a dibujarse en el paisaje. El tren en el que Nora viajaba se acercaba a la ciudad, rompiendo la monotonía de los bosques de los alrededores.

Boston difería de Nueva York en las fachadas de ladrillos rojos, en el verdor que conservaba y en el tipo de vida que allí residía. Se trataba del seno de la educación americana, el equivalente al Cambridge británico, y Nora no podía creer su suerte: sería correctora de textos allí. Sabía que aún le faltaba mucho por recorrer, que empezaría con los textos de ficción antes de llegar a lo que anhelaba, los ensayos de las mentes brillantes de ese país.

Se acercó a la ventanilla del vagón y su aliento empañó el vidrio. El traqueteo sobre los rieles disminuía la velocidad y anunciaba la llegada a destino. Nora no llevaba más que dos maletas, las mismas que la acompañaban siempre en sus aventuras, solo que en esa ocasión estaban repletas. Dos vestidos para diario, uno para noche, ropa de dormir e interior, algunos chales, un par de zapatos de recambio y productos de higiene. El abrigo lo acarreaba en los hombros, pues el frío de la zona lo obligaba.

Viajaba en compañía de la esposa del señor Carrington, que cumplía el rol de chaperona y mantenía la buena imagen de Nora. De todos modos, se separarían ni bien pisaran la estación. La mujer había aprovechado el viaje para visitar a su hermana, y ella había enviado un telegrama con la información de su arribo y las indicaciones para que la esperaran. Se sentía exultante y nerviosa, ese envío, redactado por ella, había sido la primera labor de su nuevo rol. El estómago se le estrujó al pensar en las responsabilidades venideras. Tenía tan solo diecisiete años y ya cargaba con dos de experiencia en el mundo editorial. El miedo había quedado atrás, allá, en los primeros días en el Nuevo Mundo. Sabía que ese cosquilleo representaba experiencias desconocidas, conocimiento, y anhelaba absorberlo todo como había hecho desde que emprendió ese largo viaje.

Pensaba en Elisa a diario, cada noche, a la hora de dormir, rezaba un par de oraciones y le dedicaba unos minutos a poner al corriente al espíritu de su hermana sobre las novedades de su vida. Y siempre, siempre, le pedía que la

exculpara por no haber podido conseguir justicia para su muerte.

Ansiaba, secretamente, que en Boston pudiera cruzarse con Charles Miler. En los dos años pasados no lo vio ni una vez; jamás, en todas esas jornadas laborales, él apareció. Tenía entendido que las órdenes eran enviadas a través de correspondencia, pero el origen de la misma era un misterio. Bien podía estar recluido en una casona en Nueva York como hallarse en las Indias. Nora solía preguntar, en cada ocasión que esas cajas y misivas llegaban, si sabían en dónde se hallaba el editor, y en la mayoría de los casos, recibía por respuesta un encogimiento de hombros y una muestra de desconocimiento. Solo el señor Carrington se dignó en una ocasión a darle una explicación: *se encuentra haciendo algo importante, señorita Jolley, algo que requiere valor y discreción. En su lugar, dejaría de hacer preguntas.*

A Nora no le quedó más remedio que bajar la cabeza, algo que hacía sangrar a su orgullo, y aceptar las palabras de Carrington. Recordaba el recelo inicial, cuando ella era una extraña, una desconfianza que se había disipado tras años de trabajar codo a codo. Sin embargo, el mismo sentimiento teñía la mirada de su jefe cuando ella se atrevía a indagar. De modo que había abandonado las pesquisas directas y se contentaba con los rumores que se suscitaban en la pequeña cocina de la oficina cuando los empleados se reunían alrededor de la lumbre y compartían tazas de té y café.

Se atreverá a publicar el libro de Fulano... Busca coartar la carrera política de Alguien... Intentará inundar las universidades con los textos del Filósofo... y, el tema que más agradaba a Nora: publicará un nuevo libro de Ella.

Ella era Vanessa Witthall, la muchacha americana convertida en condesa británica que se atrevía a escribir sin pseudónimo masculino. Sus libros convulsionaban a la sociedad y en muchos espacios estaban vedados. Charles Miler era conocido, por todo eso, como un editor revolucionario, irreverente. Algunos elegían términos menos respetuosos como hereje, destructor de la cultura y conspirador. A Nora le hubiera gustado, además de por la necesidad de justicia, tenerlo frente a frente para forjarse una opinión propia. Una parte de ella lo admiraba profundamente, mientras otra no podía dejar de preguntarse ¿por qué se escondía, por qué el secretismo, por qué no enfrentaba a la sociedad cara a cara en lugar de hacerlo a través de sus escritores? Las palabras de Carrington podían ser la respuesta que inclinara la balanza, quizá ese *algo importante* que tenía entre manos se trataba de una misión trascendental, en cuyo caso, la admiración de Nora tocaría las nubes; de lo

contrario, si solo se escondía para no recibir las reprimendas por las publicaciones, ella no podría verlo más que como un cobarde. Al fin de cuentas, los empleados de Miler & Miler en varias ocasiones se vieron expuestos a las represalias. Apedreadas en las ventanas, incendios premeditados, redadas policiales por falsas denuncias... Mucha gente quería acallar lo que Miler & Miler publicaba.

La campana sonó, Nora y la señora Carrington se pusieron de pie, se rodearon con los chales por encima de los abrigo, hasta cubrir sus cabezas y narices, ajustaron los guantes y descendieron del vagón. Un muchachito de unos diez años se apresuró a alcanzarles las maletas, y ambas mujeres le dieron unos helados centavos de propina que guardó en los bolsillos tras un gesto de agradecimiento.

—Creo que hasta aquí llegamos, señora Carrington. —Un coche aguardaba por la mujer, y el cuñado de la misma se encargaba de subir el equipaje mientras se despedían.

—Así es, querida. Recuerda la dirección de mi hermana, por si acaso. Y si tienes tiempo libre, algo que dudo según me ha dicho mi querido esposo, visítanos. Las mujeres mayores necesitamos contacto con la juventud.

—Señoras mayores... —la reprendió Nora—, pero si resulta que usted es una pescadora de halagos.

Volvieron a abrazarse y a desearse suerte, y emprendieron cada una por su lado. Un coche de la editorial esperaba por ella, el cochero tenía un cartel que decía *Senorita Joley*, que hizo a Nora poner los ojos en blanco, ¿acaso a eso se enfrentaba?, ¿hasta los letreros con errores?

—Buenos días...

—¿Es *usté* la señorita Joley?

—La misma, señorita —remarcó— Jolley, con doble ele. —El cochero alzó la ceja, ni siquiera sabía lo que el cartel decía, por lo que no era capaz de entender la reprimenda—. ¿Trabaja usted para la editorial?

—Sí, señora... señorita Jolley. Soy Mark, me encargo de la correspondencia, de llevar gente, de recados varios. ¿Por qué, va a despedirme?

—¡No!, por supuesto que no. Pero es inadmisibile que trabaje en una editorial y no sepa usted leer.

—¡Claro que sé leer! —dijo el hombre, ofendido.

—Pues, ¿qué dice allí? —Señaló un aviso de función teatral.

—Teatro —contestó con un dejo de vergüenza. Adivinaba el contenido en

base a las imágenes—. No me despida, señorita, tengo familia.

—Vamos, Mark, lléveme a la dirección Somerset Street 4th. —El cochero seguía compungido por el miedo a su suerte. Ayudó con amabilidad a Nora, le sostuvo la portezuela mientras la muchacha se impulsaba sobre el estribo y se perdía en el interior. Era un coche simple, en el que la caja de pasajeros quedaba unida al pescante. La señorita Jolley se acercó a la ventana que comunicaba ambas secciones y por poco cae de nalgas cuando los caballos se pusieron en movimiento—. Mark, no lo despediré, jamás se me ocurriría...

—¿Sabe?, han despedido a un corrector, no me sorprendería que me dejen a mí, que no soy más que un mandadero, de patitas a la calle.

—Pues si eso sucede, no será por mí, delo por seguro. Eso no implica que no deba insistir, trabaja en una editorial... haremos lo siguiente: le dedicaremos media hora al día a aprender a leer y escribir. ¿Le parece bien?

La risa de Mark no fue muy esperanzadora. Cuando recuperó el aire tras las carcajadas, dijo:

—Si usted encuentra el tiempo para hacerlo, encantado, señorita. Ya me dirá...

Nora no pensaba rendirse, además, si Mark aprendía, podía escalar en la empresa como ella. ¿Escalar? ¿Dejar su puesto en la pirámide y ascender? ¿Pero qué demonios estaba haciendo América con su persona?, ya pensaba como toda una neoyorquina. En esa ocasión, fue Nora quien rio de sus pensamientos, acomodó el cuerpo en la mullida butaca y se asomó por la ventanilla lateral para observar la ciudad que sería su hogar por tiempo indefinido.

La gran casona de Somerset Street le pareció lujosa en cuanto la vio. Por un instante, pensó que se había equivocado y revisó la libreta que llevaba en el pequeño bolso de mano para constatar la dirección. Estaba en lo correcto, era allí.

A Nora le costaba habituarse a la ostentación americana, al igual que a sus bajos precios. Llevaba dos años en el país y cada tanto volvía a calcular de manera mental a cuántas libras correspondía tal o cual gasto.

—Llame, señorita, que se va a congelar aquí en la acera. —Mark puso la palma hacia arriba para sostener los copos de nieve. No iba a bajar las maletas hasta que no le abrieran la puerta. Nora se apuró a sacudir el llamador que pendía de la boca de un león de bronce y repiqueteó los pies en el escalón. La nieve debajo de ella se hizo hielo.

—¡Ya está aquí, ya está aquí! —Una estridente voz se oyó del otro lado—. Amy, por Dios, llevas tinta en la nariz. Clarise, acomoda esos mechones que pareces recién despierta. Señora Olivender, apúrese a atender. Ay, por todos los santos, que tengo que estar en todo...

La voz de la señora Saint Jordan se interrumpió en el preciso instante en que la puerta se abría. Nora divisó un cuadro perfecto, que nada tenía de espontáneo. Incluso si no hubiese escuchado las quejas de la viuda, hubiera adivinado que era impostado.

—Buenos días, señora Saint Jordan.

—Buenos días, señorita Jolley, sea usted muy bienvenida a mi humilde morada. Señora Olivender, por favor, indíquele al caballero adónde llevar las maletas. Pasa, muchacha, pasa, que vas a congelarte.

—Muchas gracias... —Nora dio un paso y atravesó el umbral. Las dos señoritas que secundaban a Stephanie Saint Jordan mantenían la compostura a fuerza de pulida educación. Ella misma se veía en la obligación de no reír, ni hacer contacto visual para no desatar la avalancha de risas.

—El señor Carrington me ha contado de su terrible situación, señorita Jolley. Espero que cuente conmigo como una madre para salir adelante. Aquí la señorita Amy Brosman y la señorita Clarise Eastwood podrán dar fe de ello.

—Perdón, no sé qué le ha contado el señor Carrington sobre *mi situación*... —Amy simuló limpiar una mota de polvo en su nariz para poder tapar la sonrisa que le pujaba los labios; Clarise, en cambio, consideró que la punta de sus zapatos requería de su completa atención.

—Oh, querida, no tienes por qué sentir vergüenza... Ven, sirvamos el té. Es muy común tu situación, ¿qué edad tienes?

—Diecisiete —contestó, por completo desconcertada. Siguió los pasos de la viuda hasta el salón principal, donde la mujer le indicó que se sentara en un sofá individual. Las dos señoritas, aún mudas, la imitaron y ocuparon un sillón doble. La coordinación de los movimientos resultó admirable para Nora.

—¡Excelente noticia!, permítame en mi edad pasar al tuteo; tienes la edad perfecta. Ya verás cómo tu *problemita* se soluciona de inmediato. Aquí Amy y, sobre todo, Clarise la tienen mucho más complicada. Claro que la señorita Brosman debería de poner un poco más de voluntad —reprochó con la vista puesta en la muchacha de cabello rojizo y piel salpicada en pecas. Amy no parecía afectada, seguía sosegada en su posición—. Espero, querida, que no se te peguen algunos de sus malos hábitos. Clarise, por el contrario, es todo lo

que hay que imitar, es una pena que no posea dote y que sea tan poco agraciada.

—Perdón, señora Saint Jordan, pero creo que he perdido el hilo de conversación. ¿Qué tiene que ver la ausencia de dote de la señorita Eastwood conmigo?, ¿y de qué problema hablamos?

—¡Pues, ¿cómo de qué problema?, de la ausencia de marido! Entiendo, querida —Las manos de la señora Saint Jordan tomaron las de Nora en un gesto de entera compasión, como si le diera el pésame—, créeme que lo entiendo. Yo misma me he visto en la necesidad de rentar las habitaciones de mi casa para subsistir cuando el señor Saint Jordan se reunió con el Creador. Hay una humildad en los corazones que aceptan su suerte y salen adelante. Comprendo que debas trabajar, y por fortuna lo haces en un lugar bastante digno, si se le puede decir así a un espacio que contrata mujeres... —agregó casi en un susurro—. Pero el lugar de la mujer es junto a su familia, y harían bien en recordarlo siempre. Esto es temporal. —Tras esas palabras, los ojos de águila de la viuda se posaron en la señorita Brosman. Al parecer, era la más rebelde de las dos.

Antes de que Nora pudiera cometer la imperdonable torpeza de sacar a Stephanie de su error, explicando que no tenía intenciones de contraer matrimonio, Mark y la señora Olivender reaparecieron para informar que las maletas de la señorita Jolley ya estaban en la habitación.

—Muy amable, señor...

—Mark, Mark Jung, a sus servicios.

—Mark Jung, ¿de los Jung de Chicago?

—No que yo sepa...

—¿Trabaja usted en la editorial Miler & Miler?

—Sí, señora, trabajaré con...

—¿Y es usted casado? —lo interrumpió la señora Saint Jordan.

—Sí, señora.

El interrogatorio dio por finalizado con esa afirmación, al igual que las sonrisas y amabilidad de la viuda. Si era casado, no le servía. Lo despidió con un gesto de mano, sirvió el té y, cuando Mark ya estaba fuera de casa, se lamentó:

—Todos los buenos partidos se encuentran ocupados... No desesperen, muchachas, yo les encontraré marido como que me llamo Stephanie Saint Jordan. —Y Amy y Clarise se llevaron la taza a los labios en otro de sus coordinados movimientos.

Nora, sin darse cuenta, las imitó. Pronto, las tres aprenderían a danzar esquivando los dardos matrimoniales de la viuda Saint Jordan.

Los nervios la consumían. Amy y Clarise se levantaron al alba, antes que la señora Olivender, para ayudar a Nora a vestirse. Hacían de doncellas las unas de las otras, la señorita Eastwood tenía un don especial para el arreglo del cabello y los temas de belleza, decía, con humor hacia sí misma, que era una habilidad que se desarrollaba a fuerza de ser fea. La joven Jolley no pensaba que Clarise fuera fea en absoluto, aunque no siguiera los cánones de belleza de la época. Amy, por el contrario, era demasiado llamativa con su cabello rojizo y su piel por completo salpicada en pecas, la señora Saint Jordan le recomendaba, por no decir que la obligaba, a usar guantes, mangas y cuellos altos para tapar la mayor porción de piel posible.

Al fin, y gracias a la asesoría de sus nuevas amigas, Nora decidió que se pondría el vestido gris topo con el chaleco en un tono más claro al igual que la sobre falda. Era el traje más liviano que tenía, siendo invierno. Gran parte de la falda era de terciopelo, un lienzo que le daba abrigo al tiempo que le permitía obviar algunas enaguas y conseguir mayor facilidad de movimiento. Ninguna de ellas contaba con el novedoso invento, los marcos de metal, que quitaban peso a la ropa interior consiguiendo la tan anhelada forma de reloj de arena. De momento, estaba disponible solo para los ricos.

Desayunar con el estómago anudado por las expectativas del día no fue tarea fácil; una vez más, fueron las muchachas quienes la instaron a ingerir una buena cantidad de tostadas y huevos, con el fundamento sólido de la necesidad de energías. Stephanie no desayunaba con ellas, solía decir que las damas no debían levantarse al alba, esa tarea era para los sirvientes y... empleados. Algo que todas sus inquilinas eran. Nora emprendía la nueva labor, pero sus compañeras de alojamiento no se quedaban atrás. Amy tenía en su haber el título de maestra, que había adquirido bajo la corriente de Horace Mann. Una línea de educación que promovía la escuela pública estatal, la educación para todos los individuos como único progreso posible, la eliminación del maltrato físico como medio de adoctrinamiento, entre otros puntos que le resultaban admirables. Para gran sorpresa de Nora, la señorita Brosman conocía a Lady Vanessa Witthall y eso, junto a las ideas progresistas de la muchacha, las hizo congeniar de inmediato. Clarise, por su lado, trabajaba en una boutique de

moda muy prestigiosa de Boston. Había aprendido con rapidez el uso de las novedosas máquinas de coser, habilidad que congeniaba con su buen gusto, capacidad de bordado en varias técnicas, delicadeza en los detalles, etcétera. La señora Saint Jordan solía ponerla de ejemplo sobre las actividades *proprias de una dama* que llevaba a cabo y que, según ella, le servirían una vez hiciera un buen matrimonio. La señorita Eastwood poseía un temple sereno y poco combativo, que escondía una voluntad férrea. No se trataba de que dejara de discutir porque se sometiera, sino porque no perdía el tiempo en tareas infructíferas. Stephanie desconocía lo que Clarise ambicionaba: tener su propia boutique, una en la que la ropa no se hiciera a medida —salvo clientes especiales—, sino que las buenas prendas y la elegancia estuvieran al alcance de la clase media.

Salieron las tres juntas, abrigadas, en un abanico de colores y porte soberbio que se ganaban varias miradas aprobatorias de los hombres. Clarise era la más alta, demasiado para su desgracia; Amy, la más baja, y Nora iba en el medio conformando una escalinata de alturas. Se separaron cinco manzanas hacia el oeste, la distancia podía recorrerse a pie desde la casa de la viuda Saint Jordan.

Al llegar a las oficinas de Miler & Miler, la recibió un gran alboroto. Mark estaba en la puerta y fumaba un puro. La miró con un gesto de culpa y desafío que ella se limitó a ignorar. Irguió el mentón y atravesó el umbral para chocar de inmediato con otro hombre joven, Liam, que acarreaba cajas de madera y gritaba como un estibador. Dos mujeres, Karen y Louisa, descosían los lomos de varios libros que habían sido mal encuadernados y lo hacían bajo los gritos despiadados de una tercera mujer: Eleanor Stean, la jefa del área. Hacia el final de ese caótico hall de ingreso, dos puertas permanecían abiertas, una con el letrero: *corectora Nora Joley* y otro con el de *jefe de edición Frank Stean*. Frank se tomaba las sienes y estaba a punto de llorar sobre el escritorio. Ya habían despedido al corrector, y todos temían que el siguiente telegrama de Miler trajera la noticia del cierre definitivo de la oficina.

—¡Silencio! —gritó y los vidrios temblaron—, ¡aún no nos despiden!, dice que nos da hasta el próximo cierre de edición. Dependemos del nuevo corrector que nos manda Nueva York. ¡¿Dónde demonios está ese maldito corrector?!

—Ese *endemoniado* corrector soy yo, señor, y si de verdad dependen de mí para que la oficina no cierre, será mejor que empiece por tratarme con

respeto. —Sus palabras fueron dichas con un marcado acento británico, al tiempo que había cambiado el insulto americano por el de su propia tierra.

El silencio fue completo y todos los ojos se posaron en ella. Los de Eleanor con suspicacia, no le gustaba para nada que Charles Miler hubiera desautorizado a su esposo, Frank. Los de Karen y Louisa, con esperanzas, ya no soportaban los maltratos de los Stean. Liam, irlandés, murmuró algo en contra de los británicos, pero no mostraba real enemistad hacia la nueva correctora, y Mark aprovechó para sonreír desde la puerta y mirarla con socarronería: ¿así que media hora para enseñar?, parecía decir con sus ojos chispeantes.

—Pues bien, señorita Correctora, aquí solemos empezar una hora antes, porque estamos muy atrasados con el trabajo y... —Nora alzó la mano y cortó la diatriba.

—Si las horas de trabajo corriente no bastan, o falta personal o falta eficiencia, ¿dígame, señor... —Buscó la libreta en donde anotaba todo y dio con el nombre del jefe, que no se había presentado— Stean, qué nos hace falta?

Liam carraspeó. Las muchachas volvieron a la costura para no demostrar que se divertían con la situación. Mark apagó el cigarro, no se atrevía, frente al carácter de esa joven fierecilla, a entrar con el puro encendido.

—Nadie vendrá a trabajar antes de las siete —dictaminó Nora, frente al silencio del jefe. Se jugaba el pellejo y lo sabía, ese hombre podía enviar un telegrama a Miler y conseguir su despido, pero se sentía confiada. Era evidente que el editor no estaba muy conforme con el trabajo de la oficina de Boston y que, si debía sacarse a alguien de encima, empezaría por Frank Stean—. No quiero que la jornada empiece antes de un buen desayuno, ni espero que estén dormidos. El trabajo editorial requiere de lucidez mental, algo imposible si se caen del hambre o el sueño. Mark... —Lo llamó, rebuscó en su bolso y dio con un dólar—, ve a comprar pan, café, té. De ahora en adelante, tendremos la cocina abastecida. Señor Stean, anote, donde sea que usted lleve las cuentas, que me debe un dólar.

—Usted... usted...

Nora lo dejó con la palabra en la boca, no le interesaba recuperar ese dólar, podía darse el gusto de gastarlo si tenía en cuenta que el nuevo salario lo cubriría con creces. Avanzó hasta la oficina, tomó una pluma, la mojó en tinta y fue hasta el letrero:

—Es correctora, no *corectora*. Es Jolley, no *Joley*. Y ahora, no perdamos

más tiempo y empecemos a trabajar.

Frank dio un fuerte portazo, Eleanor regresó con las feroces reprimendas y Liam se apoyó en la pared a la espera de órdenes.

—¿Y bien? —preguntó Nora. Debía admitir que tras el exabrupto de carácter no sabía por dónde empezar. Liam lo había adivinado, y la miraba con picardía.

—Liam Douglass, a sus servicios, señorita Correctora.

—Nora Jolley, con doble elle —remarcó, en esa ocasión, con un deje de humor—. Usted ya sabe mi puesto, me falta conocer el suyo, señor Douglass.

—Si tuviéramos algo por imprimir, sería el jefe de imprenta, señorita. Pero Miler nos dio la orden explícita de no gastar un centímetro más de papel ni una gota más de tinta hasta que no llegara el nuevo corrector. Desde entonces cumplo las funciones que encuentre disponibles.

—Entonces, espero que no le moleste que me aproveche de usted. Pues voy a necesitar ayuda. Para empezar, ¿cuál es la agenda? —La pregunta se ganó una carcajada del hombre, una risa tan sincera y fuerte que lo hizo llorar.

—Señorita Jolley, nuestra esperanza está en usted. —Dijo con la voz cortada por las risotadas—. Déjeme traerle el último envío de Miler, y decida por sus medios qué *agenda* llevar.

Liam se perdió en el corredor, y a los pocos minutos regresó con una caja de madera barata, de esas que se usaban para la correspondencia. A Nora le pareció inmensa, tendría demasiado por hacer en su primer día; sin embargo, no terminaba allí. El señor Douglass regresó con otra, y otra, y otra. Un total de seis cajas ocuparon la oficina de Jolley y le robaron el aliento.

—¡Endemoniado trabajo! —exclamó con marcado acento, y Liam volvió a reír.

—Bienvenida, señorita Jolley. Ya es una de las nuestras, maldice, empalidece pensando en renunciar. —Nora le sonrió para darse ánimos—. Por cierto —dijo mientras dejaba el despacho—, gracias por lo de la cocina y el café. Espero que los Stean no le corten las alas, usted sería una buena jefa.

—Gracias por el ánimo, Liam.

—Cualquier cosa que necesite... —Simuló un gesto de saludo con un sombrero imaginario y una reverencia a medias y se marchó junto a Mark. Debían encontrar un espacio cerca de la chimenea para destinar como cocina. Le agradaba tener algo útil por hacer.

Nora quedó sola. Por un instante se detuvo a contemplar las cajas y le ganó el desánimo. Las oficinas de Boston no eran ni tan lujosas, ni tan ordenadas, ni

tan prestigiosas... pronto comprendería el porqué: Allí, entre la élite cultural del país, Charles Miler era visto como un agitador. Sin ir más lejos, publicar a la hija de Robert Cleveland, la famosa Lady Witthall, se consideraba una falta de respeto a los intelectuales de la ciudad, pues la díscola joven los había desafiado a todos en el pasado, antes de que su padre la enviara de una patada en el trasero a Inglaterra. ¿Y qué había hecho la muchacha?, ¿acatar en silencio? No, había publicado bajo pseudónimo, generando una revuelta en tierras británicas, desatado un escándalo y... conseguido un valiente editor que le permitiera usar su nombre. Charles Miler se había condenado en Boston, y Nora comprendía que, si no se ponía manos a la obra, ella misma seguiría el mismo destino.

—Un paso a la vez —se dijo—, o, lo que es en este caso, una caja a la vez.

Como pesaban demasiado, empezó por la más accesible. La curiosidad le ganó, y revisó el remitente en búsqueda de algún dato sobre el enigmático Charles Miler. En esos momentos, como correctora, tenía un trato directo con el editor. Esperaba que le sirviera para dar con él y tratar el asunto pendiente. A veces, el recuerdo de Elisa era tan fuerte que le estrujaba el corazón y le impedía disfrutar de todos sus logros. Era independiente. Ningún hombre la sometería, podía valerse por sí misma. Había conseguido otra clase de justicia para ella, una que le gritaba que a su hermana le arrebataron la posibilidad. Ojalá hubiera sabido que existía ese mundo nuevo, progresista, lleno de oportunidades. Ojalá nunca hubieran aceptado la limosna de la señora Godman ni pagado el alto precio demandado. Ojalá las personas no necesitaran estar al borde del precipicio para atreverse a saltar, para hallar el valor de tomar las riendas de la vida.

Leyó el nombre Charles M. Jr. y largó una risotada llena de desesperanza. El humor era la única forma de afrontar una decepción más. Las fechas de envío estaban tachadas, al igual que la dirección del remitente. Nada que pudiera indicar el origen de la correspondencia, ni siquiera adivinarla. Si dijera una semana, Nora podría conjeturar a cuántas millas se hallaba de allí. Si figurara el sello postal, quizá estimaría la zona del país. Nada... Cada dato relevante había sido oculto. Largó el aire, y dejando de lado una vez más el objetivo que la había llevado hasta allí, emprendió la tarea que comenzaba a darle sentido a su vida: la edición.

Que le pagaran por leer era casi comparable a que le pagaran por comer dulces, no podía considerarse más afortunada. Sacó del embalaje varios

folios, estaban atados con un cordel y en cada uno de ellos estaban adosadas las notas de Miler.

Nora había dado con una caja devuelta por el editor. Una que rezaba en grandes letras mayúsculas: ¡INACEPTABLE!, SI ESTO LLEGA ANTES QUE EL TELEGRAMA, ENTÉRATE: ESTÁS DESPEDIDO. NUEVO CORRECTOR: REHACER POR COMPLETO.

—De acuerdo —suspiró Nora—, con que esos ánimos tenemos.

En un principio, pensó que Miler era un quisquilloso, uno de esos maníacos del control y los detalles. No estaba equivocada en absoluto, pero eso no quitaba que tuviera toda la razón del mundo. El trabajo del corrector anterior solo se podía definir como lo había hecho el editor: inaceptable. Y desastroso. Nora pensó que sus ojos sangrarían.

Se sentó en la butaca tras el pequeño escritorio, abrió las cortinas a sus espaldas para dejar entrar la luz natural y emprendió la tarea de revisar las notas de Miler. Iba a corregir ese manuscrito en particular, antes de alzar la vista y decidir que no era la más sabias de las decisiones.

—Liam... ¡Liam! Dime que aún estás desocupado.

El hombre se presentó con una bandeja con té y una rodaja de pan.

—Sí.

Si quería tener éxito, debía trazar un plan de acción, con prioridades bien marcadas.

—Bien, necesito tu ayuda. Empecemos a abrir todas las cajas, por lo visto, algunas son nuevas y otras son devoluciones... Necesito saber a qué nos enfrentamos.

—A la última posibilidad de un trabajo digno.

—Ja-Ja. Vamos, ánimo, señor Douglass. Empecemos por la que ya abrí, tenemos esta corrección de manuscrito que Miler catalogó de inaceptable, ¿qué más?

Las manos de Liam rebuscaron en la caja al tiempo que Nora tomaba notas en su libreta:

Manuscritos para revisar nuevamente; manuscritos para revisar por primera vez; traducciones del francés; traducciones del español. A cada registro, la señorita Jolley le agregó una prioridad e hizo una evaluación rápida del contenido y del tiempo que debía destinarle. Era el mediodía cuando finalizaron la primera revisión de tareas, el estómago de Nora rugió, el de Liam también, y a la libreta no le quedaban más páginas.

Salieron del despacho y se dirigieron a la improvisada cocina. Mark tenía

un almuerzo humilde preparado, de pan, queso, y carne seca. La señora y el señor Stean no se presentaron a comer, aún estaban algo enfadados con la señorita Jolley por el enfrentamiento de esa mañana.

—Se les va a pasar —dijo Karen—, son inútiles, pero no malas personas.

—Me sorprende que los defiendan, luego del modo en que las han tratado con las costuras.

La mujer se encogió de hombros.

—Están preocupados por quedarse sin trabajo y dejarnos en la calle. Cuando llegó el despido del corrector, creímos que todos nos quedaríamos sin empleo. Tres meses sin trabajar y recibiendo el salario es insostenible.

—Pues ahora no nos quedará más que tratar de ganar el tiempo perdido. Esta mañana he logrado organizar un inicio de agenda. No es el definitivo, se necesita más que unas horas para coordinar una oficina, pero estoy segura de que, si nos adaptamos y hacemos bien las cosas, Miler decidirá mantener la oficina. Boston es el centro cultural del país, no puede cerrar.

—Esperamos que tenga razón, señorita —agregó Louisa, tras lo cual, retornaron todos a sus tareas.

Nora revisó las notas y decidió que comenzaría con el manuscrito que Miler había marcado como importante, pero con pésima labor editorial. Pensar que había supuesto que le tocarían solo los libros de ficción... estaba equivocada. La oficina de Boston estaba tan necesitada que todo recaía en ella. En esa ocasión, un libro sobre la educación como camino a la igualdad. Mientras leía, pensaba en cuánto lo disfrutaría Amy y en que, una vez publicado, le regalaría una edición a su amiga.

Las horas pasaron sin que se diera cuenta. Liam entró silencioso, sin golpear, solo una vez a traerle el té —ya había notado que lo prefería antes que al café— y otra rodaja de pan con queso. Luego, lo hizo una vez más para encender las velas, ya que la luz natural se había disipado.

Nora no lo sabía, pero al otro lado del despacho, los empleados de Miler & Miler aguardaban, adelantando tareas, a que ella decidiera salir y diera por finalizada la jornada. Lo dicho por Karen era el miedo de todos, y la señorita Jolley era la última esperanza. Hasta los Stean se mantenían firmes en sus tareas, ya sin ánimos de lucha contra la nueva empleada. El señor Douglass les había comunicado lo hecho por Nora hasta el momento, y Frank creía que estaban en el camino que agradaría a Charles Miler.

El reloj de péndulo marcó las cinco de la tarde, y los presentes se miraron, dudosos de interrumpir a Jolley o marcharse en silencio. No fue necesaria la

interrupción, pues otra tuvo lugar. Tres damas, dos jóvenes y una mayor, aporrearon el llamador de la oficina.

Eleanor fue a atender.

—Buenas tardes...

—Noches, querrá decir, mire la luna. —La voz que contradijo la bienvenida de la señora Stean fue la de Stephanie Saint Jordan. La secundaban Amy y Clarise, tan regias como estatuas.

—Buenas noches, señora.

—¿Se encuentra la señorita Jolley?

—Sí, ella...

—¡Gracias a Dios y la Santísima Virgen! —Se persignó, simuló un vahído al que Clarise socorrió abanicando con la mano mientras Amy buscaba las sales. No fueron necesarias—. No se da una idea de lo preocupada que estaba, tenía el corazón en la boca.

Stephanie se adentró a la oficina sin ser invitada.

—Sabe usted, estas jovencitas están a mi entero cuidado. Otras mujeres menos nobles que yo se contentarían con la renta y ya, pero yo soy una buena cristiana y presto mis servicios donde son más necesarios. Cuando imaginé que mi pequeña Nora, porque Nora es la más joven de las tres, ¿sabía usted? Tiene solo diecisiete años... excelente edad para encontrar marido. Bueno, ¿qué decía?, ah, sí, cuando imaginé que mi pequeña Nora tendría que caminar a solas por las calles de una ciudad nueva, a estas impropias... impropias —remarcó para todos los presentes. Alzó el mentón con desafío al tiempo que evaluaba al grupo que ella consideraba responsable de poner en jaque el honor de su protegida— horas...

Nora escuchó el barullo y salió corriendo de la oficina.

—Señora Saint Jordan.

—¡Oh, querida!, ¡qué bueno que te encuentres bien!

—He perdido la noción del tiempo, lo siento muchísimo —dijo para la viuda y para los presentes, al percatarse de que todos se hallaban todavía allí. Ella, que había empezado el día remarcando la importancia de estar descansados, los había empujado a trabajar en demasía.

—Claro, claro. La mente de una mujer está diseñada para la familia, cuando tengas la tuya verás cómo no se te olvida la hora. —La señora Saint Jordan evaluó el grupo. Conocía a Mark, a quien descartó de inmediato. Frank era muy mayor y llevaba alianza. Las dos restantes eran mujeres. Por lo tanto, los ojos de águila se posaron en Liam—. Dígame, señor...

—Douglass. Liam Douglass. —El hombre extendió la mano y a la viuda le pareció que los modales eran adecuados. Tenía trabajo, juventud y educación... tildó las casillas de su cuestionario imaginario y lo dio por aprobado.

—Liam Douglass, estoy segura de que un caballero como usted no hubiera dejado a mi pequeña sin protección. —La mirada fue directa hacia el dedo anular.

Amy y Clarise dieron un paso atrás con disimulo e iniciaron la conversación muda de guiños y señas con Nora. Que sí, que no, que lo va a hacer:

—¿Es usted casado? —Los tres rostros de las *protegidas* de Saint Jordan se giraron hacia él y negaron al unísono, casi con desesperación.

—N...Sí, eh... sí —Tres cabezas asintieron con él a la par—, estooy casado. Con Karen —y tiró el brazo de la muchacha para acercarla a él.

Las facciones de Stephanie se endurecieron al instante.

—Veo, pues es usted un mal marido, permítame decirle. Dejar que su esposa trabaje, cuando podría mantenerla y sostener la familia, pero ¿qué clase de hombre es? Supongo que el mismo que hubiera dejado a mi pequeña Nora caminando sola por la ciudad a estas inadecuadas horas. —Alzó el mentón una vez más antes de dar la orden—. Nora, querida, se terminó la charla. La cena nos espera, pues somos un hogar respetable que lo hace antes de las seis. Espero... —agregó para todos—, que mañana no tengamos que venir nosotras, mujeres de bien, a acompañar a una dama a su hogar. A las cuatro quiero a mi niña en casa, de lo contrario, escribiré yo misma al señor Carrington.

Nora se apuró a buscar el bolso y caminó a paso ligero junto a la viuda. Se volvió una vez solo para vocalizar: *lo siento mucho, hasta mañana*; y se percató de que sus compañeros de oficina contenían las carcajadas por la ridícula situación vivida.

—Eso, Liam —escuchó que Karen decía en tono divertido—, podrías mantenerme.

La señora Saint Jordan no oyó los chistes, pues rumiaba sin cesar:

—Todos casados en esta ciudad, tendré que ampliar el rango de edades. Un hombre de cincuenta puede ser tan buen esposo como uno de treinta.

Los días se volvieron semanas, y las semanas, meses. La segunda correspondencia de Charles Miler fue en mejor tono. Si a Frank Stean le quedaba algún reparo sobre la nueva correctora, lo disipó ante el tono del editor.

Nora Jolley parecía quitarle la mitad del peso de las responsabilidades. Llevaba la agenda de tareas, y le dejaba a Frank el rol para el que servía: encontrar manuscritos que valieran la pena. En cuanto la rutina del trabajo bien pautado se apoderó de todos ellos, la señorita Jolley encontró el tiempo para enseñarle a Mark a leer y escribir, lo que le consiguió, como había previsto, un ascenso.

Ya no contaba con Liam, la imprenta había reiniciado sus actividades y vuelto a contratar a los cesantes. También, y gracias a la buena predisposición de Miler, Eleanor Stean sumó personal: Una muchacha para la limpieza que también se encargara de la comida los mediodías; un hombre mayor, que rondaba los sesenta, como asistente de Nora; un pre-selector de manuscritos para Frank y un controlador de calidad para las ediciones terminadas.

La oficina de Boston no le llegaba ni a los talones a la de Nueva York, pero, al menos, ya no contaba con el glorioso puesto uno de la peor sede Miler & Miler.

Nora no entraba en sí de la felicidad, una alegría que le costaba compartir. Se mostraba firme, eficiente, casi fría. Aunque su fachada era bastante débil y los compañeros que trabajaban con ella a diario veían su verdadero carácter. Era parte de ser tan joven, mujer y con tantas responsabilidades. Necesitaba mostrarse más profesional que un hombre si deseaba que la respetaran. De hecho, en la imprenta había tenido un par de cruces con hombres que proclamaban no aceptar *órdenes de una mujer, encima una niñata*. Por fortuna, Liam la apoyaba de manera incondicional; de todos modos, no dejaba de ser molesto para ella que el señor Douglass tuviera que repetir las instrucciones para que fueran acatadas. En la sede administrativa, en cambio, Frank y Eleanor decidieron ser intransigentes: En las entrevistas preguntaban de manera directa si les molestaba que su jefa fuera mujer, en caso de respuestas afirmativas, los descartaban sin revisar las habilidades.

Salvo esos problemas que creía inevitables —así era la sociedad y, por si llegaba a olvidarlo, la señora Saint Jordan se lo recordaba—, en el resto de los aspectos no podía quejarse. Miler, en la tercera correspondencia, ya le escribía de manera directa. Nora, con esos tres envíos, ya pudo sacar algunas cosas en claro, como, por ejemplo, que Charles no estaba cerca. La sospecha de que pudiera encontrarse en Inglaterra le estrujaba las entrañas, ¿y si había hecho todo ese viaje en vano? Entre envío y envío pasaba más de un mes, lo que significaban millas y millas de transporte. Trataba de darse ánimos al pensar que Estados Unidos era un país inmenso, que bien podía estar en Virginia o Carolina del Sur, donde también tenían oficinas.

Pensar en Elisa en cada ocasión que le llegaba una caja era irremediable, como también lo era la sonrisa que le pujaba en los labios cuando leía las notas de Charles Miler. El debate entre lo que debía hacer y lo que anhelaba hacer la partía a la mitad, y tras más de tres años en América empezaba a creer que jamás tendría una oportunidad de saldar la deuda hacia su hermana. La alegría de sus logros se veía empañada por la nostalgia, y a veces, esa sonrisa amplia se le empapaba de lágrimas.

«[...]Señorita Jolley —leyó parte de la misiva—, ¿qué piensa usted de que emprendamos un sello de poemas en Boston? Debo reconocer que mis pensamientos se hallan divididos en este sentido, y solo confío en usted y en su comprobada sensibilidad para que incline la balanza a favor o en contra. De más está decir, que mi lado comerciante —sepa disculpar que tenga uno, son mis bajos instintos— me recuerda que la poesía no vende, no produce dinero; pero, ¿acaso alimentar a los pobres debe ser redituable? Sabemos que la poesía es el alimento del alma; en este caso, señorita Jolley, dirá usted, ¿debo pensar en rentas o en el bien a los espíritus hambrientos de los ciudadanos de este país? [...]».

No se trataba de la primera ocasión en la que Charles le solicitaba opinión sincera, ni mucho menos, en la que le escribía con ese tinte personal. Había leído algunas de las cartas que le llegaban a Frank, y todas ellas eran de índole profesional. Nora se sentía plena al percibir el respeto y la consideración de Miler, un hombre que le resultaba admirable.

En el puesto de correctora pasó dos años. La ciudad de Boston se sintió como un hogar para ella; desde la muerte de Elisa que no se había sentido tan cómoda. Con Amy y Clarise desarrollaron una amistad tan estrecha que pareció hermandad; la señora Saint Jordan insistía aún en conseguirles marido y ellas, en secreto, se reían de los infructuosos intentos. La viuda no dejaba

pasar velada de viernes sin invitar hombres solteros a que fueran a cenar y compartir la noche con las dotadas niñas que vivían con ella. El problema era que los dones de esas excéntricas señoritas espantaban a cualquier pretendiente que Saint Jordan consideraba digno. Mujeres que hablaban de política, literatura, educación y negocios... el diablo era mejor bienvenido en la mesa que ellas tres.

No parecía molestarles. La única que había expresado el deseo de casarse era la señorita Eastwood, solo que no con hombres cerrados de mente con los que insistía Stephanie.

—Entiendo que quizá, para ustedes, mi sueño les parezca... poco ambicioso —expresó en una ocasión, mientras se reunían junto al hogar de la recámara y bebían el té sentadas sobre la alfombra. Era una actividad habitual entre ellas, quedarse hasta la medianoche compartiendo charlas, lecturas y anécdotas. Sabían que la señora Saint Jordan no aprobaba que damas de bien se quedaran despiertas hasta tarde, por tal motivo, la señora Olivender les escondía la tetera y algunos dulces en la habitación, cómplice de las actividades nocturnas.

—¡Jamás pensaríamos eso! —Amy se mostró un poco indignada.

—Yo deseo ser madre, y creo que Stephanie lo ha notado, por eso insiste más conmigo que con ustedes.

—Clarise —Las manos de Nora se unieron a las de ellas—, tu sueño es tan válido como todos. No se trata de imponer algo, sino de ser libre de elegir. Y si tú anhelas esa vida, debes de ser libre de forjarla sin tantas presiones sociales.

La señorita Eastwood bufó, un quejido que no llevaba la contra a las palabras de su amiga, sino que le daba la razón.

—Creo que, si la señora Saint Jordan se entera de mis pensamientos, dejaré de ser la preferida.

—¿Es capaz de pensamientos impuros, señorita Eastwood? —bromeó Amy, y simuló un vahído como los que aquejaban falsamente a la viuda cuando hacían algo impropio—. No dejamos de conocer a la gente, Nora. Dos años de engaños hemos vivido.

Ahogaron las risas en los almohadones para no delatarse. Nora insistió en que Clarise terminara de confesar su pecado:

—Y es que... ya lo dije, quiero ser madre, pero eso no siempre implica querer ser esposa... —finalizó, y Amy y Nora fingieron horror ante las palabras de la joven.

Hablaron hasta el alba esa noche, brindándose consejos las unas a las otras, recomendaciones sabias que ponían el corazón y el cerebro en juego. La entendían, Clarise no era una belleza estándar, demasiado alta, demasiado flaca, demasiado pálida. Nada de lo que la moda del momento demandaba de una mujer. ¿Y su sueño?, claro que podía ser madre, pero dada la sociedad que vivían no podía ser madre sin ser esposa. El sacrificio a pagar era ese: el matrimonio.

Las tres amigas debatieron mucho sobre si se podía conseguir un matrimonio que no fuera un sacrificio, y si ellas aceptarían una unión en otras condiciones, como era tan habitual. Presas del estado de ánimo al hablar de amor, comentaron las historias románticas verídicas que conocían, esas parejas forjadas en el amor y en el respeto. En la igualdad de las partes.

Comprendieron que, quizás, ellas también anhelaban una familia, pero que la relegaban a segundo plano al comprender con razón —y una pizca de cinismo— que no era posible ser profesionales y esposas a la vez en esos tiempos. Demostraron así que, pese a que la señorita Eastwood lucía como la más fría, menos pasional y en extremo correcta, era, en realidad, una verdadera soñadora. Una de esas mujeres que no desean renunciar a ninguno de sus sueños: madre y dueña de una boutique.

Esa había sido la noche de mayores revelaciones hasta el momento entre las tres. Sin embargo, no sería la última.

Unas semanas después del inicio del '59, tras los brindis de festejo de nuevo años el receso de descanso y la entrega de los presentes, Frank Stean llamó a Nora a su despacho.

No fue algo que preocupara a la muchacha, estaba acostumbrada a reuniones personales con el jefe, por lo que, sin que le dijera nada, tomó la libreta, la pluma y se dirigió dispuesta a tomar notas de las órdenes.

—Deja eso, Nora... —pidió Frank—, no son instrucciones lo que tengo que comentarte. Por favor, siéntate.

La señorita Jolley comenzó a preocuparse. Veía a Stean algo inquieto, y las arrugas de la frente se le marcaban un poco más, como si esa mañana fuera un par de años más viejo.

—¿Malas noticias?

—Depende de cómo las veas. No creo que sean malas, es... es una oportunidad, si puedes verlo así. Más dinero, más trabajo, más responsabilidades, más poder de decisión...

—¿De quién estamos hablando, Frank, de ti o de mí?

—De ti... Verás, bueno... supongo que ya lo sabes, pero...

—¡Por todos los santos, Frank, ve al grano! —se impacientó.

—Charles Miler trabajaba con un asistente, un hombre mayor que supo trabajar con su padre, un hombre de entera confianza...

—¿Y bien?

—Pues que ya tiene unos sesenta y cinco, y Charles decidió brindarle el merecido retiro. El problema es que necesita un reemplazo, alguien más que él considere de su entera confianza, ¿me sigues?

—Oh, ya veo, estaremos meses sin recibir órdenes —conjeturó Nora—. No te agobies, Frank, encontraremos el modo de ser productivos con... —La mano del jefe se alzó para detenerla.

—No es eso, se trata de que Charles Miler pensó... bueno, cree... solicita... que, de estar disponible y sea de tu agrado...

—¡Habla! Nunca te escuché balbu...

—¡Que seas tú! —gritó, frenético como su interlocutora—. Solicitó que seas tú su nueva asistente. La paga es mejor, las tareas son más exigentes y te tendrías que mudar. Ya está, lo dije.

—¿Qué?

—Que...

—Ya te escuché, Frank, mi qué fue una expresión de desconcierto... — Nora se puso de pie y caminó por el despacho de punta a punta. Se sentía tan halagada como aterrada. ¡Charles Miler pensaba en ella como asesora, la consideraba de confianza, valoraba su opinión!, podía ponerse a dar saltitos si no fuera porque dejaba de lado la otra parte de la ecuación: abandonar Boston, sus amigos, dejar todo lo que quería una vez más. Otro desarraigo, otra vez empezar de cero—. ¿A dónde debo mudarme? —inquirió.

—No lo sé con certeza, ya conoces el modo de manejarse de Miler.

—Discreción total...

—Secretismo total. Solo sé que es en el oeste, al parecer descubrirás el destino final cuando las vías ferroviarias terminen y tengas que hacer el tramo central en carreta.

Nora desistió de su andar nervioso y se dejó caer en la butaca. Frank le brindó los minutos de silencio necesarios para procesar la noticia y luego agregó sus percepciones:

—Nora, has hecho un trabajo magnífico aquí, has salvado la oficina, los puestos de trabajo de muchas personas. Te debemos mucho y, si eliges marcharte, te extrañaremos. Quien venga después de ti lo tendrá fácil, porque

seguiremos el ritmo que has marcado. Y no somos los únicos que lo vemos, Charles Miler, desde el oeste, contempló lo mismo. El puesto de correctora te queda chico, Nora, y no hay forma de que una mujer sea jefa de una oficina... lo sabes, lo sé, lo sabe Miler también. Es una mierda —se atrevió a maldecir—, pero es la mierda en la que vivimos. El puesto que se te ofrece es el más alto al que puedes aspirar, me atrevo a decir que, si Charles te respeta como parece hacerlo, estarás por encima de todos los jefes de todas las oficinas. Incluso sobre Carrington —Sonrió con picardía—. Es arriesgado, es ambicioso, pero también es una gran... gran oportunidad.

—Necesito pensarlo, Frank. ¿Hasta cuándo tengo tiempo de contestar?

—Hasta el viernes, Mark irá al correo y enviará los telegramas. Allí le informaremos a Miler tu decisión.

—Gracias, Frank. Si no te importa, iré a beber un té con una gota del whisky de Liam. —No esperó autorización y se marchó a la cocina por un poco de sosiego.

La única forma de tomar una decisión sensata era consultándolo con sus amigas. Durante la cena, mientras la señora Saint Jordan hablaba sobre un primo lejano suyo que había enviudado y que, en su opinión, necesitaba una nueva esposa, Nora les hizo *La Señal* a las compañeras de habitación. Un gesto que todas sabían que significaba reunión importante. Stephanie pasó a hablar de un empleado del ferrocarril, muy amable, a quien apenas se le notaba lo bizco y que, obviando ese detalle, podía ser un buen partido para alguien poco agraciada —en referencia a la pobre Clarise—, y, durante el soliloquio, la señora Olivender fue advertida del plan nocturno.

Con la destreza desarrollada en esos dos años de convivir con la viuda, tanto el ama de llaves como las tres muchachas convencieron a Stephanie de que se fuera a dormir temprano, asaltaron la despensa en busca de dulces, la señora Olivender preparó extra ración de té y se encerraron en la habitación a conversar junto al hogar.

—¡Vamos, Nora, suéltalo! —insistió Amy. Clarise, paciente, sirvió la infusión y aguardó a que la señorita Jolley estuviera lista para hablar. Nora tragó el bocado de ciruela en pasa y sorbió el té.

—Me han ofrecido un ascenso...

—¡Felicidades! —exclamaron a coro, y se silenciaron al ver que Nora, en lugar de sonreír, lloraba—. ¿Qué ocurre?

—Muchas cosas... —expresó con la voz cortada—. Por un lado, es en el oeste del país, me tendría que mudar, alejarme de ustedes, que es lo más parecido a hermanas que he tenido desde... desde... desde Elisa.

Las muchachas la observaron sin presionarla. Le alcanzaron un pañuelo y le rellenaron la taza. Lo cierto es que habían confiado las unas con las otras, pero ninguna había hablado del pasado. Ni Amy de sus años de orfanato, ni Clarise de su soledad, ni Nora de lo que la había llevado a América. Había guardado por tanto tiempo sus motivos, al igual que las emociones, que el llanto se abrió paso como el agua de una inmensa catarata. Todo lo que contó, desde ese instante en adelante, lo hizo con lágrimas en los ojos.

—Elisa es... era mi hermana. Murió en el '54, dicen que fue un suicidio, pero yo sé que no. La... la mataron. —Amy y Clarise se taparon la boca con

horror.

—Lo sentimos muchísimo —expresó la señorita Eastwood, la más capacitada para hablar. Amy estaba conmocionada ante la declaración.

—Yo vivía con una prima de mi madre, la señora Godman. Ella nos alojó en su casa, era la esposa del vicario de una capilla en el sur de Inglaterra, en las tierras del marqués de Aberdeen. A cambio de su *hospitalidad* —remarcó con cierto desdén, concedora de que el acto nada había tenido de generoso —, le dijo a mi hermana que debía trabajar de dama de compañía de la madre del marqués, mientras yo me ganaría el techo haciendo lo mismo a su lado. Al principio nos pareció un trato justo, pero luego me enteré de que la señora Godman le exigía a Elisa el total de su paga; mi hermana creía hacerlo por mí, para que no me faltara nada. No era así, la prima de mi madre era una persona avara, no destinaba ni un chelín en mi persona. De modo que Elisa quedó a merced del marqués, dependía de su generosidad, una que mostró a cambio... a cambio de...

—No necesitas decirlo —La mano de Clarise le tomó las suyas y le dio un apretón firme—, no somos ingenuas jovencitas. Sabemos la suerte que corren quienes son menos afortunadas que nosotras.

El nudo en la garganta de Nora creció hasta estrangularla. Era lo que llevaba cuatro años pensando, que, si no hubieran sido educadas con ese sentimiento arraigado de sacrificio, abnegación y sometimiento, otra hubiera sido la historia de Elisa. Una más parecida a la de ella, llena de éxitos y reconocimiento. Las hermanas Jolley compartían la lucidez mental, las ansias de aprender, la dedicación y la testarudez. Por desgracia, Elisa tenía algunos atributos más que Nora: una belleza que la elevaba por encima de la media, unos modos dóciles, tan alabados entre las damas inglesas, y una propensión a seguir las normas.

—Pues esa fue su suerte —continuó—, el marqués se aprovechaba de ella, la amenazaba con hacerle la vida un infierno y, cuando eso no fue suficiente, porque la vida de mi hermana ya era un infierno, amenazó con hacerme lo mismo a mí. Yo no lo sabía... Elisa me protegió siempre del lado malo de la vida... no supe esto hasta que recibí una carta de ella.

Amy lloraba casi tanto como Nora. Ocupó las manos sirviendo el té, ninguna podía seguir ingiriendo dulces. Tenían el estómago cerrado y la boca agria por la historia que debían digerir. La señorita Brosman se acercó más a Nora y la instó a apoyar la cabeza en su regazo, a que llorara y utilizara su camión como sudario de lágrimas.

No buscó la carta ni los documentos que viajaban con ella, no se trataba de presentar pruebas, sino de desahogarse. De largar la culpa que la carcomía en cada ocasión que veía a la vida sonreírle.

—La misiva iba acompañada de un par de documentos. Mi hermana me explicaba su martirio, así como la intención de huir del marqués. Quería que yo fuera con ella y, por supuesto, lo iba a hacer. Por ese motivo, me entregó la evidencia que tenía contra lord Simon Gordon, para que las tuviera al resguardo hasta la noche del jueves, en la que vendría por mí. No pudo hacerlo... el miércoles murió, dijeron que fue un suicidio, la enterraron en tierras no sacramentadas. Yo no pude ir al funeral, en cuanto lo supe, hui. Escapé vestida de niño, con tan solo una maleta, y me escabullí como polizón en un barco a América, siguiendo las indicaciones que Elisa había dejado en la carta. Sabía que, si me quedaba, sería la siguiente en morir... el secreto que mi hermana había develado no solo bastaba para terminar con el poder que el marqués ejercía sobre ella, sino que era suficiente para arruinarlo. Lo demás... desde la travesía hasta aquí, ya lo conocen.

Hicieron silencio por unos segundos, en los que se permitieron digerir lo que sabían. Nora se merecía ese tiempo para recomponerse ante la avalancha de preguntas que seguirían. Más té, algunos dulces que se obligaron a tragar y la voz de Amy, que rompió con la pesada quietud:

—¿Dónde entra Charles Miler en todo esto?

—Él no exactamente, su padre. Supongo que además de la editorial, le legó este gran problema con nombre Nora Jolley. —Clarise y Amy la observaron, Nora se incorporó y continuó con el relato—: El secreto que mi hermana encontró con pruebas firmes es que el anterior marqués de Aberdeen, el padre de Lord Gordon, tuvo en realidad un primer matrimonio, legítimo, con una mujer por debajo de su condición. Fue durante la guerra napoleónica, al parecer, amaba a una muchacha del pueblo y contrajo matrimonio pensando que no volvería con vida. Fue consumado, y de allí nació Charles Miler padre, el primer editor. El marqués de Aberdeen, en este caso hablo del abuelo de Lord Gordon, puso el grito en el cielo al enterarse y mientras su hijo servía en el frente, se deshizo de la muchacha, la envió a América y le dijeron al padre de Simon Gordon que su primera esposa había muerto. Ya le habían concertado un matrimonio con Lady Stanmore, y él, deprimido, se dejó llevar por las circunstancias sin saber que había tenido un hijo ni que su esposa estaba viva. Lady Stanmore es la mujer a la que Elisa le hacía compañía, y ella siempre supo la verdad. No la casaron engañada, por el contrario, le

explicaron que era el precio a pagar por ser marquesa. Lady Stanmore tenía la evidencia del engaño a modo de resguardo, en caso de que su marido fuera un mal hombre o le hiciera la vida imposible, a sabiendas de lo que los matrimonios concertados pueden llegar a convertirse. El problema... con los años, la mujer perdió la lucidez, tiene esa enfermedad que desconoce el paso del tiempo, que algunos días se despierta en el pasado y otros, en el presente. Elisa lo supo todo, según su carta, en el mismo momento que lo hizo el marqués; en uno de sus abusos, Lady Stanmore confundió a su hijo con su esposo y le recriminó el engaño. Amenazó con destruirlo con las pruebas en su contra, Gordon pensó que desvariaba, pero Elisa sabía que en esa enfermedad confunden las cosas, pero no inventan. Así que buscó por toda la mansión hasta dar con los papeles que la marquesa decía tener y, cuando los halló, se dispuso a huir...

—Entonces —Clarise puso en palabras la conclusión evidente—, ¿el auténtico marqués de Aberdeen es Charles Miler Jr.?

—Sí, le pregunté al señor Clark, es hijo legítimo, es el nieto del marqués que fue a la guerra.

—En tal caso, ¡debes ir, Nora!, le debes la verdad.

—No lo sé —dudó—, sí, le debo la verdad, pero, ¿no creen que para él sería una carga? Es el editor más importante de América en este momento. Se ha forjado una vida, una que no se basa en legados ni en privilegios, sino en trabajo duro. ¿Por qué le correspondería reclamar una historia que le es tan ajena? Ya no vive su abuela, la primera esposa del marqués, ni su padre, el heredero...

—Es su decisión, Nora. No seas cómplice de la mentira... —intervino Amy. La señorita Jolley asintió de manera mecánica. No podía explicar el resto de sus sentimientos, porque ni siquiera ella los entendía. El cariño y la admiración que tenía por Charles Miler era tal que no quería mancillarlo con el oscuro recuerdo y desprecio que tenía por el marqués de Aberdeen. Deseaba mantener su relación con el editor limpia de pasado, pura, elevada, superior. El intercambio de ideas, de opiniones. Las misivas que se daban en igualdad, en la equidad de dos personas que se respetan. No existían nobles y plebeyos entre ellos, y, por momentos, hasta se borraba la línea jefe-empleada.

—Si voy, también las pierdo a ustedes —manifestó, y las lágrimas volvieron a empañarle la mirada. Se abrazaron, se estrecharon con el cariño que dejaba en claro que la distancia sería solo física.

—Solo perderás a una de nosotras —dijo Clarise, con una sonrisa

empapada—, a mí, que me quedaré a cumplir mi sueño de madre y dueña de boutique.

—¿Y a mí? —preguntó Amy, desconcertada.

—Lamento ser la más lista de las tres —La broma de la señorita Eastwood alivianó el ambiente—, es evidente que necesitarán mi consejo. Así que recuerden escribir con frecuencia, y tenerme al tanto de los líos en los que se ven envueltas.

—¿De qué hablas? —Nora indagó en la pálida mirada de Clarise.

—Tú debes ir, la verdad y la justicia te invocan. Y además de eso, es un salto en tu carrera, analizarás manuscritos, decidirás qué corresponde ser publicado y te codearás con los intelectuales de este país. ¡No solo eso!, les dirás cómo hacer su maldito trabajo. —Las tres rompieron en carcajadas ahogadas por el insulto.

—*Endemoniado* trabajo —corrigió la señorita Jolley, con la palabrota al estilo británico. Una vez las risas terminaron, Clarise continuó:

—Y Amy debe ir, porque hace dos años que la escuchamos quejarse de que aquí las élites están arraigadas, que se resisten al cambio y al modelo educativo de Mann. Pues bien, señorita Brosman, es hora de llevar el pan al hambriento, el agua al sediento y la educación al privado. Y esa misión se encuentra en el oeste de este inmenso país.

La señorita Eastwood tenía razón; como siempre, agregaría ella cuando las despedía en la estación de tren. Ambas tenían las semillas de su propio destino en las manos, debían dejarlas caer en tierra fértil, y eso se encontraba en el Oeste. Amy iría a California, Horace Mann estaba enfermo, pero uno de sus más fieles seguidores le había conseguido un puesto en las tierras del vino y el oro. Nora... Nora se enteraría del punto final de la travesía cuando llegaran a Missouri: El mismo estado aguardaba por ella. Si esa no era una buena señal, ¿qué más podía serlo?

SEGUNDA PARTE
OESTE DE ESTADOS UNIDOS
1859

Extrañar a Clarise formaba parte del equipaje que Nora cargaba consigo, al igual que Amy. Con cada milla dejada atrás, la sensación del desarraigo las atacaba sin piedad. Y pensar que años atrás habían vivenciado el mismo sentimiento al dejar el hogar que las había visto nacer al otro lado del océano. Era comenzar de nuevo, lejos, demasiado lejos; casi como si volviesen a cruzar el mar, solo que, en este caso, era suplantado por la extensa tierra americana. El tenerse la una a la otra convertía al viaje en más placentero, y a la vez, en breve. Pensar en separarse, cosa que harían más temprano que tarde, les anudaba el estómago con más fuerza. Les hubiese encantado echar de menos a la señora Saint Jordan, es más, lo deseaban con todas sus fuerzas. El anhelo no pudo ser llevado a cabo gracias a que la mujer se había encargado de enviarles a la chaperona de viaje perfecta: la señora Sullivan. Pertenecía al mismo club de viudas que Stephanie, mismo pensamiento, misma actitud casamentera. Ni bien puso el pie en el tren, trazó un mapa mental de los hombres solteros que viajaban junto a ellas. La nostalgia, mezclada con las ansias de anonimato, impulsó a Nora y a Amy a un silencio absoluto la mayor parte del trayecto. La realidad era que no requerían de frases para comunicarse, contaban con un secreto lenguaje de señas y miradas que valía más que mil palabras.

—Muchachas, no han probado bocado desde que subimos a esta máquina infernal. —La señora Sullivan detestaba los ferrocarriles, decía que le dañaban los oídos y le contaminaban los pulmones con la tierra que levantaban a su paso. A pesar de ello, había aceptado la tarea que su fiel amiga le había encomendado.

—Lo siento, señora Sullivan, mi estómago no suele ser un buen acompañante en momentos como estos. —Nora intentó ser lo más cordial posible, sabía que, si aceptaban uno de los bocadillos que la mujer había llevado, le daría pie a improvisar una velada vespertina con los caballeros de los alrededores. Robert Maxwell, oriundo del sur de California, se alzaba como un candidato perfecto para Amy según su opinión.

—El mío tampoco, los nervios suelen traicionarme y me roban todo apetito

posible.

—Lo sé, lo sé —dijo la mujer tomando un emparedado de queso de la canasta de tentempiés—, suele sucederme lo mismo —Le dio un gran mordisco, masticó, y a sabiendas de que hablaría con la boca llena, continuó sin importarle—, pero los años te dan una experiencia que la juventud de ustedes no posee, no es bueno estar con el estómago vacío. —Las examinó sin mucho detalle, sus ojos estaban clavados en el sabroso sándwich—. Mírense... —Les indicó el reflejo de sus rostros sobre el cristal de la ventanilla—, están pálidas, necesitan color en sus mejillas.

Necesitaban llegar a destino y librarse de su compañía. Lo único que les levantaba el humor era el saberse juntas hasta el fin del trayecto. El destino de Nora no se hizo esperar hasta Missouri, un telegrama de último momento le puso en claro el alto definitivo en su camino: California. Estarían más cerca de lo esperado con Amy, y estaban felices ante la noticia. Pero el simple hecho de pensar que todavía les quedaba el viaje en carreta hasta ese lejano estado les borraba del rostro la sonrisa de complicidad.

—Tal vez después, cuando lleguemos a Missouri, señora Sullivan.

Ahí descenderían del tren para emprender la última parte del recorrido.

—Sí —convino Amy—, después, cuando nuestros cuerpos recuperen la quietud sobre el suelo firme.

—Así será, tengo una responsabilidad con ustedes que pretendo cumplir, y eso incluye que no se desmayen en pleno viaje—finalizó devorando por completo el emparedado.

La ruta en carruaje se les hizo eterna, pero más amena. El hecho de no viajar con otros pasajeros les quitaba el peso de tener que lidiar con las intenciones de celestina de Joan Sullivan. La desventaja fue que el lenguaje silencioso del que Nora y Amy hacían uso no podía ser utilizado con tanta liviandad; una mueca de labios o una ceja en lo alto en ese espacio reducido no pasaba desapercibido, lo que hizo que la comunicación verbal saliera a flote, y junto a ello, las anécdotas de Joan en dónde veneraba los matrimonios con grandes diferencias de edad. Según la mujer, treinta años de disparidad en una pareja no hacía más que garantizar una perfecta unión. Por supuesto, se tomó la molestia de enumerar uno a uno los motivos y argumentos que consideraba adecuados a la hora de avalar ese mensaje subliminal que pretendía apaciguar las pretensiones de las muchachas. Nada más lejos de la verdad, si de pretensiones se hablaba, las únicas presentes en Nora y Amy era

la de la conquista suprema de la independencia femenina. Para cuando la noche cayó, y la primera posada de alojamiento les dio la bienvenida, Los estómagos de las señoritas británicas decidieron hacerse presentes en la travesía.

Joan se sintió satisfecha, las muchachas no se desmayarían bajo su guardia. Todavía les quedaban días de trayecto, y si continuaban ingiriendo mínimos bocados, llegarían a destino con varias libras de menos, y eso no las beneficiaría en lo absoluto. Una mujer sin curvas perdía posibilidades ante las que sí las poseían.

Los días en el camino fueron poniendo obstáculos en la lengua de la señora Sullivan, el agotamiento la tomaba como prisionera, y el calor, característico de las regiones aledañas a los desiertos californianos, la abofeteaba hasta dejarla rendida al sueño.

—¿Prométeme que en cuanto tengas confirmada tu dirección definitiva me escribirás?

Amy no podía ocultar la preocupación, ella conocía cada detalle del lugar en donde iniciaría su nueva aventura, y había memorizado uno por uno los nombres relevantes que marcarían la diferencia en su vida de ese momento en adelante. Nora se lanzaba a la más grande nada, y no comprendía cómo podía mantener la calma.

—No hace falta tal promesa, sabes que lo primero que haré será ponerme en contacto contigo.

—Te tomo la palabra, Nora Jolley... y te advierto que, si no tengo noticias tuyas a la brevedad, recorreré California de punta a punta hasta encontrarte.

Nora estaba tranquila, primero porque no podía negar que el nombre de Charles Miler, ante todo, le inspiraba confianza. Estaba preparada para recibir sorpresas, porque las habría; eso lo daba por hecho, no era tonta, inspirar y ser eran dos cosas muy diferentes. Había oído que el hombre tenía un carácter volátil, y la severidad era un rasgo distintivo, al igual que lo era el pensamiento altruista que lo gobernaba y la reconocida bondad que guiaba cada una de sus acciones y decisiones. Cualquiera otra muchacha se hubiese negado a la dinámica del viaje, una que mantenía el anonimato del destino hasta la última legua. Nora no; se sentía ansiosa, intrigada. Ni mención hacer de la sensación que le recorría el cuerpo, una que le murmuraba al oído la posibilidad de justicia para su hermana. Debía ser cuidadosa, recorrer el territorio Miler con paciencia, evaluarlo, saber cuáles eran sus áreas rocosas y cuáles eran calma llanura. Y ahí, solo ahí, compartir la verdad con él, esa

que la había llevado a cometer la mayor de las locuras, atravesar el océano en la búsqueda de su padre.

—Tranquila, ya te lo he dicho, dudo mucho que el reconocido Charles Miler tenga intenciones de secuestrarme —se burló de su amiga.

—Eres demasiado confiada —le reprochó Amy dejando escapar un suspiro.

—No, no lo soy. —Nora no pudo contener sus ganas de reír.

El cuerpo de Joan, que se había acurrucado contra unas de las portezuelas para gozar de la cálida brisa, se movió. El cochero ya les había informado que estaban a un par de millas de Sacramento, lugar en donde daba por finalizada la labor de transporte. Querían esos últimos momentos para ellas. Se limitaron al susurro.

—Es verdad, no lo eres, pero en este caso en particular, desconfío de tu...

—Dudó, no hallaba la expresión correcta.

—¿Cualidad?

—Dudo mucho que la desconfianza sea una cualidad; como sea, creo que estás comprometida emocionalmente —La historia secreta que involucraba de manera directa a Charles Miler padre con el marqués de Aberdeen era como un ancla que estaba atada al pie de Nora. Llevaba años luchando para mantenerse a flote, y ahora eso se ponía en riesgo. Podía liberarse o hundirse de manera definitiva— y puede que tal vez, eso te nuble el pensamiento. Sé cuidadosa, Nora, y si no te sientes a gusto...

—Y si no me siento a gusto —la interrumpió—, preparo mis maletas con destino directo a Amy Brosman.

El cuerpo de Joan Sullivan reaccionó como si hubiese sido atacado por una convulsión febril. Abrió los ojos de repente y enderezó la espalda contra el respaldo del asiento.

—¿Maletas? ¿Destino?... —El estado de confusión producto del sueño profundo no le permitió elaborar una oración coherente. Respiró profundo, y luego de un prolongado bostezo, continuó—: ¿Hemos llegado? —Asomó la cabeza por la pequeña ventana de la portezuela. No soportaría ni una hora más de viaje—. ¡Dios quiera que así sea! ¡Cochero! —gritó para llamar la atención del hombre que estaba al mando del carruaje—. ¡Cochero! —insistió asomando parte del torso por la diminuta abertura—. ¡Hombre, por los cielos!

El *hombre* se hacía el sordo. No repetiría dos veces la misma información, ya les había indicado el tiempo estimado de arribo a las muchachas.

—¡Señora Sullivan! —Nora tiró de la falda de su vestido para hacerla

regresar al interior del vehículo—. ¡Por favor, señora Sullivan!

Ni aunque lo mujer lo deseara lo conseguiría, se había quedado atorada, y el traqueteo de las ruedas sobre el irregular camino no ayudaba.

—Oh, no... —gimió Joan cuando intentó echarse atrás descubriendo que sus grandes pechos quedaron del lado equivocado de la portezuela.

Las mejillas de Amy estaban en llamas, contenía las ganas de reír a carcajadas. El trasero de Joan se movía de un lado al otro, y estaba a centímetros de la nariz de Nora.

—Ayúdame. —Más que una palabra, fue una gesticulación por parte de Nora. Conservar la compostura y la seriedad no era posible, presentía que, si decía algo más, reiría hasta el fin de los tiempos.

Amy tomó a Sullivan por la cintura, y Nora se aferró a ambos lados de su falda. Contaron hasta tres y tiraron sin resultado alguno. Volvieron a intentarlo. Nada.

—Colabore, señora Sullivan —sugirió Amy—, utilice los brazos para darse impulso.

—A la cuenta de tres... —le indicó Nora.

—Esperen, esperen. ¿Con «*a la cuenta de tres*» se refieren a que al «*tres*» empujo, o después?

Amy y Nora se miraron, los ojos comenzaban a manifestar el deseo de empujarla hacia fuera, sería más fácil arrojarla al camino.

—Tiene razón, tu indicación no fue clara —bromeó Amy.

Nora resopló. Se hizo de paciencia. La última dosis de paciencia que le quedaba.

—Después del tres, señora Sullivan. ¡Después del tres!

—¡Perfecto!

Iniciaron la cuenta y, al llegar al final del conteo, tiraron con la ayuda del impulso de Joan. Lo lograron, y como consecuencia del brusco movimiento, Amy y Nora cayeron de nalgas sobre el piso de madera del carruaje.

La caída coincidió con el golpe del cochero en el techo:

—¡Bienvenidas a Sacramento, señoritas!

Ayudándose, se incorporaron ansiosas para poder contemplar su nuevo escenario de vida. Asomaron los rostros por la ventanilla, a lo lejos se vislumbraban las formas de las casas que conformaban el pueblo. El intenso sol, que calentaba con otra intensidad en esa región de país, les encendió las mejillas. Sonrieron en complicidad. Sacramento olía a tierra seca, y con ese poco habitual perfume, las recibía.

Si se consideraba a Nora Jolley como una jovencita desconfiada, no existía calificativo sinónimo que le hiciera justicia a Charles Miler. Toda su existencia se alzaba sobre la base de la clandestinidad, y las personas que lo rodeaban formaban parte de un íntimo círculo social. California era su refugio desde hacía un par de años, y las tierras Grant —con todo lo que ellas significaban: renombre, poder, seguridad y convenientes relaciones políticas— eran el lugar propicio para mantener el anonimato deseado sin relegar los beneficios de una activa vida laboral controversial. Su relación con Louis Grant, uno de los futuros herederos del imperio del oro californiano, que nació fruto del vínculo escritor-editor, se extendió más allá del simple contrato de derechos de publicación y distribución. La amistad conformada entre ambos hundió raíces hasta lo más profundo; la confianza era absoluta, y en algunos aspectos, la dependencia también lo era. Adjudicarle la tarea de darle la bienvenida a la señorita Jolley fue una decisión que no requería de mucho análisis. Además, a Louis, esa clase de mandados sociales, le calzaban como bota al pie; la única desventaja que el más joven de los Grant poseía era esa característica irresponsable tan típica de una mente bohemia. Conjugaba en pensamiento con Charles por ello, las extensas conversaciones de madrugada bajo la brillante luna de California eran parte de las actividades de los hombres. Por suerte, Louis contaba con sus hermanos para contrarrestar la balanza, y cuando de responsabilidades y buena imagen se trataba, Elton resultaba ser el mejor exponente.

—¿Podrías rasurarte, sabes? Es una actividad que los hombres civilizados solemos hacer una o dos veces a la semana.

Elton, que poseía una mente detallista, analítica y práctica —no en vano era reconocido como uno de los jóvenes arquitectos más visionarios de la región oeste del país—, era la perfecta combinación de la esencia americana con la delicadeza y pulcritud británica. Motivo que lo hacía perfecto para presentarse ante Nora Jolley.

—Prefiero invertir el tiempo en actividades más provechosas. —Louis lucía con mucho orgullo una barba crecida y un cabello ondulante rubio

dorado que sobrepasaba el límite inferior de sus orejas.

Cabalgaban rumbo a Sacramento, junto a ellos avanzaba un carruaje perteneciente a la familia que serviría de coche y cobijo para la recién llegada.

—¿Cómo cuáles? ¿Vagar por los campos a sol y a sombra?

Nadie podía criticar en gran medida a Louis, considerarlo la oveja negra era una costumbre familiar teñida de broma. Nada más que eso. Si la mente de Elton era detallista, la de Louis era observadora y empática, capaz de captar la realidad de la vida desde una perspectiva única que trasladaba en sus escritos.

—Exacto, te sorprenderías lo que puedes llegar a ver si levantarás la nariz de tus planos y dibujos —refutó Louis.

—El techo que te cobija se construyó en base a esos «planos y dibujos».

Las tierras Grant ocupaban casi toda la extensión noroeste de California, gran parte de las construcciones que la constituían habían visto la luz gracias al trabajo de Elton.

—Te equivocas, el techo que me cobija... es este. —Soltó las riendas, elevó las palmas al cielo y expuso el rostro al sol. Así cabalgó, el control que tenía sobre el caballo era magistral—. Siéntelo, respíralo, vívelo.

Elton resopló a modo de burla. Louis no tenía cura.

—Dime... —retomó la conversación con seriedad—, ¿cuál es la hora de arribo estimada para la tal Joly?

—Jolley —corrigió Louis aferrándose de nuevo a las riendas.

—Como sea, su nombre no me quita el sueño... no puedo demorarme mucho, Amber me espera.

—¡Amber, Amber, Amber! ¿Es lo único que sabes decir?

Amber Foster era la prometida de Elton; en unos meses, una vez que finalizara con la construcción de la catedral de San Francisco, se casarían.

—Que tú hayas decidido mantener tu vida al margen de los vínculos amorosos estables y —Lo miró de reojo, siempre era un buen momento para ese tipo de indirectas— adecuados... —Fue la única palabra que se le ocurrió, otra podría considerarse ofensa.

—¿Adecuados? —interrumpió Louis con irónica ofensa—. ¿A qué le llamas tú adecuado? ¿A Brithany Foster?

La relación familiar entre los Grant y los Foster estaba alcanzando el peldaño más alto en la escalera de la obsesión. Megan Foster se había casado con Jonathan cinco años atrás, y fruto de ese matrimonio, nacieron Dorothy y

Stephen. No satisfechas con la unión, las cabezas maternas de las familias continuaron tejiendo su red hasta conseguir que Elton cayera a los pies del encanto de la segunda hermana de Megan, la mencionada Amber. Pero ahí no terminaba todo, no, todavía contaban con Brithany, una joven bella y encantadora que cotizaba alto en el mercado casamentero del desierto californiano, y como Zachary, soltero empedernido sin motivo —nadie le conocía siquiera una amante—, había proclamado un no rotundo ante la unión, las fuerzas femeninas se habían unido contra Louis.

El silencio de Elton fue sospechoso. No solía guardarse opiniones. Louis presionó.

—Te hice una pregunta... ¿Brithany Foster es lo adecuado? —Su hermano se mordía la lengua, podía notarlo, estaba condicionado por el embrujo Foster. Debía espabilarlo—. ¡Vamos, Elton, habla... compórtate como un maldito Grant!

—¡Ok! ¡No, que la boca se te haga a un lado! —Fue libre, estalló— ¡No necesitamos de más Foster's en la familia! De todas maneras, una cosa no quita a la otra...

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a lo que me refiero.

Era de conocimiento popular la afición que el joven Grant sentía por una de las prostitutas del pueblo.

Louis le puso fin a lo que podría llegar a convertirse en una discusión sin sentido. Nadie en la familia comprendía el motor que movía a su corazón con respecto a esa muchacha. Tal vez Zachary, que por momentos se mostraba abierto a comprender esos sentimientos, pero no era un hueso fácil de roer, y sacarle palabra era una odisea. Con la única que podía hablar al respecto era con su hermana Emily, que en esos momentos se encontraba al otro lado del mundo con su esposo. La extrañaba.

—Volviendo a lo anterior. —Elton intentó recuperar el hilo de conversación que le era relevante—. ¿Estás al tanto de su hora de arribo?

—No, Elton, no... una hora más, una hora menos.

—¡Es fácil decirlo cuando no se trata de tu tiempo! —gruñó por lo bajo. No se enfadaría con su hermano, sabía con la clase de buey que estaba arando. Había aceptado ser su compañía a sabiendas de eso.

—¡Tiempo! ¿Dime, qué es el tiempo al fin de cuentas?

—Maldición... —resopló Elton—, no de nuevo.

—¿A quién le pertenece tal concepción? ¿Acaso algo que no puede

siquiera tocarse puede considerarse real? Dime, Elton... ¿qué es lo real?

—¡Ya cállate, quieres! Sé lo que pretendes... Ya te lo he dicho, tus reuniones de madrugada con Charles te están afectando el juicio.

Espoleó el caballo y se lanzó al trote. Louis no tuvo más alternativa que imitarlo. Al cabo de un cuarto de hora, llegaron al centro de Sacramento.

El calor era sofocante, en especial cuando la vestimenta de tela pesada de invierno bostoniana te aprisionaba el cuerpo. La señora Sullivan estaba a minutos de desmayarse, tenía las mejillas ardidas, y los mechones rebeldes, que se escapaban de su rodete en lo alto, se le adherían al rostro consecuencia del sudor. Nora mantenía el porte a causa del fastidio que le envenenaba la sangre. ¿Cuánto tiempo llevaban a la espera? ¡Ya había perdido la cuenta! Quería maldecir al estilo americano, vociferar por lo alto. Amy había sido bendecida, el matrimonio Williams, que le daba alojamiento momentáneo, se había hecho presente de inmediato y, para esas alturas de la tarde, de seguro, ya gozaba de la tranquilidad de un techo, un buen baño y un cambio de ropa.

Otra era la historia para Nora, que intentaba mediar su humor con el malestar de Joan. Lo único que le faltaba era que la mujer se desvaneciera.

—Tenga, señora Sullivan. —Le entregó un pañuelo humedecido en los bebederos para caballos, era la única fuente de agua cercana—. Refrésquese un poco... —La mujer se encontraba despatarrada en el interior del carruaje.

—¿Muchacha, estás segura de que quieres quedarte en este infierno? —Medio día en California fue suficiente para la Sullivan, no volvería a poner un pie en el condenado lugar. Hizo uso del pañuelo, se humedeció el cuello y la frente—. Pasado mañana regreso a Boston, tienes tiempo para pensarlo... Creo que, viendo y considerando la descortesía a la que te están sometiendo, es la decisión más adecuada.

Estaba en lo cierto, era una descortesía sin parangón. Nora quería pensar que existía un aceptable motivo que justificara la demora. Comprendía que los tiempos estimados de llegada siempre estaban sujetos a modificaciones accidentales o climáticas, pero la demora se estaba extendiendo por demás.

Recorrió los alrededores con la mirada, estaban en la entrada de Sacramento, cerca de la plaza principal del pueblo, y a un par de metros se encontraba la oficina postal.

—Quédese aquí, señora Sullivan, mientras yo voy a ver si obtengo algún tipo de información en el correo.

Tal vez le habían dejado un recado ahí. Todo podía ser posible. O por lo

menos, eso quería pensar. No esperaba que Charles Miler se presentara como un caballero andante para llevarla a las instalaciones correspondientes, pero sí esperaba que éste tuviese la responsabilidad de procurarle asistencia y seguridad.

Le iba a informar al cochero sobre su improvisada iniciativa, pero lo desestimó al darse cuenta de que el hombre roncaba con la cabeza hacia tras y el rostro al sol. ¡Vaya locura! Siguió camino en dirección al correo.

La pobre Joan recuperó superficiales fuerzas, las suficientes para reactivar las piernas. A un par de metros se encontraba una cantina de dudosa higiene y llamativa clientela; dadas las circunstancias actuales, no le importaba, hasta en ese lugar de mala muerte deberían de ofrecer un vaso de agua. Una limonada era mucho pedir, no quería esperanzarse.

Asomó una pierna por la puerta y, cuando el tacón de su bota hizo contacto con la escalerilla de madera, tomó impulso con los brazos hasta conseguir que su húmedo trasero se despegara de la acolchonada butaca. Lo consiguió, su otro pie le hizo compañía a su miembro hermano, y luego de una profunda inspiración, tomó coraje y descendió.

El ruido de los cascos de caballos fue la sinfonía que la acompañó, se llevó la mano a la frente para poder mirar a lo lejos. Un carruaje y dos hombres jóvenes se acercaban. Ni bien estuvieron a un par de metros, abandonaron las monturas, uno de un salto, y el otro, con total calma y elegancia. Joan tosió, la polvareda que habían levantado se filtró por su garganta, lo que le hizo imposible el habla por unos cuantos segundos.

Louis hizo un análisis general sobre la mujer que tenía ante sí, de caderas anchas, cerca de la quinta década de edad y con lo que parecían modales refinados. La pobre mujer se abanicaba con guantes; estaba claro que el calor de esa región no era de su conocimiento, es más, si se valía por su vestimenta podía asegurar que estaban ante la mujer que habían ido a buscar. Sin duda, la descripción que Charles le había dado era perfecta.

—Has visto, Elton, eres un quejoso... —le murmuró a su hermano—, hemos llegado en el momento justo.

—¿Ustedes vienen en nombre de Miler & Miler? —Ni bien pudo recuperar la voz, Joan los interrogó, se dirigió al llamativo muchacho de cabellera rubia dorada y barba. Lucía como un empleado de poca monta a simple vista, pero su actitud demostraba lo contrario.

—De un Miler... —bromeó Louis—, creo que con eso basta, ¿no? —El carruaje que traían consigo se detuvo en la cercanía de la improvisada reunión

—. ¡Bienvenida a California, señora Jolley! —dijo acercándose a ella con una amable sonrisa.

—¡Señorita Jolley! —lo corrigió una voz femenina a la distancia.

El sol les jugaba una mala pasada a los ojos de Louis, tuvo que forzarlos y entre cerrarlos para divisar a la figura que se acercaba con la fuerza de un toro salvaje dispuesto a embestir todo a su paso. Sin pensárselo dos veces, retrocedió.

—Ya la ha oído, es señorita Jolley —agregó Joan haciendo uso de su rol de chaperona—, y espero que se la respete como se debe.

El encuentro entre Louis y Nora finalmente alcanzó su cenit. Casi que el muchacho Grant tuvo que abofetearse para reacomodar la idea equivocada de «señora Jolley» que Charles había hecho germinar en su cabeza.

—¿Usted es Nora Jolley? —preguntó con sorpresa.

—Sí, ¿algún inconveniente?

Louis se echó a reír. No pudo evitarlo. ¿Cuántos años tenía esa muchachita británica? ¿Acaso Charles lo sabía? ¡Por los cielos, moría de ganas de ver la expresión en el rostro de Miler cuando la viera! Ni hablar de sus rasgos delicados y femeninos, o su cutis blanco no apto para el sol que los gobernaba.

—Ninguno, ninguno... señorita Jolley. —El tono burlón coronó lo último, y no hizo más que enfadar a Nora.

—¿Y su nombre es...? Si se puede saber —demandó, hasta que no tuviese una presentación decente no movería ni un solo dedo, menos que menos se iría con él, que parecía un forajido salvaje. Por suerte no estaba solo, y el hombre que lo acompañaba destacaba por su pulcritud y elegancia.

—Oh, lo siento, qué cabeza la mía... en mi defensa, no suelo ser un emisario de bienvenida tan a menudo. Mi nombre es Louis Grant, Charles me ha enviado por usted. —Señaló a Elton quien, en ese momento, inclinaba su cabeza en un gesto de saludo sosteniendo su sombrero—. Aquel encantador hombre es Elton, mi hermano... y tras él, se encuentra a su disposición el carruaje familiar para hacer más cómodo su traslado.

—¿Traslado? ¿De cuánta distancia más estamos hablando? —intervino la señora Sullivan.

—Tan solo un par de millas más, señora... eso es todo —respondió Elton.

—De ser así, no nos demoremos más, muchacha —Joan se dirigió a Nora —, pretendo estar de regreso en la posada antes de que caiga la noche. ¡Cochero, por favor, el equipaje!

Cuando Louis comprendió la intención de la mujer, la interrumpió:

—Lo siento, pero me han encomendado la tarea de trasladar a la señorita Jolley, y nada más que a la señorita Jolley.

—¡Eso es absurdo! —protestó haciendo un gesto de mano que desestimaba lo oído.

El encuentro de miradas entre Nora y Louis se dio dentro del marco de una dinámica impensada. Coincidieron en silencio, hablaron sin palabras. A su manera, los dos conocían a Charles Miler, y eso incluía a sus manías y costumbres.

—No, no lo es, señora Sullivan. —Nora lo libró de explicación a Louis—. No se preocupe por mí, ya ha cumplido con su labor, se lo agradezco, de aquí en más queda todo bajo mi entera responsabilidad.

Louis y Elton intercambiaron miradas. La señorita Jolley, en apariencia, era una joven que no había alcanzado la madurez suficiente, pero bastaba oír la hablar para darse cuenta de que era todo lo opuesto. Con razón Charles la había idealizado de la manera equivocada.

—¡Pero tú estás loca, muchacha! ¿Piensas marcharte con dos hombres desconocidos?

—Sí... sí a ambas cosas.

Joan refunfuñó. Evaluó el asunto una vez más, observó el carruaje, se notaba que el vehículo era de gran calidad, y por lo que podía ver del vestuario del hombre llamado Elton, los tal Grant no eran unos muertos de hambre, aunque el que tuviese delante de ella lo pareciera.

—Esto no es correcto, Nora... si hasta me atrevo a decir que no trajeron consigo a ninguna chaperona.

—Bueno, en eso se equivoca, si hemos traído a una —intervino Louis—. ¡Dorothy! —gritó.

Todos se quedaron a la espera de ver aparecer un rostro tras el cortinal de la ventanilla. No sucedió. Elton se apretujó el rostro. Louis resopló.

—Lo siento, creo que nuestra acompañante se ha dormido, permítanme.

En un par de zancadas estuvo junto al coche. Golpeó la portezuela.

—¡Dorothy!

A los segundos, el rostro de una niña, que no superaba los cinco años de edad, se asomó sonriente liberando un gran bostezo.

—¡Es una niña! —recriminó Joan.

Para Nora, la sonrisa de la pequeña fue como una brisa de aire fresco. No pudo evitar retribuirle.

—¡No lo soy! —se defendió la aludida.

—Yo que usted, no la ofendería, tiene más carácter que tamaño —alegó Elton conocedor de su sobrina.

—¿Qué me dice, señorita Jolley? —Louis intentó templar la situación y poner en movimiento a la recién llegada—. ¿Dorothy es suficiente compañía para usted?

La niña le volvió a sonreír, y el mal humor del eterno viaje y las horas de espera se esfumó en un abrir y cerrar de ojos.

—Es suficiente, por supuesto que lo es.

La despedida careció de matiz sentimental, la señora Sullivan sería un recuerdo en cuanto la distancia entre ellas se ampliara. Le agradecía la buena voluntad, no cualquier mujer estaba dispuesta a atravesar el país ida y vuelta solo para acompañar a un par de muchachas que nada tenían que ver con ella, pero el punto final tenía que ser colocado. Y así lo hizo Nora. Sin importar lo que ahí sucediese, no regresaría a Boston. Presentía que California era el último lugar del recorrido de su vida. Un extraño presentimiento, claro está. Sin embargo, así lo sentía. Era lo más alejado posible a lo que, tiempo atrás, fue su hogar, y lo que proyectaba como uno. Quizás, por esa llamativa dicotomía, era que la ansiedad volvía a ganarle a la razón, y los tacones de sus botines tamborileaban contra el piso de madera.

—¿Tienes hormigas? —La pregunta de Dorothy era acorde a su análisis infantil.

Se arrojó de rodillas al suelo, y sin permiso, le alzó la falda.

—Yo puedo espantarlas si quieres...

—Oh, no, cariño... levántate por favor. ¡No, no son hormigas! —dijo tomándola por los hombros para hacerla volver a la comodidad del asiento.

—¿Y por qué se mueven tus piernas?

—Porque... porque —Tuvo que pensar un argumento que hiciera a un lado los conflictos emocionales ante las nuevas vivencias—, porque de tanto estar sentada mis piernas se han dormido. ¿Alguna vez te ha ocurrido?

—Puff, un ciento mil de veces.

Nora rio, podía notarse que la pequeña Dorothy no tenía idea de la medida indicada en su expresión.

—Dicen que cuando tus brazos se duermen, tienes que sacudir la cabeza para que se despierten... podrías intentarlo, ¿no?

—¿Quiénes dicen eso?

—Todo el mundo... —Para Dorothy, el mundo se resumía a los protagonistas de su vida que, casualmente, coincidían con los miembros de su familia—, en especial la abuela Sandra. Inténtalo —insistió.

El vocabulario de Dorothy era muy vivaz, demasiado tal vez. Se recordó

que debía enterrar en su memoria las costumbres británicas, en especial en lo relacionado a la educación; en Inglaterra se les enseñaba a las niñas que el silencio era el mejor aliado, en américa, empujarlas al mutismo era una labor titánica.

—Podría... déjame ver.

Sacudió la cabeza de un lado al otro. Las piernas no se le despertaron, pero las vértebras de su cuello crujieron. Dorothy se cubrió la boca para ocultar la risa.

—¡Tu cuerpo hace ruido!

El efecto relajante que el movimiento causó en su cuello se le presentó como una necesidad que debía de ser extendida a lo largo de toda la espalda. Tenía el cuerpo atenazado, y los músculos parecían rocas. Estiró los brazos hacia adelante y atrás, una sinfonía de huesos resonó dentro del carruaje. Casi que gimió de placer. Las mejillas de Dorothy estaban rojas como un tomate, no por vergüenza, sino porque se descostillaba de risa ante la mujer contorsionista que tenía frente a ella.

—Prométeme que no dirás nada. —Nora buscó complicidad en la niña a modo de juego.

—Lo prometo... —dijo, aunque los ojitos danzaron de un lado al otro confesando duda.

—No pretendo juzgarte, Dorothy, pero tu promesa no me convence.

—¿Qué es, *juzgarte*?

La niña era avanzada para su edad, superaba a sus pares por mucho, de ahí a pensar que podía enfrentarse a un vocabulario adulto, era demasiado.

—Es una palabra que no debí utilizar, solo eso. Dejemos lo dicho en: *tu promesa no me convence*.

Dorothy llevó la duda un poco más allá, la hizo pensamiento, la mueca en sus labios fue el preámbulo de lo que sería una resolución final.

—La abuela Grant dice que la verdad siempre le gana a la promesa... si no me preguntan, prometo no decir nada.

Tan pequeña y ya con estándares morales altos. Nora estaba encantada con ella.

—¿Y si te preguntan?

—Diré la verdad —afirmó.

—¿Que es...?

—¡Que la espalda de la señorita *Yoly* ruge como un león!

De ser otra persona, le hubiese corregido de inmediato la errónea

pronunciación de su apellido. La pequeña se acababa de ganar el privilegio de llamarla como se le antojara. Ella y su abuela, con las pocas palabras oídas sobre la mujer, ansiaba conocerla. No dudó en comentárselo a la niña.

—Me encantaría conocer a tu abuela, Dorothy... a propósito, puedes llamarme Nora.

—Y a la abuela Sandra le encantará conocerte, le encanta conocer a muchachas nuevas...

—Ah, ¿sí? —Pensó: quizás la soledad bajo el sol californiano hacía la vida muy aburrida, y la pobre mujer estaba hasta la coronilla de los mismos rostros.

—Sí... necesita una esposa para mi tío Zachary —confesó con total liviandad, como quien cuenta un dato superficial—, y también para mi tío Louis, aunque dice que la de Louis puede esperar, pero la de Zach, no. —Se acercó para susurrarle al oído—. La abuela quiere más nietos...

—Espera... ¿has dicho, Zachary?

¡Por los cielos! ¿Cómo no lo había pensado? Culpaba al calor y al viaje, le estaban atrofiando la mente. Zachary Grant... Sandra Grant. ¿Cuántos de ellos podían existir en California?

Para apartar toda duda, utilizó la carta que le daría la confirmación absoluta.

—¿Tu tía es Lady Webb?

Dorothy alzó los hombros.

—Mi tía se llama Emily... —pensó, sus ojos se movieron procesando la información. Sonrió—, ahora que lo recuerdo, mi tío Zach le dice «lady», pero se lo dice solo para molestarla, a ella y a mi tío Colin, —Volvió a sonreír, y aseguró—: en especial a mi tío Colin.

—¡Oh, sí! ¡Tu tío Colin! —rio al recordar aquel viaje junto a él y la familia Grant a bordo del Elizabeth IV. ¡Cómo olvidar los intercambios de palabras entre Colin y Zach! Le habían robado más de una carcajada. Más aún, le habían animado el espíritu.

—¿Lo conoces?

—Sí, lo conozco. Lo conozco a él y a Emily. Y también a Zachary Grant, y a tu abue...

Dorothy no demoró ni un segundo en compartir la primicia. Se trepó a la ventanilla de la portezuela, y gritó para que Louis y Elton la oyeran:

—¡La señorita *Yoly* conoce al tío Colin... y al tío Zach, y a la abuela! ¡Conoce a todos!

Era un buen augurio. Tenía que serlo. Llegar a tierras desconocidas y encontrarse con las personas que le brindaron la más desinteresada y afectuosa solidaridad no podía ser una simple coincidencia. ¿Sería cuestión del destino? ¿Acaso existía ese poder divino? Y de ser así, de existir... recién en ese momento, en ese instante de su realidad, se hacía presente. ¿Por qué?

No hubo tiempo para más reflexiones trascendentales. Menos para respuestas. Importaban otra clase de preguntas, las que ubicaban en tiempo y lugar a Nora con los Grant en el pasado. Elton se mostró más tranquilo a la hora de interrogarla, Louis no pudo con su común verbosidad; la atosigó con cuestionamientos superficiales, básicamente porque quería entrecruzar el relato de la muchacha con los de sus hermanos, estaba seguro de que Nora Jolley narraría los hechos con mayor objetividad. Rio a carcajadas con las primeras anécdotas, y la obligó a un cambio de planes. Charles podía esperar. El reencuentro con la familia Grant, no.

Para Nora fue la excusa perfecta. Entre palabra y palabra había confirmado que lo que unía a los Grant con Miler era una profunda amistad. ¿Qué mal haría dilatando el encuentro con ellos? Porque eso era lo que estaba haciendo. Los nervios salían a la superficie, después de años y años de espera, el momento más esperado iba a concretarse. ¿Estaba preparada?

No tuvo tiempo de pensar en nada más. Ni bien cruzó el umbral del hogar de una de las familias más acaudaladas y reconocidas de California, se olvidó de las sensaciones de confusión para entregarse a la cálida bienvenida.

Los brazos de Sandra finalizaron con la tarea que Nora había comenzado en el carruaje, le acomodaron las vértebras. Así eran los abrazos de la abuela Grant, unía cada fragmento suelto de tu cuerpo, te daba seguridad, te hacía sentir querida.

—¡Apenas puedo reconocerte, muchacha! —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¡He pensado tanto en ti en los últimos años, y aquí estás! —Puso los brazos en jarra, de la felicidad pasó al fingido enfado—. ¡Debería enojarme contigo, ni una carta, ni una noticia tuya!

La mujer tenía ese punto a favor. De haberlo querido, Nora hubiese podido encontrar la manera de hacerle saber que estaba bien, que sobrevivía. No lo hizo, por esa endemoniada cuestión suya de no querer depender de nadie, de no querer deber nada a nadie. Ya no era la misma niña de años atrás, y comprendía lo tonto e injusto de su proceder.

—Lo siento, no creí que...

No pudo finalizar la disculpa, los brazos de Sandra, como tentáculos ansiosos, volvieron a capturarla.

—¡Bueno, ya basta, dejémoslo en el pasado! Ahora estás aquí... cómo debiste estar en un principio, y todo gracias a Charles. ¡De no creer! ¡Bendito sea el creador y sus extrañas maneras de obrar!

—Madre, hablando de Charles —Louis vio oportuno intervenir, el delgado cuerpo de la señorita Jolley estaba a pasos de quebrarse entre los brazos de su madre—, tengo que llevarla con él en una pieza.

—Y de lo posible, respirando —agregó Elton cuando comprobó que el rojo ardiente de las mejillas de Nora no tenía que ver con las altas temperaturas de la región.

—Oh, lo siento, tienen razón. —La apartó con delicadeza y Nora pudo recuperar el control del cuerpo—. Déjame verte bien... estás delgada, demasiado delgada —Era imperioso para la mujer conseguir más voces que la secundaran, se dirigió a sus hijos, los únicos presentes— ¿La ven delgada, verdad?

—No lo sé, madre, la acabamos de conocer —convino Elton sin intenciones de desmerecer la apreciación.

—Y si lo que dices es así, no te preocupes. —Louis quiso zanjar el asunto lo más rápido posible antes de que Sandra tomara la responsabilidad como propia. Ya podía imaginarla día tras día visitándola en lo de Charles para llevarle platos de suntuosa comida casera—. Kaliska se asegurará de que su cuerpo se ponga a tono con las necesidades californianas.

La señorita Jolley necesitaría de proteínas y grandes dosis de agua diaria para tolerar el nuevo estilo de vida. Boston y sus costumbres, se evaporarían como una gota de agua en el desierto.

Dorothy, que había sido encomendada con la función de ir en busca del abuelo Benedict, interrumpió la conversación de bienvenida con lo solicitado aferrado a su mano.

—Oh, Benedict, ven a conocer a la pequeña Nora... Te he contado sobre ella, ¿lo recuerdas? Viajó junto a nosotros de regreso a América.

Al igual que cada uno de los miembros masculinos Grant, el jefe de familia, era alto y robusto. El avance de los años no lo había abofeteado como a la mayoría de los hombres de su edad, tenía una suntuosa cabellera gris plata y una barba cuidada que relucía con el mismo color, combinando de manera casi magnánima con el tono tostado de su piel. Sin lugar a dudas, la historia de su vida, una que oscilaba entre la rusticidad laboriosa y la conquista del éxito

repentino, le habían sentado de maravillas. En un par de pasos, estuvo junto a ellas. La afabilidad volvía a consagrarse como un rasgo genético distintivo en los Grant.

—Bienvenida, señorita... —Le dio pie a que ella finalizara con la presentación.

—Jolley, Nora Jolley.

—Señorita Jolley, es un placer recibirla en nuestro hogar.

—Benedict, por favor, dile Nora... —Sandra no podía contener la emoción. Llevaba cargando encima unos cuantos meses monótonos. Extrañaba a su hija, y la actividad lúdica que obtenía a manos de sus nietos, no le era suficiente. Por eso reclamaba más... y más.

—Gracias por recibirme, señor Grant, he oído hablar mucho de usted. —Era verdad, tanto Emily como Sandra le habían narrado un sin fin de historias en las que el hombre era protagonista. Recordada hasta la historia de amor entre él y Sandra. Los inicios del matrimonio, el primer hijo. Todo.

—Y aunque parezca una respuesta de pura cortesía, déjeme decirle que yo también he oído hablar mucho de usted. Ahora que lo pienso, parte de la felicidad de Emily le pertenece a usted, señorita.

—¡Felicidad para Emily, desgracia para el resto! —Un vozarrón atravesó el salón con la fuerza de un huracán.

La memoria es perfecta, almacena información sin que uno se dé cuenta siquiera. Nora jamás hubiese pensado que la vibración de esa voz había quedado grabada como huella imborrable en su mente. No, jamás olvidaría la voz, el tono y la ironía de Zachary Grant.

—Si se trata de pensar sobre el pasado, déjame decirte, pequeña Nora... —Avanzó hasta llegar a ella y le sonrió, luego frunció el ceño para otorgarle dramatismo a lo que diría a continuación—, que, si no hubieses ayudado a ese mequetrefe, yo estaría feliz, y él estaría flotando en el atlántico, o en su defecto... encallado en tierras irlandesas.

Sandra no pudo contener la mueca de espanto.

—¡Zachary Grant, por los cielos, compórtate! ¡Esta riña infantil entre ustedes tiene que caducar de una vez por todas!

—Imposible, madre, y lo sabes.

Benedict se llamó al silencio. No pensaba opinar, llevaba años librándose del asunto. Louis y Elton se echaron a reír, al fin de cuentas, la eterna riña no hacía más que enriquecer los momentos de reunión familiar.

—No le prestes atención a lo que dice, Nora. Critica a Colin, y luego son

carne y uña. —Sandra expuso la verdad de la relación.

—Pues no me queda más alternativa, a una de las mentes maestras de la familia —dijo dirigiéndose a Elton— no se le ocurrió mejor idea que construir la nueva vivienda de esos tórtolos a pasos de mi estancia.

—Lo que tú llamas «pasos», otros lo llaman «millas» —remarcó Elton con la risa de Louis resonando en su oído.

—Pues no son las suficientes, el viento me trae su condenado perfume inglés.

—¡A mí me agrada el perfume del tío Colin! —Dorothy se sumó a la discusión, aunque para ella no era más que un intercambio común de palabras entre Grant's.

—A ti te agrada todo, Dorothy —la criticó Louis sabedor de que la influencia Foster le corría por las venas—, tienes que empezar a ser más selectiva.

Nora estaba inmutable, lo que había sido una cordial bienvenida se había transformado en un ida y vuelta de sarcásticos reproches.

—¡Suficiente! —Benedict alzó la voz midiendo la intensidad para no espantar a la recién llegada—. Por favor, coloquemos el ojo sobre lo importante, brindarle una confortable bienvenida a la muchacha.

Los ojos de todos los presentes se posaron en ella. El calor la devoró. El sudor le perló la frente.

—No, por favor, no tienen que preocuparse por mí.

—¡Por supuesto que sí! —afirmó Sandra—. No pienses que voy a dejarte marchar tan fácil, en breve caerá la tarde —dijo tomándola por los hombros—, te quedarás a cenar con nosotros. Además, Jonathan, Megan y Amber nos harán compañía...

La señora Grant mencionaba nombres como si para Nora fuesen amigos de años. Eran perfectos desconocidos.

—Y si Charles no fuese tan receloso, también podría sumarse —agregó mirando de soslayo a Louis, mientras guiaba el cuerpo de Nora al que era su salón particular. Ahí gozarían de una infusión refrescante y de los chismes de los alrededores. Alguien tenía que nutrir a la muchachita británica sobre la vida social californiana, y Sandra pensaba tomar las riendas de esa empresa.

—Madre —la reprendió él por el comentario—, Charles tiene sus costumbres y modos, respétalos, por favor.

—Lo hago, por supuesto que lo hago, pero *una cosa no quita a la otra*. —La frase era de común uso familiar—. ¿No es así, Nora?

Oír el nombre de Charles puso de nuevo en relieve a sus agitados nervios. Tragó saliva, enderezó la espalda y alzó el mentón. Esa era su estrategia de defensa corporal involuntaria.

—¿Qué cosa, señora Grant? —preguntó dudosa.

—Eso que ya tú sabes... Charles. Al fin de cuentas, aceptaste venir hasta aquí para trabajar con él. ¡Debes conocerlo bastante bien!

—Lo suficiente —balbuceó—. Lo conozco lo suficiente, señora Grant.

De entre todos los presentes era la única que conocía el secreto que se unía a su apellido y ascendencia. ¿Era acaso suficiente?

Pronto lo descubriría.

Le pareció escuchar unas campanas, le recordaron al tiempo pasado con las Hermanas de la Caridad. Abrió los ojos, miró por la ventana, que tenía las cortinas abiertas, las cuales se movían al son de un suave viento matutino. Dormir de ese modo le resultaba ajeno, hacía años que no lo hacía, tanto la señora Godman como la señora Saint Jordan decía que era impropio de una dama. ¿Qué tal si un hombre o un bandido se colaba por allí?, no sabía por qué, teniendo en cuenta la fama del lejano oeste —¡Y que la parta un rayo si ese lugar no estaba lejos en el oeste!— se sentía segura al dormir allí. Quizá, caviló aún adormecida, solo se trataba de que el sofoco le había ganado a la razón. Tenía el camisón de verano puesto, y era más pesado que la mayoría de los vestidos de la zona.

Otra campanada. Nora intentó espabilarse para comprender la procedencia. ¿Una iglesia?, era demasiado temprano, incluso para la misa en una zona llena de católicos. El cielo ni siquiera se veía rosa, era apenas un negro violáceo que la invitaba a retozar en la cama. Pero demonios, esa campana se lo impedía.

Se puso de pie, utilizó el aguamanil para lavarse el rostro, tenía a su lado agua fresca para beber, que sin duda hizo y se vistió de manera apresurada. Mientras lo hacía, su mente recién despierta barajaba posibilidades: un incendio forestal, era común en zonas tan áridas, pero en ese caso, todos correrían. La opción de la misa no era tan descabellada, estaban en una zona rural y era común que los obreros asistieran antes de emprender las tareas; Nora intentó recordar si había una capilla en las inmediaciones.

La ropa que solía usar era funcional, el vestido con botones delanteros, el corsé con cordones al frente. En menos de un minuto estaba lista, salvo por el cabello que, a falta de tiempo, trenzó y ató con un listón. Salió al corredor desierto. La noche anterior, los Grant la habían dejado allí tarde, tras la cena. No consiguió contemplar la casa de Miler en detalle, solo recordaba el modo encantador que se veía bajo la luna. Estaba en las tierras Grant, solo que alejada, cerca de uno de los cerros. Las paredes eran blancas, a la cal, con tejas rojas y suelos de ladrillo del mismo tono. Poseía una bella fuente sin ornamentos en el centro del jardín frontal, algunas flores coloridas que

soportaban bien el sol y el calor y una arboleda, que la hacía soñar con bosques mágicos. Tenía entendido que un arroyo pequeño surcaba esa zona, de donde los mineros habían sacado agua para dar con las pepas de oro. Ahora, que el área había sido explotada por completo, el arroyo seguía su curso con algo más de caudal. Por encima del canto de los pájaros y del sonido de la fuente, se escuchaba el arrullo del agua.

Hubiese sido un despertar idílico si no fuera por la maldita campana que sonaba sin cesar y que, Nora comprendía, no se trataba de una urgencia sino del llamado a trabajar. Le hubiese gustado tener un reloj, podía apostar su caluroso vestido a que no eran ni las cinco de la mañana. Siguió el sonido por los pasillos de la casa, no era inmensa aunque sí amplia, diseñada por Elton Grant para que mantuviera el frescor en los pesados días de verano. Estaba decorada con hermosos jarros, cuencos y macetas diseñados por las personas de la zona y en donde lucían plantas de interior. Los cuadros también eran de artistas locales, con paisajes de California, cerros, viñedos y uno hermoso, que a Nora le encantaba, de la bahía de San Francisco. El despacho de Charles Miler se encontraba con vista a la ladera, desde su ventana, un niño, era probable que Dorothy ya lo hubiera hecho, podía lanzarse a rodar sobre el césped a modo de juego.

La campana sonó una última vez en el instante en que ella atravesó el umbral.

—Buenos días... —saludó a la nada. El despacho estaba en penumbras, las cortinas estaban corridas y apenas se podían ver las sombras de los objetos.

—¡Al fin aparece usted! —La voz ronca y gutural provenía de un rincón. Los ojos ciegos de Nora lo buscaron para ponerle al fin rostro a Charles Miler. No lo encontraron. Tuvo que conformarse con el sonido de su voz. Los pensamientos que la asaltaron no eran para nada profesionales, por lo que, pese a que llevaba años intentando olvidar su educación británica, en ese momento deseó que toda ella volviera a poseerla y la mantuviera fría e impávida ante su nuevo jefe. Se oía como imaginaba se escucharía un hombre al despertar, casi podía visualizar la estampa de cabellos revueltos, mirada soñolienta y rubor matutino. Esperó que, así como no podía verlo, él tampoco lo hiciera, porque tenía las mejillas ardidadas producto de sus pensamientos.

—Lo... Lo siento. —Balbuceó y aspiró profundo en un intento de darse valor. El encuentro con Charles la había tomado desprevenida, y algo muy dentro suyo le gritó que había sido adrede. Por algún extraño motivo que Nora

no llegaba a comprender, Miler deseaba tener ventaja sobre ella. Dominio, control. Algo que solo tenía una razón de ser: se sentía amenazado. Era la actitud de una fiera herida, que deseaba mostrarse tan peligrosa como antaño, para que la dejaran en paz. Pero ella era Nora Jolley, estaba más allá de los hombres que se sentían atacados. Alzó el mentón del modo que ya la definía y dejó los tartamudeos atrás—: ¿Tiene hora, señor Miler?, porque estoy segura de que no son ni las cinco de la mañana.

—Son las cinco de la mañana. En punto. —El sonido del reloj de pared le dijo que su jefe no mentía. Nora no podía divisar la hora, pues estaba en la zona sombreada—. Empecé a llamarla faltando quince minutos, y me felicito por mi decisión. Al parecer, la puntualidad británica es una gran mentira.

La indignación creció en Nora.

—¡Puntualidad!, se comienza a trabajar a las siete...

—Señorita Jolley... —la interrumpió—, eso era en Boston, donde usted mandaba muy campante. Aquí se empieza a trabajar cuando yo lo digo, y eso es a las cinco de la mañana.

A Nora le hubiera gustado refutar. También, ir en busca de las pruebas de sus orígenes, lanzárselas al rostro, decirle *haga usted lo que le dé la gana*, renunciar y volver a Boston con Clarise. No lo hizo, no conseguiría que se rindiera. Ese puesto era lo que más deseaba, y si la contrapartida era un jefe gruñón, lo soportaría.

—Bien...

—Abra las cortinas. Mire el horizonte. No se deje engañar. En estas latitudes los días de verano son más cortos que al norte, pero los de invierno son más largos. Eso nos permite mantener nuestra jornada inalterable. Empezaremos cuando el sol despunte... Y ya veremos cuándo terminar. Estamos atrasados, señorita Jolley. Llevo meses sin asistente, malditas comunicaciones... —Lo último fue mascullado, algo por lo que no culpaba a Nora—. ¿Sabe?, se está trabajando en el ferrocarril que una ambas costas. Supongo que su viaje fue un martirio.

—Lo fue, señor. —Nora abrió las cortinas y la claridad inundó el despacho. Por instinto, buscó el rincón de donde la voz provenía, y que ahora, al menos, revelaba un par de sombras y contornos. Charles Miler ya no estaba allí.

El despacho era amplio, de techos altos, y seguía la decoración del resto de la casa. En la pared opuesta al ventanal y en la que poseía un hogar, se hallaba la biblioteca. Una fila interminable de ejemplares encuadernados, de

diversos tópicos y calidades. Frente al hogar que no ardía, y Nora pensaba que jamás sería necesario, se encontraban dos sillones de respaldar alto con vista al mismo, una pequeña mesa de té, un mullido apoyapié y una mesa auxiliar de roble californiano, con ruedas que se desplazaban por el pulido suelo. Era difícil adivinar el material del mismo, parecía ser alguna piedra propia de California o México.

—El escritorio es para su uso —decretó Miler. Nora divisaba apenas un fragmento de sus cabellos castaños, ondulados, y una porción de su hombro derecho. El escritorio estaba dispuesto para recibir la luz del exterior, de modo que le impedía ver a su interlocutor—. Encontrará allí lo necesario para empezar el trabajo.

Nora no había desayunado, de todos modos, el nudo que le aprisionaba el estómago le quitaba, a su vez, el apetito. Quería acercarse a Miler, verlo a los ojos. Deseaba sentarse en el otro sillón de respaldar alto, servir el té y pasárselo. Escuchar esa voz ronca mientras le comentaba sobre algún libro que lo había emocionado particularmente, o le pidiera opinión sobre algún manuscrito controversial. Anhelaba repasar las cartas que llevaba con ella, porque sí, las había traído consigo, y leerlas ahora con el tono grave de Charles. Esas que dejaban de lado el profesionalismo para ir al terreno de lo subjetivo, de lo personal.

Dejó de lado las ilusiones, estaba acostumbrada a que se hicieran pedazos, y con frialdad, una que le recordaba su parte inglesa, tomó el primer papel de la pila y lo leyó. Miler aguardaba en silencio, sobre el canto de los pájaros lo escuchaba respirar.

—Lo primero que tenemos es una misiva de Carrington en que plantea la necesidad de achicar las tiradas de ciertos libros.

—¿Cuáles? —Nora pasó a listarlos—. Las publicaciones de apoyo a Lincoln se mantendrán con el mismo tiraje, sobre todo en las zonas en las que tiene tantos enemigos. Nunca he ocultado mi apoyo hacia él, y bajar el número de ejemplares nos mostraría como unos tibios. —Nora tomó nota de eso y repasó el resto de los títulos que Carrington presentaba como posibles ahorros.

—Disculpe, señor, pero, ¿acaso la editorial sufre de problemas económicos?, ¿por qué el ahorro?

—No, lo que sufrimos es un ataque, señorita Jolley. Sobre todo, en el sur y centro del país. Allí nuestras publicaciones son boicoteadas, quemadas. Nos han robado un cargamento completo, en el que se hallaban libros ilustrados

para una escuela de Missouri. No les importa nada. Las oficinas de Nueva York, Boston, Chicago y Maine están subsanando las pérdidas en los estados...

—¿Opositores? —sugirió Nora.

—Opositores, sí. Esa es una buena palabra.

—O un buen eufemismo.

—Los eufemismos son buenas palabras. —El humor en su tono grave hizo a Nora morderse los labios. Así había imaginado a Miler, no como el hombre gruñón que se escondía en las sombras. Al parecer, él también notó que bajaba las defensas ante ella, y alzó los muros de hielo una vez más—. Bien, anote donde sea que lleve sus tareas pendientes, escribir a Carrington explicando por qué no vamos a hacer tal cosa y que piense en otra forma de recortar gastos si es que se excede del presupuesto anual. Y que no pierda el tiempo por mil o dos mil dólares, que sale más caro enviar sus cartas con reclamos tontos que solucionarlo con una inversión menor.

Nora, acostumbrada a su libreta, mojó la pluma en el tintero y anotó escribirle al jefe de la oficina de Nueva York. Agregó de manera muda hacerlo en términos más amables que los empleados por Miler. Era evidente que el mal humor del hombre iba dirigido a ella, y Carrington sería una víctima colateral. Solo restaba adivinar el porqué de tanta animosidad. ¿Dónde habían quedado los tratos amables?, ¿por qué, si la detestaba de esa manera, había pedido por ella explícitamente?

Pasó a la siguiente tarea. En ese caso era un manuscrito que llegaba de Carolina del Norte y hablaba del compromiso de Missouri y sus consecuencias en la Ley de Kansas-Nebraska.

—Dime en tus términos qué crees del análisis del editor —pidió Charles. Su voz sonó aún más ronca, y a Nora le provocó un escalofrío. Algo raro, si tenía en cuenta que el sol estaba en el firmamento y calentaba con sus rayos la espalda de la muchacha.

—Pienso que, si bien siempre hay un tinte subjetivo en los análisis, en este caso el señor Chees no ha podido ver más allá de sus propias narices. No queda más remedio que leer el manuscrito y volver a analizarlo. —Las palabras de Nora lo hicieron erguirse en la silla, y ella contuvo el aliento, por un segundo, pensó que revelaría su rostro. Y por poco lo hace. La tensión al darse cuenta del desliz llenó el aire a punto tal que, si no fuera por el sol que quemaba, Nora hubiese pensado que una tormenta se abría paso en el aire.

—Quiero que lo lea, Nora... Señorita Jolley. —Ambos tragaron saliva al

instante por el tono de confianza de Charles—. No sé cuál es su método, yo suelo abrir al azar...

Nora sonrió, jamás podría hacer eso.

—Lamento decepcionarlo, señor. No puedo más que iniciar por el principio como haría cualquier buena sierva del Señor. —La carcajada de Charles fue tan auténtica que Nora supo que sus sueños estarían plagados de ellas. ¡Oh, Dios, cuánto anhelaba verlo!

La decisión de Miler de mantenerse inaccesible, en lugar de desalentarla, lo rodeaba de un halo de misterio que lo volvía adictivo para Nora. Conseguía alimentar su imaginación, una que a ella misma la sorprendía. No recordaba prestarse a fantasías desde que era una niña, desde antes de la orfandad. Ahora, las mismas volvían a tejerse en su mente con románticas estampas de paisajes áridos, perfumes a flores y tardes calurosas, todas ellas, acompañadas de un enigmático hombre que reía en las sombras y que mostraba un temple cambiante que la descolocaba por completo.

—En ese caso, complazca a un hereje, señorita Jolley. Abra al azar y lea...

Nora carraspeó para asegurarse de que la voz le saldría serena. No recordaba sonrojarse tanto ni estar tan nerviosa desde que su madre la obligaba a leer la Biblia en voz alta para practicar y la reprendía cuando pronunciaba mal.

—...*Las divisiones se harán más frecuentes, como ha sucedido en el caso de Missouri y Maine, y, del mismo modo, las reparticiones de poder y favores políticos estarán atadas a las mismas normas de antaño. No hay progreso posible sin acuerdo, y no hay crecimiento como República en la división de estados establecida...* —A medida que leía, entraba en contexto de lo que el autor había querido expresar y los nervios la abandonaban. Se sumergía en el texto, lo bebía y se apasionaba. Su voz dejó de ser serena, su acento pasó de ser el impostado que utilizaba a tener el fuerte tinte de su tierra natal.

El escritor cometía varios errores que, en opinión de Nora, eran imperdonables. Era entendible, dado el tono político del libro, que dejara entrever sus ideas y que acompañara al lector en cada página para arrastrarlo hasta la conclusión. La señorita Jolley sabía, y comenzaba a coincidir con él, que Miler dejaría en ese punto y se saltaría las páginas hasta el final. Ella tampoco podía mantenerse neutral, en cada momento en que notaba un error del escritor, su voz transmitía la censura inevitable, lo mismo en los

fragmentos en que coincidía. También, solía hacer pausas no requeridas, pausas en las que cavilaba la manera de reformular el texto para que fuera más conciso, claro o incluso fervoroso.

Charles no parecía molestarse por la pasión de Nora, sino todo lo contrario. En el pasado, los asistentes supieron ser correctos y profesionales, aguardar a la opinión de Charles antes de emitir la propia con el afán de complacerlo. En la intimidad de sus pensamientos, solía llamarlos *lame culos*. Excepto, claro, quien fue amigo de su padre. Pero en el caso de Ambrose la relación no era laboral hacia el final, y no lo hacía leer los textos por él. Simplemente se los arrojaba por la cabeza, con ese temperamento tan característico, para que el hombre lo reprendiera como el padre que extrañaba tener. Ambrose no había sido su asistente, sino el nexo entre Charles y ellos. Cuando debió trabajar de manera directa con uno, no dudó en solicitar a Nora. Claro, sin saber ciertos «detalles» que ahora lo perturbaban.

Hacía bien su trabajo, no cabía la menor duda. Era todo lo que él supo que sería. El problema... era todo y más de lo que él supo que sería.

Las expresiones de Nora lo divertían y, en general, coincidían con las suyas. En un momento dado, hizo una pausa prolongada y Charles oyó el pasar de las páginas. La señorita Jolley se dirigió a la conclusión y leyó:

—...*Será entonces que la abolición se consiga el día que sea acompañada de un plan de emigración de los africanos...*

—¡Patrañas! —expresaron al unísono. El enojo con el escritor les impidió sonreír, pese a saberse de acuerdo—. Bajo ninguna circunstancia permitiré que Miler & Miler publique semejante barbaridad... —agregó Charles, y Nora largó el aliento con alivio—. Señorita Jolley, ¿piensa que hay algo rescatable de ese manuscrito?

—Buen uso de la gramática y ortografía inglesa, señor. Por lo demás...

—Lamento que aquí no arda la chimenea, de ese modo tendría, al menos, la satisfacción de verlo arder. ¿Cómo es posible que el señor Chees haya gastado en hacerme llegar esta, esta...? —Se rehusaba a utilizar el término *porquería*, pues era muy respetuoso con los libros como para definir a uno de ese modo. Además, era un gran defensor de la libertad de expresión, de modo que creía que un texto como ese debía tener lugar, claro que no en su editorial, la cual seguía una línea de pensamiento definida. La integridad era todo para los Miler, algo que le había inculcado su padre. Si mantenían una línea ideológica, la misma debía ser clara, de modo de no engañar a los lectores.

—El texto es abolicionista... solo que...

—¿Qué piensa usted de esa corriente?, ¿de quienes dicen que la abolición debe ir acompañada de la emigración de los actuales esclavos?

Nora se reclinó sobre la silla y dejó que el sol la reconfortara. Analizó las palabras antes de dejarlas salir de sus labios, un hábito que consideraba saludable e inteligente. El calor le perlaba la piel a esas horas, y el hambre le aprisionaba las entrañas. Por encima de eso, la sensación de ser tenida en cuenta por Miler le hacía pasar por alto el malestar. Charles aguardaba, paciente, a que la señorita Jolley hablara.

—Creo que es un pensamiento nacido de la ignorancia, pero de la clase de ignorancia que puede llamarse estulticia... —Hizo silencio.

—Siga, por favor. El término estulticia es uno de mis preferidos. —Nora sonrió ante la broma, utilizar algunos términos complicados, que requerían del acceso a diccionario, era un divertimento de editores y correctores.

—Los africanos han sido tratados como animales, señor Miler. Como vacas o caballos. Me atrevo a decir que los nativos han recibido un trato más humano que los esclavos, y eso, a sabiendas de lo que son las reservas, pone en manifiesto el nivel de aberración. —Charles se acomodó en la butaca, Nora pudo adivinar que se inclinaba ante ella para oírla mejor, para poner la completa atención y eso la motivó a seguir. Lo hizo con el corazón acelerado, por el hombre que mostraba su respeto, por el tema que abordaban—. Los llamados negreros han cruzado a los esclavos como si de razas de caballos se trataran; han obligado a los hombres a violar a las mujeres, a estas a parir hijos como si fueran crías de vacas, sin contar con que, del mismo modo que a ellas, se les ha quitado la leche para alimentar a los blancos. Me atrevo a decir que en América ya no existe un solo africano que pertenezca enteramente a su tribu, y pensar que en África existirá un lugar para los mestizos cuando aquí mismo no se le brinda es una ilusión vacía. Claro... si es que de ilusiones se habla, y no de desentenderse del tema. Permítame, señor, conjeturar con que es la segunda opción la que se esconde detrás de quienes defienden esta postura.

—En ese caso, señorita Jolley —El sonido de la voz de Charles era algo más suave, seguía siendo ronco, próximo a un susurro nacido de la garganta. Le recordaba al ronroneo de un gato satisfecho—, ¿considera que, tras la abolición, los llamados africanos serán, simplemente, americanos?

—Tanto como lo son los ingleses que han venido a esta tierra. Si el lugar de nacimiento de sus antecedentes define quiénes son, pues bien, que los puertos de América se llenen y los barcos lleven a sus hijos de regreso a la

Gran Bretaña.

Miler aplaudió. Un golpe de manos arrítmico, seguido de una risa suave de complacencia.

—No me equivoqué con usted, señorita Jolley. Por favor —solicitó. Arrastró la mesa con ruedas hacia atrás y Nora se sorprendió al ver una mano enguantada—, coloque aquí el penoso manuscrito y un tintero con una pluma. Quiero repasar algunas cosas antes de dictar mi veredicto.

Nora lo hizo. Se puso de pie, acomodó el folio de hojas, un tintero, una pluma y arrastró la mesa hasta dejarla junto a la mano derecha de Charles. El respeto la hizo mantenerse a distancia, el hombre no la había invitado a acercarse ni mostraba indicios de revelar su rostro. Tampoco volvió a sentarse, se quedó quieta, con la espalda recta y la vista puesta en los mechones castaños de Miler, que asomaban por el borde. La mano tomó el manuscrito, ella supuso que lo apoyó en el regazo, luego, la misma tomó la pluma y la mojó en la tinta.

El sonido de la punta sobre el papel era irregular, no contaba de la armonía que ella reconocía. Una vez más, pluma, tintero, con movimientos torpes, unos que finalizaron en desastre.

—¡Por mil demonios! —exclamó Charles, al derribar el tintero. Lo siguió un par de insultos más, dichos entre dientes. Nora corrió a socorrerlo; fue detenida con brusquedad—. ¡No avance más, señorita Jolley! ¡Maldición!, váyase. ¡Váyase! —gritó—. Busque a Kaliska y pídale que le dé algo de comer. Estas no son formas de trabajar correctamente. Usted con hambre, en un vestido acorde para tierras escocesas en este maldito clima del demonio.

La diatriba de Miler le llenó los ojos de lágrimas y le costó comprender el motivo. La insultaba, a ella, a California, hasta al clima. Se evidenciaba que no era contra ella, era contra él, y eso la alcanzaba con la fuerza de un rayo. La instintiva necesidad de socorrerlo iba más allá de las manchas de tinta, era decirle que no era para tanto, solo un pequeño accidente. Quizá comentar las veces que ella misma había arrojado tinta sobre su trabajo, incluso la ocasión en que echó a perder un día entero de esfuerzo... Nada de eso serviría. El temperamento de Miler era tan enigmático como su rostro. Acataría la orden de ir a comer, era hora del almuerzo y ella estaba en ayunas.

—S...Sí, señor. ¿Desea que pida una bandeja para usted?, ¿comerá con Kaliska y conmigo?

—No. —La respuesta perdió el ímpetu de la furia, y sonó resignada. Como si él lamentara tanto como ella haber perdido la dinámica alegre de esa

mañana—. Yo me encargo de mis asuntos, usted encárguese de los suyos.

—En ese caso... si no es molestia, le pediré que me brinde una mañana libre para ir al pueblo y conseguir ropa acorde al clima. —El gruñido fue de aceptación, o así lo interpretó Nora—. Ahora, con su permiso...

Se marchó en busca de la mujer de etnia Miwok que trabajaba para Miler. Era una señora amable, posiblemente mestiza, razón por la cual no estaba en la reserva. Esperaba que fuera una compañía más agradable que su jefe, también deseaba que tuviera algunas respuestas. Charles la intrigaba más a cada segundo, nunca imaginó que esa mañana estaría tan lejos de él como cuando se encontraba en Inglaterra.

En el pequeño comedor anexo a la cocina, Kaliska había dejado el almuerzo preparado para Nora. No se le sumó, el ir y venir de la mujer junto a dos muchachas le indicó a la señorita Jolley que estaban en plena faena. Al ser una casa pequeña —si se comparaba con las demás propiedades Grant—, no requería de demasiados sirvientes.

Al pasar pudo divisar al segundo empleado que vivía con ellos: José. Un muchacho joven, apenas unos años mayor que la misma Nora, que cumplía el rol de auxiliar del señor Miler. Lo vio pasar con una bandeja de alimentos, y pudo adivinar que Charles tampoco le haría compañía. Se sentía inmensamente sola. Una sensación que apenas recordaba, y que le supo amarga. Extrañó a la señora Monroe y Saint Jordan, a Amy, a Clarise, incluso a la señora Sullivan. Por fortuna, la mañana de trabajo sin ingesta le permitió comer pese a la tristeza, y al finalizar, se encargó de los trastos sucios y se dispuso a lavarlos. Kaliska le pidió que lo dejara, pero Nora no la oyó. Tenía la vista perdida en el paisaje boscoso, y la mente envuelta en un ovillo de cavilaciones.

Pensaba en los cambios de humor de Miler, en lo bien que se relacionaban cuando éste se lo permitía y lo inalcanzable que resultaba tras su muro de hielo. Un muro tan alto y tan bien construido que soportaba los calores californianos. Lavar con el agua de pozo le resultó refrescante, y terminó por empaparse la nuca, debajo de la trenza para mantener el frescor. Tras ello, regresó al despacho.

El mismo se encontraba abierto de par en par, Kaliska y las dos muchachas habían aprovechado para asearlo: olía a limón y miel, a la brisa de la ladera y a las flores del alféizar de la ventana. La soledad se sentía más. La ausencia de Miler era aplastante. Por unos minutos, Nora se sentó en la butaca que antes ocupaba él y aguardó su regreso. Al percatarse de que eso no sucedería, se quedó allí, y con los papeles en la mesa auxiliar de ruedas, la tinta y la pluma, se dispuso a avanzar con el trabajo puesto en pausa.

Sabía gestionarse por su cuenta, era lo que hacía en Boston. De modo que planteó una agenda de días en base a las tareas que estaban en el escritorio, sin preguntarse ni una vez... mentira, preguntándose a cada instante, si Charles lo haría de esa manera.

Unas horas más tarde fue interrumpida por Kaliska que le traía el té. En esas tierras se bebía frío con una rodaja de limón y una hoja de menta, de todos modos, la mujer le ofreció servirlo *a la inglesa* si así lo prefería. Nora sí, así lo prefería. Su té a las cuatro, sus galletas para acompañar, sus navidades blancas y los jardines verdes. La humedad del aire... hasta la rectitud y los modales regios formaban parte de sus nostalgias. Pero no era tonta, el vestido ya era una invitación a brotarse por el calor, como para sumarle la caliente infusión.

—Así es delicioso, muchas gracias, señora Kaliska. —La nativa parecía contener la risa cada vez que Nora la llamaba *señora*, sobre todo porque por educación no se atrevía a indagar en si Kaliska era el nombre o el apellido, si era señora o señorita, si los Miwok se casaban, eran monógamos y varias curiosidades más que la asaltaban.

Continuó con la solitaria tarea hasta que el cielo se tiñó de naranja. Se puso de pie, miró el reloj y volvió a pensar en Miler. Las jornadas inalterables. Eran las seis de la tarde y recién el sol comenzaba a descender. Era difícil separar las estaciones en esa latitud, aunque sabía que no era pleno verano.

Le sorprendió, eso sí, que no la llamaran a cenar. Por lo que fue a su recámara, se refrescó y cambió el vestido de día por uno de noche, sin ser demasiado elegante. Las costumbres eran difíciles de erradicar, y una de ellas implicaba la solemnidad de la cena.

La mesa estaba puesta, había dos candelabros en el medio y varios que pendían en las paredes. Todos ellos, apagados. El sol aún se colaba por las ventanas y los hacía innecesarios. Kaliska estaba distribuyendo la vajilla, y Nora fue consciente del único plato.

—¿El señor no cena? —inquirió.

—Ha dicho que lo hará en su habitación.

—¿Se siente mal, ha enfermado? —Nora dejó escapar su preocupación, una que pesaba más que la sensación de ser despreciada.

—Así parece, ha acusado un fuerte dolor de cabeza y está algo más gruñón que de costumbre. —La señorita Jolley solo pudo bufar por respuesta, algo que granjeó una sonrisa en los labios de Kaliska.

La mujer Miwok resultaba casi tan enigmática como el mismo Miler. Sus facciones angulosas, sus ojos negros como pozos y los cabellos también negros, pero teñidos con hilos de plata daban un aspecto desconcertante para una muchacha tan acostumbrada al mundo europeo. Era de modos parcos, poco

dada a la charla banal, aunque Nora la había escuchado hablar con José en español de manera más relajada de la que entablaba con ella. Se sentía mal, algo en el pecho. ¿La culpa, quizá?

Venía a romper con la armonía; no debía sentirse mal por eso, había sido contratada por el mismo Miler, pero supuso que, al saberse con secretos, interpretaba la distancia con remordimiento.

—¿Le importaría acompañarme? —pidió Nora, con timidez. Era romper otra de las barreras de su educación. Ni siquiera cuando eran damas de compañía podían compartir con tanta liviandad los momentos con la servidumbre—. La verdad es que tanto silencio... creo que me volveré loca antes de la semana.

Kaliska le regaló otra de sus raras sonrisas, antes de aclarar:

—No hay silencio en el mundo, señorita, solo hay personas que se tapan los oídos. —Al ver que no la comprendía, agregó—: Sí, le haré compañía.

Se sentaron frente a frente en la mesa, dejando la cabecera como el lugar destinado a Miler. Kaliska no se molestó en aclarar que el señor también pedía la compañía de ella y de José, y que nunca se sentaba a la cabecera.

La cena consistía en pescado del arroyo, asado con su piel y presentado ante ella con cabeza y ojos incluidos. Nada que pudiera horrorizarla, si tenía en cuenta que un plato británico eran los sesos de vaca cocidos en su propio cráneo. Sin embargo, el puré verde que acompañaba le pareció imposible de comer. Al parecer era algo llamado aguacate, persea o *avocado* para los de habla inglesa, e iba acompañado de un ají tan picante que Nora bebió toda su limonada de un trago. Los ojos le lloraban por la risa mezclada con el ardor.

—¡Debió usted advertir! —exclamó, divertida.

—Debió usted preguntar...

—¿Sabe?, es de mala educación en mi tierra preguntar. Lo que se sirve en el plato es comida y se come.

—Son muy raros ustedes... ¿cómo saben que no es algo venenoso?, hay alimentos que son venenosos para algunas personas, aunque no lo sean para todos.

—Alergias —especificó Nora. Kaliska le restó importancia, ella tenía una palabra en Miwok para definirlo.

—Pues hay personas para las que algo tan simple como el trigo les resulta venenoso. Debería preguntar siempre qué tiene la comida.

—Tomo nota del consejo.

Tras el exabrupto del ají, Nora sintió que la tensión con la mujer remitía y

podía indagar un poco sin ser irrespetuosa.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Ya la ha hecho —bromeó—. Sí, por supuesto.

—He notado que el señor Miler tiene un humor... cambiante. Algo de lo que no me percaté en nuestras cartas, donde siempre ha sido muy, muy amable. Y, bueno... no quiero que me tome usted por entrometida, pero no puedo dejar de pensar que es como si algo le doliera. No lo sé, difícil de explicar la sensación. —Kaliska la miraba con sus dos pozos oscuros de sabiduría sin decir nada. Nora probó un bocado más de pescado mientras analizaba las palabras con las cuales describir lo que Charles le había hecho sentir. Sí, había sido brusco y por momentos respondón, pero también tuvo lapsos de amabilidad y buena predisposición. La única forma de decirlo era—: Como si fuese un animal salvaje herido, ya sabe, de esos que se esconden en un agujero y tiran zarpazos a quienes se acercan.

—Un animal herido... —repitió la mujer—. ¿Qué es el hombre sino un animal con conciencia?

A Nora no le gustaba mucho que le dieran vueltas con los dichos. Prefería la franqueza, empezaba a cansarse de lo enigmático. Y si debía soportar a un enigmático en esa casa, sería a Charles, que le pagaba el salario. No estaba de humor para otro más.

—No importa —Sonrió sin una pizca de gracia—, esto me ocurre por meterme donde no me llaman.

—No es eso, señorita Jolley. Me sorprende que, luego de haberlo visto, utilice esos términos. Un animal herido...

—¿Después de haberlo visto? Yo no lo he visto...

—¿Cómo dice? —Por primera vez, Nora pudo entrever una expresión real en el rostro de Kaliska. No importaban las facciones, era la viva imagen de la confusión.

—Que no lo he visto, se ha ocultado de mí todo el día...

—Pero...

—En la mañana se aseguró de mantenerse en las sombras, ocupó el sillón y me dio la espalda. No me permitió acercarme a él en ningún momento, y es evidente que ahora me evade, ¿no?, o ¿acaso es común que el señor cene en la recámara?

Kaliska volvió a su porte inexpresivo y silencioso. Solo se oyó el ruido de los cubiertos sobre la porcelana, y el suspiro derrotado de Nora. Cuando pensó que la conversación había finalizado, la mujer retomó la palabra.

—No debe darle más importancia de la que tiene, señorita. Sepa aceptar el consejo de una vieja que ha vivido el doble de años que usted. No hay hombre, en esta tierra, que valga la curiosidad y preocupación. Son criaturas simples, ya lo dijo usted, animales. No mucho más que animales. A las mujeres se nos ha dado la empatía para que les tengamos cierto cariño, pero no más. Déjelo con sus cambios de humor, con sus encierros y sus comidas en la habitación, y si enferma de inanición, que enferme, ¿qué más da? No pierda el tiempo, como no lo pierde en saber por qué las ratas comen de las trampas o por qué los peces nadan hacia la red... es su básica naturaleza.

A cada palabra de Kaliska, la ira de Nora crecía, se alimentaba, bullía. Si segundos atrás creyó que nada ardía más que el ají de esas tierras, era porque no conocía el sabor de su propio enojo en la boca. Un enojo diferente a todos los del pasado.

Se puso de pie sin movimientos bruscos, sacando a relucir el porte de señorita británica, casi con orgullo. Dejó la servilleta que tenía en el regazo a un lado y, como marca distintiva de Nora Jolley, alzó el mentón antes de dirigirse a la mujer Miwok que la observaba sin inmutarse.

—Permítame decirle un par de cosas, señora Kaliska. Puede que esto sea América y que, aquí, algunos aspectos se aborden de otra manera. Pero no existe punto del mapa en el que se le pueda faltar así el respeto a un empleador, y eso es buena educación en Inglaterra, en América o en la China. De todos modos, y por si eso no le basta —Tomó aire para infundirle más autoridad a sus palabras—, al señor Charles Miler se le debe respeto por muchas más cosas que el salario. No hay ser humano que diste más de un animal que aquel que hace uso de su sapiencia a la par de su conciencia, y en ese caso, nuestro empleador —remarcó con énfasis— es un hombre de una inteligencia superior y de una moral intachable, que jamás, ¡jamás!, se puso en duda con su accionar. Sin contar con que es un aliado en las luchas más justas que se dan en este país. Entre las que se encuentra usted y yo. Miler & Miler es una de las pocas editoriales, y eso es gracias a su editor, señora Kaliska, que publica textos sin importarles las represalias. Textos a favor de la abolición, de los derechos de las mujeres y, también, de los derechos de los pueblos originarios de estas tierras. Y con esto dejo en claro que no permitiré que se lo irrespete en mi presencia. Lamento que mis palabras se hayan malinterpretado, quiero dejar explícitamente asentado que no tenía intenciones de igualarlo a un animal cuando dije lo que dije, fue una metáfora de su comportamiento. —Se dio media vuelta decidida a abandonar el comedor. El

calor de California, el del ají y el de su enojo la habían puesto por completo roja. Sin contar con que sudaba y sentía una gota perderse por el hueco entre sus senos.

—Quizá quiera un vaso de leche antes de dormir —fueron las palabras de Kaliska. Nora la observó y la detestó por no poder leer las intenciones en su mirada—. La leche es buena para apagar el ardor, y usted está por provocar un incendio forestal.

—Usted... Usted... —la furia le quitó la elocuencia.

—Se lo alcanzaré en un rato, cuando se refresque y serene. No se preocupe, no es molestia, siempre preparo lo mismo para el señor Miler... suele ser preso del mismo... ardor que usted.

A falta de respuesta, Nora dejó el comedor envuelta en un halo de profunda ira. Cuando se perdió por el corredor, José delató su presencia:

—*Deberías dejar en paz a la muchacha* —dijo en español.

—¿Y perderme la diversión? ¿Hace cuánto que oyes?

—Desde que comparaste al señor con un pez que va a la red. —Ambos rieron a carcajadas—. La ha poseído el demonio cuando hablaste así de Miler.

—Sí, ahora hay que averiguar qué demonio poseyó al señor que se esconde de ella.

—¿Qué demonio va a ser?, el del deseo, mujer. Que no somos animales, pero sí somos un poco más sencillos que las mujeres. —José contempló el espacio vacío en el umbral y rememoró la imagen de la señorita Jolley. Cabello renegrido, trenzado; piel clara con diminutas pecas en la nariz; ojos con forma de almendras y el color de las mismas cuando se las tuesta, y unos labios llenos que descubrían una dentadura blanca y bastante pareja. Un solo diente apenas corrido, un detalle que le daba a su sonrisa el deje de divertido sarcasmo. José no dudaba ni por un instante en el efecto que la joven tenía en Miler. Él ya había probado las mieles de esa clase de pasión, conocía la fuerza. Tenía a su propia hechicera en casa, era una de las muchachas que ayudaba a Kaliska con los quehaceres.

—La señorita Jolley tiene razón, José —dijo la mujer, en tono serio—. Nuestro señor Miler es un león herido, que tira zarpazos. Hay que sacarlo de la guarida. No has llegado a escuchar lo que ella me dijo, que no le vio la cara...

—Lo supuse, está de un humor cambiante y no deja de preguntar por ella de manera muy mal disimulada. Si ya comió, si ya se fue a dormir, si sigue en el despacho... no quiere cruzarla ni por accidente. ¿Piensas hacer algo?

—No. —Kaliska se encogió de hombros—. Es la clase de destino que no requiere ayuda.

—¿Y para qué la hiciste enojar, entonces?

—Para saber si era la leona correcta para el león herido.

—¿Y lo es?

La sonrisa de Kaliska dijo todo; José sí sabía interpretarla.

Los días fueron demasiado parecidos los unos a los otros. Nora quiso hacerle trampas, se levantaba a las cuatro y media de la mañana para tener la posibilidad de encontrarse con Charles. No fue posible; casi se podía decir que el hombre se divertía de sus intentos.

—Llega usted cada mañana más temprano... —comentó al tercer día—, si sigue así, empezaremos a trabajar a medianoche.

—Estoy segura de que la señora Kaliska le advierte mis movimientos. — El malestar se oyó en el tono de censura de Nora.

—Tengo informantes secretos, señorita Jolley. —La voz desde las sombras lograba estremecerla. Le gustaba el tono bromista, lo ronco de su garganta. Se odiaba por imaginar el modo en que la nuez de adán se movía en la garganta del hombre cuando arrastraba las palabras. No tenía un acento muy definido, no era ni del todo *yankee* como los llamaban a los del norte, ni del todo sureño. Aunque, definitivamente, no era británico—. Y me han comentado ciertas tensiones entre usted y Kaliska.

—Nada de lo que deba preocuparse, solo un cruce verbal con la señora...

—Kaliska es su nombre de pila. Significa ciervo que persigue a un coyote, es un nombre muy bonito entre los Miwok, la presa que persigue a su captor...

—¿No poseen apellidos?

—No a nuestra manera. No difiere tanto, ¿Cuántos *son* conoce? —dijo en referencia a que *son* significa hijo en inglés—. Ella es Kaliska, hija de Elsu.

—De modo que si quiero mantener mis modales británicos le debo decir señora *Elsudaughter*.

—Me temo que en ese caso tendrá que dejar sus modales, pues Elsu la ha desterrado, y dudo que Kaliska lo tome bien.

—Lo siento... —Y de verdad lo hacía.

—Sé que lo hace; es mestiza, y recuerdo bien lo que ha expresado de las tribus africanas. El entendimiento va de la mano con la empatía.

Nora se había sentado a trabajar en silencio, en una armonía que comenzaba a funcionarles. No obstante, su mente viajaba a la empatía por Charles, un sentimiento que nacía sin su contrapartida: el entendimiento. No sabía qué ocultaba su accionar ni los cambios de ánimo. Los mismos se solían

dar cada vez con menos frecuencia, pero eran más abruptos cuando caía en cuenta del descuido que significaba dejar a Nora traspasar sus barreras.

El día anterior, tras uno de sus quiebres, el cual se había dado porque el papel de un manuscrito se había desgarrado bajo su guante, la puso al corriente del cambio de planes:

—Tal y como solicitó, tendrá el día de mañana libre para ir al pueblo a comprar lo que necesite. Las hermanas Foster irán y han accedido a compartir el carruaje con usted y servir de carabina. Pasarán por usted a las ocho, hay una hora de viaje.

—Podemos trabajar hasta...

—No. —La voz sonó autoritaria e irritada—. Duerma, le vendrá bien. Creo que me he excedido en mis demandas.

—No estoy de acuerdo.

—Pues eso no importa, ¿verdad?, porque yo soy el jefe y al parecer tengo que usar la autoridad que ese puesto me da para exigirle que descanse y se ocupe de sí misma. —La dureza de la reprimenda casi consigue ocultar la genuina preocupación. Casi... porque Kaliska decidió entrar en ese momento.

—Llego en el instante indicado —expresó la mujer—, justo cuando más necesitan un vaso de leche. Debo tener el don de la clarividencia.

Charles rio a carcajada limpia desde su escondite en el sofá.

—Lo que tienes, Kaliska, es un oído privilegiado, que no dejas de apoyar tras las puertas.

—Dé gracias a eso. Leche con vainilla, un poco de canela, endulzado con miel. Para usted y para la señorita... ¿sabe?, he descubierto hace unas noches que la aqueja el mismo mal que a usted.

—¿Y cuál es ese? —se interesó el hombre. Nora, que seguía furiosa con Kaliska, apiló los papeles para dar por terminada la jornada. No bebería el vaso de leche allí, donde no era bienvenida.

—El del fuego de espíritu, señor. Un fuego que hace arder el cuerpo, hay que tener cuidado, señor, señorita... a veces afecta el estómago, otras...

—Kaliska... —fue la advertencia de Miler. La mujer sonrió y se acercó a él con la bandeja. Apoyó todo con sumo cuidado en la mesa auxiliar y Nora pudo ver la mano enguantada tomar el vaso. Comprobó la rigidez de la misma, y se mordió para no preguntar a qué se debía. Guantes de cuero a medida con ese calor... ella apenas soportaba la camisola. Se quedó prendada, observando el intercambio de ambos y dejó de hacer lo que estaba haciendo.

Tenía que huir, se dijo, mantener el temple de acero y simular que no le

importaba. Lo hacía.

Kaliska podía atravesar la línea invisible que había trazado Charles y mirarlo de frente, comentar algo con él y bromear mientras sus ojos hacían contacto. Sintió envidia de Kaliska, sintió celos, se sintió una imbécil. No supo por qué, al darse cuenta de eso, salió a trompicones del despacho, sin una gota de decoro. Dio de lleno con José, que venía a ayudar a su señor.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó en un inglés trabado, con fuerte acento español.

—Sí... es...

El balbuceo de Nora alertó a Charles, al punto que se puso de pie, aunque no se volteó. La señorita Jolley pudo divisar la espalda ancha, la cintura estrecha y el cabello castaño que se enrulaba apenas en la nuca de Miler.

—No me gusta que me tomen de tonta, señor José —dijo con la mayor dignidad de la que fue capaz—. Y eso es lo que ha hecho la señora Kaliska al hacerme creer que tenía otras opiniones. —Se marchó a paso firme y se alegró de no tener que ver a Miler durante todo un día. Ni a Miler, ni a Kaliska ni al pobre de José. Todos eran igualmente culpables de la burla que la tenía como centro de atención.

Necesitaba su tarde con Amy para recuperar fuerzas de ánimo.

Decir que amaneció soleado era una redundancia. Las horas extras de descanso le sentaron de maravillas y se presentó a desayunar de mejor humor del esperado.

Kaliska la aguardaba con galletas de avena y una disculpa:

—Lamento que se haya sentido burlada, no era mi intención.

—Sí lo era, pero me gustaría saber los motivos. —Indagó en los ojos de la Miwok y suspiró—. Supongo que me lo dirá a su debido tiempo, o expresará alguna frase enigmática o, simplemente, esperará a que me dé cuenta sola.

—Así es, señorita, en preferencia la última opción, seguida de la segunda si no lo comprende y, por último, no me dejará más remedio que ser una metiche y decírselo. —La sinceridad hizo carcajear a Nora.

—Que eso baste como bandera de paz entre nosotras. El enojo quita energías que uno tiene que utilizar para hacer algo productivo.

—Es usted una mujer sabia.

Finalizado el desayuno, esperó en el alero de ingreso, bajo la sombra de un roble, la llegada de las hermanas Foster. Lucía un traje acorde al verano de Boston, y, aun así, la asfixiaba. Era color malva, con unas puntillas blancas que dibujaban una uve desde el escote hasta la cintura y dejaban ver la delicada camisa que tenía debajo, alta hasta el cuello, donde se abría apenas un par de centímetros sin siquiera revelar el esternón. No poseía sombrilla a juego, por lo que optó por un sombrero de ala ancha, bastante sencillo, que le protegía la cabeza del sol. Los guantes le hacían picar y sudar las manos, y sin ser las ocho, ya quería arrancarse las prendas y recostarse en camisola a dormir al resguardo de su recámara.

Le entusiasmaba saber cómo le iba a Amy, le alegraba tenerla tan cerca y extrañaba a Clarise. Las hermanas llegaron a las ocho y veinte, en el instante exacto en que Nora comenzaba a impacientarse. Su pie, enfundado en un botín, repiqueteaba contra el suelo rojizo del ingreso. Por instinto, alzó la mirada hacia la casa, para encontrarse con la sombra de Charles Miler que la observaba desde una de las ventanas de la zona de habitaciones. El hombre hizo un paso atrás adelantándose a las intenciones de la señorita Jolley. Ella siguió con la mirada en el marco, apartando el ala del sombrero para buscar a

su jefe.

—Señorita Jolley —exclamó una jovial voz desde dentro del carruaje. Un hombre moreno conducía, con ropaje ligero, del estilo que solía ver en los esclavos, solo que de buena calidad y confección. Se trataba de un hombre libre, que optaba por esas prendas para combatir el calor. Según supo después, había escapado de Virginia, de una plantación algodonera, y allí solía hacer el mismo calor en verano—. Disculpe la tardanza, a última hora, Brithany ha decidido acompañarnos.

Quien hablaba era Megan, la esposa de Jonathan Grant. A su lado, Amber, la prometida de Elton, se abanicaba con ahínco.

—No tiene usted que disculparse. —La reverencia le salió por costumbre, y las muchachas, educadas, se guardaron de remarcárselo. Sin embargo, Nora supo que, en la ventana, oculto en las sombras, Charles Miler sonreía a su costa—. Muchas gracias por acceder a escoltarme al pueblo.

El cochero se bajó del pescante para descender la escalera junto a la portezuela y ayudarla a subir. Como el vestido de Nora era simple, por lo menos en comparación al de las hermanas Foster, no necesitó de mucho auxilio para ocupar su lugar. Lo hizo junto a Amber, que viajaba sola de espaldas al camino. Las otras dos compartían la butaca enfrentada. Las crinolinas, o miriñaques, se adueñaban de gran parte del espacio y se tocaban unas con las otras.

—¡Oh, por todos los santos, te debes de estar asfixiando! —exclamó Amber compartiéndole el abanico.

—La verdad es que sí, mi ropa es apta para Boston.

—Creo que me congelaría en esas tierras —comentó Megan. La conversación sobre clima serenó a la señorita Jolley, era exactamente la clase de charla que debían tener las muchachas, según sabias palabras de Saint Jordan.

Nora no hablaba mucho, pues las hermanas eran bastante parlanchinas, en el buen sentido. Comentaban anécdotas y chismes no malintencionados. Hablaban de moda, de folletines, de novelas y, en ese tema, la obligaron a participar.

—Tienes que convencer al señor Miler de que publique las novelas de Sarah Lorean, ¿has leído algo de ella?

—No tuve el gusto, el señor Miler es más de... otro tipo de publicación.

—Pues que eso no te limite a leerla —agregó, divertida, Megan y le guiñó un ojo—, ya verás lo mucho que nuestra Sarah sabe de hombres.

—Ay, ya empezó... —se quejó Brithany.

—¿Qué? —indagó Nora, presa de una pueril curiosidad.

—Todos saben en la zona que las últimas novelas de Sarah Lorean tienen de protagonistas a cuatro hermanos rubios y su hermana lady, ¿te resulta familiar?

—Y por supuesto —rio Megan—, el hermano mayor es el mejor de ellos.

Nora no podía creer lo que escuchaba, quizá sí le contaría a Miler de las novelas rosas con los hermanos Grant de protagonistas.

—Y, dígame, señora Grant...

—Llámame Megan, te lo ruego, la única señora Grant es Sandra, mi suegra.

—Bien, Megan, ¿es usted la protagonista de dicha novela?

—Oh, no, al parecer mi Jonathan se enamora perdidamente de una dama con poco seso que escapa hacia México y que él debe rescatar de unos piratas que desean llevarla a Australia. Pero admito que la novela es de lo más divertida, y pronto saldrá la de Zachary...

—Imagina que acierte con su amorío —dijo Amber—. Es el soltero más deseado de California, por lo menos ahora, que yo he pescado a Elton. —Se quitó el guante para exponer con orgullo la hermosa alianza que le decoraba el dedo.

Las risas inundaron el carruaje e hicieron ameno el viaje de una hora. El calor en el pueblo era mil veces peor, la falta de árboles, de agua y las calles de tierra que saturaba todo de polvo le brindaban al paisaje el aspecto árido tan característico del oeste. Las construcciones eran de madera, ya no se veía tan marcado el estilo español que los Grant habían sabido conservar. Se encontraba el correo, la iglesia, una cantina de mala muerte y, en la calle principal, las mejores tiendas que uno podía encontrar en millas a la redonda.

Nora les avisó que se marcharía en busca de Amy y que, si su amiga podía, se uniría a ellas en la sesión de compras.

—Nora, querida... —Megan le tomó el brazo al andar y la cubrió con su parasol—, aquí no hay tantas normas y no pasará nada por un par de metros, pero ten en bien evitar la cantina... allí, bueno, la moral y las buenas costumbres escasean, sin contar con que su regente, el señor Ramírez, es un hombre malo que detesta a los Grant. Siempre que puede molestarlos, lo hace...

Prometió no meterse en problemas, y la tranquilizó al explicarle que Amy Brosman era la nueva maestra. El aula, única para todos los alumnos de

edades variadas, se hallaba junto a la iglesia protestante, de modo que el pastor servía de protección para que el sucio regente de la cantina —que era a su vez un burdel— se mantuviera a prudencial distancia.

—¡Nora!, ¡Nora! —Los gritos de Amy alertaron a los transeúntes. Las amigas corrieron a abrazarse, y lo hicieron en el medio de la polvorosa calle. Chillaban y exclamaban como dos niñas, hasta que un caballo cortó la diversión.

—No me digas que les temes —dijo Nora, sorprendida por la reacción.

—Es que nunca imaginé que aquí montarían así. —Amy tenía la mano sobre el pecho, como si así pudiera contener los latidos del corazón—. Siempre los vi atados a sus coches o dirigidos por caballeros que manejaban las monturas de manera calma. Aquí hasta los cabalgan sin montura... —La idea la aterrorizó.

—Dos años y recién descubro tu secreto. ¿Tienes tiempo?, estoy con las hermanas Foster, debo hacer algunas compras. —Señaló su vestido como prueba fehaciente de la necesidad de un nuevo guardarropa.

—Sí, la mayoría de los niños vienen a clases solo por la tarde. —El tono de Amy era de lamento. Fueron juntas al aula, a su lado, una humilde casa de tan solo una habitación, una cocina y una sala funcionaba de hospedaje para la maestra. A la señorita Brosman le bastaba, y siempre que podía le dedicaba tiempo a decorarla y hacerla acogedora. Ya sabía algo de carpintería y de jardinería, y estaba iniciando una huerta para consumo personal. El recorrido fue breve, lo suficiente para beber agua fresca y para que Amy recogiera su bolso en caso de necesitar dinero. Marcharon juntas por las calles hasta la tienda de la modista.

En el camino, Amy la puso al tanto de algunas cosas:

—Los niños trabajan en las plantaciones, desde muy pequeños. Debo ir hogar por hogar en busca de ellos, pues a no todos los padres le parece buena idea que los hijos estudien. Creen que son más útiles ganando unos dólares extras o prefieren que aprendan un oficio que las asignaturas básicas. Lamento mucho mi miedo a los caballos, el pastor me ha ofrecido el suyo, con el que visita a los enfermos y necesitados, para que vaya con la carreta y los traiga... pero me da tanto miedo.

—Estoy segura de que encontrarás la forma de afrontarlo.

—Espero que sí. Clarise tenía razón, aquí sí se me necesita, y no saben cuánto lo hacen. No reniegan del método de educación, mucho menos de que sea gratuito; de hecho, si tengo un par de alumnos es por eso... sino, lo creen

una pérdida de tiempo. Además, hay mucha discriminación, Nora... si provienen de México, si hablan español, si son nativos, esclavos que huyeron. Parecen no querer mezclarse, ni aceptarse. La división es muy fuerte.

Nora le contó sobre algunas de las publicaciones de Miler que abarcaban ese asunto, y sobre una de las corrientes abolicionistas que proclamaba el regreso de los esclavos a África. Un pensamiento que se correspondía con lo que a Amy atormentaba, todo parecía indicar un enfrentamiento entre partes que terminaría en violencia y que llevaría demasiado tiempo apaciguar. Entre proclamar a los hombres libres y proclamarlos iguales existía una brecha del tamaño del país. Y ellas sabían cuánto costaba atravesarlo.

Por fortuna, las hermanas Foster eran menos propensas a los pensamientos pesimistas y enseguida las contagiaron de su buen humor. La frescura de las californianas encantaba a las británicas, mientras que las tres hermanas estaban casi tan fascinadas por los modos de las amigas.

—Nuestra madre contrató a una institutriz británica una vez, la pobre sufrió de dolores de cabeza desde que empezó el empleo hasta que conoció a un inglés que la sacó de aquí. Ustedes parecen más... firmes.

—¿Firmes? —Nora no pudo más que reír. Amy era aún más delgada que ella, y eso era mucho decir. Sin contar con su altura y su talla. Las Foster eran mujeres curvilíneas, desarrolladas, con una forma natural de reloj de arena que la moda solo acentuaba sin esfuerzo. En cambio, tanto la señorita Brosman como Jolley necesitaban que los corsés realzaran los senos y las enaguas, las caderas. La cintura era lo único que no requería extra, las cintas podían ir flojas que nadie se percataría.

Entraron en el salón de la modista, aunque era más correcto decir que se asemejaba más a una costurera. Hacía arreglos de todo tipo, y habían puesto el negocio en sociedad con una viuda que confeccionaba sombreros. Eran muy bonitos, pensó Nora, dignos de los mejores salones neoyorkinos.

—Buenos días —saludó una de las dueñas, Lila Anteen. Conocía a las hermanas y se relamió al pensar en los ingresos.

Las muchachas Foster solían comprar mucho en las ciudades más grandes del estado, incluso se hacían traer prendas, telas y modelos de Europa y de la costa este, pero también eran fieles al pueblo, en donde dejaban parte de su fortuna en retribución.

—Buenos días, Lila —saludó Megan, quien, al estar casada, ostentaba el poder de matrona—. Venimos a buscar los encargos de la semana pasada y... te presentamos a la señorita Nora Jolley y a la señorita Amy Brosman.

Lila ya había tenido el gusto de conocer a Amy y la saludó con cortesía. Le había confeccionado un par de vestidos sencillos y un delantal con tantos bolsillos que parecía una maleta. La otra muchacha, en cambio...

—Oh, debe ser usted la asistente de Miler. Sí, sí... —adivinó, y Nora asintió con la cabeza, inhibida.

La charla saltaba de un tema a otro, Amber y Brithany comentaban algo, Megan hablaba con Lila de la salud de su hija y de lo mucho que había crecido mientras Amy y Nora miraban las prendas en exhibición. Los dedos de Nora fueron directo a un miriñaque y suspiró con anhelo. En ese momento llevaba tres enaguas almidonadas para mantener la forma de la falda, y por las noches, incluso llegaban a seis las requeridas por algunos vestidos. Tener la libertad de caminar bajo eso y limitar las prendas a una era tentadora, se lamentaba el precio y hacía cálculos mentales para saber si le bastaría o si podía sacrificar alguna compra.

—¡Por supuesto que debes llevar uno! —exclamó Megan al ver el objeto de interés—. Aquí es una pieza de necesidad. Te juro, pequeña, que sudo de solo verte con ese traje.

Nora se sonrojó, por lo impropio de su vestido, por el calor y por el precio inaccesible.

—Creo que empezaré por algo sencillo, que me permita trabajar con más frescura. Disculpe, señora Anteen, veo que hay algunos trajes ya confeccionados, ¿son de otras clientas o funciona como las tiendas que he visto?

Lila sonrió complacida de lo práctico de su negocio. Sabía de qué tiendas hablaba, eran más conocidas en el norte, donde la industria daba lugar a una pujante clase media. Ella había intentado traerlas al sur. Se trataba de prendas hechas en varios talles que permitían simples retoques para que quedaran como a medida; la falta de diseño propio y de originalidad hacía que el valor fuera accesible, del mismo modo que la tela en la que se confeccionaba era de menor calidad, para que no significara una gran pérdida si la inversión no daba resultado.

—Hice unos pocos para ver si funciona aquí, es útil, creo yo, sobre todo cuando se está en un apuro.

—Insisto —intervino Megan—, lleva un miriñaque.

Nora sonrió, pensó que si conseguía dos vestidos de confección simple le alcanzaría para el miriñaque. Aunque debía sumar también algunas camisolas frescas, de ese algodón fino que utilizaban allí.

—Sin duda —coincidió Lila—. No tiene por qué ser ahora, puedo hacerlo llegar con el resto del pedido. Empecemos por las medidas.

Como todos a su alrededor daban por sentado que gastaría una fortuna, se sintió en la obligación moral de aclarar que no tenía tanto dinero.

—Señora Anteen, la verdad es que tomaré solo lo indispensable, no cuento con tanto dinero en este momento, quizá cuando perciba mi próximo salario...

El silencio que siguió a esas palabras fue tenso. Solo Amy parecía ajena al mismo, comprendía lo que Nora le decía y estaba de acuerdo, gastar en vestidos era un acto de vanidad no acorde a la clase trabajadora.

—Pero... pero yo ya tengo la cuenta paga —balbuceó la modista.

—¿Cómo?

—El señor Miler hizo llegar al notario de los Grant con las órdenes para abrir una cuenta en su nombre. Ya está todo pago, o por lo menos un monto que le permite cinco trajes completos, dos de día, dos de noche y uno de montar, con toda su ropa interior y accesorios. Tres sombreros, dos parasoles y cinco abanicos. Dos pares de zapatos de uso diario y los de baile... —Lila se calló cuando el color de Nora pasó a ser tan rojo como la sangre.

—¿Quién demonios se cree que es?! —blasfemó, y Amy la instó a sentarse.

—Señora Anteen, ¿tendrá usted agua fresca? —solicitó la señorita Brosman.

Una de las empleadas corrió en busca de la jarra y le alcanzaron a Nora, que continuaba en plena furia, mientras que los demás presentes, salvo su amiga, la miraban desconcertada.

—¿Qué sucede? —se atrevió a preguntar Amber.

—¿Qué sucede?, ¿Qué sucede?, ¿Cómo se atreve a pagar por mi vestuario?! ¡Por Dios, hasta ropa interior! —y por poco tiene un vahído de los nervios. Amy la abanicaba, y las demás seguían sin entender.

—¿Qué tiene eso de malo?, es tu empleador, imagino que también paga por tu hospedaje y pagó por el pasaje que te trajo aquí. —Megan intentaba ser práctica, solo se ganó dos miradas de sorpresa, la de Jolley y la de Brosman.

—Oh, por Dios, Amy, ¿qué pensarán de mí?, estoy sola, en el oeste, viviendo con un hombre soltero que paga mi ropa... —Escondió la cabeza en su hombro para dejar allí las penas—. He arruinado mi reputación, ¡no!, ¡él ha arruinado mi reputación! ¡Porque yo no he hecho nada malo! ¿Me escucharon? ¡No hice nada malo! —y volvió a llorar.

—En Inglaterra —explicó Amy ante el desconcierto general—, solo un

padre, un marido o... un amante paga la ropa de una mujer.

—Querida... —Amber fue la primera en reaccionar—, por supuesto que no pensamos eso de ti. Nadie aquí lo hace, todos sabemos que la relación es profesional.

—La ropa es ropa de trabajo —agregó Megan—, piénsalo así, no puedes estar con esos vestidos y no puedes afrontar el cambio de guardarropas. Sería injusto que gastaras tu salario en algo que surge de una necesidad laboral. Tiene que pagarla él, o, mejor dicho, Miler & Miler. Estoy segura de que no sale de su bolsillo sino de los gastos de la editorial. —Era una suposición, una que esperaba sonara creíble, porque Nora estaba fuera de sí.

Claro que las hermanas Foster no conocían todo lo que traía consigo la señorita Jolley. Los vestidos solo eran la gota que derramaba el vaso. Estaba el hermetismo, la distancia que le impedía abordar el tema de Elisa con él. La culpa por el silencio y por los secretos. La burla a la que se creyó sometida por Kaliska y que, comprendía, no era más que una prueba a su carácter. Se sentía una forastera, una extraña, un bicho raro. Se sentía despreciada por el hombre que admiraba, y veía los sueños que hilvanó en su mente hacerse añicos. Ellos, trabajando a la par, con la misma dinámica que en las cartas, construyendo una relación sólida de confianza... con lo que le costaba brindar su confianza.

—Quiero volver a Inglaterra —expresó, desesperada—. Quiero volver a tener una vida sosa, insulsa y desabrida como la comida británica. ¡Quiero que llueva! —gritó—, quiero que se me congelen las manos y los dedos de los pies, y llegar por la noche con la nariz roja y echando vaho por la boca. ¡Quiero que al menos se esconda el endemoniado sol!

—Nora... —Amy tuvo que sacarla de su histeria, y para eso necesitó dejar los gestos amables. La zamarreó de los hombros hasta que la cabeza se le sacudió como la de una muñeca mal cosida—. ¡Nora! Estás brotada, ¿lo has visto? Tienes un sarpullido por el calor. —Más lágrimas—. Así que deja de llorar y encontremos una solución...

—No la hay... Me vuelvo, ni siquiera me habla mirándome al rostro...

Ninguna sabía a qué se refería con eso y lo asociaron al ataque de nervios. Amy volvió a sacudirla.

—Escucha bien, Nora, vas a quitarte este vestido, vas a ponerte ese — Señaló uno de los ya confeccionados que parecía bastante bonito y recatado —, vas a comprar lo mínimo e indispensable sin pensar en tu presupuesto y regresarás a casa de Miler con el mentón ese tuyo en alza, como lo llevas

siempre. —La señorita Jolley negó con la cabeza, y Brosman la obligó a asentir tomándola de las mejillas—. Sí, irás así, con todo el orgullo británico por la sangre, te presentarás en su despacho y dirás: Señor Miler... repite conmigo, Nora... Señor Miler...

—Señor Miler... —Sorbió por la nariz.

—He comprado lo mínimo e indispensable...

—... He comprado lo mínimo e indispensable...

—Por simple necesidad laboral...

—...Por simple necesidad laboral...

—Así que exijo, ¡exijo!...

—...Así que exijo, ¡exijo!...

—Que se me descuente del salario en mínimas cuotas que no afecten mis ingresos.

—...Que se me descuente del salario en mínimas cuotas que no afecten mis ingresos.

—¿Bien? —Nora asintió, volvió a sorber por la nariz y la señora Anteen la invitó a la parte trasera de la tienda para ayudarla a cambiarse, tomarle las medidas y ajustar un poco el vestido que se llevaría puesto en esos momentos.

Megan miraba a Amy con los ojos fuera de sus cuencas. No podía creer que una muchacha tan menuda y de rasgos aññados contuviera en su interior la fuerza para sacar a alguien de un ataque de nervios.

—¡Megan, debes contratarla para tus hijos! —manifestó Amber, que estaba tan sorprendida por el manejo de la situación como su hermana—. Creo que puede conseguir que Dorothy se comporte como una señorita inglesa.

La señora de Jonathan Grant lo pensó, tanto lo hizo que Amy pudo adivinarlo.

—No, señora. Soy maestra de aula. De hecho, me opongo a la educación con institutriz salvo en situaciones particulares.

—Oh, es una pena.

Nora reapareció con un porte bastante orgulloso, todo lo que podía dado el berrinche de minutos atrás. El vestido le sentaba bien, sobre todo con sus cabellos oscuros. Era de un tono amarillo pálido, con cintas y puntilla blanca. Tenía los botones por delante, desde la cintura estrecha hasta el punto exacto entre sus senos, allí se abría apenas para dejar entrar algo de fresco, aunque los delicados volados tapaban la piel para mantener el decoro. Era de mangas cortas, por lo que debía acompañarse con guantes hasta los codos e iba a juego con un parasol blanco. El sombrero era de ala ancha, no solo bello,

también funcional.

—Te ves preciosa —le dijo Amy, para infundirle valor.

—Me siento fresca, aunque tenías razón, estoy brotada. Todo el borde del corsé está al rojo vivo, tuve que quedarme sin él y... —estaba por llorar de nuevo. Brithany fue quien lo impidió:

—¡Esa es tu maldita cintura sin corsé!

—¡La boca! —la reprendió Megan.

—¡Oh, vamos, tú también has maldecido, solo que mentalmente! No tenías esa cintura ni antes del nacimiento de Dorothy. —Las Foster rieron de sus defectos, entre los que se acusaron la nariz, el pelo, la piel y los dedos del pie. La verdad, sus vanidades no se vieron afectadas, eran bellas y lo sabían, pero consiguieron que Nora no volviera a lagrimear.

Decidieron que lo mejor era dar por terminada la tarde, y volver en quince días. Prometieron que la acompañarían de nuevo y que, en esa ocasión, se sentarían a tomar limonada en el ingreso de la señora Cortés, de donde podían curiosear a todos en el pueblo.

Amy y Nora se abrazaron, y la señorita Brosman se llevó a su amiga a un lado.

—No hemos podido hablar de lo que te sucede en realidad, y tú, teniendo un ataque como el que has tenido, no es buena señal.

—Lo sé.

—Escríbeme y cuéntame. Desahoga las penas, que al parecer te tienen al límite. Adivino que no has podido hablar de Elisa con él.

—No, es extraño, Amy. Ni siquiera le he visto el rostro. Se esconde de mí, me detesta... —Me detesta casi tanto como yo lo adoro y me siento una imbécil, quiso agregar. No lo hizo.

No lograba acomodar sus pensamientos, trazar la línea divisoria entre la admiración profesional y esa calidez que sentía en cada ocasión en que él se permitía un trato amable con ella. Sin contar con los celos... esas cadenas de fuego que le habían estrujado la boca del estómago al saber que los demás empleados sí podían verlo, hablarle mirándole a la cara, y que ese privilegio solo estaba vedado para ella... para ella que tanto lo anhelaba.

—Pues hoy te tendrá que mirar a los ojos cuando le tires por la cabeza su cuenta en la modista. ¡Por favor!, que no me escuchen —Bajó la voz hasta hacerla un susurro—, pero sí que son unos bárbaros cuando quieren. ¿Y has visto que no se han inmutado?, lo más común que paguen por... medias de seda.

—No me lo recuerdes...

—Ve, y ten mi abanico, que no has agarrado ninguno de los cinco o seis que puse en tu cuenta. Ahora tienes una deuda conmigo, debes regresar en quince días para devolverlo.

Sonrieron, se volvieron a abrazar y se despidieron.

Solicitó a las hermanas Foster que la dejaran en el sendero de ingreso. Necesitaba caminar, una actividad que la ayudaba a pensar, y aprovechar la libertad de su nuevo atuendo. Desde que había puesto un pie en California que no se permitía un paseo por lo pesado de sus trajes y los fuertes calores. El paisaje, lejos de su quiebre emocional, era atractivo y la invitaba a explorarlo.

El camino de tierra se abría por entre la arboleda. Los robles, altos, la secundaban. Las plantaciones de los mismos pertenecían a Benedict Grant, que solía utilizar la ecuación de plantar cinco árboles por cada uno talado, y debía talar bastante para conseguir la madera de sus barricas. Otra parte provenía de roble francés, aunque el señor Grant aseguraba que se podía conseguir igual calidad con el californiano. Solía poner a prueba a sus invitados con las degustaciones de los chardonnay de su finca, para poder exponer luego las bondades de la madera que allí plantaban.

Nora no sabía nada de vino, de hecho, apenas había probado alguna copa en casa de la señora Saint Jordan. No era propio de una dama. Sin embargo, la sombra de esos robles sí era algo que podía apreciar, degustar, saborear. La brisa fresca le rozaba la piel, algo que experimentaba gracias al vestido amarillo, liviano, que se bamboleaba a su alrededor. El andar era ligero, y requirió tan solo de algunos pasos para acostumbrarse a mantener el equilibrio con ese armatoste de alambres que la rodeaba. Hizo girar el parasol sobre la cabeza y repitió las palabras de Amy una y mil veces hasta memorizarlas.

—Señor Miler...

En su mente recreaba la escena que tendría lugar una vez que atravesara el umbral. Le daba pequeñas variaciones al discurso, contemplaba la posibilidad de que Charles se sintiera ofendido por el desprecio y ella le explicaría que debía respetar sus costumbres, las cuales, se evidenciaba, eran mucho más civilizadas. Luego, en cambio, imaginaba que el hombre se sentía apenado por haber sido malinterpretado y le brindaba una disculpa, en ese caso, ella le aseguraría que no había problema, le regalaría una sonrisa y, podrían terminar la jornada leyendo en el porche de ingreso, con una confianza que se reestablecía.

Y en todos los escenarios, Nora intentaba imaginar el rostro de su

interlocutor. Sabía que tenía el cabello castaño, del color de las nueces, ondulado y espeso. De modo que creyó lógico pensar que tendría barba, o quizá bigote. También poseería las cejas pobladas, visualizó, con un ceño fruncido por las horas de concentración. Las pestañas serían largas y enmarcaría ojos claros... no, castaños también, como su cabello. Sí, y los labios...

—Hmmm... —Podían ser finos en una boca ancha, de los cuales siempre salían palabras acertadas y repletas de sabiduría. Por otro lado, la voz ronca y gutural vestía todo lo que decía con sensualidad, de modo que bien podían ser labios carnosos, con el inferior mucho más grande que el superior, y con el arco de cupido perdiéndose en el supuesto bigote o barba.

—Señor Miler... —repitió con el mentón alzado, practicando la escena como lo haría una actriz. Debía concentrarse para no caer en la red de sus propias fantasías. Si hasta había llegado al porche sin siquiera notarlo, y todo por pensar en la imaginaria boca de su jefe.

Se detuvo al escuchar la voz de él. Sintió un estremecimiento, y se enojó consigo por prestarse a tan infantiles fantasías. ¿Qué demonios le sucedía?, jamás había pensado en un hombre en términos románticos, y eso que la señora Saint Jordan los hacía desfilan frente a sus narices. Y a ellos sí los había visto. ¿Qué hacía ella?, albergar sentimientos por un rostro desdibujado, por un hombre que la despreciaba y que no le brindaba ni el simple honor de su compañía.

—Señor Miler... —intentó con mayor firmeza y fue en busca del origen de la conversación. Se detuvo en seco al oír su nombre, hablaba con Kaliska. Ambos le daban la espalda, podía verlos a través de la ventana. Tenían la mirada perdida en la ladera, la corpulencia de Charles y los mechones ondulados de su nuca representaban lo más conocido para ella. La mujer tenía el cabello negro salpicado en canas trenzado de una manera muy particular, con algunos detalles confeccionados a mano que le quedaban bonitos.

—La pobre piensa que la tomamos de tonta...

—Eso será porque lo has hecho, Kaliska —la reprendió con su voz grave, y la mujer no se dio por afectada. Nora, en cambio, sentía que ese tuteo era una herida más en su pecho, mucho mayor que el hecho de saberse burlada.

—No lo hice, Charles. No la tomé de tonta, solo quería comprender por qué la desprecias, qué la hace tan insoportable, tan... repulsiva para ti. —La señorita Jolley hubiera salido corriendo de allí si las piernas le hubiesen respondido. Se tapó la boca y sintió que, una vez más, ese día, lloraba.

—¿Repulsiva? ¡Por Dios, Kaliska!, no hay nada repulsivo en la señorita Jolley. En ningún momento dije despreciarla...

—Pero sí se te hace insoportable su presencia, escapas, te escondes. Has salido hoy de tu guarida solo porque la sabes en el pueblo... ¿para qué la has contratado si no puedes estar con ella? Le has dado un trabajo que requiere compartir el tiempo, horas y horas, y te mantienes inalcanzable. Siempre fuiste racional, pero ahora...

—Fue un error —murmuró.

—Ya lo creo, ¿en qué estabas pensando?

—No, Kaliska... fue un error, error. No un lamento, sino una confusión... Pensé, creí...

—¿Qué?

—¡Que era una vieja media gorda, estirada, de rodete tirante y ojos severos, de esas que corrigen las cosas con una vara! ¿contenta? —La risa de la mujer Miwok resonó en toda la casa, por desgracia, su humor no llegó a serenar el corazón herido de Nora, que los oía a sabiendas de que era de mala educación, pero sin poder ponerle fin a su réprobo comportamiento.

—¿Por qué has pensado eso?

—Porque logró manejar la oficina de Boston, que era un desastre. Nunca pensé que esa mujer de la que Frank hablaba tan bien pudiera tener la edad de su hija. Sé lo difícil que son los hombres, muchas veces no me respetan siquiera a mí. Pasó cuando era joven y mi padre me dio responsabilidades, tuve que mostrar que era digno de ese puesto. Nor... La señorita Jolley lo hizo en Boston, consiguió que conservadores hombres maduros aceptaran sus órdenes. Así que pensé...

—Preso de tus propios prejuicios. —Kaliska tomó el rol maternal con él para darle la reprimenda que merecía; que requería, como una muestra de cariño, como un abrazo.

—Y algo más... —largó como un suspiro. No quiso ahondar en eso, lo dijo sin pensar. Kaliska no lo dejaría ir sin terminar, tenía que sacar el veneno, succionarlo de la herida, del mismo modo que se hacía con las mordidas de una serpiente.

—Vamos, dilo. Suéltalo.

—Necesitaba imaginarla así para resguardarme, Kaliska. La respeto, la admiro, ¡maldición!, me parece una de las personas más inteligentes que conozco. Posee una gran sensibilidad y empatía, comprende a lo que se enfrenta ideológicamente en este país, comparte mis ideas sin ser

condescendiente, sin temer confrontarme... no es obsecuente, es franca, sincera... es... joven, demasiado joven para tener tantas cualidades.

—Demasiadas cualidades para ser tan bella... —agregó Kaliska.

Nora observó la mano enguantada de Charles mesar el cabello, casi como si esa verdad le doliera. Ella pasó de sentirse petrificada y dolida, a sentir un gran pudor por lo que había hecho. No tenía derecho a arrebatarse una confesión en esas condiciones, con esa vulnerabilidad. Le había profanado su intimidad, de modo que se dio media vuelta y se marchó a la recámara sin escuchar el resto, aunque se muriese de ganas.

Comprendió, entonces, de dónde había nacido el malentendido de los Grant y pudo encontrar la gracia. Reiría, reiría a carcajadas de esa anécdota en otro momento, porque en ese, solo podía pensar en Charles y en lo que él sentía. Y en los motivos por los cuáles se cerraba a ella. El sentimiento era compartido, ¿empatía?, no, no era eso. No sabía por lo que Miler pasaba porque fuera capaz de ponerse en sus zapatos, sino porque caminaban con el mismo par.

Ella lo respetaba, lo admiraba, creía que él era inteligente, sensible, moral, ético, brillante... Lo único que faltaba para equilibrar la balanza era mirar su rostro y decirle: señor Miler, también lo encuentro bello. Si Amy supiera a dónde había ido a parar su discurso.

Ese era el punto que no comprendía, pues ella deseaba pasar el tiempo con él, ahondar en tantos temas que tenían en común, regresar a esa relación que los unía cuando Charles la pensaba una vieja severa y rechoncha. Entonces, ¿por qué él la esquivaba?, ¿profesionalismo?, ¿mantener la distancia empleado-jefe?

Se acercó a la ventana de la habitación y contempló la ladera. Lo vio alejarse hacia el pequeño establo que poseía, uno con un único caballo que solía utilizar para recorrer la zona. Se alejó, brindándole a Nora la estampa de su espalda, de sus piernas largas y su cadera estrecha. La dejó con más preguntas sin responder, con un corazón que latía acelerado y unas inmensas ganas de correr a su encuentro.

Como nada de eso podía hacer, se dirigió al despacho y buscó algo para leer. No podía pensar más, no ese día, había traspasado los límites de sus nervios. Sonrió al hallar una novela de Sarah Lorean, ¿así que ya la conocía? Por desgracia, no se trataba de una historia sobre los hermanos rubios, sino la de un Robin Hood del oeste, que se enamoraba de la hija del villano banquero. Se fue con ella y un vaso de té frío al porche, dispuesta a esperar por el

regreso de Charles.

Necesitaba ir a su remanso. La paz, la calma, volver a encontrarse consigo como le había sucedido en ese mismo lugar cuatro años atrás. Necesitaba dejar de pensar en Nora.

Era imposible, estaba grabada en su mente, en cada pensamiento, a cada segundo. No podía quitarla de su cabeza, incluso cuando se obligaba, no hacía más que repetir la imagen de la muchacha, como un eco en una cueva sin fin.

Se dirigió dos millas sobre la colina, la montura conocía el camino de tantas veces que lo habían recorrido juntos. Era el punto exacto en que el arroyo hacía una pequeña cascada en las piedras. Volvía a circular con todo su caudal, ahora que las minas de allí ya estaban vacías de oro. Ató al caballo a uno de los árboles, cerca del agua para que bebiera y él se sentó unos metros más allá. Se quitó las botas, los guantes y desabotonó el chaleco y la camisa, hasta sentir el frescor acariciarle la piel oculta.

Se odio y se maldijo. *Nora... Nora... Nora...*

Sabía que Kaliska lo había presionado a una confesión, a que dijera con sus palabras lo que ella ya conocía. Lo había hecho con la esperanza de que, al liberarlo de la carga, se sintiera liviano. No lo había conseguido, porque Charles no fue honesto del todo.

No le dijo que, en las primeras misivas, no había necesitado imaginarla de ninguna manera, como no lo hacía con los hombres que trabajaban para él. Nada podía importarle menos que la apariencia de Frank u Olsen. Del mismo modo que le sucedía con sus escritores. Corría el rumor de que Lady Witthall era bella, y, sin embargo, él no había destinado ni un minuto a pensar en el posible atractivo de la escritora. Le bastaba con el contenido de sus obras y ya.

La señorita Jolley había roto eso mucho antes de presentarse. No sabía cómo ni por qué, las cartas entre ellos cambiaron de matiz. Empezó a escribirle a la mujer al otro lado de la correspondencia, y no a la empleada. Cuando lo notó, cuando al fin reconoció su estupidez, ya era tarde. En vez de cambiar el tono, cambió la idea que tenía de ella. Era fácil, sencillo. La distancia colaboraba, de modo que, como un acto de defensa personal, le agregó años a la señorita Jolley. Años, canas, barriga y hasta un posible

bigote. También arrugas, ¿por qué no?, y una mirada de águila.

Una imagen que se desmoronó la primera noche. Sintió el dolor en el pecho al rememorarlo.

Le había pedido a Kaliska que dejara algo de leña en la cocina para que él le preparara el té a la señorita Jolley cuando llegara. De seguro estaba cansada, una mujer de su edad, tras semejante viaje. Pidió a José que lo ayudara con las prendas, de modo que su camisa estuviera almidonada y su chaleco bien abrochado. El cabello, peinado hacia atrás, sin dejar que los mechones rebeldes que se ondulaban cayeran a su frente y la barba perfectamente recortada. Sí, tenía que darle una buena impresión a esa matrona con la que trabajaría de sol a sol. Ya podía saborear la primera noche, con té, incluso podía ofrecerle un coñac o un whisky, estaban hablando de una mujer hecha y derecha, y comentarían las novedades de Boston, las publicaciones y la situación política del norte. Confiaba en el criterio de la mujer, sabía que teñiría el relato con sus precisas observaciones. Luego irían a dormir, él le ofrecería la posibilidad de contratar una doncella. Podía dedicar un par de horas al día a entrevistar a algunas muchachas de la zona, aunque él recomendaría a la esposa de José de manera especial.

Sí, un buen plan. Uno que se desmoronó en cuanto oyó los caballos de los Grant. ¿Quién demonios era esa muchacha?, acusó a los bribones por sus andanzas y, cuando la llamaron Nora, pensó en salir hecho una furia, tildar de irresponsables a los hermanos y decirles que volvieran de inmediato a Sacramento a traerles a su señorita Jolley.

Se detuvo a un paso de revelarse. Tan solo a un paso. Cayó en cuenta de su error en el instante en que la señorita Jolley se giraba y exclamaba: *¡Qué bella casa, señor Grant! Tiene usted mucho talento.* El brillo en la mirada de Nora era genuino, la sonrisa amplia. Tenía la boca algo ancha, que descubría una gran porción de dientes. Nada del recato agrio que él esperaba. La nariz pequeña, los ojos de almendra y un cabello que se movía bailando al ritmo de la brisa nocturna. La blanca luz de la luna le bastó para comprobar que la belleza de Nora Jolley no tenía igual, no para él, porque venía acompañada de una pesada maleta de otros atributos, dones, virtudes... porque era el empaque de una mujer que él ya adoraba, y que se había empeñado en desfigurar.

Retrocedió, se ocultó en las sombras y dejó que sus planes ardieran junto a la tetera. Lo demás... lo demás era sabido. Desde esa noche, las sombras eran su único refugio ante la luz de Nora.

Se refrescó en el arroyo, en un intento de que esa calma le atravesara la

piel y le serenara el espíritu. Eso no ocurriría.

Debía dejarla ir, conseguir que regresara a Boston. Sí, pero no hallaba el modo de hacerlo. Humedeció su nuca y, en un último intento, sumergió la cabeza por completo bajo la suave cascada. ¡Al diablo con sus prendas y con el polvillo del lugar que se volvería barro sobre ellas! No podía pensar en cosas mundanas cuando Nora ocupaba su mente.

Tenía que subsanar el problema que había generado con su estupidez. Podía decirle que retornara a su puesto anterior, claro, pero todos en Boston asumirían que el cambio se daba porque la señorita Jolley no había cumplido con las expectativas. La haría volver con el rabo entre las patas, cuando no había hecho nada, nada, menos que la excelencia a su lado. Perdería el respeto que se supo ganar, y, comprendía, que semejante logro no era algo que se pudiera pasar por el fango. Joven, bella, un derroche de virtudes. Conseguir el respeto de los bostonianos para que él, con su falta de profesionalismo, lo arruinara todo. No. No le haría eso jamás.

Podía enviarla a otra oficina, pero ¿a qué?, a que volviera a remar a contracorriente para ganar algo que ya merecía. Eso era injusticia, y Charles Miler odiaba las injusticias.

Lo correcto era conservarle el puesto o comunicar que la haría jefa de edición, abrirle una oficina en algún lado y ponerla a leer manuscritos. Sí, esa era la mejor opción, crearle un puesto acorde a sus capacidades y, a la vez, lejos de él.

Entonces, ¿por qué no lo hacía?, ¿por qué dudaba?, ¿por qué quería volver a su despacho, a ocupar el sillón de espaldas a ella y escucharla, solo escucharla un poco más? En pocos días se había acostumbrado al sonido de sus delgados pies sobre el suelo, al de las hojas cuando ella las manipulaba y al de la pluma rasgar el papel. El de su voz, cuando leía con pasión, incluso cuando leía con fastidio —esos momentos lo divertían hasta la risa—. Las horas en las que ambos olvidaban que se daban la espalda y se relajaban, se trataban de igual a igual, y compartían pensamientos, ideas y sentimientos.

Debía renunciar a ella, pero no podía.

Esperó a que el sol bajara, a que la noche le sirviera de escudo. Ya debía haber vuelto del pueblo, la imaginó comiendo en el salón, conversando con Kaliska y José, poniéndolos al tanto de las novedades. Más tarde recibiría su vaso de leche, que bebía de igual modo que él, y se iría a su recámara. Sabía, por el ardor de la vela, que leía un poco antes de dormir. La imaginaba en camión, ¿qué más podía hacer un hombre que imaginar?, en uno blanco,

simple, sin puntillas ni encajes; con el cabello negro trenzado como la primera mañana, todo a lo largo, hasta la mitad de sus omóplatos, con los mechones más cortos enmarcando su dulce rostro; y los ojos almendras devorando las palabras, haciéndolas pensamientos. Los mejores pensamientos, porque eran los de su mente.

Charles Miler conocía de torturas, aunque nunca una había lacerado tan profundo.

Regresó más tarde de lo esperado, dejó la montura en el cobertizo y rodeó la casa para ir a la cocina y comer lo que encontrara. No era justo molestar a Kaliska. Se detuvo en el porche, Nora dormía en el banco con un libro en la mano y el vaso de té frío a su lado.

—Se durmió esperándolo —le dijo Kaliska. Charles no pudo contestar, batalló sus temores por minutos ante la penetrante mirada de la mujer Miwok. Ella veía los demonios que lo asaltaban con la misma claridad con la que podía ver la luna.

Esa noche, ganaron los ángeles. Charles enfrentó el temor y corrió el riesgo de ser descubierto.

Tomó el cuerpo de Nora en sus brazos con la misma delicadeza con la que uno tocaría el más fino de los cristales y la alzó contra su pecho. Al resguardo de su fuerza, la cargó hasta la recámara. No podía desvestirla, ni quitarle ese ridículo miriñaque. La acomodó entre almohadones y le brindó la mayor comodidad que fue capaz antes de abandonar la habitación.

—Charles... —lo llamó Nora.

—¿Qué? —preguntó con el corazón desbocado. No tuvo respuesta, el llamado fue en sueños, y Miler pensó que jamás se recuperaría de ese golpe.

Despertó creyéndose víctima de una cruel pesadilla. Charles era el fantasma que la acosaba, le susurraba las palabras más dulces al oído, y luego huía, la abandonaba en la peor de las soledades solo para recordarle que era inalcanzable. Crueldad, sí, ningún otro calificativo lograría calzarle tan perfecto al hombre que le daba la bienvenida a su vida con promesas idílicas de respeto y admiración, solo para desterraba al minuto siguiente con una severidad tan intensa que hacía temblar al suelo bajos sus pies.

Estaba fallando, equivocando los planes, reformulando estrategias, tratando de proyectar un final en el que ella no tuviese que marcharse de allí, de su lado. Los resultados de ese cúmulo de pensamientos —una práctica nueva en Nora— la arrojaban a las fauces de un infierno personal que ensanchaba su boca y profundidad durante las noches. Bajo el manto de las estrellas, con la melodía lejana de la vida salvaje que vagaba por la inmensidad del desierto californiano, y con las libélulas traviesas que jugaban a trazar formas hipnóticas sobre la nada, la irremediable cercanía entre Charles y ella no era más que distancia, una que mutaba a melancolía helándole el cuerpo. Sentía un paradójal frío, temblaba de ausencia, y la poderosa vehemencia del calor de las tierras que la cobijaban no podía hacer nada al respecto.

Charles...

El nombre volvió a salir de sus labios como si de un exorcismo se tratara. Abrió los ojos. La blanca luz de la luna cubría cada centímetro de la habitación, invadía todo y, a la vez, se alzaba como un testigo silencioso que se guardaría para sí la identidad de los brazos que la habían cargado hasta la habitación.

El sudor no le dio tregua, posiblemente porque la sensación de frío nacía del pensamiento más que de una manifestación del cuerpo. La realidad que la rodeaba seguía siendo ardiente, lo suficiente como para hacer que la tela de la enagua y el vestido se adhirieran a su piel. Los alambres del miriñaque, amoldados a la forma del colchón luego de un par de horas de reposo, dejaron

el rostro de su existencia en sus piernas. Desvestirse nunca antes le resultó una tarea tan agobiante. Un pequeño fragmento de la consciencia de Nora se encontraba flotando en el mundo de los sueños, mientras todo lo demás luchaba por despertarse. Sintió un cosquilleo en los dedos cuando hizo uso de ellos, desabotonar el vestido requirió de una destreza fuera de lo común; para cuando terminó con el último, el estado de vigilia primó sobre todo lo demás.

Contaba con el privilegio absoluto de la privacidad, y el hecho de que las cortinas estuviesen abiertas de par en par no se lo robaba. Fue libre de desnudarse sin recaudos, con la noche como única espectadora.

Si quería volver a forjar amistad con el sueño debía convocarlo de la manera correcta. No contaba con agua suficiente para tomar un baño de tina, pero sí para refrescar cada centímetro de su piel. Kaliska solía dejarle un aguamanil con unas flores silvestres que, según la mujer, dotaban con sus propiedades todo aquello que tocaban. Hundió una toalla de manos y la estrujó; primero se humedeció el rostro y el cuello, luego hizo extensiva la caricia a sus pechos y brazos. Cuáles eran las propiedades de esas flores, no lo sabía; le bastaba gozar del perfume que poseían y se impregnaba a ella. Respiró profundo, sintió una inexplicable sensación de paz. Finalmente recuperaba la calma perdida. Perdida de hace días, desde el primer día que había puesto un pie en esa casa. Desde que Charles dejó de ser un nombre, una idealización, para convertirse en la perfecta combinación de un ángel con faceta de demonio.

Una vez que sus piernas y vientre experimentaron la misma relajación que el resto del cuerpo, cubrió su desnudez con uno de los camisones que había adquirido por la tarde. Vivenciaba la ilógica sensación de estar flotando en una elipsis temporal. A pesar de que las manecillas del reloj no habían alcanzado a dar una vuelta completa, la tarde parecía un pasado lejano. La conversación oída entre Charles y Kaliska fue lo que logró el efecto de eterno para Nora, porque tras ella, lo esperó... lo esperó dispuesta a confrontarlo, decidida a arrancar de raíz el absurdo recelo que el hombre sentía por el simple hecho de romper sus esquemas imaginarios.

¿Cómo si la belleza física importase? ¿Cómo si los valores, las palabras y los sentimientos no tuviesen supremacía sobre todo?

Quizás era tiempo de romper otros esquemas para Nora; aquellos que se imponían como normas y modales establecidos aprendidos a rajatabla. Quizás debía de abofetearlo sin dudarle, hacerlo entrar en razones. Eran lo que eran. Eran eso que combinaba en pensamientos y que los hacía emitir la misma

respuesta al unísono. Perfecta sincronía. Hasta un ciego lo podría ver. Hasta un niño lo podría entender. Sin embargo, Charles prefería repelerla, privarla de la absoluta cercanía.

Pensar no era la alternativa adecuada para conciliar el sueño, y si lo que pretendía era lidiar con lo que quedaba de la noche en los brazos de Morfeo, debatir frente al espejo sobre lo que debía o no debía decirle al hombre que la había arrastrado al otro extremo del país no le traería buenos resultados.

Estaba con el estómago vacío, no había cenado a pesar de la insistencia de Kaliska. Utilizó el agotamiento como excusa, no podía decirle que las palabras de Charles le habían quitado el apetito hasta el fin de los tiempos. La ausencia de sólido no era un inconveniente, la verdad era que el calor de la región solía forzarte a pequeñas cenas, eran preferibles los tentempiés ligeros entre comidas, y había disfrutado de uno de estos junto a Amy. Lo que su cuerpo necesitaba era recobrar la temperatura, compensar el frío interior con el fuego exterior. La nueva costumbre impuesta por Kaliska, la de beber un vaso de leche tibia con vainilla antes del descanso, demandaba su momento.

Un vaso de leche tibia, en su defecto, un té. Cualquier infusión sería bien recibida.

Comprobó su imagen en el espejo, el camión blanco, simple, le daba el resguardo conveniente. Dudaba mucho que alguien se atravesara en su camino a esas horas de la noche, comenzaba a conocer la dinámica interna de la casa. Desarmó el recogido de su cabello para dejar caer la trenza a su espalda, y sin proveerse con ninguna fuente de luz, abandonó la habitación rumbo a la cocina. Sabía que Kaliska dejaba siempre un par de leños ardientes, que se convertían en cenizas justo cuando el sol se elevaba en el horizonte.

Los mechones rebeldes que enmarcaban su rostro, comenzaron a danzar movidos por la suave ventisca, las ventanas de los corredores siempre se encontraban abiertas, al igual que las cortinas, para permitirle a la noche refrescar a la vivienda. Llegar a destino sin el importuno de un obstáculo, no le fue difícil. Intuía que faltaban un par de horas para que despuntara el alba, lo que le permitía la libertad de andar a sus anchas sin pudor.

Los leños ardían, y la calidez del lugar equilibró la sensación de fría soledad que la inundaba. Las pequeñas llamas que todavía luchaban por mantenerse vivaces le sirvieron como luz; la luna, se escondía en ese lugar de la casa. Estaba descalza, y aunque el suelo de la habitación era más irregular que las del resto, no le molestó. Se encontraba a gusto, como si perteneciera

allí.

Buscó el recipiente de acero que Kaliska utilizaba para calentar agua para infusiones, lo halló de inmediato; se sorprendió al notar que contaba con agua ya tibia. Encontró el resto de los elementos sobre la gran mesada central, parecía que el destino de esa noche estaba decidido a confabular con sus deseos, y la tarea de prepararse un simple té sería, justamente eso, una simpleza. La situación, dados los acontecimientos del día, fue comparable a una caricia al alma. Sonrió.

Sonreír le estaba resultando una labor opuesta a la del té, y si seguía dándole cabida a las intuiciones, era muy posible que perdiera la práctica de la sonrisa de un instante a otro. ¡Detestaba que Charles huyera de ella! ¡Que no le permitiera el placer de la conversación en silencio, fruto del encuentro de miradas!

Quería conocer todo de él, las muecas que eran el preámbulo de su malhumor, las arrugas en su ceño, resultado de la testarudez que, no era muy difícil suponer, lo acompañaba desde la primera juventud. Ni hablar del brillo en sus ojos, uno que le revelaría cuándo se encontraba satisfecho.

El vapor le hizo presuponer que el agua estaba en un punto óptimo, y puso en pausa a las insustanciales cavilaciones. Capturó entre sus manos la tetera para colocar las hebras de té en ella. Sintió la porcelana tibia, y no solo eso, pesada. La destapó y la acercó junto a las llamas. El olfato le ganó a la vista, el aroma a té y miel se coló por su nariz.

El corazón se le aceleró al descubrir que no estaba sola. Cayó en cuentas de que el fuego se movía en una dirección particular, y conseguía ese movimiento gracias a la brisa que ingresaba por una de las ventanas. La sombra de un cuerpo se dibujó sobre el suelo cortando la respiración de Nora. Dio un paso atrás y las llamas se sumaron al juego del descubrimiento. Lo que pudo ser un cuerpo diminuto, desde la posición en que se encontraba, aparentó ser gigantesco, poco familiar, irreconocible.

Un ahogado grito, nacido en lo profundo de sus entrañas, resonó en el ambiente como si el espanto fuese el que la gobernara en ese momento. La tetera se resbaló de sus manos y se hizo trizas contra el piso.

—¡Suficiente, señorita Jolley!

Reconoció a la voz de Charles en ese extremo oscuro de la habitación. Se llevó las manos a la boca, presa de la culpa por su torpeza y su comportamiento de niña asustada.

El rostro de Charles, y lo que parecía ser una extensa cicatriz en su lado

izquierdo, se realzó ante los ojos de Nora gracias al color naranja rojizo del fuego que lo iluminó.

—¡Regrese a su habitación! —Le ordenó levantándose como si una tempestad impulsara a su cuerpo.

—Pero... —No iba a marcharse, no quería alejarse de él. Utilizó otro argumento—, la tetera, he hecho un desastre. —Se lanzó de rodillas al piso para juntar los pedazos.

La mano de Charles hizo presión en su brazo, y la sensación fue más que extraña. Una mirada de reojo fugaz expuso la verdad en la debilidad de esa mano que la sostenía: le faltaban dos dedos.

—Oh, no... —balbuceó dejándose guiar por el instinto que le decía que era tiempo de romper la barrera que los separaba. Quiso acariciar esa mano desvalida, ir en busca de su mirada por primera vez.

Él se lo impidió. La empujó para obtener el espacio que le permitiera alejarse de ella. El cuerpo de Nora lo privaba de la huida.

—¡Vuelvo a repetir, señorita Jolley, regrese a su maldita habitación!

Las pesadas piernas de Charles se elevaron por sobre su torso encorvado para darse espacio a la fuga. Nora se incorporó de repente sin recordar que tenía los pies descalzos y que el piso estaba cubierto de trozos de porcelana. Utilizó las manos para recobrar la verticalidad consiguiendo que el primer fragmento se incrustara en su palma derecha. La planta de su pie izquierdo sufrió una herida similar. El dolor físico no fue un impedimento para reaccionar.

—¡Charles! —Perdió el control del tono de su voz y de las formas—
¡Charles!

Fue un grito desesperado, demandante, que se escabulliría en la noche y desaparecería al igual que él.

No se debía tener grandes conocimientos de dramaturgia para imaginar la vacía escena que la recibiría en el despacho a la mañana siguiente. Las emociones de Nora yacían bajo la almohada, se había encargado de exiliarlas para que no volvieran a traicionarla. Si la noche anterior conjeturó la posibilidad de abofetear a Charles Miler, en esa ocasión, reconocía que la que necesitaba la bofetada era ella. Espabilarse. Recordar su lugar en esa relación. ¡Pensar que lo llamó por su nombre! Peor, lo gritó, lo proclamó. No podría demandarle nada, ni ese día, ni nunca. Él era más que su empleador, el secreto que llevaba años cargando consigo construía una muralla imposible de derrumbar entre ellos.

Era tiempo de aceptar la distancia impuesta. Por el bien de la verdad, por el bien de su corazón.

Tomó asiento al otro lado del escritorio con la libreta en mano, tenía unos pendientes que no requerían del visto bueno o apreciación de Charles. Por sobre las hojas de los manuscritos que estaban a la espera de una correcta evaluación, se encontraba una lista de tareas que parecían ser más castigo que trabajo funcional. Tardaría días en realizar las relecturas planteadas, e invertiría más de tres tinteros en escribir todas las misivas indicadas.

El incidente ocurrido la noche anterior le procuró una molesta herida en la palma derecha de la mano, justo bajo el dedo índice. La pluma la rozaba, dejándola sin más alternativa que la de improvisar un vendaje con su pañuelo para hacer de la labor algo más tolerable.

A media mañana, Kaliska la interrumpió cargando una bandeja con un vaso de fresca limonada y una ración de frutas.

Nora estaba reticente a cualquier tipo de alimento, básicamente porque sabía que ni el más minúsculo de los bocados podría atravesarle la garganta. A Dios gracias que le pasaba el aire. Tenía atoradas un sinfín de palabras no dichas. No había espacio para nada más.

—Gracias, señora Kaliska, con la limonada me es suficiente. —Devolvió el cuenco con frutas a la bandeja.

—Señorita, no es bueno tener la barriga vacía.

—No se preocupe —dijo sin levantar la vista del escrito en el que estaba

trabajando—, mi barriga no está vacía, es pequeña, a diferencia de lo que pensaba el señor.

Morderse los labios fue la única reacción que se le ocurrió. Coserse la boca no era una alternativa viable.

Alzó la mirada en busca de la mujer. Los ojos de Kaliska podían ser indescifrables cuando se lo proponía.

—¿Me permite, señorita? —La mujer señaló su mano envuelta con el pañuelo.

Nora exhaló con liviandad. Lo dicho no hizo eco en la cabeza de Kaliska. La indiscreción cometida al oír la conversación entre ambos continuó en el anonimato.

—Es solo una pequeña herida, no se moleste.

—Todo inicia de esa manera, desde lo pequeño. —Considerando lo expresado como una invitación a actuar, tomó la mano de Nora para liberarla de la tela y la evaluó. Los bordes estaban enrojecidos e hinchados—. La vida, las heridas... —Hizo una pausa para lograr aquello que Nora buscó segundos atrás: el encuentro de miradas—, los sentimientos.

Tragar saliva se convirtió en un acto tan necesario como la respiración para Nora. Las mejillas se pusieron a tono con la gota de sangre que brotó del corte cuando Kaliska la apretujó. La mujer escupió en su palma y utilizó el pañuelo para distribuir el pegajoso fluido. Ante la sorprendida y espantada expresión de Nora, hurgó en el bolsillo de su delantal hasta dar con lo que parecía un recipiente con un ungüento, y colocó parte del preparado en el área lastimada.

—Prevenir es mejor que curar —dijo a modo de conclusión—, luchar contra la infección antes de que esta tenga siquiera lugar es lo más sano, para el cuerpo y para el alma. Recuérdelo.

Siempre existía un entre líneas en sus enigmáticas frases, presuponer que las citadas serían la excepción era una tontería.

—Por una vez, señora Kaliska, solo por una vez... —No pudo evitar que las palabras sonaran a súplica—, dígame lo que en verdad pretende decir.

—Hablar es mejor que callar, señorita. El silencio es peor que una infección, se expande más rápido que un fuerte veneno, y mata al espíritu.

Lo intentaba, con todas sus fuerzas. Quería llegar a Charles, encontrar el momento para entregarle la verdad que, ahora, involucraba mucho más. La incluía a ella, con todos esos sentimientos indefinidos que la torturaban.

—Hay palabras que no logran atravesar el muro de la distancia, señora

Kaliska, lo he intentado.

Charles Miler se encargaba de ampliar la altura de esa barrera que los separaba utilizando el arma del riguroso profesionalismo.

—No, lo ha intentado la señorita Jolley.

—¡Yo soy la señorita Jolley!

¡De todos los absurdos posible, ese! Nora resopló.

—Pues deje de serlo, y permita salir a la mujer que tiene dentro.

Kaliska le empujaba a un peligroso abismo, uno al que ella estaba ansiosa de saltar. Se preguntaba si valía la pena echar por tierra lo adquirido en los últimos años de su vida por la confusión que le atenazaba el corazón.

De nuevo en la soledad del despacho, analizó los pormenores de las emociones que pujaban por salir a flote junto a la mujer que mantenía prisionera dentro de ella. ¿Qué obtendría a cambio? Presunciones. Nada más. Presunciones basadas en una conversación oída a escondidas en la que creía haber sentido que la confusión de sentimientos era compartida por Charles Miler.

Estaba claro que él la había idealizado, con barriga, años en exceso y rigidez de carácter. Ella no se quedaba atrás tampoco, y al igual que él, también cometió un error. Trazó un mapa mental del interior del hombre, con sus giros equivocados, rutas desérticas, y con la riqueza de una ciudad plagada de valores y actitudes venerables. La admiración creció por pura decantación, y la muy desgraciada, se intensificó cuando el Charles Miler de carne y hueso se presentó en su vida.

Entendía ahora la razón de su distancia. La escasa luz de las llamas le mostraron, por unos fugaces segundos, lo que el hombre le ocultaba. Cicatrices. Él se preocupaba por el mapa que delimitaba su piel, mientras que ella, pretendía descubrir el de su interior. ¿Podría juzgarlo por ese comportamiento? No, porque no estaba en su lugar. No poseía marcas en el rostro, ni dedos amputados en las manos. No había historia de dolor en su vida más que la muerte de sus padres y la inesperada pérdida de su hermana.

De eso se trataba, no de ella y él. Solo de una muchacha demasiado joven para tener tantas cualidades, y de un hombre que sentía vergüenza de su aspecto. Un hombre que prefería ganarse el calificativo de inclemente antes que percibir un atisbo de desprecio.

Desprecio. ¿Cómo si eso fuese posible?

Llegado el momento, debería hacérselo saber.

Y el momento se hizo desear más que una tormenta en pleno verano. Plagado de sorpresa y equívoco, más aún cuando Nora ya había establecido una nueva rutina de trabajo. Sin Charles Miler, por supuesto. Si no fuese por el agobiante calor que la rodeaba, y las otras tantas obvias diferencias, podría decirse que continuaba en Boston. En el presente, la relación entre ambos se daba a través de listados y notas con indicaciones, algo que no distaba mucho de las pasadas cartas que intercambiaban.

Todo había cambiado en tan solo un par de días, hasta las costumbres de primera mañana de Nora. Prefería postergar los desayunos para iniciar las labores lo más temprano posible. Miler ya no la despertaba con el sonido de la campana y no tenía más alternativa que valerse de sus irregulares hábitos nocturnos —apenas dormía un par de horas de corrido, el insomnio era su más reciente amistad— para organizar sus días otorgándoles la mayor funcionalidad posible.

El sol recién comenzaba a despuntar en el horizonte coloreando el cielo con un matiz de tonos naranjas y rosados. Ese instante del amanecer se estaba convirtiendo en el favorito de Nora, día y noche despidiéndose como dos enamorados que no querían dejarse ir, que luchaban por mantenerse unidos hasta el último suspiro.

Tenía la garganta seca, resultado del excesivo calor nocturno. Fue en busca de un vaso de agua recién extraída del pozo, y terminó con una extraña infusión a manos de Kaliska: agua, una rodaja de limón, hojas de menta y una pequeña cucharada de miel. La fascinación de la mujer por la miel —la utilizaba en todo— se prestaba a un análisis profundo. Como fuese, se agradecía, a Nora le resultó sabrosa y refrescante. La combinación perfecta de acidez con dulzura.

La dulzura dejó de ser tal ni bien entró al despacho. Estaba tan sumergida en lo suyo, repasando mentalmente la agenda del día que no fue capaz de percibir la otra presencia en la habitación que, días atrás, solía ser compartida. Había hecho tan suyo el espacio que el escritorio ya no era un lugar de preponderancia para ella. Hacía uso de cada mueble, de cada centímetro, cada esquina. Era su mayor acto de rebeldía, uno secreto, que lograba que la amarga sensación de ausencia del hombre no se notara. Realizar las tareas en el sillón contiguo al de Charles era lo más parecido a sentirse cercana a él.

La falda de su vestido rozó lo inesperado, y de no ser por el condenado miriñaque, hubiese notado de inmediato que no era un mueble más, sino una

extremidad: la pierna de Miler. Tarde descubrió la diferencia, y cuando el rostro de Charles se expuso ante la luminosidad creciente del día que se colaba por la ventana, Nora no hizo más que emitir un gemido que podía ser mal entendido. En especial alguien de naturaleza tan susceptible como Miler con respecto a su aspecto físico.

La señorita Jolley aprendía con rapidez de sus errores, por eso, en esa oportunidad, el vaso no se resbaló de sus manos ni se hizo añicos contra el piso. Nora tuvo que forzar a sus pulmones a trabajar. Como pudo, respiró profundo. Tenerlo frente a ella por primera vez le robaba todo, la respiración, la razón, los latidos de un corazón que luchaban por mantenerlo en marcha.

—¡Oh, señor Miler, me ha asustado! —confesó presa de un estupor que fue mal interpretado.

—¡Puedo notarlo, señorita Jolley! —Charles se incorporó, era posible que nunca más volviese a tomar asiento en ese sillón. Jolley se lo había arruinado, al igual que todo lo demás. Estaba enfurecido con ella, con él, con lo que sentía, y con lo que parecía ser para los ojos de la hermosa muchacha ¡Un maldito monstruo!—. Y considerando que soy una ofensa tan notoria para su delicada visión, creo que lo mejor es ponerle un punto final.

—¿Qué quiere decir? —Aún lidiaba con el asombro de su compañía, y él pretendía ¿qué? Se sentía como una niña a la que le ofrecían una galleta para luego arrebatársela sin justificación más que una intención de burla.

—Lo que entiende, prepare el equipaje, señorita Jolley. Es tiempo de regresar a Boston.

—¿Boston? ¡¿Usted está loco?! No pienso regresar a Boston.

—Pues regrese a Nueva York, a donde se le dé la condenada gana. —No podía quedarse ni un segundo más ante ella. Decidido a que esa sea la última conversación entre ambos, le dio la espalda para dirigirse a la salida—. Tiene todas las oficinas de Miler & Miler para usted, elija la que le plazca.

El error aprendido se transformó en herramienta de ataque, y ante la necesidad de manifestar su furia, de demostrarle a Miler que ella también tenía voz y decisión en su vida, estrelló el vaso contra el piso.

Consiguió lo que deseaba. Charles se frenó en el preciso instante en que cruzaba el umbral de la puerta, giró y volvió sobre los pasos dados víctima de una furia compartida.

—¿Qué demonios hace? ¡¿Está usted loca?!

—Sí, y por lo visto los dos lo estamos. ¡Exijo, demando una explicación!

La luz consagrada de la mañana expuso la totalidad del rostro de Charles.

El silencio los atravesó. El corazón de Nora se estrujó dentro de su pecho al ver la profunda cicatriz, la mayor parte de su lado izquierdo había sido desfigurado por lo que parecía ser una marca de quemadura. Un parche de cuero le cubría el ojo, haciendo de la imagen un perfecto cuadro en donde se expresaba el sufrimiento del pasado.

Quería acariciarlo, besarlo, recorrer con la tibieza de sus labios cada centímetro de cicatriz. No podía. Era otro tipo de locura. Cerró los ojos para controlarse y recordar su lugar en esa relación.

—¿Quiere una explicación, señorita Jolley? ¡Aquí la tiene! —Alzó la voz a pesar de estar a pasos de ella, y su aliento caliente, resultado del fuego de su ira, llegó hasta el rostro de Nora—. ¡Abra los ojos! —Nunca antes el desprecio ante su imagen le había dolido tanto, y se detestaba por eso—. ¡Abra los ojos! —gritó.

Nora así lo hizo. Él se quitó el parche, exponiendo el resto de la cicatriz. Tenía los párpados pegados producto de la misma quemadura, una hecha por el carimbo, el sello con el que se marcaba tanto al ganado como a los esclavos, y la hundida superficie indicaba que el globo ocular no se encontraba en su cuenca.

Nora quiso llorar. Odiaba lo que le habían hecho, y se odiaba a sí misma por no poder hacer nada para apaciguar el dolor. Si de sentimientos se hablaba, lo que sentía por Charles era el amor más puro jamás vivido. Un amor que ni ella ni él eran capaces de reconocer todavía.

Miler continuó sin piedad, sabedor de que prefería la reacción completa, las miradas de espanto, antes que una tortura eterna junto a ella. Porque así había vivido los días a su lado, como la peor de las torturas, sin poder mirarla, sin poder gozar del privilegio de su sonrisa; o de sus gestos, esos que presentía cuando daba vueltas las hojas de un manuscrito que le parecía deplorable, o cuando la pluma danzaba en sus manos y jugaba con la punta de su nariz. Se quitó los guantes, que eran mucho más que un capricho o un gusto estético, en su interior poseía improvisadas prótesis de madera que le daban forma a unas manos irregulares. Varios de los dedos habían sido amputados, el índice y el meñique en la mano derecha; y el meñique, anular y medio, de la izquierda.

—Ahora ya sabe por qué no puedo escribir por mí mismo, señorita Jolley. —La ira descendía uno a uno los peldaños de su intensidad frente a la mirada evaluadora de Nora—. Márchese de una buena vez, así nos ahorramos incómodos momentos.

La furia de Charles era mitigada por el desprecio propio, por creerse un ser despreciable para los ojos de la muchacha, digno de ser repudiado por su belleza. La de Nora no hacía más que acrecentarse. ¿De eso se trataba? ¿Por eso la había hecho sentir como una paria al darle la espalda desde el primer día de su llegada?

—¿Incómodos momentos, señor? ¿Quiere hablar de incómodos momentos? ¡Puedo citarle unos cuantos! —Gruñó, dio unos pasos para alejarse de él, recorrió el despacho de un lado al otro, parecía una fiera enjaulada—. ¡Atravesé todo el condenado país por usted! —Se corrigió al darse cuenta de que exponía emociones que ni siquiera ella tenía en claro—. ¡Por esta oportunidad! Y ni bien me hice presente, lo único que obtuve a cambio fue la sensación de no ser bienvenida, de ser lo equivocado, de ser...

—No, no... es demasiado perfecta —balbuceó él sin poder contener los anhelos de confesión—. Y yo demasiado imperfecto. No congeniamos, eso es todo, señorita Jolley.

—¡Pues yo sí creo que congeniamos, si es que pide mi opinión como tantas veces lo ha hecho!

—¿Congeniar? ¿Le parece que trabajar de la manera en la que lo hacemos es una buena forma?

Indicaciones por escrito, encuentros en las sombras, conversaciones a espalda. Por supuesto que no era una buena manera de emprender una labor.

—¡Lo hacemos de esa forma porque usted lo ha decidido! —Fue hasta él para enfrentarlo, en su rostro no había indicio de desencanto o espanto por las cicatrices. Conocer al Charles Miler que se encontraba siempre en las sombras era una meta cumplida, ahora podría dejar que invadiera sus sueños con un rostro que no requería ser imaginado, sino, recordado.

—¿Existe otra manera, señorita Jolley?

—Por supuesto que sí, como dos personas civilizadas, frente a frente, coincidiendo en miradas... coincidiendo...

—¡Por favor! —se burló con sarcasmo—. ¿Acaso puede usted mirarme siquiera?

—¿Qué clase de absurdo está usted diciendo? —Estaba ofendida hasta la médula. Lo enfrentó, alzó el mentón, sus ojos se posaron en él y no vieron las imperfecciones, vieron todo lo demás. Una belleza que valía el doble, un espíritu dolido y hambriento de afecto, un corazón con un pasado que lo hacía latir con una intensidad fuera de lo común.

—Si en cada oportunidad que me ve, va a hacer trizas la vajilla de esta

casa, la prefiero lejos... me va a ser más sencillo reemplazarla a usted.

—¿Cómo se atreve a echarme en cara eso? ¡Fue un accidente! —
Contempló de reojo los cristales rotos en el piso, ese no lo había sido.

—¡Fue víctima del espanto, señorita Jolley! ¿Lo niega? —La ira volvía a subir los peldaños descendidos.

—¡En lo absoluto! ¡Casi me mata del susto!

—¡Ajá, ahí lo tiene! —La seriedad estaba perdiendo el curso en la conversación, estaban a pasos de convertirse en niños, discutiendo, justificando lo indefinible—. ¡No quiero ser responsable de su muerte!

—¡Entonces deje de deambular como un fantasma! ¡De esconderse en las sombras de la cocina! ¿Quién anda a esas horas de la noche despierto? —Bufó solo por el gusto de hacerlo.

—¡Lo mismo digo, señorita Jolley!

Cada palabra, cada respuesta, los llevaba un paso más hacia adelante. Era un juego, un juego que los acercaba, que borraba de un plumazo la distancia entre ellos.

—No podía dormir —acusó Nora a modo de defensa.

—Yo tampoco... —coincidió él—. Y tengo mis motivos.

—¡Yo también!

—¿Cuáles?

—Un jefe testarudo que se empeña en darme la espalda y tratarme como a una niña.

—No la trato como a una niña.

—Lo hace... lo hace al creer que su apariencia vale por sobre todo lo otro.

Estaban tan cerca que, el perfume de flores que impregnaba la piel de Nora llegó a Charles. Se embriagó de ella, se dejó vencer, y la muralla que siempre estaba en lo alto, separándolos, se derrumbó.

—¿Todo lo otro? —preguntó con la voz ronca, casi muda.

—Sí, el Charles Miler que conocí a través de las cartas... uno por el que volvería a cruzar el país cientos de veces de ser necesario.

Sin los muros en alto, ¿qué quedaba? La locura absoluta, solo eso.

Nora Jolley era el primer estadio a la más hermosa de las demencias, aquella en donde él se olvidaba del hombre hecho pedazos que era. Tenerla frente a él, sin la mirada esquiva, con un dejo de admiración en los ojos, era agobiante. Dulcemente agobiante. Si no se iba, cometería una imprudencia.

—¿No piensa marcharse, entonces? —Necesitaba la confirmación para poder volver a respirar. Para que su corazón no muriese ahí mismo.

—No, y si no me desea aquí, tendrá que sacarme a la fuerza.

—Lo pensaré...

—¡Perfecto! —dijo ella con una seguridad que no hizo más que estimular las sensaciones en ambos—. Tómese el resto del día para pensarlo, mañana... mañana tendremos una ardua jornada con muchos pendientes.

Charles quiso reír a carcajadas. ¡Se atrevía a darle órdenes! Jamás la dejaría marcharse, no después de ese día. Sin embargo, tenía que trazar una nueva línea de distancia. La adecuada, en la que los sentimientos no tuviesen la posibilidad de expandirse ni crecer. Dio media vuelta y retomó la huida de minutos atrás. Antes de alejarse, manifestó la severidad tan característica en él:

—Mañana será...

—Mañana —repitió ella.

Los días posteriores a su conversación fueron tensos, a Charles le costaba presentarse a plena luz del día. No se trataba tanto del pudor por sus heridas, como por el secretismo que aún lo rodeaba. De todas maneras, consiguieron relajarse con el trabajo diario; del mismo modo que en el pasado existían momentos en que, desde las sombras, él se mostraba auténtico. Ahora lo hacía de frente, y Nora caía a sus pies sin remedio.

Entre ellos aún había un obstáculo por sortear. Ni la señorita Jolley había confesado lo que la llevó en primera instancia a su lado ni Miler ahondaba en el pasado para explicar sus heridas.

Las mañanas y tardes en el despacho dejaron de darse a espaldas, Charles ocupaba el otro sillón, con el cual le brindaba el perfil y podía observarla de soslayo. La veía trabajar bajo sus órdenes, tomar notas, analizar manuscritos, escribir cartas, decidir en conjunto qué se publicaría, cuándo y dónde.

Trabajaban mejor de esa forma, y se notaba la eficiencia. Eran dos piezas de un engranaje perfectamente lubricado. Al no tener que huir, podía enfocarse en leer en su presencia y solía interrumpirla con observaciones.

La señorita Jolley no parecía molestarse por eso, de hecho, según Miler tenía entendido, era uno de sus aspectos más odiosos: interrumpir las lecturas y esperar que el otro no perdiera el hilo de los mil temas que abordaba al mismo tiempo. Nora podía seguirlo sin alterarse, y recién cuando escribía las notas sin levantar la cabeza y caía en cuentas de que lo había hecho en cualquier parte, era cuando Miler decía:

—Tomemos un descanso. —Y las sonrisas de ambos pujaban sus labios para asomar y delatarse. Los descansos eran el mejor momento del día, ya no necesitaban de tantos vasos de leche con vainilla, según sabio consejo de Kaliska, sino té helado bajo el reparo de los robles.

Allí se sentaban a conversar, solía ser de libros, ¿qué más?, pero en ese caso de libros que les gustaban por el simple placer de la lectura.

—Usted es tan inglesa... —se quejó Charles, entre risas, cuando Nora admitió su predilección por Dickens y las hermanas Brontë—. ¿Sabía usted que antes publicaban con el pseudónimo Bell? Era usted muy joven por ese entonces...

—¿Debió de sospecharlo toda Inglaterra!, ¿hombres?, ¿quién podría creerlo? —exclamó Nora—. ¿Las ha leído?, esa sensibilidad...

—¿Está diciendo que los hombres somos incapaces de tanta sensibilidad?, mire cuánto me ha ofendido, soy un hombre muy frágil. —La exageración hizo carcajear a la señorita Jolley.

A Miler le gustaban las obras de Dumas y de Víctor Hugo, las tenía en francés y en inglés, y solía adquirirlas en cada ocasión que un nuevo traductor se hacía con ellas. Estaba algo obsesionado.

Así, discutiendo sobre las bondades de la lengua inglesa, de que se trataba de algo vivo y que debía adaptarse —o no— a las modificaciones que los coloquialismos americanos sumaban a diario, los halló Louis Grant.

El menor de los hombres Grant venía en su montura, sin carros, sin hermanos. Vestimenta liviana, un sombrero de ala ancha, un arma en la cintura y una alforja colgando a un lado.

—Buenas tardes, veo que los interrumpo en pleno trabajo duro —bromeó y bajó de un salto del caballo.

—Buenas tardes, señor Grant —saludó Nora y, un poco más habituada, en lugar de una reverencia completa le salió el modo informal con una leve inclinación. Los ojos de Louis brillaron llenos de humor. Los de Charles, en cambio, lo observaban con interés.

—Vamos, lleva tu caballo a la sombra y ven que tenemos té frío —invitó sin saludos. La confianza hacía que se sintieran como en casa. De algún modo lo era, la vivienda de Miler estaba en los territorios Grant y el pago de la renta era un formalismo, algo que hacía el editor para mantener su integridad.

Avanzó la pareja por delante mientras Grant se ocupaba de su montura, lo dejó bajo los robles cerca de la fuente para que bebiera y siguió los pasos de esos dos a cierta distancia. Las hermanas Foster habían desparramado algunos rumores, por lo que Louis se esperaba cualquier cosa al verlos menos esa dinámica de risas, anécdotas y bromas.

Kaliska lo recibió con un saludo, que Grant convirtió en abrazo para molestarla.

—¿Si Miler te trata mal, ya sabes?

—¿Miler?, pero si al lado de ustedes, Charles es un cachorro dócil.

—No te dejes engañar, es pura apariencia. —Se sirvió un vaso de la bandeja y se dirigió, sin más, al despacho—. Charles, tenemos que hablar. —Señaló la alforja como explicación, y eso bastó para poner el asunto en perspectiva. Para Nora, en cambio, era todo nuevo. Se mantuvo firme en el

medio del salón, sin saber qué hacer, hasta que Miler habló.

—Nora, ven... esto en lenguaje Grant significa trabajo.

—¿Charles? —fue la simple pregunta de Louis hecha en un susurro. Sí, en el lenguaje Grant significaba trabajo, trabajo en secreto.

—Sea lo que sea que traigas es algo que tarde o temprano veré con No... la señorita Jolley. Ocultarlo no tiene sentido. Además, no trabajaría conmigo si no fuera de confianza, ¿no lo crees?

—Sí, sí... todo claro. Eso sí, maldito —agregó para que Nora no lo oyese —, tú y yo vamos a hablar de tu Nor... señorita Jolley.

—¿Por qué haría eso, Louis?

—Porque al parecer mi madre le tiene cariño, y porque hacía demasiado tiempo que no te veía de buen humor.

—Y porque eres un maldito metiche, casamentero como una de esas viejas de pueblo. Así que déjalo estar, o mi humor volverá a ser el de antaño. —La sonrisa de Grant le dijo que nada de eso iba a pasar, y que mientras más hablase, más se condenaría.

Nora entró al despacho tras ellos, con una nueva bandeja de té frío que dejó en la mesa auxiliar. Permitió que los hombres se sentaran en los sillones de alto respaldar y ella se quedó a un margen, con la libreta y el tintero por si debía de tomar notas.

—Nada de notas, señorita Jolley —pidió Charles—. Venga aquí, almacene todas las impresiones que pueda mentalmente. Luego criticaremos a Grant cuando no esté.

La muchacha hizo lo que se le ordenaba y ocupó un lugar cerca. Se mordía los labios para contener las sonrisas satisfechas y simulaba acomodar el miriñaque para no tener que mirar al hombre que le provocaba tales reacciones. La confianza de él, sus bromas, que la incluyera en aquel momento... todo sumaba a su fascinación. En ese instante, Charles le brindaba su lado sin cicatrices en el sentido estricto de la palabra y en el figurado. Le brindaba el hombre que era cuando olvidaba los dolores del pasado.

—Bien, ¿qué tienes? —Lo instó Charles, al ver que Louis estaba demasiado concentrado en su asistente. No en modo romántico, sino que la evaluaba, se embecía de la incomodidad de Nora, de esos gestos que denotaban cuánto le molestaba que alguien invadiera la intimidad que solía tener con Miler. Grant había entrado en el despacho, en el mundo de libros que ellos compartían y les impedía actuar con soltura.

—Un manuscrito. —Abrió la alforja y sacó unas cincuenta o sesenta

páginas sostenidas por un cordel—. Y órdenes del escritor.

—¿Y quién es el escritor? —preguntó Miler.

—Eso, mi querido editor, es algo que me guardo para mí. —Nora los observaba, hacía lo que Charles le había pedido, almacenaba impresiones. Una era que al editor no le sorprendía la respuesta de Grant.

—¿Qué más debo saber antes de tomar eso en mis manos?

—Que es una historia, en gran parte, verídica. El autor dice que lo es en su totalidad, cuando lo leas, sabrás el porqué de la discrepancia. —Louis hizo una pausa y miró a Nora para evaluar el nivel de honestidad que podía emplear. Lo pensó, lo analizó y al fin, agregó—: Está mal escrito, Charles. Muy mal escrito y hay que tener los huevos del tamaño de los de Jafar, el maldito semental que le regaló mi cuñado a mi hermana, para publicar esto. — La señorita Jolley no se sonrojó por la expresión y eso tranquilizó al hombre. Si bien era de modos francos, bastante rudo para la sociedad educada que ahora lo amparaba, lo cierto era que sabía cómo tratar a las mujeres. Y hablar de los testículos de un caballo no era exactamente lo que la élite demandaba —. Pero lo que cuenta debe ser publicado, y tú tienes las agallas para hacerlo.

—No me endulces, Louis, no necesitas hacerlo.

—No lo hago, es la verdad. Hablaremos luego del coraje y demás asuntos. —La tensión en la mandíbula de Miler no pasó desapercibida por Nora ni por Grant. Los dos sabían que la confianza depositada en Jolley tenía un límite. Y ese era la marca de quemadura negrera en su rostro—. El escritor o escritora menciona el nombre de una plantación de Carolina del Sur, y a su dueño. Con nombre y apellido. Sabe que el libro tiene que reescribirse por completo, esperaba que yo lo ayudara a hacerlo, pero no tengo tiempo. El pesado de mi editor —bromeó—, me presiona con la entrega de mi nueva novela. De modo que acepta que consigas a cualquiera que haga el trabajo, bajo la condición de que esos nombres no se toquen.

—¿Nora? —Charles, con esa simple intervención, dejó en claro que ya no tomaba las decisiones solo. Louis clavó los celestes ojos en la muchacha, sabía muy bien la conclusión de Miler. Lo conocía como a la palma de su mano, no se resistía a esa clase de trabajos, eran su elixir. Que pudiera echarse atrás por una palabra de su *asistente* era nuevo. Más que nuevo, desconcertante.

—¿Protege usted a este escritor o escritora, señor Grant? —fue la pregunta en fuerte acento británico que salió de los labios de Nora. Louis sonrió y accedió a darle la razón al editor, sí valía la pena confiar en ella.

—Con todo el poder y dinero de mi familia, señorita Jolley.

—¿Y el poder y dinero de su familia supera el del hombre mencionado en esas páginas?

—El dinero sí, señorita Jolley, el poder... en California, puede ser. En lo demás, depende de cuán rápido publiquen esto, señorita. Quizá no pueda sostener mi protección tras las elecciones entrantes. —El silencio fue abrumador. A Nora le sorprendió que Charles no se inmutara. ¿Tan acostumbrado estaba a molestar a los poderosos? El recuerdo de su rostro marcado a fuego le dio la respuesta.

—¡Mierda! —masculló la muchacha, un insulto americano con acento inglés que hizo a ambos reír.

—¿Y bien, señorita Jolley? —insistió Miler—, ¿qué haría en mi lugar?

—Le diría a mi asistente que quemara su libreta, que todas las notas que tomó hasta el momento no sirven. Que cancele el próximo envío de correspondencia a Nueva York y Boston, y lo reemplace por un pase libre. Que escriba al señor Chees para que se prepare para hospedar en Carolina del Norte al jefe de edición de Carolina del Sur, y que empiece la selección de personal de imprenta allí, porque las oficinas del Sur cerrarán hasta nuevo aviso. Y que cancele los pendientes, hasta Navidad, aproximadamente, pues hay que publicar este libro antes del '60 si queremos evitar que alguien cuelgue de... alguna extremidad, al señor Grant y a usted, por supuesto.

—Entonces, señorita Jolley, la doy por informada de las buenas nuevas, pero me temo que agregaré una orden más.

—¿Otra? —El horror en el rostro de Nora fue fingido.

—Sí, usted escribirá el libro bajo mi supervisión. No confiaremos en nadie más hasta que no esté en las bibliotecas del país. De este despacho no saldrá nada relacionado a esto hasta entonces. Hermetismo total, pues imagino que, una vez publicado, el nombre de nuestro escritor y el de quien lo ayudó ya no será ningún secreto.

—No lo será —confirmó Grant.

—Ya ves, somos varios los que le hacemos competencia a Jafar —bromeó Charles—. Ahora, dejemos esto aquí hasta mañana —dijo y ocultó el manuscrito en una caja con llave—, cenemos, brindemos y, por si las dudas, simulemos que esto no es más que una visita de cortesía. Y así podrás decirle a Sandra Grant que encontraste a Nora muy bien y que volverás de visita en unos días para ver si avanza.

—Mi madre estará muy agradecida.

Abandonaron el despacho como si nada importante hubiesen hablado, cenaron, se burlaron de Nora por no ser capaz de comer ají y se despidieron cuando la luna ocupaba el firmamento. La señorita Jolley y Charles se quedaron en el portal hasta ver a caballo y hombre desaparecer. Se contemplaron en silencio, cómplices, diciéndose mucho sin emitir palabra. Al día siguiente empezarían una nueva aventura, necesitaban descansar.

—Buenas noches, señor Miler.

—Buenas noches, señorita Jolley.

La primera lectura del manuscrito les dijo todo aquello que Louis se había ahorrado. No estaba mal escrito porque se tratara de un mal escritor, sino porque el mismo era casi analfabeto. Eso, junto a la historia que se relataba, les permitió adivinar la identidad: un esclavo que se había escapado de la plantación... de la plantación tabacalera de Sam Liamson, un influyente hombre en la política del estado con aspiraciones nacionales.

También descubrieron el motivo por el que Grant les dijo que no todo era verídico. El autor había incluido a Dios y a los dioses africanos en su relato como personajes más. Tan reales en la historia como lo era el mismo Sam.

—¿Lo cambiamos? —fue la primera pregunta que los azotó. El resto de la novela era tan cruda como solo la verdad podía serlo, de modo que debieron evaluar si la mención de dioses le quitaría credibilidad.

Lo debatieron por horas, ninguno se decidía. Nora planteó escribir los puntos a favor y en contra, para sopesarlos y llegar a una conclusión. Al final, optaron por dejarlos, pensando a futuro en las implicancias del choque cultural. El título que el autor había elegido era de por sí controversial, la señorita Jolley creía que debían modificarlo, mientras que Charles, algo déspota, sentenció que como jefe él correría con las consecuencias.

Dios no fuma tabaco era un título que pedía a gritos censura, y Miler ya se relamía como un gato cuando viera a los puritanos arder en su doble moral.

—¿No deberíamos enfocarnos en que llegue a más gente? —insistió Nora, que no temía llevarle la contraria—. De este modo, la historia quedará tapada por la controversia.

—Señorita... más gente lo leerá por pura rebeldía. Se pelearán por conseguirlo, lo sacarán de las piras, los esconderán bajo las camas, les cambiarán las cubiertas. Será el libro más leído, lo prometo, y no solo eso, llegará a quienes debe llegar, a los que cuestionan, a los que desafían lo establecido.

Era una pérdida de tiempo discutir con Charles cuando el fuego lo dominaba. Kaliska bromeaba con que ya no le bastaba una vaca para proveer tanta leche, que, en breve, *alguien* debía encontrar una solución para apagar el ardor de Miler. José la reprendía en español por reírse de la inocencia de la

señorita Jolley, quien no captaba la indirecta.

La historia se centraba en las andanzas de Wuta, una mujer que llegó de África a América y que no tardaron en descubrir era la madre del escritor. Los esclavos recién traídos no eran muy valorados, porque habían nacido en libertad y la anhelaban como nadie más. Repetían sus creencias, enseñaban la lengua que muchos ya habían olvidado y... conspiraban. Conspiraban contra el hombre blanco todo el tiempo. Eran insubordinados, aguantaban todo, no se doblegaban. Y así había sido Wuta hasta el día de su muerte, el día en que se sacrificó para que su hijo —el relator de la historia— escapara. Entre las cosas que contaba, hablaba de los dioses de África, que ella decía haber traído consigo. Se convirtió en una hechicera, tan poderosa que los blancos le temieron. Sentenció, y de allí el título del libro, que en la plantación de Sam no había dioses blancos, que los habían abandonado por sus maldades y que por eso nadie los protegería de Elegguá.

Los horrores y torturas eran expuestos en detalles, en brutales detalles. Nora se dedicaba a reescribir, respetaba la estructura del manuscrito, la secuencia de hechos, pero teñía todo con la narrativa pulida que la educación y buena lectura habían dejado en ella.

Charles mostraba su peor versión, y Nora se preguntaba cómo era posible que esa fuera su versión preferida. Lo tenía cerca todo el tiempo, en ocasiones, hasta sentía la respiración de él en su nuca. Leía por sobre su hombro, interrumpía, se molestaba y no daba tregua. Y ella... ella sonreía como nunca antes.

Volvió a instaurarse la competencia de quién se levantaba más temprano, la ansiedad los carcomía, querían terminar lo antes posible, del mismo modo que no querían arruinar ni un simple párrafo. Escribían, releían, corregían, discutían. Discutían por todo.

—Muy británico... —se quejaba él de la elección de palabras.

—Pues es el modo correcto, señor. Si lo prefiere, lo escribimos en francés. —En vez de molestarse por el desafío, se reía.

—Deberíamos. Los franceses sí que saben hacer revoluciones.

—Por lo bien que les ha ido.

—¿Se sintió golpeada en el orgullo, señorita Jolley?

—Mejor volvamos a lo nuestro.

Cabeza a cabeza, hombro a hombro. La cercanía no podía ser más. Tenían suerte de poder plasmar la pasión en el papel, porque de otro modo tendrían que admitir que las pieles les cosquilleaban, que sus estómagos se estrujaban y

que los corazones latían acelerados. Las formas quedaban atrás, los roces que se daban entre ellos harían desmayar a la señora Saint Jordan. Nora había hecho algo atroz, algo imperdonable para una señorita británica. Había dejado de lado el miriñaque sin volver a sus tres enaguas almidonadas. Solo utilizaba una debajo de la falda, una simple y delgada capa de tela que la separaba de las musculosas piernas de Charles. Lo podía sentir, cuando él se sentaba a su lado las pieles se reconocían y el contacto era íntimo, casi una promesa.

Él seguía usando los guantes, Nora sabía de la falta de dedos en sus manos y no le generaba repulsión, aun así, él se cubría. Ella quería que no lo hiciera, que cuando se tocaran sin querer, fuese la palma desnuda del editor la que acariciara su piel.

Estaban agotados, por el trabajo y por reprimirse.

—¡No, no y no! —exclamó Charles, con su fogoso temperamento. Nora detuvo el ir y venir de la pluma y una mancha quedó impresa en el papel. — No es persona de color, señorita Jolley. Es negro. Ne-gro.

—Pero...

—En una plantación de Carolina del Sur no le dirán jamás a un esclavo: *disculpe usted, persona de color, me permite que con este gentil látigo le remarque el error que ha cometido como método de aprendizaje eficaz* — ironizó, y Nora sintió que el latigazo lo recibía ella—. Le dirán negro, maldito negro mal parido. Lo azotarán sin ninguna razón, incluso lo pueden azotar por simple divertimento.

—Lo siento... —se disculpó al tiempo que tachaba el párrafo completo.

—Está siendo condescendiente con el dolor del lector, señorita Jolley. La entiendo, es comprensible. Pero en este momento es usted la escritora, es usted la esclava. Debe ser respetuosa con el dolor de él, no de quien lo lea. Este hombre ha escapado de esos maltratos para contar esta historia, le debemos cada gota de tinta a su sangre derramada.

Las lágrimas se apoderaron de Nora, no hubo forma de contenerlas y cayeron al papel tachonado.

—Nora... —El nombre, dicho con la voz ronca y llena de dolor de Charles, la hizo llorar un poco más. Casi nunca se permitía el tuteo, salvo en esos instantes en los que ella derribaba la última barrera de él y le golpeaba directo al corazón. Allí, justo allí, resonaban las lágrimas de la muchacha como lo haría una gotera en una casa vacía—. No quise ser brusco, no fue mi intención. A veces dejo ir mi temperamento...

—No es el temperamento, señor, y no es usted quien me hace llorar. Es la

verdad, la verdad de esta historia. Y tiene razón, intento suavizarla, porque no la soporto. —Charles no midió sus actos, acarició los brazos desnudos de Nora, hasta sus hombros y luego la atrajo a él para que dejara ir el dolor sobre su pecho. Era donde correspondía dejarlo, junto a él, para que la sanara—. Alguien ha separado el mundo en colores —confesó—, no en buenos y malos, sino en blanco y negro. Eso nos deja a usted y a mí en el lado malo, nos deja junto a personas como Sam Liamson.

Debió suponer que a Nora la afectaría de ese modo, ¿acaso no la había elegido por su sensibilidad y empatía? Sabía que la integridad y fortaleza prevalecerían, ese momento era un quiebre, uno válido que merecía su tiempo y espacio. Se lo daría. Él iba a su remanso en el arroyo cuando le sucedía, de modo que elegiría el lugar preferido de ella para que se desahogara: La sombra de los robles cerca de la fuente.

—Ven, tomemos un descanso. —La culpa empañó la mirada de Nora. No habían trabajado tanto como para realizar una pausa. Accedió porque su jefe podía ser muy autoritario cuando de lo mejor para ella se trataba.

Fueron juntos a la cocina, Kaliska estaba con las labores, por lo que fue la señorita Jolley quien se encargó de preparar la limonada y robaron el pan destinado al almuerzo. Improvisaron un picnic sobre un mantel viejo, con vista al sendero de ingreso.

Nora se dejó caer de espaldas, con la mirada en el cielo azul que se abría por entre las hojas de los robles. Charles la observaba con embeleso, aprovechando la distracción de ella. Debía pedirle que volviera al miriñaque, se dijo mientras admiraba las piernas bajo las livianas faldas, pero eso sería admitir que no tenía ningún control sobre sus bajos instintos. La cintura estrecha, los senos aprisionados que pedían a gritos ser liberados, la piel clara que empezaba a tomar un tono dorado. Todo se volvía oro en California. Siguió el recorrido ascendente hasta chocar con la mirada de Nora, sus ojos de almendra que lo pescaban in fraganti en plena contemplación. Estaba sonrojada, y él se lo atribuyó al calor, porque si no lo hacía, la besaría.

Le sirvió un vaso de limonada y cortó un trozo de pan. Nora se puso de lado, apoyando el peso en su codo para beber y, cuando Charles estaba ocupado sirviéndose su ración, pasó el cristal frío por su rostro para refrescarse. La mirada de Miler la había abrasado, ardía más que el sol del mediodía en esas tierras.

La atracción que sentía por él era incontenible. Lo hallaba hermoso, todo lo que Charles le había querido ocultar de sí mismo para ella eran solo más

virtudes. No existía, para Nora, mayor belleza que la de ese rostro marcado por la injusticia. Cada cicatriz era una parte de él, de su historia, de lo que lo hacía el hombre que ella admiraba: Charles Miler.

—Señor Miler...

—Charles —la corrigió él—, creo que es tiempo de que dejemos atrás los formalismos.

Saltaron la última valla. El trato de usted era el miriñaque de Charles y acababa de sacárselo de encima. Estaban piel con piel, caminando en un terreno dudoso.

—Charles... —Él se estremeció, recordó cómo lo había llamado en sueños y tragó con dificultad para deshacer el nudo que le aprisionaba la garganta—. Yo no lo he visto, no creo ser una persona que haya tenido una vida fácil. No me han faltado las dificultades, créeme. Pero no he visto lo que el escritor cuenta, esos horrores me son ajenos.

Era una invitación a abrirse a ella, y la tomó. Lo hizo como si se tratara de un baile, una especie de cortejo, como se hacía en los salones, del modo que debía ser entre una dama y un caballero. Apoyó la mano enguantada sobre la de Nora, y ella no la retiró.

—Mi madre tenía tuberculosis —El relato los llevaba muchos años atrás, a la primera juventud de Charles—, se lo diagnosticaron cuando estábamos en Nueva York. Ese invierno casi muere, y mi padre decidió que iríamos a un clima cálido para darle una mejor vida. Nos mudamos al sur, y fue el primer paso del imperio editorial Miler & Miler. Dejamos de ser editores *yankees* para publicar en muchos estados. El primero de ellos, en el sur, fue Virginia.

Nora se sentó con las piernas cruzadas, como solía hacer Kaliska y, al ver que Charles no le tomaba la mano de nuevo, lo hizo ella. Le hubiera gustado arrancarle el guante, no lo hizo. Se contentó con saber que debajo de la piel de cuero se encontraba la del hombre.

—Hice amigos enseguida. Teníamos dinero y mi madre era una Roosevelt, de modo que tuvimos todas las puertas de la sociedad abiertas de par en par. Bromeaban sí, a costa mía, decían que los del norte éramos unos blandos y que yo no conocía el trabajo de verdad. Se burlaban de mis manos sin callos y las manchas de tinta. Al principio no fueron grandes cosas, ya sabes, las mismas que les hacen pasar los Grant a Lord Colin Webb. —Nora emitió una suave risa, conocía algunas andanzas y sabía que eran inocuas—. Ir a un pantano, cruzar un río a nado, desafiar la naturaleza. Hasta que...

Se detuvo y Nora le dio el espacio. Por un instante, contempló la

posibilidad de que Charles le estuviera contando el momento de sus heridas. No era así, lo que lo atormentaba no era el dolor, sino la vergüenza, igual a la que ella había sentido minutos atrás, cuando lloró pensando que el color de su piel la ponía en el mismo grupo que a Sam Liamson. Era la historia de cómo Charles Miler decidió cortar con el mandato de su piel.

—Quizá sea mejor que deje el relato aquí —dijo.

—No, pruébame, no soy tan mojigata como parezco, y si en algún momento peco de doble moral, te permito reprenderme con dureza. —Le sonrió para infundirle ánimos. Llevaba cuatro años batallando contra la rígida educación que había recibido, y no renegaba de ella por completo. Sin embargo, no permitiría que ese adoctrinamiento le impidiera ser la profesora de los pecados y dolores del hombre que tenía a su lado.

—Bien, había una muchacha muy bonita, al estilo sureño, ya sabes. —Nora se mordió para contener la réplica que nacía en sus labios. No pudo:

—Desabrida, sin encanto, una mala imitación de las británicas. Sí, sí... me doy una idea. —La carcajada de Charles la invitó a reír con él.

—¿De modo que la conoces?, mira tú, y yo pensando que estaba contando una historia vieja. —Los celos de Nora lo enardecían, para su fortuna, el relato que contaría apagaba cualquier llama—. Pues bien, era un buen partido y los americanos no distamos mucho de los británicos en eso. Por lo menos no los de dinero, los matrimonios se arreglan, de modo que comenzaron a circular algunos rumores de que mi padre y su padre podían ponerse de acuerdo. Yo no lo sabía aún, pero mi padre no estaba de acuerdo con esa clase de uniones... no viene al caso. Mis amigos estaban bastante entusiasmados con la posibilidad de que yo me casara con esa *belleza sureña* e insistieron en que debía aprender algunas cosas antes del matrimonio.

Lo que Charles no decía, y Nora comprendía a medias, con la inocencia aún intacta, era que sus amigos intentaban explicarle cómo debía tratar a una mujer del sur, según ellos. Y el lema era sencillo, a la esposa se la embaraza, a las esclavas se las *folla*. Hacer el amor con una esposa era denigrante para ellos y para ellas, debían limitarse los encuentros a la procreación. Para los bajos instintos existían las mujeres negras.

—Me llevaron junto a una esclava, una muchacha que ya había sido violada en reiteradas ocasiones y que había dado a luz más mestizos que cualquier otra. No le toqué un pelo, lo juro, aunque me sorprendió que ella me lo pidiera: *si no lo hace, me castigarán*, dijo. Pero yo le prometí que no le diría a nadie que no lo había hecho, que incluso me jactaría de eso. Y así lo

hice, le rasgué el vestido, me desabroché la camisa y salí del cobertizo simulando acomodar mis pantalones. —Nora no podía creer lo que escuchaba. Aprisionaba la mano de él entre las suyas, lo hacía con la impotencia que el relato le generaba—. Quise hacer más, le dije a mi padre que la compráramos, para que dejaran de violarla, pero para él incluso eso era inhumano. No estaba de acuerdo en prestarse a esos tratos, consideraba que era hacerse cómplice del comercio de esclavos. Discutimos mucho, la primera vez en nuestra vida en que nos enfrentábamos. Él me decía que salvar a una no cambiaba que fuera reemplazada, y yo decía que una era mejor que ninguna. Estuve semanas evadiendo a mis amigos. Ya no los consideraba tales y me repugnaban. Hasta que ellos me fueron a buscar, me sacaron de la cama a media noche y me obligaron a ir a la plantación. Me insultaron, me trataron de mentiroso y de hereje. No lo entendí, hasta que estuvimos ahí. Tenían a la esclava atada a un palo, su espalda estaba en carne viva por los latigazos, me bajaron los pantalones y comprobaron que no había enfermado. ¿Sientes asco de lo que cuento?, ¿me desprecias por no haber hecho lo suficiente?

—No, Charles. Siento asco de lo sucedido, no de ti. No te desprecio, sé que has hecho y sigues haciendo todo lo que está a tu alcance. Este es el inicio, ¿verdad?, el comienzo del camino que te llevó a esto... —Acarició la mejilla marcada con hierro, el parche que cubría la cuenca vacía de su ojo.

—Sí, lo fue. Al igual que tú, hasta ese momento los relatos de los esclavos eran eso, relatos. Historias de horrores lejanas, de otras personas. Nunca imaginé que compartiría mesa con esos monstruos y sentí lo mismo que tú al saber que mi piel me ponía de su lado en este mundo dividido. Supe que debía borrar esa línea divisoria.

—¿Qué ocurrió esa noche, Charles?

—La hechicera de la plantación le dijo que estaba enferma, una enfermedad que le habían contagiado los abusadores, pero que ella ahora se la contagiaba a ellos. Era considerada una maldición de los dioses, la vulva con dientes en la cultura africana. Todos los que habían estado con la muchacha en el último tiempo acarreaban la horrible marca. —Nora sintió la irrefrenable dicha de la venganza; aunque sabía el destino de la esclava, una parte de ella se alegró de que los hombres pagaran, se preguntó si eso la hacía buena o mala persona—. Yo, por supuesto, no la tenía, y ellos creyeron que me había perdonado o que yo había hecho un trato con su dios. Por eso me llamaron hereje. En las plantaciones del sur son muy supersticiosos, ¿sabes?, la población africana es tan grande que su cultura avanza más de lo que se cree.

En fin... a ella la mataron, a mí me dieron una paliza y media población de las inmediaciones terminó con la marca del dios africano entre las piernas.

—Supongo que no es de buena cristiana desear que sea una enfermedad mortal.

—¿A mí me lo preguntas? Luego de eso, mi padre tomó una determinación para mí. Me dijo: Charles, regresarás al norte, estudiarás allí y aprenderás todo lo que debes saber para liderar una editorial. Te nutrirás del comercio, la economía y la política hasta saber todo lo que debas para ganar más dinero que nadie en este país. Te harás rico, y convertirás a la editorial Miler en la más próspera de estas tierras. La llamaremos Miler & Miler y asumirás las responsabilidades en Boston, Chicago y Nueva York. Luego, cuando ya no puedas contar el dinero, regresarás al sur y aprenderás todo lo que una editorial *no debe publicar*. Por cada amigo, harás un enemigo. Por cada libro de grandes ventas, uno controversial. Por cada palabra complaciente, una insultante. Y entonces entenderás que ser editor es caminar por la cuerda floja mientras una multitud apuesta por cuándo caerás. No les des el gusto.

Quedaron en silencio. La presión en la mano de Charles se convirtió en una suave caricia al tiempo en que Nora pensaba en el relato. ¿Era posible quererlo más de lo que hacía?, no lo creía. Él le había dicho que el entendimiento nutría a la empatía; en su caso, alimentaba otro sentimiento mucho más profundo. Uno que crecía en su interior y la devoraba.

—Mi padre fue un hombre sabio, aunque poco emotivo —dijo al rato. Apoyó la espalda sobre el mantel y perdió la mirada en el cielo, como si lo buscara—. Se murió un mes después de que lo hiciera mi madre, dejando esas palabras como las últimas. Debía irse como un buen libro, no había otro modo para él. Tenía que despedirse de mí de esa manera, con un consejo y una conclusión, como si a último momento decidiera que un epílogo sobraba y arruinaba la obra que fue su vida.

—Así que le hiciste caso.

—A rajatabla. Ambrose vino a mí con la noticia y el testamento, y desde entonces, hasta que decidió que se cansó de California y su *maldito* calor, trabajé codo a codo para construir la línea editorial de Miler & Miler que hubiera hinchado de orgullo el pecho de mi padre. Humildad aparte, creo haber hecho un maldito buen trabajo, ¿eh?

—¿Buscando halagos, señor Miler? —Nora se recostó a su lado y rio.

—Charles... y es una orden de su *endemoniado* jefe, señorita Jolley.

—Nora, y es una orden de su *maldita* asistente. —Giraron los rostros en el

mismo instante y sus miradas hicieron contacto. Las sonrisas se ampliaron al tiempo que los corazones se aceleraban. Nora volvió a tomarle la mano, para Charles ya no fue suficiente.

—Nora... —probó su nombre, como tantas veces en el pasado, en esa oportunidad con su permiso—. Nora... —Se incorporó sobre su codo para contemplarla. *Mi bella Nora...*

Esperó a que ella le rehuyera, que escapara y rompiera el contacto de las miradas. Casi anheló ver el desprecio y el asco en su rostro, una señal que le indicara que debía apartarse, ahogar las ilusiones y detener el impulso que se adueñaba de su cuerpo y le apagaba la razón. Pero solo vio deseo y expectación, reciprocidad.

—Todos tenemos un punto débil, Nora... —le susurró antes de besarla.

Era su talón de Aquiles, acababa de comprobarlo. Ella y su maldita empatía, su sensibilidad, su forma de verlo. Ni cuando no tenía cicatrices se había sentido tan adorado como lo hacía bajo la mirada almendrada de Nora, tan atractivo y merecedor de esos sentimientos. Justo en ese momento de su vida, en que más lo necesitaba, que bebía de esas sensaciones como lo haría un sediento de la fuente.

Las bocas se unieron, era el único camino. Nora no escapó del encuentro de labios, sino que se impulsó hacia arriba para acortar la distancia y permitir que la mano de Charles se colara bajo su nuca. Sintió la suavidad de la piel del guante, la forma en que los dedos que aún conservaba se aferraban a ella y quiso más. Quiso que nunca se detuviera. Abrió la boca para respirar y para dejarlo entrar, avanzar y proclamar esa cavidad como suya. Le pertenecía, toda ella lo hacía. No era propiedad, eran reclamo y entrega. Una danza y contradanza. Dar y recibir.

Nora decidió que era su turno de tomar lo que se le ofrecía, ella también lo deseaba, demasiado. Estaba en desventaja, se dijo, y merecía cobrárselo. Cobrar la deuda de los primeros días sin conocer el rostro del hombre que le quitaba el sueño, las cartas que habían sembrado ansias en su pecho, la imagen que él había recreado de ella para protegerse. Se cobró cada centímetro de distancia que había puesto Miler en los cuatro años que llevaba buscándolo y lo hizo con sus labios y su lengua como arma. Entró en la boca de él y reclamó el pago. Danzó con él, aprendió a complacerlo y a complacerse. Bebió de su sabor a limonada y a hombre, y le regaló el suyo de mujer, del despertar de su pasión.

Las manos se volvieron compañeras de baile. Las de ella se aferraban a la

nuca de él, en el lugar exacto en que los mechones castaños se ondulaban. La de él, que no lo sostenía, avanzó por el cuello desnudo de Nora y se detuvo en el esternón para sentir el latido desbocado de ese corazón que bombeaba sangre en su nombre.

—Charles... —susurró cuando él se detuvo—. Charles, ¿qué sucede?

No tenía respuesta, o si la tenía, no estaba listo para darla. Apoyó la frente en la de ella y respiró de su aliento tibio antes de separarse.

—Necesito pensar —dijo, y sonó como una bofetada para Nora—. Necesito pensar y no puedo hacerlo contigo cerca.

Dolió. Dolió tanto que era imposible no interpretar su significado.

—No se preocupe, señor Miler. Tendrá tiempo de pensar a solas, me marcho al pueblo...

Quiso corregirla, suplicarle que volviera a llamarlo Charles y que se quedara. *Ven, siéntate, quítame la razón por un par de segundos más.*

La dejó marchar, porque todo el valor que ostentaba como editor, le faltaba como hombre. Era un cobarde, tanto como podía ser un hombre enamorado.

Nora se puso el traje de montar y se marchó al galope en el caballo de Miler. Cuando lo hizo, solo la mirada de Kaliska la acompañó, unos ojos negros que habían visto todo: el beso, las dudas y las huidas. Charles se marchó a su remanso, y Nora a los brazos de su amiga.

Acusó al polvillo de sus ojos llorosos y al calor de su premura por llegar. Cabalgó a gran velocidad, reduciendo la hora en carruaje a media hora en montura. Arribó al pueblo al mediodía, cuando el sol quemaba, y no se detuvo hasta estar en la casita junto al salón de clase.

—¡Oh, por Dios, Nora, aleja esa bestia del demonio de mí! —exclamó Amy ni bien cruzó el dintel. Nora estaba, en opinión de su amiga, demasiado cerca con el caballo. Bajó de un salto y guio la montura a la capilla, donde la dejó junto a un bebedero. La señorita Brosman no la acompañó, aguardó a que regresara para explicarle los motivos de la inesperada visita—. ¿Qué ha ocurrido?, luces como alguien que necesita un trago más que un té.

—Sí, y espero que tengas algo más fuerte que una limonada.

—Licor de limón. Pasa, ven, antes de que te desmayes en mi porche.

Nora se adentró en la casa, le sorprendió verla tan cambiada cuando no había pasado demasiado desde la última vez que estuvo ahí. Se notaba que la muchacha se aburría y tenía más tiempo libre del previsto. La huerta mostraba los primeros brotes, y el interior comenzaba a contar con la impronta de las manos de la maestra. Se sentó en una silla de madera acolchada con un almohadón bordado y ocultó el rostro entre las palmas. Amy le entregó un vaso de agua antes de servir el licor, y puso la tetera al fuego. Sin importar el calor, las costumbres arraigadas a veces eran un consuelo, y Nora parecía requerirlo.

—Suéltalo —pidió al ver que la muchacha no hablaba.

—Me he enamorado de él, Amy. Estoy perdidamente enamorada de él. — La señorita Brosman arqueó la cobriza ceja y no dijo nada. Nora, al no escuchar reclamos, ni quejas, descorrió las manos para descubrir su rostro—. ¿No dirás nada al respecto?

—Que ya lo sabía, pero no sería de gran ayuda. Y si no tienes nada de valor por decir, es mejor callar. —Se sentó en la silla libre, y no se movió hasta que la tetera silbó. No llenaron la ausencia de palabras por un rato.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Nora. Amy tenía razón, el té la reconfortó mucho más que la bebida espirituosa. Sintió que estaba de nuevo en la habitación rentada de la señora Saint Jordan, con sus dos amigas,

compartiendo penas, alegrías y consejos.

—Estabas enamorada de él desde antes de llegar a California. Ya en Boston no hacías más que mencionarlo cada dos palabras; debo admitir que pensé que se trataba de un amor platónico, hasta que rompiste en nervios porque pagó tus vestidos... Supongo que la situación se ha ido de control.

—Me ha besado —confesó, con la mirada en la amarronada superficie de su té. El pudor le impedía indagar en los ojos de su amiga—. Me ha besado y yo le he devuelto el beso.

—Eso significa que ya no te oculta el rostro... claro, salvo que exista una forma de besar que implique no estar enfrentados. —La ironía en las palabras de Amy hizo a Nora reír de los nervios. Las dos lo hicieron.

—Sí, todo tiene su explicación. Él creía tener sus motivos para ocultarse.

—Y dime, dime algo que ya sé, pero necesito escucharlo de tus labios: en cuanto solucionaron el tema de la distancia, indispensable para besarse, ¿le dijiste el motivo que te llevó a él?, ¿le confesaste la verdad sobre sus orígenes?

Nora solo pudo negar con la cabeza. Amy asintió a la par, con cierto deje de resignación que su amiga interpretó como censura.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Enfadada?, ¿por qué habría de estarlo? No le puedo pedir al clima de California que sea húmedo, no es su naturaleza, y no se le puede pedir a una mujer enamorada que sea racional. Es enojarse con el orden del mundo, no pierdo el tiempo en cosas que no se pueden cambiar.

El silencio volvió a instaurarse. No era incómodo, sino todo lo contrario; se trataba del refugio que la señorita Jolley había ido a buscar, el amparo de una persona que la acompañara respetando su soledad. Eso era una amistad inquebrantable, saber que, pasara lo que pasase, siempre contaría con Amy. Incluso en esas circunstancias, en las que no estaba del todo de acuerdo con su accionar.

Hablaron un rato de banalidades. La señorita Brosman le comentó que quizá adoptaría un gato o un perro para que le hiciera compañía, que estaba aprendiendo de hierbas medicinales y de bordado mexicano. Nora no podía hacer referencias de su trabajo, por lo que la puso al corriente de las hermanas Foster y de la familia Grant. Cuando se terminaron los temas vacíos, Amy retomó la función de amiga con voz de conciencia incluida.

—Nora, ambas extrañamos a Clarise. Esta era su tarea, pero no me queda otra que tomarla yo, que soy menos sabia y un poco más impulsiva. De todos

modos, también soy mayor que tú...

—¿Va a doler? —intentó bromear.

—Un poco, hay que sacar la espina, para que no debas regresar aquí al galope en ese animal del demonio a buscar refugio. Que tus visitas estén llenas de alegría y no de penas.

—¿Sabes que no es un animal tan grande, verdad? —Amy frunció la boca en un mohín molesto. Sí, lo sabía, pero igual les temía. Hasta un pony podía ponerle los vellos de punta.

—Dime por qué no le has dicho lo que sabes al señor Miler.

Nora lo pensó, intentó sincerarse; su mente era un embrollo de ideas oscuras que pujaban las unas con las otras para hallar un orden.

—Charles tiene una vida aquí, se la ha forjado con sudor, con trabajo... con dolor. ¡Oh, Amy, no imaginas con cuánto dolor!, si pudiera, si no sintiera que es violar su intimidad, te lo contaría. Lucha de manera incansable por las causas justas de este país, pone todo de sí. Todo, créeme. Su labor como editor es irremplazable, siento que obligarlo a enfrentar otra realidad, una que no se ganó con esfuerzo sino por el simple nacimiento es robarle el mérito...

—Nora... —la interrumpió—, vamos, puedes ser más honesta que eso. Te creo, es cierto, sin duda es admirable todo lo que ha hecho y logrado, pero, ¿en serio?, ¿ese es el motivo? Sabes mi historia, sabes que a mí me salvó el marqués de Shropshire. ¿Has visto todo lo que Lord Richmond ha conseguido en Inglaterra?, también lucha por las causas justas, salva gente, recorre orfanato por orfanato, mejoró la higiene de los que menos tienen y ahora se enfrenta a la batalla por la contaminación en las zonas industriales. Si Charles Miler es la clase de hombre que dices que es, entonces será un gran marqués. Uno mil veces mejor de lo que es el actual marqués de Aberdeen. Mejorará la vida de las personas en Inglaterra, pujará por leyes justas...

—Pero...

—¿Pero? —la instó.

—Pero yo lo perderé. —Su confesión fue acompañada de lágrimas inevitables, a las que se le sumaron las de Amy. No, no había placer alguno en quitar esa espina—. Nora Jolley, polizón, empleada, asistente, puede amar a Charles Miler. Al editor, al jefe. Puede amarlo, besarlo, incluso desafiarlo. Puede hablar con él de igual a igual, compartir las tardes bajo el roble bebiendo limonada. Pero Nora Jolley, la plebeya, no puede amar a Charles Miler, el marqués de Aberdeen. No puede soñar ni tejer esperanzas. Nora Jolley, la plebeya inglesa, no puede ser feliz junto a él.

Los brazos de Amy la rodearon y contuvieron los espasmos. Se separó para buscar un pañuelo y un poco más de agua. Rellenó la taza de té y se la alcanzó antes de beber ella misma de la suya.

—¿Y tu felicidad no es razón suficiente, Nora?, ¿por qué no?, ¿y la suya?

—Elisa... —susurró. El nombre le raspaba como mil espinas atravesando su garganta anudada—. Se lo debo a ella, la culpa me carcome todas las noches, y en las mañanas, me juro que haré lo correcto, que se lo diré. Al verlo todo se desmorona, y el miedo a perderlo es más fuerte que lo demás. Quizás estés en lo cierto, no se le puede pedir razón a una mujer enamorada.

—¡Maldición!, ¡cómo desearía que Clarise estuviera aquí! —se lamentó Amy. Debía ir más hondo en la herida, y la tarea comenzaba a revolverle el estómago—. Nora, Elisa está muerta, y eso, por desgracia, no cambiará. Justicia, sí; paz, también; pero no te la devolverán. ¿Piensas que Elisa querría que fueras miserable, que te sacrificaras?, ¿si hubiese sido al revés, se lo pedirías? Tu hermana no va a volver; no me malinterpretes, no estoy de acuerdo con ocultarle esto a Miler, solo digo que, si estás segura de que la verdad los empujará a la distancia, en ese caso, ¿de qué vale? Solo conseguirás que una señorita Jolley esté muerta y enterrada y la otra esté muerta y camine entre los vivos.

Nora pensó en las palabras de Amy, en si estaba segura de que la separación sería inevitable. ¿Estaba convencida o era una cobarde que no quería correr el riesgo? Sabía de nobles que se casaban con plebeyas, aunque casi nunca con alguien tan por debajo en rango social. Plebeyas adineradas, sí. Plebeyas bien relacionadas, también. ¿Nora Jolley? Se odiaba por fallarle a Elisa y se odiaba por desconfiar de Charles. La señorita Brosman parecía leerle los pensamientos:

—Deja de sentir culpa por vivir, por ser la hermana que sobrevivió, Nora. Es increíble que te haya pasado, es casi un milagro... ¿Enamorarte, cuando vas por la vida con el corazón cerrado con mil candados?, si creyera en las señales diría que es una.

—Gracias, Amy.

—No sé si he sido de ayuda. Sabes que aquí siempre tendrás un lugar, un hombro para llorar, un oído para ser escuchada y el mejor consejo que pueda brindar. Solo me resta insistir en que lo pienses, ¿lo perderás si le dices la verdad? —Se abrazaron en la puerta, pues Amy no tenía intenciones de acercarse al caballo—. Si pudiera entregarte dos regalos, Nora, para que llevaras contigo, te entregaría el perdón a ti misma y la confianza en los

demás. Abandona la culpa y acepta que pueden amarte como tú amas.

—Me parece que alguien se ha estado relacionando demasiado con los nativos de esta zona —bromeó Nora, por la enigmática sabiduría que encerraban las palabras de la señorita Brosman. Le recordaban a Kaliska y su forma de expresarse. Al girar para un último adiós, notó el sonrojo en las mejillas de la muchacha—. ¿Algo que tú debas decirme?

—No, en lo absoluto. —Lo apresurado de la respuesta dejó un eco de conjeturas en la mente de Nora, el suficiente para otorgarle el descanso necesario. El camino de regreso lo hizo pensando en la reacción de Amy ante un simple comentario. Eso era mucho mejor que analizar el resto de sus palabras: culpa y desconfianza, los leños con los que había construido su cruz.

El final de recorrido fue guiado por la montura. El animal parecía conocer mejor el terreno, y eso le permitía a Nora pensar en lo hablado. Le traía cierta paz, aunque no del todo, saber que contaba con Amy, que su amiga no la juzgaba por querer ser feliz.

Nunca antes se lo había planteado, y en eso, la señorita Brosman llevaba la razón. Desde los quince años que iba por la vida con el corazón cerrado, la señora Grant se lo había recriminado: ni una palabra, ni una carta. Tampoco había mantenido contacto con la señora Monroe y con los Clark desde que había dejado Nueva York. Nadie, salvo Amy y Clarise habían atravesado sus barreras. Y ahora... Charles Miler. El motivo salía a la luz ante el giro de los acontecimientos, la desbordaba la culpa al saberse viva, al experimentar todo aquello que le fue vedado a Elisa. Lo que comenzaba a no estar claro era si con esa forma de llevar los años la había honrado, prácticamente muriendo a su lado, o había insultado el sacrificio de su hermana. ¿No era eso por lo que Elisa soportó todo, por brindarle una vida mejor?

De todos modos, le debía justicia. Aun si tomaba el camino de la felicidad junto a Charles, le debería justicia a Elisa. Analizó hacerlo de un modo que no implicara al editor siendo marqués. La idea le retorció las tripas. La imagen que tenía del marqués de Aberdeen era la de un viejo asqueroso, libidinoso y sin escrúpulos. Un hombre que insultaba a Miler con su simple existencia. Contemplar la posibilidad de darle ese título, de tener que llamar a Charles milord la hacía sudar frío. Imaginarlo casado con una flor inglesa de renombre le propiciaba unas inmensas ganas de caer del caballo y quebrarse la nuca.

No fue consciente del giro que daba la montura. Estaban en los terrenos Grant desde hacía varios minutos, por lo que podía deambular sin miedo, algo que en las inmediaciones del pueblo no era buena idea. No se sentía lista para enfrentar a Charles, con el beso latiendo en sus labios y el sabor todavía endulzándole el paladar. Se daba cuenta de que no lo culpaba por necesitar espacio, ella se hallaba en la misma situación. El dolor de su distanciamiento era el eco del propio, el de saberse con secretos. Elevó la vista hacia el sol que estaba a mitad de camino del ocaso y sonrió con tristeza, debía agradecerle a Dios o a la deidad que rigiera esas tierras que Miler también

guardara una parte de él, de ese modo, los remordimientos remitían. Le permitía mentirse ante la idea de estar en igualdad de condiciones. Igualdad... ese era el talón de Aquiles de Nora. No estaban en igualdad y lo sabía, era lo que escondía. América no había dejado su huella tan hondo como para que olvidara la división social británica.

El caballo se perdió en la espesura de los bosques y tuvo que ponerle fin a la diatriba mental.

—¿A dónde me llevas, bestia del demonio? —dijo con cariño, con el apodo que usaba Amy para los caballos—. La casa queda para el otro lado.

El animal no parecía perdido, ni molesto, solo dispuesto a ignorar a su jinete. Reconocía el lugar como uno frecuente. Nora descendió de la silla y tomó la rienda para avanzar por la parte apenas marcada entre los árboles. Un sendero natural, delimitado por el paso de caballo y hombre. La curiosidad la embargó y con ella, la magia de las fantasías de niña que tan pocas veces se permitía. Hadas, duendes... ¿qué criaturas mágicas tendrían lugar en esas tierras? Los ingleses estaban influenciados por la mitología celta y ella recordaba algunos cuentos alterados. Pero todos se trataban de espacios que distaban demasiado del escenario que ofrecía California. En aquellas latitudes, se imaginó, los duendes vestirían de marrón para perderse con el paisaje; no con el verde irlandés; y quizá la flor de buena suerte, en lugar del trébol, sería el girasol californiano.

Con esas absurdas ideas en mente, llegó a destino, para descubrir cuál era la magia escondida en esas tierras: Charles Miler.

Intentó no hacer ruido, no alterar el escenario de comunión entre hombre y naturaleza. Nunca imaginó esa faceta del editor, siempre escondido entre libros, en las sombras, tras páginas escritas. Allí, sumergido en el agua, nadando apenas con un pantalón arremangado y una camisa a medio abrochar parecía más un salvaje que un hombre de letras.

¿Prejuicios?, se reprendió; se obligó a cerrar la boca para que no entraran en ella las abejas que zumbaban. Ató al caballo en el árbol, y se debatió entre hacerse visible o aprovecharse un poco más de esa versión de Charles, una que presentaba más que la desnudez física. Conservaba el parche en el ojo, pero no los guantes. Las cicatrices no parecían molestarle cuando nadie las miraba, se olvidaba de ellas, como intentaba olvidarse de todo. Ese era el poder de las aguas del arroyo, el de limpiarlo de sus tormentosos pensamientos.

Nora no podía adivinar que el eco de su nombre resonaba en la cabeza de

él mientras la sumergía en el agua y luego, al sacarla, la sacudía para secarla. Mesó su cabello, alisando los bucles hacia atrás y recién ahí advirtió la silueta del caballo. La buscó entre los árboles, y Nora se vio en la obligación de descubrirse. Lo hizo con las mejillas ardidas y los labios rojos de tanto morderlos. La intensidad en la mirada de Charles no ayudó a serenarla, no parecía incómodo ni indignado por el atrevimiento de la muchacha, sino excitado.

—¿Hace cuánto que te escondes? —La pregunta sonó ronca, sensual. Más un juego que una amonestación.

—Unos minutos. El caballo me trajo aquí, no conocía el lugar.

—Me temo que te tuve encerrada demasiado tiempo... —Seguía haciendo uso del tuteo, aunque ella se hubiese ido enfadada.

—Te... tenemos mucho trabajo. —Se giró para darle el espacio para salir del agua y vestirse hasta estar presentable. Sintió el chapoteo de Miler a sus espaldas y aguardó.

—Si sigues allí, te perderás toda la diversión. No pienso salir, Nora. Aquí está fresco... —Una mentira a medias, no podía salir sin que las prendas, pegadas a su piel, delataran el efecto que ella tenía en él. Era inocente, lo sabía, pero ¿tanto como para no conocer eso?

—En ese caso, volveré a pie y...

—Perdón, Nora, por poner distancia sin explicaciones. ¿Lo entiendes, verdad?, ¿me entiendes? Dime que lo haces, que comprendes el martirio, que por ese motivo fuiste al pueblo, y que no te alejas de mí porque me desprecias, sino porque no puedes con los sentimientos que te provoco. Dime que te quito el sueño, Nora, que te preguntas a cada instante si prefieres la paz vacía de antes o el tormento de ahora. Dime que te sucede lo mismo. Y si no es así, quizá te apiades de mí y me mientas una tarde. Solo una...

Nora se volteó para observarlo. A la orilla del arroyo, el agua le llegaba hasta las pantorrillas, las prendas claras estaban adheridas sobre cada músculo de su cuerpo y la camisa, casi transparente, revelaba la firmeza de su pecho, la estrechez de la cintura y el tono dorado de su piel. Indagó en su mirada, que no veía afectada la intensidad por el parche. Era igual de profunda, de sincera, decía todo lo que un hombre podía decir.

—No necesitas de mentiras, Charles, y lo sabes.

Él salió del agua, la tomó de la mano y le besó los nudillos. Sintió la palma desnuda de él, una caricia sincera, sin miedo a generar repulsión. Nora le devolvió el gesto, alzó las manos de él y las besó. En cada nudillo, en

aquellos que terminaban en largos y finos dedos y también en los amputados, en los que mostraban un muñón. Para ella eran manos tan perfectas como las de un ángel. Se contemplaron unos instantes, hasta que ambos sonrieron con entendimiento.

—Kaliska dice que esta cascada es mágica, aunque siempre creí que me tomaba de tonto.

—¿Sabes?, mientras caminaba por aquí pensaba en qué cuentos mágicos podría retratarse la belleza de esta zona. Este lugar parece un escenario perfecto para inventar historias.

—Inventemos una —fue la propuesta de Charles—. Hace tiempo que intento algo, según dicen, aquí es el mejor lugar para pescar. Solo hay que esperar a los peces en la cascada y atraparlos cuando caen. Nunca lo logré.

—¿No sería mejor con una caña, un anzuelo y un cebo?

—¿Y dónde estaría la magia para nuestra historia? —Charles regresó al agua, se acercó a la cascada, que era baja y de poco caudal y esperó a divisar algún pez.

—¡Allí! —chilló Nora, desde la orilla, y rio a carcajadas cuando el hombre intentó agarrarlo. La situación se repitió un par de veces, hasta que le dolió la panza de tanto reír.

—Tus chillidos y tus risas me distraen, estoy seguro de que a ese último lo hubiese podido agarrar. Si hasta llegué a tocarlo.

—¡Oh, por favor! No tengo nada que ver con tu fracaso, Charles. Ya admitiste que no lo conseguiste jamás, así que no es mi culpa.

—Pues te desafío a que lo intentes. Vamos... una travesura no ha matado a nadie. —Nadó hasta el borde y le extendió la mano. Nora vaciló unos segundos, y luego sonrió. Se quitó los botines, una de las enaguas del traje de montar, y lo acompañó por completo vestida al agua.

Era del todo impropio, pero, ¿quién se enteraría?, ¿quién podía recriminárselo?

Si creía que no existía algo más revelador que la ropa de hombre empapada, era porque no había contado con las leyes de la física sobre su falda. La misma, liviana y no tan permeable, se infló y ella debió empujarla con ambas manos para cubrir las enaguas. Todo a su alrededor era un mar de telas que pesaban y le impedían los movimientos, sin hacer nada por menguar las risas de ambos.

—¡Ni se te ocurra, Charles! —amenazó al ver que el hombre la acercaba demasiado a la cascada.

—¡Vamos!, no seas mojigata.

—Detesto ese término.

—Por eso mismo lo he utilizado, ya conozco el poder del desafío en usted. Es la mejor forma de tentarla... mojigata.

—No lo soy. El hecho de estar sumergida en un arroyo dispuesta a pescar con las manos siguiendo las instrucciones de una nativa de dudosa palabra debería bastar como prueba.

—¿Dudosa palabra?, ¿Kaliska?

—No hace más que bromear a mi costa.

—Es gracioso bromear a su costa, señorita Jolley —dijo Charles y simuló una de sus coordinadas reverencias. La hizo exagerada, y Nora aprovechó para hundirle la cabeza en el agua. Miler salió fingiendo enojo, con todos sus cabellos sobre la frente, brindando una imagen tan graciosa que Nora no contuvo las burlas.

Al ver que el hombre iba a cobrárselas, corrió todo lo rápido que las faldas se lo permitieron, sin darse cuenta de que quedaba a unos centímetros de la cascada. Charles solo se acercó a ella, un paso, otro, obligándola a retroceder... o a besarlo. Nora tomó la primera opción, la equivocada, porque terminó bajo el agua de la cascada, y uno de los peces golpeó su cabeza para más bochorno.

—Eres un chiquilín, Charles. Un completo chiquilín. No sé cómo has logrado engañarme con tu imagen de hombre serio.

Él no dijo nada, Nora no se daba cuenta de la sensual imagen que daba bajo la cascada, con la parte alta de su vestido pegada a cada curva y la parte baja flotando a su alrededor.

—Lo mismo digo, señorita británica. Vamos, inténtalo. Pesca uno y será nuestra cena.

—Bien, pero nada de que lo cocine Kaliska, te encargarás tú de quitarle las vísceras y cocinarlo.

—¡Trato! —Se dieron la mano para pactar las reglas del juego, y Nora se puso frente a la cascada.

Uno, dos, tres... varios peces pasaron por sobre ella. Charles seguía con sus risas, y Nora se figuró cuán graciosa sería la escena que le brindaba con sus intentos de agarrar uno con las manos.

Lo pensó mejor, sonrió y juró que quien reía último lo hacía mejor. Atravesó la cascada y se refugió en el pequeño hueco que quedaba contra la roca.

—Dios bendiga la moda, señor Miler —exclamó y dejó que la falda de su vestido se ampliara por completo a su alrededor. Esperó unos segundos y, cuando vio que un pez llegaba, retrajo la tela como si de una red se tratara. Para su sorpresa, la falda era tan amplia que logró pescar dos—. Espero que su cuchillo esté afilado, señor Miler, pues tenemos cena.

—¡Eso es trampa!, no has usado las manos.

—Por supuesto que lo he hecho, solo que mejor que usted. Sepa perder, señor. —Nora arrastró el botín hasta la orilla y los arrojó sobre la tierra. Los brazos de Charles le impidieron salir, la retuvieron a un metro.

—Tenemos un acuerdo, Nora. Nada de señor... —La hizo girar entre sus brazos y quedaron enfrentados—. ¿Cómo debes llamarme?

—Charles... —susurró—. Charles. —Alzó la mirada reclamando lo que los labios de Miler ofrecían. Él no la decepcionó, la besó desesperado, con la pasión renacida por el juego, por la diversión y las confesiones tempranas.

Las bocas se devoraban, las manos se recorrían y las prendas húmedas les permitían ir más lejos de lo que creyeron. Podían sentirse, cada centímetro de sus cuerpos estaba en contacto con el del otro. El agua funcionaba de conductor del deseo, y aunque estaba fresca, no lograba enfriar la pasión que les hacía arder la piel.

Charles la arrastró fuera del arroyo, la enagua seca de Nora olvidada en el césped junto al chaleco de Miler les sirvió de resguardo contra el suelo. No detuvieron la exploración de sus bocas, lucharon con sus lenguas por apropiarse más y más del otro, reclamarlo como suyo.

Nora barrió con esos besos las culpas y los resquemores. No podía perderlo, no era capaz de permitir que la sociedad con sus estúpidas reglas, esas que ella fue educada para seguir, se lo quitara. No a él, rogó, rezó y confió en que ese remanso albergara la magia que Kaliska le adjudicaba. Esperaba que los seres poderosos que allí habitaban escucharan sus deseos y se los concedieran. Entre ellos no existían las leyes, no eran jefe y asistente, ni marqués y plebeya... eran hombre y mujer. Tan simple como eso.

Charles la tomaba del cuello, enredando los dedos en los cabellos empapados de Nora; le impedía huir, escapar de él. La deseaba tanto que no podía contenerse, y notaba que ella no se lo demandaba. No se horrorizaba de las caricias, de lo osado del beso.

Desafío... Cada movimiento de él era un desafío para Nora, como los del juego anterior. La incitaban a demostrar que ella también podía dar tanto como recibía. Si la mano de él bajaba por la cintura, la de ella ascendía por la

espalda. Si la lengua de él ahondaba en su boca, la de ella exploraba los labios. Los dientes de Charles mordieron el labio inferior de Nora, tiraron de la carne, consiguiendo un gemido ronco de la muchacha. Luego bajaron por el mentón, jugaron con el lóbulo de su oreja hasta llegar al cuello y dejar ahí su marca. La quería devorar, saborear, apoderarse de esa tentadora piel. Ella le retribuyó con las uñas, dejando su impronta en líneas rojas que le surcaban la espalda.

—Nora... —El nombre escapó como una advertencia. Existía una última línea, como los límites de los estados de ese país, una línea dibujada por ellos. No era real, no era natural, solo un tratado, un convenio de paz. E iban a atravesarla, lo sabían—. Nora... no hay retorno, no lo hay. Dime que aun así me seguirás.

—Sí, Charles.

Volvió a besarla, sabedor de que sería un beso eterno. Con pausas, sí; con noches de descanso, con horas de trabajo, con momentos de distancia, pero sería un beso para siempre. Era el inicio de algo que duraría hasta la muerte y, quizá, hasta después de ella.

Quitarse la ropa húmeda fue todo un reto. Charles, además, contaba con la desventaja de sus manos mutiladas. Había aprendido a manejarse bien, pero esa misma moda que había resultado útil a la hora de pescar, se presentaba como un obstáculo mayor a la hora de amar. Nora vaciló unos segundos, un instante en que volvió a ser *una educada señorita británica*, pero eliminó ese lapso en un parpadeo. Si debía elegir entre la Nora que fue y la mujer que Charles la invitaba a ser, elegiría siempre ser la versión de esa tarde mágica.

Se puso de pie, ante la mirada ardiente de Miler, y emprendió la tarea de desnudarse. Él se puso de rodillas, con la cabeza inclinada hacia ella. Porque así era como los mortales se postraban ante los dioses, y Nora acababa de convertirse en su diosa personal. La adoró, la amó. Ella se quedó solo con los pololos, y Charles se quitó las prendas húmedas hasta igualarse a ella. Volvieron a recostarse sobre los ropajes, que ahora eran puro barro, sin que eso les molestara.

Charles besó cada rincón del cuerpo de Nora, cada centímetro de su piel recibió la atención de los labios ardientes del hombre. Le apartó los pololos y acarició el monte de venus hasta saberla lista para él. La saboreó y exploró, hasta satisfacer el deseo que lo abrasaba. Los gemidos que escapaban de los labios de Nora lo embriagaban al igual que el néctar femenino, prueba de la pasión compartida. Intentó hacer del momento algo eterno, extenderlo hasta

que la razón lo abandonara y se mezclara la realidad con los sueños. Pero los cuerpos eran terrenales y demandaban de un alivio urgente.

—Charles... Charles... —¿Podía negarse a ese reclamo?, ¿llegaría el día o la noche en que pudiera decirle *No* a algo que su Nora solicitara? Sin duda no sería esa tarde, ni en temas de pasión. No, allí él era un mero sirviente de los deseos de su amada.

Ascendió por el cuerpo de la muchacha, maravillándose con su piel blanca, con los lunares que hallaba en el camino, con la tersura y suavidad de ese cuerpo que se le era entregado con tanta pasión. Las bocas volvieron a unirse, a buscarse y saborearse. Las piernas de Nora lo rodearon por la cintura, haciendo que el miembro de Charles ocupara el lugar en la entrada de su más secreta intimidad.

Gimió su nombre: Nora... a medida que avanzaba y profanaba el cuerpo virgen. Lo reclamaba como suyo y, a cambio, le brindaba el de él, ese que cargaba con heridas, con secuelas y cicatrices.

Y para ella, no existió entrega más valiosa. Tomó todo lo que él tenía para dar, y le retribuyó en igual medida. Se amaron en ese lugar mágico y escribieron la primera página de la historia de los dos.

—Debemos volver... —Nora reposaba sobre el pecho desnudo de Charles. Las ropas, salvo las enaguas que les servían de resguardo del suelo, estaban colgadas junto a la montura para que se secaran. Ella solo llevaba los pololos y la camisa, y él apenas la delgada tela de su ropa interior. El calor los acunaba, y la luna era la única iluminación que se reflejaba sobre la superficie del agua.

—Aún no, tenemos la noche libre. Lo decreto como jefe si es necesario.

—Te estás volviendo un mal jefe. Ya verás cómo se te rebelan los empleados. —Él la hizo girar y se apoderó de su boca en un beso hondo.

—Solo tú puedes rebelarte y salir indemne. —No podían saciar el hambre de besos, y Nora sonrió al pensar que la palabra indemne no la definía en lo absoluto—. Además, debo mi pago, aunque hayas sido una tramposa.

—Eso es discutible —se defendió; Charles la reprendió con algunas cosquillas y más besos—. También para el pago debemos volver.

—No es necesario, tenemos lo suficiente en la alforja del caballo. Siempre dejo allí un cuchillo y algunos artículos que uno puede necesitar cuando sale a cabalgar por estas zonas.

A Nora nunca se le hubiera ocurrido revisarla, y pensó en lo poco precavida que había sido al dejar la montura con la alforja adosada a la silla cuando estaba en el pueblo. Estaría más atenta la próxima vez, se dijo al ver el filoso cuchillo y... un arma.

—¿Qué planeas?

—Matarte, por supuesto... —bromeó, el horror de Nora lo hizo carcajear —, hacer la cena, muchacha desconfiada. ¿Nunca has acampado?

—No —admitió—, la señora Godman... —Se silenció por unos segundos al darse cuenta de que ahondaba en el pasado que había decidido dejar atrás —, bueno, ella consideraba que incluso los picnics cuando eran de pocas personas se consideraban un hábito indigno. Las mujeres, sentadas en el suelo, tan cerca de los hombres...

—Puedo imaginarte desafiándola y escapando con una canasta a mitad del prado. —Nora solo debía recordarlo, eran los tiempos en que creyó que su

vida sencilla bastaba, sin tener idea de los horrores que pasaba Elisa—. ¿De qué parte de Inglaterra eres?

La pregunta era amable, con el interés lógico por la muchacha con la que había compartido su pasión. Se conocían, sí, del modo más íntimo. Conocían la esencia, el material del que estaban hechos, pero no sabían demasiado de las vivencias de cada uno, de las circunstancias que habían forjado esos caracteres afines. Mientras conversaba, ajeno al torbellino de sentimientos de Nora, Charles tomaba los pescados que habían quedado en la piedra, dispuesto a limpiarlos para la improvisada cena de campamento.

—De Eastbourne. —Miler se detuvo por un instante, y eso bastó para que el corazón de Nora también lo hiciera.

—¿Eastbourne? ¡Increíble! —comentó y volvió a la tarea de limpiar los peces—. Mi abuela era de allí.

Nora se creyó imposibilitada de respirar. Moriría, frente a él, ahogada por los secretos. Sintió que los ojos se le humedecían, y agradeció que la luna no alumbrara tanto como el sol y le permitiera esconder la reacción.

—Es... es una linda zona. Al sur... ¿Ella... ella hablaba mucho de Inglaterra?

Charles dejó los peces a un lado y se concentró en hacer el fuego. Buscó un par de ramas y hojas secas, algunas piedras y encendió la chispa.

—No, no mucho. Era viuda, llegó con mi padre siendo un bebé a Estados Unidos, creo que amaba a mi abuelo, lamento no haberlo conocido... —Las emociones en Charles no eran muy fuertes; tal y como Nora sabía que sucedería, esa historia que ella protegía a él le resultaba ajena, una anécdota de generaciones pasadas—. Solía decir que Eastbourne le traía recuerdos agridulces y, por respeto a su dolor, no preguntábamos más. La verdad... tú la entenderás más que nadie, venir sola a estas tierras que presentan tantas oportunidades como obstáculos no es fácil. Le debemos a su entereza todo lo que los Miler construimos... —Detuvo su relato al ver la mirada empañada de Nora—. ¡Oh, mi bella Nora, siento haberte traído malos recuerdos!

Ella se dejó consolar, escondió el rostro en su pecho y se aferró a esa piel que era su hogar. Quiso completar la historia, contarle la verdad: No era viuda, Charles, la expulsaron de sus tierras por amar a un marqués; porque eso es lo que pasa cuando una plebeya se enamora de un marqués, se da una relación imposible, una unión inimaginable y toda la sociedad complota para separarlos. Deseó poder expresarle sus miedos y pedirle que los espantara, que le prometiera que jamás los separarían, que entre ellos no habría títulos,

que no se repetiría la historia de su abuela. No podía imaginarse a sí misma viviendo una vida sin Charles, lejos de él, no después de amarlo.

—No conocí a tu abuela —susurró sobre su cuello—, pero ya sé, aquí —Se tocó el pecho, a la altura del corazón—, que es la mujer más *endemoniadamente* fuerte que pisó estas tierras y las de Inglaterra.

Charles le levantó el mentón para navegar en las profundidades de su mirada, hallar el origen de tal confesión. Nora se lo impidió, hizo uso del poder recién descubierto y lo besó con ardor, con un deseo que jamás remitiría, consiguiendo que olvidara todo. Hasta el fuego...

—¡Maldición! —exclamó separando sus labios, para enfocarse en la fogata—. Terminaremos quemando los robles de Benedict Grant y allí sí sabremos la magnitud de la palabra *problemas*.

Nora rio entre lágrimas y se secó las que aún le surcaban el rostro. Se dispuso a ayudarlo con su poca experiencia en campamentos, no pondría en riesgo su permanencia en California por un par de pescados asados. No... en esas tierras nuevas, en ese país que se formaba, en un lugar en donde las reglas se estaban definiendo y no estaban establecidas desde hacía siglos... allí, ella podía amar a Charles Miler. Sin papeles, sin apariencias. Aceptaba ser su amante, dormir bajo su techo... se mordió para no sonreír, aceptaba hasta que le pagara la cuenta de la modista. Sí, allí, bajo el sol de California, era el único lugar en donde ellos podían ser tan solo hombre y mujer.

El fuego ardió de manera contenida por las rocas, y Charles volvió a ocupar las manos con los pescados. Nora se lamentó la apuesta, había sido sin pensar. Notó el modo en que las manos mutiladas del hombre trabajaban con una precisión ganada en la práctica de años sin dedos, pero que no era carente de cierta torpeza. Él la miró de soslayo, y negó al ver el resplandor de la condescendencia en sus ojos.

—Estoy acostumbrado, no me rebanaré los pocos dedos que me quedan, si eso te preocupa.

A Nora le sorprendió que tomara un tema tan delicado con humor, y se sonrojó apenas por sus pensamientos.

—Veo que tienes gran destreza, sería hora de que dejes esos guantes estéticos nada funcionales de lado. Te quitan movilidad.

—No más que a ti el miriñaque...

—Y por ese motivo dejé de utilizarlo, salvo para ir al pueblo. —La mención de su cuerpo sin barreras de ropa interior no era un tema apropiado para abordar si quería contener la fogata. La mirada pícaro de Charles se lo

recordó, y los momentos compartidos, los roces de piernas... incluso el juego en el arroyo, le asaltaron la mente para dejarla incapacitada para seguir la conversación.

Miler buscó un par de hojas de árboles, y las limpió con cuidado en el agua del arroyo. Le explicó que ese sería el improvisado plato, y que ambos debían compartir el cuchillo para comer.

El fuego crepitaba y alumbraba sus rostros, dándole un tono anaranjado a las facciones. Nora observaba a Charles con adoración, admirando la belleza que, en su opinión, las cicatrices no habían podido menguar. Él, a veces, se sentía inhibido ante el escrutinio. Nora era hermosa, a su lado, era imposible no sentirse un monstruo.

—Nunca lamenté más mi apariencia... —le confesó.

—A mí no me molesta en lo más mínimo, Charles. Lo único que me afecta es el dolor que has pasado. No puedo concebirlo... ¿En cuántos líos te has mentido, mi amor?, ¿me dejarás cuidarte de ahora en más?

Charles se apoderó de su boca, conmovido por sentirse protegido por el amor de un ser tan admirable. Pensó, a su vez, en todo lo que ella había tenido que pasar, en el viaje desde Inglaterra, en encontrarse sola en un país nuevo, en trabajar a sol y sombra, superarse, vencer, convertirse en la persona más importante para la editorial... y para el editor.

—Solo si me permites retribuirte, Nora. Cuidarte siempre. —Sellaron el pacto con otro beso, y con esa promesa mutua.

Sacó uno de los pescados del fuego, lo acomodó en la hoja limpia, lo trozó y le dio un bocado a Nora para que probara.

No se trataba de una comida sabrosa. No estaba sazonada, ni acompañada de vegetales, pero le resultó deliciosa. Estaba hecha por las manos del hombre que amaba, y, sobre todo, les permitía regalarse esa noche bajo las estrellas, lejos de las preocupaciones del mundo real.

—Creo que iremos de campamento seguido, se te da muy bien la cocina.

—Embustera...

Comieron en silencio, hasta quedar saciados. Decidieron, de manera tácita, no marcharse hasta que la última brasa no se hubiera apagado. Nora le acariciaba las manos, con la vista perdida en las llamas.

—Quieres saber, ¿verdad? —le preguntó Charles.

—Sí, pero más deseo no provocarte dolor. Si quieres dejar esa parte de ti en el pasado, lo entenderé y jamás indagaré.

Miler consideró la oferta, era buena. No hablar de ello, mantener a su

Nora ajena a esa etapa, permitirse construir algo nuevo a su lado, impoluto, feliz. Sin embargo, eran sus cimientos, era la razón de casi todas las decisiones que tomaba en la vida, incluso esa, la de tenerla a su lado. El deseo irrefrenable de ser dichoso con Nora nacía del dolor de lo sucedido. Ya le había contado lo ocurrido en Virginia, era tiempo de viajar a Kansas.

—Tras la muerte de mis padres, le hice honor a sus últimas palabras y viajé al sur a aprender lo que no debía ser publicado. Tuve los problemas esperables: me incendiaron una de las oficinas, me robaron vagones con libros, me negaron la compra de suministros... En lugar de desanimarme, sentía que estaba haciendo lo correcto; Ambrose me reprendía, decía que no era necesario hacer enojar a todos, pero yo era joven y la editorial iba bien, creí que además de joven era poderoso, influyente...

—Lo eres, conoces el impacto de tus publicaciones.

—El poder, siempre, tiene un límite. Eso es lo que estamos haciendo ahora, Nora, con este libro. Detener el poder de Sam Liamson, que se cree invencible. Yo debía aprender, y al parecer, las represalias recibidas hasta el momento no me servían de escarmiento. Salvo una... En Missouri, entraron a robar un manuscrito que deseaban que no se publicara, conmigo trabajaba Daniel, un gran muchacho, tan fervoroso como yo. Se interpuso, intentó detenerlos, murió...

—Lo siento.

—Yo también, mucho. Busqué justicia por él en vano, hice un gran revuelo, pero nadie pagó. Cuando fue el tiempo de agregar a los estados las tierras de la Luisiana francesa, decidí que nadie moriría por mí de nuevo, por lo que fui yo mismo a informarme de la situación y a escribir el libro que debía publicarse para impedir que fueran estados esclavistas. Estaba en la zona de la actual Kansas...

—En el '54 —murmuró ella, y al fin comprendió todo. El mismo año que arribaba a América y se paraba frente a la oficina de Nueva York a preguntar por Charles Miler, él estaba *haciendo algo importante*, como decía Carrington, en Kansas. Los celos, la desconfianza y el secretismo cobraban sentido.

—Sí. Me infiltré entre los esclavistas, para conocer los intereses que los alimentaban y quiénes eran los que influenciaban para inclinar la balanza. Les hice creer que estaba de su lado, y al ser blanco, me abrieron las puertas.

—¡Demonios, Charles! —Lo golpeó en el pecho, cuatro años tarde, lo sacudió como si pudiera hacer entrar en razones al joven idealista que fue—.

Ya veo que a Kaliska no le alcanzará la leche del estado entero para apagar ese fuego, ¿cómo se te ocurre hacer algo tan peligroso?

—Nora...

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Sabes qué me dijo Amy?: No se le puede pedir a una mujer enamorada que sea racional. Así que no me lo pidas, Charles, porque en este momento deseo poder viajar al pasado, detenerte y suplicarte que no sufras, que no te expongas, que pienses en mi amor...

Se aferró a él con fuerza, como si pudiera unir su piel a la de ella y así hacerse uno. Solo de ese modo podía asegurarse de cuidarlo siempre, de protegerlo de las ideas de justicia y de su maldita moral que lo empujaba a primera fila en la batalla. Recién cuando pudo serenarse, le pidió que siguiera.

—Pues bien, era un hervidero de conspiraciones, de más está decirlo. El senador Douglas quería abrir el tren hacia el sur, y le convenía hacer negocios con los esclavistas. Por otro lado, el partido Whig se dividía, nacían los republicanos con ideas abolicionistas y, a su vez, se separaban entre los que decidían no extender la esclavitud, pero aceptar a los estados que ya la tenían legislada, y aquellos que, como yo, pensaban en la completa erradicación. Y, como si todo eso no fuera suficiente, se sumaban los pueblos nativos que allí se encontraban y que debían luchar por sus tierras y derechos.

—¿Cómo te descubrieron?

—Porque fui un imbécil. Conocí a una mujer, Margareth, ella...

—Sí, fuiste un imbécil. —El enojo de Nora lo enterneció, y debió besarla hasta hacerle recordar que solo una mujer había tocado su corazón, y esa era Nora Jolley—. Ya, termina la historia de esa tal Margareth —demandó no sin rastros de celos en la voz.

—Pues ella descubrió mi verdadera identidad y la vendió por un par de dólares. Se marchó al amanecer del mismo día en que a mí me venían a buscar.

Nora tenía deseos de preguntar qué fue de ella, si la halló, si pudo hacerla pagar; pero entendió que Margareth no significaba nada en esa historia, ni en la del pasado ni en la del presente, y la relegó al olvido en el que caían las personas que eran insignificantes. No merecía más espacio que ese.

—¿Puedes ahorrarme esa parte, Charles? —suplicó—. No quiero saber cuántos días fueron, prefiero que me mientas. ¿Me mentirás, mi amor?

—Sí, Nora. Te diré que fueron pocos días, que fue rápido, tan rápido que apenas lo recuerdo. Nada de eso quedó grabado en mi mente, fue fugaz, solo un lapso antes de llegar aquí.

—Eso sí quiero saberlo, cómo llegó mi Charles Miler a las mágicas

tierras de California.

—Entre los prisioneros, estaban algunos nativos Iowa, uno de ellos, descendiente de Mahaska. Canowicakte era su nombre, era el padre de Hotah... ¿Lo has conocido a Hotah? Trabaja con Zachary Grant, es un gran criador de caballos, el mejor del país me atrevo a decir.

—Lo he visto, pero no tuve el placer de ser presentada.

—Pues Canowicakte fue acusado de traición entre los suyos, por involucrarse en los problemas de los blancos. Ya habían existido roces, porque la madre de Hotah es blanca, es más, Hotah significa blanco en Sioux que es su lengua. Lo llamaron así, en lugar de Chaska, que significa primogénito. Ese nombre se le asignó al medio hermano, al nacido de madre y padre Iowa. Rescatar a Canowicakte fue debatido en la tribu y se decidió dejarlo a manos de la justicia blanca, pero Hotah no acató la orden y, con un par de esclavos fugitivos y otros nativos renegados, fueron a salvarlo. Fue para él un corte definitivo con su tribu, al igual que su padre, eligió a los *blancos*. De modo que cuando nos sacaron de allí, y Canowicakte murió por las heridas, Hotah no tenía lugar a dónde ir.

—¡Oh, Dios!, ¡cómo es posible que se den tantas injusticias juntas! — exclamó Nora, dolida por el desprecio hacia el hombre a quien ella le debía la vida de su amado.

—Yo estaba malherido y desconfiaba de todos, de modo que en la única persona que pude pensar fue en Louis Grant. Lo conocía por publicar sus obras, sabía qué clase de persona era y el poder que ostentaba en estas tierras. Aquí era el único lugar en donde podía refugiarme para sanar, y para lamer mis propias heridas, prestarme a la autocompasión y deprimirme un poco, ¿por qué no?

—Sí, te has ganado el derecho a una dosis de lamentos y penas. Pero solo a una dosis, que la vida aún aguarda por ti, y también te has ganado el derecho a vivirla.

—Estas tierras me han dado todo eso, un lugar donde llorar y un lugar donde renacer. Estas tierras han permitido que tenga en mis brazos a mi bella Nora...

Ella pensó lo mismo. Ese lugar mágico, les brindaba a los dos una merecida oportunidad. Se amaron una vez más antes de regresar a casa, sin preocuparse, por esa noche, en las apariencias. Allí solo llegaba el sol; las reglas y las normas estaban al otro lado de la colina. Estaban a salvo de ellas.

Amanecer con los cuerpos desnudos, las piernas entrelazadas y los brazos decididos a no romper jamás el hechizo que los unía era un anhelo que parecía imposible de satisfacer. Antes de que el alba los sorprendiera, y que la melodía nocturna se silenciara por completo, Nora forzaba la despedida.

Charles aceptó las reglas del juego amoroso las primeras noches. Las paredes oían, sentían y reían confabulándose con la repentina intimidad de la pareja. Los llamados de atención a Kaliska no sirvieron de mucho, siempre hallaba la manera de exponer el reconocimiento de lo que, bajo ese techo, ocurría. Por supuesto, José también estaba embebido en el asunto, lo que le daba mayor complicidad con la mujer Miwok y generaba así una incomodidad que no pasaba desapercibida en Nora. No era una cuestión de pudor, la mujer que se entregaba a él en cuerpo y alma cada atardecer había desterrado esa fútil sensación. Habían traspasado todas las líneas, no solo las que se dibujaban en las sábanas, sino aquellas que se mezclaban con el profesionalismo.

Los pensamientos analíticos continuaban siendo predominantes, coincidían, y si debían de discrepar en algo, manifestarse en desacuerdo de las sugerencias del otro, lo hacían. La objetividad no se había visto afectada en lo absoluto. Pero sí lo demás. A los besos se les otorgaba el privilegio de la espontaneidad y, cuando querían hacerse presentes, se les daba permiso, sin importar que se estuviese a mitad de un escrito o lectura. Y cuando la labor de corrección sobre «*Dios no fuma tabaco*» llegó a su fin, librándolos de ese peso editorial —tenían una fecha de publicación estimada que se cumplió según lo pactado— las caricias se sumaron a las actividades cotidianas. Era un deleite saberse capacitados de afrontar las demandas que las funciones de ambos requerían y, a la vez, compensar la exigencia con la cercanía de los cuerpos y con las muestras de afecto.

La relación se fortalecía día a día, semana tras semana; sin embargo, la reticencia de Nora al consagrarla como una confirmación al compartir la recámara principal con él se estaba convirtiendo en una tortuosa experiencia.

Y Charles Miler conocía demasiado de torturas. La que ella le propiciaba era demasiado insoportable para su débil cuerpo.

—No, no de nuevo... —La tomó con delicadeza de las muñecas cuando sintió que el cuerpo de Nora se deslizaba por las sábanas.

—Está por amanecer, Charles.

—¿Y qué hay con ello? —La atrajo hacia él.

—Ya lo sabes. —Lo besó, cualquier ocasión era la oportunidad de un beso, hasta la de fugaz despedida.

—No, no lo sé. ¿Me lo explicarías, mi amor?

Nora recuperó los centímetros que él le había robado con su acción de adorable posesión. Se cubrió con la camisola y, de rodillas sobre el colchón, volvió a exponer los motivos del día anterior, y del anterior...

—Para empezar, mi ropa y mis elementos de aseo se encuentran en mi habitación. —Esa excusa fue nueva.

—Lo solucionamos en menos de lo que canta el gallo... —dijo con una sonrisa de satisfacción ante la inminente victoria—, y estoy siendo por completo literal.

En cuestión de minutos, no solo uno, sino tres gallos les darían la bienvenida a los primeros rayos del sol.

—Lo sé, no pongo en duda tu capacidad resolutive. Pero no se trata solo de ese incordio.

—¿De qué se trata, entonces? —Charles podía ver que se trataba de algo que ella pretendía mantener bajo llave en el cofre de sus pensamientos. Tenía todo el derecho a poseer secretos íntimos, conflictos internos, y dudas. Amarla significaba respetar su libertad, en todos los aspectos.

Se trataba del abandono definitivo de su meta primera, de sentirse en falta ante la promesa hecha tras la muerte de Elisa. Lo amaba, experimentaba el sentimiento con una intensidad que nunca hubiese creído posible. Elegía una vida a su lado, como fuese, y sobre este concepto se alzaba el vínculo que nunca rozaría lo moralmente correcto ni la legalidad. Compartir más que las noches en esa recámara, compartir la vida a su lado, traía consigo aceptar el rol de amante con lo que involucraba: callar, dejar todo atrás. Atesorar esa verdad que le pertenecía a Charles Miller. El egoísmo en su manifestación más pura era lo que la hacía alejarse de él, abandonar el calor de su cuerpo antes de que las estrellas dejaran de brillar en el firmamento. ¿Cómo explicárselo sin exponer aquello que pretendía callar?

—¿Prometes no ofenderte si te respondo, Charles?

—Jamás me ofendería la verdad que sale de tus labios, Nora, aunque esta no sea la que desee oír, o me duela aceptarla.

Los ojos de Nora se vieron invadidos por el nacimiento de las lágrimas. Sin más que decir, se echó a llorar con una congoja que hacía semanas no sentía.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te angustia, cariño? —Él la acunó en sus brazos.

—Tú, Charles... eso es lo que ocurre. ¡Eres demasiado maravilloso!

Y ella tendría que detestarse por poner en primer lugar al amor que sentía por él. Odiarse por quererlo, necesitarlo con desesperación.

—Nora, por favor, no me digas que soy la razón que te angustia.

La peor de las dicotomías, un amor que sanaba y lastimaba en igual medida.

—Oh, no... —dijo acariciando sus labios—. No digas eso, ni siquiera lo pienses. Lo siento, soy yo la que no puede expresarse como es debido. —Tomó la mano derecha de Charles para colocarla en su pecho, a la altura del corazón—. Aquí, hay terrenos difíciles de explorar... en especial cuando se es mujer. —Utilizó la estrategia femenina para ganar espacio y salir del pozo melancólico en el que había caído—. Eres aquello que nunca me atreví siquiera a desear, a imaginar... pusiste mi mundo, uno muy diminuto sea dicho de paso —Enjuagó las lágrimas que finalmente remitían— de revés, y la realidad de lo que somos... es una realidad que debo descubrir con calma. ¿Puedes entenderlo?

La realidad de lo que somos...

Charles llevaba días pensándolo, ella se merecía un amor completo, con los estándares sociales incluidos, aunque los mismos les valieran poco. Nora no haría mención al respecto, aceptaba lo que él le otorgaba, dando por supuesto que no habría más, que no era necesario más. Tal vez fuese así. ¿Necesitaban más? No, tenían todo, ahí, cuando estaban uno en brazos del otro. Lo que restaba eran simples formalidades. Pero desentenderse de la historia que cargaba a costas la mujer que amaba era un acto de macabro desinterés, que no conjugaba con la pureza del sentimiento que compartían. Olvidar los orígenes de Nora con los valores y costumbres que eso implicaba solo conseguiría ampliar la distancia. No estaba diseñada para gozar del amor libre de prejuicios.

—Puedo entenderlo... por supuesto que puedo.

La respetaba en cuerpo, en alma y pensamiento. Y se lo demostraría. Estaba ansioso de demostrarlo.

Lo esperado ocurrió al cabo de un par de días; las instalaciones de Missouri volvían a ser el blanco de ataques. Los rumores corrían más rápido que la pólvora, la nueva publicación de Miler & Miler haría temblar todo el territorio estadounidense, de norte a sur, este último en particular, y los ánimos aristócratas no vibraban en la mejor armonía. No eran tiempos adecuados para jugar con fuego, pero era el más grande sin sentido pedirle a un león que no rugiera. La naturaleza de Charles Miler era esa, salvaje cuando el bien común, el respeto y la igualdad se hallaban en el centro de la tormenta social. Vanagloriarse del éxito no era propio del hombre, aunque no hacía nunca a un lado la satisfacción del logro alcanzado. La conquista de la verdad siempre debía ser reconocida y enaltecida.

Los ánimos se encontraban exaltados. Kaliska llevaba días de preparativos, y José, al igual que su esposa, no tenía ni un solo segundo de paz gracias a las demandas de la mujer.

Nora no quiso intervenir, le resultaba extraño pensar en un Charles tan dispuesto a eventos sociales. Ella ya se mostraba esquiva y fuera de lugar ante el despliegue festivo, y no quería siquiera pensar cómo se encontraría cuando el día le abofeteara el rostro. ¿Escapar? ¿Exponer excusas como lo había hecho en ocasiones similares? No, no podría hacerle ese desplante a su amado Charles.

—Señorita Jolley —José la llamó asomando la cabeza por una de las ventanas que daba al porche.

Nora descansaba, la brisa de primera mañana era la mejor compañía que tenía en esas circunstancias, con ella compartía las dudas y los pensamientos superficiales que la acosaban. Charles había salido a dar una cabalgata matutina, que comenzaba a hacerse una rutina diaria. Los hábitos cambiaban, las necesidades también. Todo lo hacía. Hasta habían convenido en tomarse unos días libres de las actividades profesionales, el argumento esgrimido por Charles fue el exhaustivo trabajo previo en el manuscrito. Pasaron noches completas en vela, sumidos en la intensidad de la lectura y las ansias de finalización. Era justo, correcto. Los cuerpos y mentes lo reclamaban.

—¿Sí, José? —respondió más por cortesía que por interés. Además, considerando que no se molestó en atravesar la puerta principal, José tampoco parecía tan interesado en lo que estaba haciendo.

—Kaliska me ha enviado a llamarla, la necesita.

—¿Me necesita? —El cuestionamiento se tendría que haber quedado

prisionero en su garganta. Fue más suposición interna que pregunta en sí. Se manifestaba ajena a lo que ocurría entre las paredes del hogar Miler.

—Sí, y en lo posible, de inmediato... antes de que contagie con su locura repentina a mi mujer.

La palabra locura era el antónimo perfecto para Kaliska. Que José lo utilizara como un posible calificativo era preocupante.

—De inmediato será.

La distancia que separaba el porche de la cocina obligaba a invertir unos cuantos segundos. Los amplios pasos de Nora los redujeron a la mitad. Al poner un pie en el lugar, su nariz se vio atacada por aromas embriagadores. El estómago se le agitó con traviesa bravura recordándole que el almuerzo estaba próximo, y que se encontraba dispuesta a adelantarlos de ser necesario. Un despliegue de platos elaborados se exhibía en un extremo de la cocina, y en el otro, los que estaban a medio del proceso. Pasteles de todo tipo, para la satisfacción de paladares selectos, bocadillos regionales, carne de cerdo en plena cocción, aves sazonadas esperando su turno para arder en brasas y bollos de pan que leudaban en el rincón más cálido de la habitación.

—Kaliska, ¿me ha mandado a llamar? —En las últimas semanas, dadas las íntimas circunstancias que cambiaron el rol de Nora en la casa, el «*señora*» ya no se unía al nombre de la mujer.

—Sí, señorita Nora... —En el caso de Kaliska, las expresiones también se vieron modificadas, «*Nora*» reemplazó a «*Jolley*»—. Hay ciertas labores que se escapan de mí, y la necesito, si no es molestia para usted.

—En lo absoluto, dígame de qué se trata.

No era una experta dentro del ámbito culinario, aun así, podía brindar su mayor predisposición.

—De su buen ojo de señorita, de sus modales refinados...

En ese preciso instante, la mujer de José ingresaba trayendo consigo un gran cesto de mimbre repleto de vajilla y mantelería. La pobre muchacha casi se da de bruces contra el piso.

—¡Oh, por todos los cielos, déjame ayudarte! —Sostuvo por debajo el cesto, y juntas los apoyaron en una de las banquetas.

—Gracias, señorita... no sé en dónde se ha metido José, el muy desgraciado desaparece siempre que le es conveniente. —No fue una protesta real, era más que nada una expresión con tono de broma—. Todavía quedan tres más.

—Entonces iré contigo.

Kaliska no opinó. La ayuda que requería no incluía esas destrezas físicas, pero, si la muchacha estaba dispuesta a hacerlas, no se lo impediría.

Abandonaron la cocina; atravesaron la despensa, hasta llegar a la puerta trasera que se comunicaba con el jardín y el huerto particular de Kaliska. Una carreta esperaba, el hombre que la dirigía abastecía al caballo de agua, el pobrecillo estaba sediento. Los dos lo estaban, el sol era implacable esa mañana. Nora lo reconoció, se trataba de uno de los tantos empleados de los Grant. Entre las dos, tomaron las asas de otro de los canastos, uno que estaba repleto de platos y copas, y como pudieron, lo arrastraron hasta la casa.

—¿Esto lo enviaron los Grant?

—Sí, aquí no contamos con tantos lujos... —bromeó, y para sopesar la mirada expectante de Nora, pasó a explicarse—. Lujos es una forma de decir, el señor no suele tener grandes festejos, por lo menos no de la clase que demanden este tipo de... —Cabeceó señalando el interior del canasto— de cosas.

A mitad de la despensa se tomaron un descanso. Pesaba. Daba la sensación de que estaban cargando toda la condenada vajilla existente en California.

—Y si el señor no suele tener grandes festejos, ¿por qué esta ocasión lo amerita?

La secundaba en el deseo de hacer público el triunfo obtenido con una cena formal entre conocidos; pero de ahí a hacer un despilfarro...

—Supongo que tiene motivos para festejar ahora que tiene con quien. —Se aferró de nuevo al asa. Era un punto lógico de análisis; la soledad, hasta hacía dos meses atrás, era la única compañera de Charles. Nora tomó el asa que le correspondía y, a la cuenta de tres, retomaron la marcha—. Además, mañana es el día de su santo... —agregó la muchacha una vez que estuvieron de regreso en la cocina.

—¿El día de su santo? ¿Mañana? —Casi que dejó caer el canasto ante sorpresa—. ¡Kaliska, ¿cómo no me has puesto al tanto?!

—Supuse que lo sabría... —La mirada de Kaliska dijo lo que no se podía decir en voz alta: *damos por supuesto que sabe el aniversario del natalicio del hombre con el que yace cada noche.*

—Supuso mal. —Estaba enojada consigo misma. Creía que sabía todo de él. Estaba equivocada, no se encontraba al tanto de su día de nacimiento, ni de sus gustos festivos. ¿En qué más se había equivocado?

—Bueno, ahora ya lo sabe, y también sabe por qué la necesito. Para mí, los platos no son más que eso, platos... elija lo correcto, por favor, lo que

considere adecuado.

¿En qué más se había equivocado?, retomó sus pensamientos. ¿En decidir por él, en creer que la verdad oculta de su familia no sería de importancia para Charles?

Tal vez se hallaba errada en suponer que el amor justificaba su silencio. ¿Se podía amar y traicionar a la vez?

No, se engañaba en nombre de su egoísta deseo de felicidad. Charles merecía la historia de sus orígenes. Dejaría pasar unos días... sí. No empañaría la dicha de esos momentos. Unos días, solo eso.

La falta de experiencia hacía que Nora se sintiera indispuesta. El corsé no le era de ayuda; al contrario, parecía decidido a expulsar la indigestión que atesoraba en la boca del estómago. La ansiedad, la ausencia de práctica social y el recordatorio de que no podía postergar mucho más aquello que la guio hasta él en primer lugar le atenazaba el cuerpo, le enfriaba las extremidades. Para colmo de males, lucía hermosa, y la vanidad, esa traicionera cualidad, se hizo su amiga en ese día en particular. El vestido verde oliva con delicados apliques en dorado había sido un obsequio de Charles. Por lo visto, las cabalgatas matutinas nada tenían que ver con hábitos saludables, sino con excusas. Excusas para encargarse el más bello de los vestidos, excusas para inundarla de más regalos.

Sin importarle el miriñaque, se dejó caer en la butaca frente al tocador.

—Respira profundo, Nora... —Hablarle a sí misma se estaba convirtiendo en una preocupante práctica, pero funcionaba—. Respira profundo, Charles se merece esta noche. —El monólogo verbal finalizó ahí. Por desgracia, el interno continuó:

«Tú también lo mereces... lo mereces a él, al amor que te entrega».

Conocía la capacidad suprema del pensamiento. Si lo repetía lo suficiente, lo aceptaría como una realidad irrefutable.

«Él lo merece. Tú lo mereces. Se merecen el uno al otro».

¿Acaso el sufrimiento no debía de ser compensado? ¿La balanza no debía de ponerse en equilibrio? Por supuesto que sí, y dictaminó que la balanza que los había tenido oscilantes, ahora, encontraba la armonía.

La mano enguantada de Charles se posó en su hombro. Tan dominada por sus temores y pensamientos, no lo oyó entrar. No se sobresaltó, jamás podía reaccionar de esa manera ante su cercanía. Sucedió lo opuesto, la llenaba de calma, de deseos y sueños...

—¿Te encuentras bien, cariño? —El rostro preocupado de Charles se reflejó en el espejo del tocador.

—Contigo siempre me encuentro bien, Charles. —Giró sobre la butaca para aferrarse a su mano con una demandante caricia. Estaba acostumbrada a gozar del placer del contacto de su piel, los guantes de cuero eran

considerados el enemigo. Aunque comprendía la necesidad de utilizarlos esa noche.

—Estás pálida. —Le alzó el mentón.

—Puede ser. —Se incorporó y deleitó con la elegancia de Charles. La informalidad solía vestirlo; esa noche, Nora vislumbró el porte magnánimo que poseía el hombre que amaba... digno de la nobleza. Tragó saliva, intentó recobrar el color en las mejillas bebiendo del calor de su cuerpo—. Los nervios me traicionan.

—¿Nerviosa? ¿Mi señorita Jolley, nerviosa? —Envolvió la cintura con sus brazos, y la acercó a él—. Esa sí que es una revelación inesperada. —Recorrió la boca de Nora con una caricia de sus labios.

—Tienes razón, y es tan inesperada que ni yo contaba con ella. En mi defensa, no estoy acostumbrada a este tipo de situaciones.

—¿Fiestas? ¿Agasajos? ¿Ese tipo de situaciones? —Se lo tomó a broma.

—Ah, mira tú... ¿así se llaman?

—Sí, y la expresión en tu rostro te delata. Te sientes incómoda, ¿verdad?

—Tan solo un poco... los eventos a los que he concurrido siempre se han dado bajo estrictas normas.

—Pues dímelas, así las incorporo a futuro.

—Lo veo algo difícil, mi amor.

—Ponme a prueba. —Apretujó sus costillas, le hizo cosquillas, y las risas de Nora no se hicieron esperar.

—Una habitación en el altillo, té de medianoche... Clarise y Amy.

Ese era todo el historial con el que contaba Nora. Su terquedad, junto con esa común actitud de mantenerse al margen de todo, le había hecho desestimar invitaciones a fiestas en casa de los Clark. Y, en Boston, escapar de cualquier evento social fue una cuestión de supervivencia. Saint Jordan iba a la caza de maridos en cada oportunidad que se le presentase.

—La señorita Brosman ya está aquí. En cuanto a lo otro... —Los labios de Charles se movieron de un lado al otro en una seductora mueca. Nora no pudo contenerse, tomó el rostro entre sus manos y lo besó con ansias. Como si tuviera días sin besarlo. Nunca se cansaría de esos labios. El beso estimuló la creatividad en él, continuó—: Confío en las capacidades de Elton, creo que, si le brindas las indicaciones precisas, puede construir esa habitación para ti. Luego nos encargamos del asunto «Clarise».

—¡Estás completamente loco, Charles Miler!

—Sí, completamente loco por ti... y para dejarlo más en claro y acrecentar

tu encantadora incomodidad... —Su mano derecha abandonó la cintura de Nora para ir en camino directo al interior de su chaqueta de vestir. Con dificultad, extrajo un delicado collar de perlas y lo exhibió ante los expectantes ojos de su amada.

—¿Qué es eso, Charles? —Los ojos le brillaron, parpadeó víctima del desconcierto.

—Es lo que es, y lo es para ti, cariño.

—No, no... —Intentó retroceder, olvidando que tras ella se encontraba la butaca del tocador. Cayó de nalgas—. No puedo aceptarlo... es, es demasiado.

—Demasiado es lo que tú me das, Nora. ¡Déjame amarte, consentirte, complacerte! Acéptalo, por favor.

Las mejillas le ardían, el tono pálido de su piel era ya un lejano recuerdo. Acarició las perlas. Nunca antes tuvo un privilegio similar. Siempre supo el límite que sus ambiciones materiales tendrían. Una gargantilla como la que Charles le entregaba lo superaba a gran escala. Se visualizó luciéndola y, como si de una pesadilla se tratara, espantó esa imagen de su mente.

—No, Charles... no puedo. ¿Qué van a pensar los invitados?

—¿Te refieres a los Grant? ¿A los Foster? —Ella asintió con una vergüenza que se adelantaba al momento en sí—. Van a pensar que te amo... y no van a estar equivocados. —La hizo girar sobre la butaca para que se contemplara de nuevo en el espejo. Colocó las perlas a la altura de su garganta. Luchó contra la presilla en vano. Esos movimientos motrices finos requerían de mucha práctica, él no la poseía—. Vas a tener que ayudarme, cariño, la torpeza ...

—Lo siento... —Lo interrumpió, embargada de pena. Con la ayuda de sus manos, guio a las de Charles por su cuello hasta unir los extremos de la delicada pieza. Ella se encargó de asegurar la presilla—. Gracias... es preciosa.

—Tú lo eres —finalizó besándola en el cuello.

Se quedaron en silencio por unos segundos. Compartieron las respiraciones ansiosas. El secretismo que sostenía a la relación iba a desaparecer ni bien se sumaran a los invitados. No había mucho qué decir, el amor que se profesaban no podía contenerse. No era una simple reacción física. Las almas se atraían, tanto o más que los cuerpos. Y el deseo mutuo no podía ocultarse, ni aunque una barrera los separase. Lo sabrían, los presentes serían testigos de lo que ellos eran... un hombre y una mujer que se amaban sin medida.

La indisposición que atacaba a Nora desde raíz desapareció al darse cuenta de que ninguna mirada estaba puesta en ella, por lo menos no de la manera en que había presupuesto. Amante, querida, con todos los sinónimos que pudieran utilizarse.

La cena se dio dentro de un marco maravilloso; brindaba espacio a adulaciones de connotación laboral dirigidas a ambos en igual magnitud. La realidad era que los Grant estaban al tanto de todo —de todo lo referido al vínculo sentimental que los unía—, y por decantación, también lo estaban las hermanas Foster. Lo que hacía conjeturar que los padres de las muchachas también compartían la comprometedor información. El puritanismo no había sido invitado esa noche. Punto final. Era una noche de auténtico festejo, y Nora se dejó doblegar por él.

Amy se desenvolvía como una sombra a su lado. La incomodidad no había menguado en la joven maestra. Otra inexperta confesa, que, para colmo de males, se vinculaba a diario más con niños que con adultos. Por suerte, las hermanas Foster estaban dedicadas a la actividad que el destino les encomendaba, convertir a las señoritas británicas en californianas de pura cepa.

Amber no se separaba de Elton a menos que la obligaran; y en el resguardo del hogar Miler no ocurría. Era libre de colgarse del brazo de su prometido todo el tiempo que deseara. Megan, que tenía una historia matrimonial de unas cuantas hojas escritas con Jonathan Grant, tomaba como un respiro aquellas oportunidades que le permitían abandonar su rol de esposa por unos instantes. Brithany, como la menor y soltera, se sumaba a ella, para deleitarse con los cuchicheos típicos de jovencitas.

—Se la ve radiante, señorita Jolley —acusó con picardía la muchacha. Comentario que le granjeó un sutil codazo de Megan. Carraspeó para disimular, y continuó—: ¿Nos dirá su secreto?

—Creo que ya lo saben.

—Verdad, su vestido lo confiesa. —Brithany fue lapidaria.

Amy quiso reír a carcajadas, no pudo porque la limonada se atoró en su garganta. Casi se ahoga. Tosió de manera descontrolada, la mayoría de las miradas se posaron en ella.

—¡Eso le ocurre por no beber licor, señorita Brosman! —Louis Grant intentó evitar el bochorno en la muchacha haciendo de las suyas—. El licor nunca traiciona ¡No lo olvide! —finalizó levantando su copa. El resto lo imitó,

uniéndose al improvisado brindis.

No lo olvidaría. Ni eso, ni el agradecimiento al joven Grant.

—Respira, Amy... —Nora le palmeó la espalda mientras Megan le proporcionaba una ficticia brisa con su abanico.

—Lo siento, señorita Brosman... —Brithany se disculpó.

—Dime Amy... y no, no es necesario que te disculpes. No tienes por qué.

—Tienes razón, Amy —intervino Megan como si de la voz líder se tratase—. No tiene que disculparse contigo, sino con Nora. Su comentario estuvo, por lejos, fuera de lugar.

Nora quería pasar por alto el asunto del vestido. Si seguían indagando, el collar de perlas sería el próximo punto de análisis.

—No es necesaria la disculpa, Brithany.

—No, mi hermana tiene razón, a veces suelo abrir mi boca sin mesura.

—Exacto —convino Megan, satisfecha. Y Amy, ya restablecida, asintió.

—Perdón por mi equivocación, es evidente que el señor Miler le paga un excelente salario. ¡No cualquier empleada puede darse el gusto de un vestido como el suyo... —ironía pura. La pequeña Foster era peligrosa. Señaló con su abanico la gargantilla en Nora—, o ese collar de perlas!

—¡Por todos los cielos, Brithany! —gruñó entre dientes Megan—. ¿Qué hablamos antes de llegar aquí?

—Señorita Foster... —Amy recurrió a sus delicados modales y formas para regresar a su lugar a la jovencita—. No sabía que usted se desenvolvía en el ámbito laboral como para estar al tanto de los salarios actuales. Dígame, ¿cuál es su área de trabajo?

Nora escondió la sonrisa en el borde de su copa de limonada.

—El cotilleo, ¡qué más! —respondió Megan—. Me disculpo por ella, ya que parece incapaz de hacerlo.

—Tengo mis motivos. —Se abanicó el rostro ardido con la vista puesta en Amy. Los ojos de Brithany se perdían en la distancia tras la espalda de la señorita británica.

—¡Pues aparta esos motivos de esa cabecita tuya! —la reprendió su hermana.

Nora y Amy se miraron intrigadas, y la señorita Jolley consideró prudente indagar en el asunto para dejar de ser el centro de los comentarios tendenciosos de la jovencita Foster.

—¿Cuáles motivos? Si es que se puede saber —preguntó Nora.

—El hombre que, se dice, va a ser el nuevo protagonista de la novela de

Sarah Lorean —se acercó a ellas a modo de confidencia, y susurró entre medio de las cabezas—: Hotah...

Hotah... Nora tuvo que unir las recientes piezas que se encontraban en su cabeza. Lo recordó, era el mestizo que había rescatado a Charles y que trabajaba para Zachary Grant. Giró sobre sus talones sin pudor alguno. Ahí estaba, manteniendo una conversación con Zachary y Benedict Grant.

—Nora... por favor, sé más disimulada. —Le alertó Amy que estaba petrificada, como si una parálisis repentina la hubiese atacado.

—¿Lo conoces, Amy? Me imagino que sí, suele recorrer el pueblo — preguntó Brithany, ávida de jugosa información.

—Puede que nuestros caminos se hayan cruzado en alguna oportunidad.

—¿Cuándo?

—¡Brithany, no seas tan metiche! —Megan decidió ponerle un límite a su hermana.

—No lo recuerdo. —Amy no fue muy convincente.

—¿No lo recuerdas? ¿Tú? —Nora la puso en duda.

—¡Sí, no lo recuerdo! Mi memoria puede fallar, ¿no lo crees? —Estaba actuando a la defensiva, algo poco habitual en ella.

—Creo lo que tú digas —finalizó Nora.

El ida y vuelta de respuestas las agotó. De pronto, las cuatro se quedaron sin tema de conversación.

—Ahora que te observo... Amy —Brithany se permitió el tuteo que esta le había brindado para romper el silencio. El rostro de la señorita Brosman se encontraba en primer plano, y detrás, a lo lejos, coincidía el de Hotah—, serías la perfecta protagonista para la historia de Sarah. ¿No lo crees así, Megan? —Buscó complicidad en su hermana. Los ojos de Megan respondieron a la demanda. Las dos la evaluaron—. Tú, blanca como la luna, y él... con esa piel bronceada por el sol californiano. —Brithany volvió a abanicarse. Megan la imitó—. Tus cabellos rubios rojizos, y su cabellera oscura que le llega hasta los hombros...

Por obra y gracia del destino, la fervorosa imaginación de Brithany fue puesta en pausa. Amy respiró, porque había dejado de hacerlo y ninguna de ellas se había percatado. Sin más alternativa, dedicaron la atención al señor de la casa que parecía decidido a dar un improvisado discurso.

Una vez que Charles consiguió el contacto visual con Nora, carraspeó para dar inicio:

—Ante todo, quiero agradecerles su presencia. Hoy, más que nunca, he

comprendido lo bendecido que soy al contar con ustedes a mi lado... —Las palabras se le atragantaban, se detuvo. Quería ser perfecto, impecable con ellas.

—Nos quieres, Charles, ya lo sabemos ¡Ve al grano! —Louis hizo aquello que le fue solicitado hacer minutos atrás, actuar si lo veía titubear. Todos rieron, y Charles encontró el camino de regreso a lo que quería decir.

—Tienes razón; siempre la tienes, Louis.

—Maldición, Miler... —Zachary también decidió participar—. ¡¿Quién va a tolerar al pequeño Grant ahora?!

—Supongo que los mismos que te toleran a ti, Zach. —Charles devolvió la jugada.

Las risas no tardaron en resonar. Festejaron la respuesta. En especial Zach, que levantó su copa a él. El buen humor extendía sus alas envolviéndolos a todos. Charles respiró para llenarse el pecho de coraje, la clase de coraje que no estaba acostumbrado a utilizar.

—Iré al grano, y lo haré porque no quiero demorar ni un minuto más... —Atravesó el salón en dirección a Nora acompañado de más de un murmullo, se detuvo frente a ella con el corazón galopando a ritmo descontrolado—. Existen varios motivos por los cuales festejar, y cada uno de ellos no sería posible sin ti, Nora. Solo tú y yo conocemos la historia que nos convirtió en lo que juntos somos...

—Un error... —dejó escapar ella, y sonrió.

Finalmente habían hecho de sus primeros entredichos una anécdota inolvidable.

—Sí, y con barriga y rodete en lo alto... inclusive con bigotes, te amaría. —Tomó su mano entre las suyas y le confesó con la mirada sus verdaderas intenciones—. Fuiste más de lo que esperé, señorita Jolley, y eres mucho más cada día. Es un honor para mí contar contigo, con tu brillantez, con tu espíritu rebelde cuyo único norte en su brújula es la justicia. Es un honor compartir mi vida contigo... al punto tal que deseo gritarlo al mundo. —Una última bocanada de aire, solo eso necesitaba. Nada le impediría confesar su amor—. Nora... mi amada señorita Jolley. ¿Me otorgarías el último de los honores? ¿El honor de hacerte mi esposa?

El mutismo fue compartido por todos los invitados. La expectación crecía junto a una respuesta que no llegaba.

Y si de miradas confesoras se hablaba, la de Nora habló más de lo que se pudiese esperar. La condena brillaba en sus ojos.

—¿Nora? —reclamó él cuando la mano de ella se apartó de la suya con brusquedad.

—Lo siento, Charles... No, no puedo ser tu esposa. ¡No puedo! —Se echó a llorar a mares.

Huir... no quedaba más que huir. Como él lo había hecho en un principio. Era el momento de Nora ahora. Escapaba de la verdad que le arrebataría todo.

Las piernas, impulsadas por una desesperación sin nombre, se dirigieron al único lugar que podía serle de consuelo: el remanso junto al arroyo, testigo de la consumación del amor de ambos. Lanzarse bajo la cascada, dejarse arrastrar lejos por el ímpetu del agua, era el único fin que su corazón herido contemplaba.

Charles no la perdonaría. Por despreciar su proposición; por mentirle. No, por mentirle no, por ocultarle la verdad. Era cuestión de semántica. ¡No, era cuestión de egoísmo!

Se dejó caer de rodillas sobre el césped, al límite del arroyo para que sus lágrimas se mezclaron con él, así tendrían una razón de ser. Porque otra no encontraba. Lo que la quebraba en mil pedazos, lo que la desgarraba por dentro era la consecuencia de sus decisiones. Recordó las palabras de la pequeña Dorothy, aquellas que la abuela Sandra le había enseñado: *La verdad le gana a la promesa.*

¡Cuán ciertas eran! Dolorosamente ciertas.

No había cumplido la promesa hecha en nombre de Elisa. Traicionó la memoria de su hermana por amor, creyendo que el sentimiento justificaba todo. Pero no. La verdad siempre encuentra el camino hacia la luz, a la superficie. La verdad le ganaba, inclusive, a las promesas rotas, a las silenciadas.

—¿Nora?

La voz de Charles formó parte de la melodía de la cascada. Enloquecer era un paso más que lógico. Enloquecería por no tenerlo. Al no poderlo amar. Enloquecería y, con el tiempo, moriría.

—¿Nora?

Volvió a oír a pesar de la intensa sonoridad de su llanto. ¿Acaso...? Se volvió. Sí, era Charles, con el pecho agitado y los cabellos arremolinados producto de una carrera veloz que había seguido los pasos de su amada.

—No, Charles... márchate, por favor. ¡Aléjate de mí! —La angustia le quebró la voz.

—¿Qué clase de absurdo pedido es ese? ¿Qué está sucediendo, Nora? Explícamelo...

Antes de que pudiera acercarse, Nora se incorporó decidida a dar cuanto paso fuese necesario para alejarse de él.

—No puedo casarme contigo, Charles... No, tú... tú no puedes casarte conmigo.

—¿De qué hablas, mi amor? Ven aquí, no huyas de mí.

Los pasos de Nora terminarían por hacerla caer al agua y ella no era consciente. Estaba fuera de sí, en un ataque de nervios y lágrimas que Charles no podía entender.

—No huyo de ti, jamás lo haría... ¡Huyo de mí! ¡De mis promesas, de mis mentiras... De mi maldita hipocresía, Charles! No hay honor alguno en mí, te oculté la verdad.

—¿Verdad? Nora... ¿qué verdad? —No le importaba esa verdad, lo único que le importaba era su seguridad. La desatención de Nora ante sus breves cuestionamientos le dio la oportunidad que buscaba, tomarla de los brazos para atraerla hacia él, lejos del arroyo... cerca de su corazón.

—¡Suéltame, suéltame! No te merezco, no merezco tu amor, tus caricias... tus besos.

—Déjame a mí decidirlo, ¿te parece? —La sostuvo con fuerza, y la cercanía de cuerpos propició el encuentro de miradas. La luz de la luna fue cómplice, no podían escapar de lo que sus ojos confesaban—. Habla conmigo, Nora. Se nos dan bien las palabras entre nosotros, ¿no lo crees? —Sabía domar a la fiera que la mujer que amaba tenía dentro, había pensado que la conocía en todas sus facetas. En ese instante descubrió que no, se hallaba frente a una nueva. Una que amaría también, no lo dudaba. Nora asintió mientras se refugiaba en su pecho—. Dime, ¿por qué no quieres ser mi esposa?

—Porque no puedo serlo... no es lo correcto.

—¿Qué no es lo correcto?

—¡Volver a repetir la historia de tu familia! ¡Eso no es lo correcto!

Una excusa para nada esperada. Tan inesperada que le arrancó las palabras de la garganta a Charles. ¿Cómo demonios habían tomado ese camino? ¿Historia familiar?

Nora deshizo el abrazo, se valió del desconcierto para conseguirlo.

—No llegué a América movida por los deseos de nuevas oportunidades... no, vine aquí en tu búsqueda —Se corrigió en función de los acontecimientos relegados al olvido—, en busca de tu padre. ¡Charles Miler! Atravesé el océano con ese nombre atesorado en los labios. —La inexpresión en el rostro

de Charles la obligó a continuar. Se arrancaría las espinas, la piel, el corazón después de tantos años, de tanta duda y espera—. La decepción de saberlo muerto menguó mis fuerzas, tan solo tenía quince años; como dice la señora Grant... era una niña. Hasta que supe de tu existencia, y te convertiste en mi mayor anhelo. ¡Debía buscarte para compartir contigo la verdad que guardaba en mis maletas!

—¿Verdad? No sé cuál es el significado de esa palabra en tu diccionario, mi amor, pero en el mío no se corresponde con nada de lo que me vayas a confesar.

Era dueño de su historia, decisiones, con sus victorias y errores. Si existía un engaño detrás de Nora, no tendría mayor relevancia que la de un equívoco que podía ser desterrado por el amor que se profesaban.

—¡Tendrá el mismo significado para ti cuando descubras tu legítima identidad!

Charles se echó a reír. Una risa nerviosa, no podía ser de otra manera. Nora encontraba en cada palabra la excusa perfecta para dar otro paso lejos de él.

—Conozco mi verdadera identidad... Charles Miler, hijo de Charles Miler.

—No, Miler no... ¡Gordon! El apellido de tu padre, el que le fue robado, al igual que toda su historia, es Gordon, heredero del marquesado de Aberdeen.

Otra risa. ¡¿Qué restaba por hacer ante semejante acto de insania?!

—Cariño, creo que mis exigencias te han agotado hasta el punto del delirio. Lo reconozco, es mi culpa.

—No, Charles... no es delirio, aunque suene a ello. Me dijiste que tu abuela no solía hablar de su esposo, y que, por respeto a su dolor, nunca indagaron sobre él. ¿Alguna vez te mencionó su nombre?

Charles intentó hacer memoria.

—Christopher... creo que su nombre era...

—Lord Christopher Gordon —lo interrumpió, decidida a escupir la información que atesoraba de años—, marqués de Aberdeen. Lord Christopher Gordon y Anastasia Miler contrajeron matrimonio en 1803 —recitó de memoria—, ese mismo año, el futuro marqués se suma a las líneas del ejército para enfrentarse a Napoleón. Se marcha sin saber que su esposa, una mujer despreciada por la nobleza debido a la simpleza de sus orígenes, estaba esperando un hijo: tu padre. Ambos son engañados, a ella le mienten diciendo que su esposo murió en batalla, y a él lo engañan con la muerte de su mujer e

hijo en plena situación de parto. Charles Miler, nacido en 1804 en Eastbourne, Inglaterra, es registrado bajo el apellido materno, y meses después viaja a América con su madre bajo la coacción del marqués de turno, tu bisabuelo. ¿Comprendes la magnitud de lo que te estoy diciendo, Charles?

Estaba aturdido, no por lo oído, sino por la manera en que su cabeza procesaba el relato. Demasiado, se dejó caer en una de las rocas que solía utilizar como elemento de descanso.

—¿Lo comprendes, Charles? —insistió, temía que la vorágine de su narración lo confundiera.

—Eso intento, Nora... comprender.

—¡Tú eres el verdadero heredero! ¡No Simon Gordon! ¡Tú!

—Espera, espera... ¿quién demonios es Simon Gordon?

—El segundo hijo de tu abuelo, fruto de su matrimonio con Lady Stanmore en 1806, un enlace que no tuvo ni tiene validez, ya que el anterior matrimonio nunca fue anulado legalmente, solo fue desterrado a base de mentiras.

—¿Y Simon Gordon vive? ¿Es el actual marqués de...? —No lo recordaba, ni le interesaba hacerlo.

—¡De Aberdeen! Sí, en el presente, es el poseedor del título, uno que te pertenece a ti. ¿Ahora entiendes por qué no puedo ser tu esposa?

—No, sinceramente no. —Las normas de la nobleza no le quitaban el sueño. Si no fuese por las amistades que poseía en Inglaterra, las detestaría con todas sus entrañas.

—No soy una dama, Charles... mi apellido, quien soy, no vale un céntimo. Solo soy una huérfana que aceptó las migajas de un vicario. Casarte conmigo es el equivalente a despreciar tu título, repudiar a la nobleza, atacarla, menospreciarla... Es repetir lo que ha hecho tu abuelo, y sus consecuencias... —Podía extenderse hasta el infinito con apreciaciones similares. Se detuvo para no dañarse más de lo necesario.

—¡Y qué rayos me importa a mí la nobleza! ¡Me importas tú, Nora!

—Lo dices sin pensar, Charles, cuando caigas en cuenta de lo que esto significa...

—No, no, no... No analices los hechos por mí, creo que me he ganado el poder de hacerlo sin tu ayuda. —La roca dejó de brindarle descanso; de nada servía, su cuerpo estaba siendo gobernado por furiosos sentimientos. Caminó de un lado al otro, torturando a Nora con su andar silencioso y sus profundas exhalaciones—. Necesito una parte del relato que no me has contado... el único fragmento que pasaste por alto. ¿Cómo llegaste a mí? El porqué ya lo sé,

me interesa lo otro. —Le reclamó y puso fin a la endemoniada caminata justo frente a ella.

—No lo he pasado por alto, ya conoces el fragmento de mi vida que me trajo hasta a ti.

—Quiero oírlo de nuevo... ¡Quiero oírlo!

¿Estaba enojado? Sí, lo estaba. Enfurecía por ese trozo de relato que no tenía mayor importancia.

—Comencé a trabajar en las oficinas de Miler & Miler en Nueva York gracias a la relación del matrimonio Clark con Carrington.

—¿Y luego? —La ansiedad de Charles era incontenible.

—Luego, al cabo de dos años, viajé a Boston para desarrollar allí mis funciones de correctora...

—¿Y?

—Y... y ahí, por primera vez, supe de ti —titubeó. ¿Qué más contarle?

—Sigue, Nora... no te detengas. —La distancia que se interponía entre los cuerpos se transformaba, segundo a segundo, en un incordio que debía ser anulado.

—Comenzamos nuestro intercambio de correspondencia. —Los dedos de Nora se entrelazaban y retorcían, víctimas colaterales de su nerviosismo.

—Cierto, nuestras cartas... ¿Cómo olvidarlas? Continúa, por favor. —Dio un paso hacia ella.

—Tú requerías de un asistente, y me ofreciste el puesto.

—Debemos culpar a Ambrose, si no se hubiese marchado, seguirías en Boston.

—Pero se marchó, y yo atravesé el país por ti...

—Porque querías contarme esta... esta historia de nobles, plebeyas, matrimonios y legados. —Avanzó, los cuerpos se rozaron. Las manos se encontraron. Charles se quitó los guantes para que las pieles estuvieran en contacto.

—¡Sí, así es!

—Sin embargo, no lo hiciste, ¿por qué, Nora? Dímelo.

Las lágrimas recuperaron el terreno perdido.

—Porque no pude, porque me enamoré de ti... —Los gimoteos no tardaron en acompañarla—. Creo que me enamoré de ti desde antes, me enamoré de tus palabras, tus ideas, y cuando arribé aquí, ya estaba rendida a tus pies.

—Lo estabas... yo también lo creo —intentó hacer de la confesión un episodio memorable, de esos que recordarían con alegría en el futuro. Lo

consiguió, la hizo sonreír. Apartó las lágrimas de sus mejillas—. Es posible que yo también me encontrara en la misma situación, pero me reservo el derecho de confesión, no quiero que los Grant bromeen con ello.

—Estoy segura de que lo harán, en especial Louis.

—No, no él. El vivillo lo supo de inmediato... ¿Me amas, Nora?

—Sabes que sí, Charles. Te amo demasiado, tanto que te he mentido para no perderte.

—Bueno, yo no lo llamaría «*mentir*»; en todo caso, omitiste una verdad.

—Nora rio, había intentado convencerse con ese argumento minutos atrás. Charles la tomó de la barbilla para alzar el rostro hacia él—. Una verdad que no me interesa, que no forma parte de mi vida, me agrada ser Charles Miler, y si lo que me has contado es cierto, reniego del apellido Gordon con todo lo que conlleva. ¡Al diablo ellos! Tengo mi legado, uno que he forjado, que me hace sentir orgulloso y que quiero compartir contigo.

—Pero, Charles... —La silenció con un beso.

—Nada de Charles, nada de tonterías de clases sociales... te olvidas donde estamos, Nora. ¡Estamos muy lejos de Inglaterra!

—Lo sé, y me encantaría arrancar de mi vida los años allí vividos e iniciar la cuenta desde cero, aquí contigo.

—¡Pues, hazlo! Nadie te lo impide.

—Sí, la búsqueda de justicia lo hace... —Le relató el resto, la carta de su hermana, lo sucedido con ella.

La historia de Elisa, su muerte, la situación abusiva de Lord Simon Gordon, envenenó la sangre de Charles de igual manera en que lo había hecho con la de Nora. No podría permitir que el mal nacido se saliera con la suya.

—Es mi tiempo de hacer promesas, cariño. —Charles no descansaría hasta darle la paz merecida a la memoria de la hermana de Nora—. Prometo que el marqués de Aberdeen pagará por lo hecho.

—¿Cómo?

—Eso no importa de momento, importa que confíes en mi palabra. ¿Lo harás?

—Por supuesto que sí, Charles. Contigo aprendí a confiar.

—Entonces, vuelvo a preguntar... —Las manos se entrelazaron, los labios se rozaron. Apoyó la frente en la de Nora—. ¿Me harás el honor de convertirme en mi esposa?

—Oh, Charles... —Lloraba una vez más, sin embargo, en esa ocasión, eran lágrimas de felicidad.

—Por favor, aparta de tu cabeza esa absurda idea de nobles y plebeyas.
¡Ámame! ¡Acéptame como tu esposo!

Lo amaba, lo aceptaba, merecía su amor. Y juntos, se lo gritarían al mundo entero.

La felicidad de al fin conseguir la aceptación de Nora le generaba un estado de ensoñación constante; uno que no le quitaba practicidad.

Los preparativos de la boda estaban en camino, y se harían con celeridad. Ninguno de los dos tenía intenciones de postergar la unión, ni de separarse bajo ninguna circunstancia. La presencia de Kaliska no era suficiente para mantener las formas, y los tortolitos no estaban dispuestos a cambiar de techo. Charles había expuesto el trabajo pendiente y lo funcional de tener a Nora temprano en la mañana para avanzar. Una mentira que todos reconocían, pero que no cuestionaban para no ensuciar el buen nombre de Nora. De modo que Amy se trasladó esas semanas previas al hogar Miler y cumplió el rol de carabina.

Lo hizo todo lo mal que pudo. Aunque no permitía las escapadas nocturnas, no se preocupaba demasiado por las diurnas. Y era una chaperona muy propensa a distraerse con la enorme biblioteca del editor. Kaliska y ella entablaron una buena relación enseguida, y la mujer Miwok se complotaba con la señorita Brosman para hallar los libros más interesantes y perder el tiempo leyendo. El resto de las horas se ocupaban como era debido, Amy y Nora marchaban al pueblo con la señora Grant y las hermanas Foster, y mientras la maestra impartía su clase, las demás mujeres compraban lo necesario para la boda.

Ese día Nora fue en compañía de las hermanas, dejando a la señora Grant al mando de la decoración de su casa, el lugar en donde se celebraría la unión. Charles aprovechó los instantes sin Nora para cerrar algunos asuntos que le concernían, pero deseaba mantener en secretismo.

—¡Charles, querido! —exclamó la señora Grant al verlo llegar en su montura. No lo trataba de señor, era incapaz, ¡si tenía la edad de sus hijos!—, ¡qué bueno que estés aquí!, tu prometida me está volviendo loca. Nunca vi una muchacha tan austera como ella... dime, dime, res para la cena, ¿te parece bien? Podemos reducir la comida a unos seis platos...

—¿Cuántos quiere Nora?

—Tres..., pero no cedas, Charles, o esa muchacha te llevará de las narices toda la vida. —Lo decía con un dejo de satisfacción.

—Ya me lleva de las narices, señora Grant, y creo que lo dejé bastante en claro frente a varios testigos. —Salir tras una mujer que te rechaza en público requería de bastante valor, o estupidez.

—Oh, eso no es llevar de las narices, querido. Eso es lo que toda mujer enamorada hace...

—¿Huir?

—¡Exacto! —Remarcó sus palabras con un suave golpe en su brazo, como si intentara espabilarlo por no comprender lo evidente—. Mi Emily, cuando se supo enamorada de Lord Colin Webb, se subió a un barco y estuvo a punto de poner un océano más un continente de distancia... Menos mal que mi yerno es un hombre lo suficientemente listo para tirarse al Támesis y casi morir ahogado, si no... oh, me imagino las penas de mi pequeña. Y usted hizo lo mismo al salir tras ella... —Guardó silencio por unos segundos, en los que la mirada se le vistió de nostalgia, luego susurró—: Ojalá yo hubiera criado hombres menos tercos, Charles. Sí... sí... que esa fuerza de cactus de desierto a veces no los deja ver más allá de sus narices.

—Sus hijos han hecho buenos matrimonios... —se atrevió a conjeturar.

—Oh, sí, esos dos. Y mi Louis que se llevó todo el corazón, pero mi Zach. Sabe, apuesto lo que quiera, mi fortuna completa, hasta el último centavo de dólar, a que una mujer huyó de mi Zach y el muy cabezotas, en lugar de tirarse al Támesis, se subió al barco. Ay, que si fuera pequeño le daba un sacudón para que entrara en razón... ahora, ¿cómo se hace para que un hombre hecho y derecho acepte las reprimendas de su madre?

—Madre... —intervino Louis, al ver que su invitado había sido apresado.

—¡Louis, no interrumpas!, estoy hablando de amor con Charles.

—Creo que así, señora Grant, es como se reprende a un hombre hecho y derecho.

—Mira, querido, que, si algún día necesitas de uno que otro consejo maternal, aquí estaré.

—No confíes en ella, sus consejos suelen traer más problemas que aciertos. —La mirada de Louis brillaba; sí, su madre era propensa a dar riendas a los corazones; las razones, en cambio, no siempre prevalecían. Si había un Grant que hubiese salido más a Sandra que a Benedict, ese era el mismo Louis—. Ven, vayamos a mi despacho.

—Señora Grant... —La saludó con una inclinación de cabeza—, le doy permiso para obrar a espaldas de mi prometida, confío, pese a las palabras de Louis, en su criterio. Sé que no hará nada que la incomode.

—Claro que no... solo haré res y... muchachos, Louis, ve a la bodega de tu padre y sácale los de la cosecha del '55 así mientras hablan le haces probar a Charles el vino de la boda —y se marchó en un eco de órdenes a quienes la rodeaban.

—Hagámosle caso a mi madre, cambiemos el despacho por la bodega.

Los dos hombres dejaron la inmensa casa principal de los Grant para avanzar por los serpenteantes senderos hasta llegar a la bodega. Una construcción fresca, repleta de toneles, en las que se fabricaba el vino y se lo dejaba reposar en contacto con la madera para que los sabores se asentaran. Louis sorteó las barricas hasta dar con las indicadas y buscó la que se usaba para la cata. Las copas y utensilios estaban a mano, y mientras el joven Grant servía para su amigo y para él, una de las sirvientas de la casa se acercaba con una selección de quesos y embutidos para que acompañaran la selección de vinos.

Se sentaron, usaron una barrica como mesa, y se saturaron la boca de delicias y manjares, sin poder hablar. En la segunda copa, las lenguas estaban más livianas.

—¿Qué te trae por aquí, si no son los preparativos de la boda?

—Es eso lo que me inquieta, pero no los relativos a los festejos. Tu madre está muy entusiasmada...

—Le has dado un gusto, está feliz. Si bien las hermanas Foster son buenos partidos, también vienen de una familia adinerada, y de mucho mejor gusto y educación que nosotros, ya sabes... la señora Foster y mi madre se llevan como dos buenas consuegras.

—Pelean por todo, ¿eh?

—Veo que sabes cómo funciona esto. Que le hayas dado vía libre, la tiene en la gloria. Por fin hará una fiesta a su antojo...

—Con res.

—Con res, con vino y con una cena para todos los empleados del rancho. Charles, ¿por qué estamos hablando de mi madre? No sueles ser un hombre de rodeos.

—Nora tiene un secreto —confesó—, un secreto que ahora es mío. Y solo confío en ti. —Louis asintió, bebió de su copa y aguardó a que Charles se abriera. Él conocía de primera mano la historia de torturas sufridas por el hombre. La marca del carimbo, los dedos amputados, el ojo arrancado: *Nunca volverás a escribir mierda* había sido la amenaza que le habían lanzado antes de mutilar cada parte del hombre que era requerida para su trabajo. Hotah

llegó a tiempo de salvarle un ojo y cinco dedos, y con eso mantuvo el imperio editorial. Pero la confianza no volvía a entregarse con facilidad, era un tesoro que Louis había sabido ganarse y que resguardaba con celo, reconocedor de lo valioso que era. Siempre sintió algo de orgullo al saber que, cuando pensó en escapar, su nombre fue el que le vino a la mente, que Charles Miler no asociaba el apellido Grant al oro, sino a la lealtad—. Soy marqués...

—¿Qué?

—Soy el verdadero marqués de Aberdeen.

—¿Qué?! —Louis se atragantó con el vino y tosió un par de veces—. ¡¿Cómo demonios?!, ¿de qué hablas?

Charles le relató la historia de Nora, de cómo ella había cruzado el océano como polizón escapando del poder e influencia de un marqués que se había aprovechado de la indefensión de las hermanas Jolley. Le explicó que ella buscaba a su padre, al primer Charles Miler, y que creyó, al enterarse de que había fallecido, que con él habían muerto también las posibilidades de justicia. Se ahorró los miedos de Nora a que el título los separara, pues eran miedos vacíos, se dijo. Prefería renunciar a cualquier herencia, incluso destruir la editorial, antes que perderla. No existía riesgo de ruptura entre ellos, pero no desmerecía el temor, uno que nacía de la inseguridad del afecto profesado. Él también lo sufría, saber que estabas a merced del amor te hacía vulnerable; dependías de otra persona, tu felicidad estaba atada a la del ser amado.

—¡Demonios, Charles!, desearía que estuviera mi cuñado aquí. Él de seguro conoce al marqués, y su padre es un hombre de olfato, ten por seguro que, si es de mala calaña, lo saben.

—Lo saben, pero... ¿pueden hacer algo?

—Probablemente no. El poder es poder, Charles. Del mismo modo que aquí se saben las aberraciones que viven los esclavos y no siempre se hace nada, allí no es distinto.

—Pero yo puedo cambiarlo, no... —Su mano detuvo la inminente advertencia de Louis—, no hablo de hacer una locura, de desafiar las normas británicas e ir a ganarme enemigos a Inglaterra. Tengo pruebas, solo debo reconocer mi título para quitarle el poder.

—Charles... ¿qué pides de mí?

—Que seas mi apoderado en América. No puedo hacer esto desde las sombras, ni oculto en California. Debo viajar, presentarme allí y reclamar lo que me corresponde por nacimiento. Si creen que no me corresponde, bien,

regresaré a ser editor...

—¿Y si no?, ¿serás marqués? Charles...

—Sé que amas a alguien, Louis. Todo California lo sabe... —Buscó la mirada de su amigo para que pudiera leer en la suya la verdad—. Amo a Nora, y ella estaba dispuesta a renunciar a la justicia por su hermana, incluso a sus valores... estaba dispuesta a renunciar a todo por estar a mí lado. No me perdonaría jamás ser tan egoísta con ese sacrificio. Sí, es un cambio radical en mi vida, es asumir nuevas responsabilidades. Pero, demonios, Louis, no se trata siquiera de saltar a la pobreza, ¿no? No, mi Nora hasta para eso es magnánima, hasta para pedir sacrificios...

Louis no pudo más que reír.

—Tienes razón, ¡marqués!, ¡maldición!, serás más poderoso que mi cuñado.

—No contemos el ganado hasta que no esté en el corral. Necesito, ante todo, que aceptes ser mi apoderado. Las oficinas se gestionan por su cuenta, lo sabes, y manejan los presupuestos que tienen. Conoces el trabajo, las decisiones que debes tomar son las que tomo yo...

—Jugarme o no las pelotas por una publicación, sacar dinero de aquí para poner allí...

—La fortuna es que jugarás con mis pelotas. —Los dos sonrieron.

—Podemos apostar más fuerte, serás marqués.

—¡Eres un peligro, Louis! —lo reprendió Charles—, primero deja ver cómo sale esto. Pero sí, no es algo que no haya pensado... y estudiado, y analizado.

Pasaron una hora más bebiendo vino y conversando. Hablaron de política, de la influencia que aún tenía Gran Bretaña en tierras americanas y en los posibles usos que le podía dar al título de marqués. Louis le prometió mover los hilos que lo conectaban a su cuñado, para asegurarle el apoyo de los Sutcliff y de los Thomson; Charles, por su lado, tenía el apoyo de Lady Vanessa Witthall, su escritora estrella, y con ella, la de su esposo. Y Amy, con poca sutileza, le comentó *al pasar* mientras Nora se preparaba para la cena que ella tenía una relación estrecha con el marqués de Shropshire, un hombre defensor de causas justas y que detestaba a quienes usaban el poder con fines viles. Dio a entender, en sus formas británicas, que dicen todo sin decir nada, que había comentado los rumores sobre el carácter para nada apropiado del actual marqués de Aberdeen y las posibilidades de que el mismo fuera un impostor. Lo había hecho sin permiso de Nora, por lo que, entre líneas, le

pedía discreción. Había sido cuando creyó que su amiga renunciaba a la justicia por amor, y quiso, al igual que en esos momentos quería Charles, regalarle al ser querido lo más anhelado.

Se despidieron algo achispados por tanta bebida.

—Dile a tu madre que es un sí para el vino, y para la res. —Louis carcajeaba al ver a su amigo caminar algo mareado, él tenía mejor tolerancia para el alcohol.

—Le diré, dejemos a la novia en los asuntos importantes, como el vestido y el novio. Ve a dormir, y ya me dirás, cuando mañana no tengas dolor de cabeza, si el vino Grant no es el mejor de California. Por cierto, Charles, antes de que te marches, es mi turno de pedir un favor... —Se acercó a él y le sostuvo la montura.

—Pide lo que sea, ya sabes que estoy más que en deuda, hasta lo imposible lo intentaré.

—No sé cuán posible o imposible sea... Thelma Ferrer.

—¿Quién?

—Thelma Ferrer —repitió el nombre que había oído de labios de su hermano Zachary en una noche de borrachera y nostalgia—. Solo sé que vive en Inglaterra. Es la mujer que tiene a mi hermano sumido en la melancolía, por quien se niega a conocer a otras mujeres. Hállala, y tráela si es posible, ya sabes a lo que me refiero, o trae respuestas que sanen al cabezota de Zach.

—Ten por seguro que cumpliré. —Thelma Ferrer, para él también se convirtió en la llama de la esperanza, en la de devolver parte del cariño brindado por los Grant.

Se marchó de la casa principal, y al regreso a la suya, Charles fue recibido por una entusiasta Nora que corrió a sus brazos, como si en lugar de una tarde separados hubiesen estado una eternidad.

—¡Ya tengo el vestido! —exclamó. Amy y Kaliska mostraban su desacuerdo por la elección, pero Nora se veía feliz y eso era lo que valía. Permitió que se burlaran de él mientras cenaban acompañados de agua y las risas siguieron un poco más, cuando Amy decretó que ella y Kaliska leerían un pasaje más de una novela pícaro que habían encontrado entre los estantes.

Nora y Charles salieron a pasear por los jardines y se alejaron hacia la zona del arroyo.

—¿De verdad creen que no lo sabemos? —comentó Amy a Kaliska.

—Solo no les importa. Como a nuestro protagonista... ese tal John Graham. —Rieron conteniendo las carcajadas. Sarah Lorean no se había

gastado demasiado en ocultar en quién estaba basado el héroe de su novela.

La boda fue íntima, en términos de la señora Grant. Los empleados del rancho festejaron en las afueras, California permitía con su clima que se pudiera celebrar bajo el cielo limpio. Los allegados a la pareja lo hicieron en los jardines frontales, cerca de las bodegas de donde no dejaba de emanar vino cual manantial de montaña.

La novia, a pedido personal de ella, fue preparada por Kaliska solamente. La elección de vestuario y atuendo fue un secreto para todos salvo para la mujer Miwok y Amy. La señora Grant estaba tan ansiosa como una niña, aunque no le ganaba al novio que repiqueteaba los pies frente al altar de flores puesto junto a la fuente. A su lado, los hermanos Grant de impolutos trajes bromeaban a costa del sufrido editor.

Charles tiró de su chaleco, acomodó la pañoleta, la flor que llevaba en el ojal y los mechones castaños que comenzaban a ondularse de forma natural. Al fin, la señora Grant hizo un gesto con su pañuelo, una pequeña orquesta comenzó a tocar y Nora apareció del brazo de Benedict. Miler se quedó paralizado, a su alrededor se escuchaban los murmullos que comentaban la belleza de Nora, su atuendo, lo feliz que se la veía. Sandra lloraba, por supuesto, las hermanas Foster se contenían para no aplaudir, Dorothy arrojaba pétalos al camino de Nora, con gran solemnidad... Nada de eso conseguía romper la ensoñación de Charles.

Nora había elegido un atuendo tan sencillo, que explicaba los motivos de su secretismo. No tenía ningún adorno, solo era una inmensa capa de muselina blanca que ondeaba a su alrededor con una cola pequeña que apenas se arrastraba. La parte superior, igual de simple que la inferior, se ajustaba a la estrechez de su cintura con un plisado. Nada de puntillas, ni volantes ni bordados. Solo Nora y su vestido blanco... y girasoles californianos. Otra controversial elección.

Era la flor más común de la zona, crecía en el medio del desierto. Nada de rosas, camelias o flores exóticas. Nora optó por la que suponía, eran los equivalentes a los tréboles de los duendes irlandeses. Flores mágicas. Sostenía un ramo amarillo y, en sus cabellos, algunas recién cortadas. Le había pedido a Kaliska que se lo trenzara como solía hacerlo ella, por lo que no

estaba del todo recogido, sino que la acompañaba, libre, en su caminata al altar.

Allí la recibió Charles, y la besó. ¿Podía esperarse otra cosa? Al parecer sí, pues recibió un divertido abucheo de los presentes. Las mejillas de Nora ardieron.

—Espera, Charles, nos has arruinado la parte de *puede besar a la novia* —se quejó Louis.

—No la he arruinado, la he editado.

—Ya, se callan los dos —los reprendió Sandra—, que el pastor tiene que empezar.

El pastor no dio muchas vueltas, tenía que sacar provecho de la situación. Sabía que era afortunado al haber sido elegido, los Grant eran católicos y que aceptaran una unión protestante era todo un logro. De modo que realizó la boda con celeridad y solemnidad, y guardó la generosa donación que Miler hizo para la capilla del pueblo.

Los festejos se extendieron con bailes, bebida, los seis platos que dispuso la señora Grant más una constante reposición de dulces y... más vino. La pareja los dejó en plena diversión, cuando las estrellas y la luna brillaban en el firmamento. Amy y Kaliska se quedaron un poco más, para permitirle a los recién casados la intimidad de su primera noche.

Y ellos lo aprovecharon. El trayecto lo hicieron en una calesa repleta de flores, y al arribar, José se encargó de recibirlos, subirse a la misma calesa y marchar junto a su mujer a celebrar en nombre de su jefe. Solos al fin, el reciente matrimonio Miler no perdió el tiempo.

Los besos se abrieron paso, y no separaron las bocas en todo el trayecto hacia la habitación de Charles, que, desde esa noche, se convertiría en la de los dos.

—Nora, ¡por Dios!, no puedes ser más bella... ¿quieres matarme?, ¿es eso?

Ella rio encantada. Sabía que a su esposo le gustaría la elección de vestuario, más cuando descubriera que no poseía demasiados lazos ni botones. Podría desvestirla en un santiamén.

—Tú también estás hermoso, eres hermoso, Charles.

A Miler le gustó creer esas palabras, lo hacía. Se sabía atractivo ante los ojos de su mujer, pues lo observaba más allá de la superficie herida y mutilada, Nora podía contemplar lo que guardaba en el interior, y eso era amor... amor infinito por ella.

Sonrió con picardía al notar que podía desnudarla.

—Nora...

—Por favor, Charles. —Le parecía increíble que el fuego entre ellos no menguara. Llevaban tiempo compartiendo noches, amándose a todas horas, y, sin embargo, volvían a arder con un simple roce, como si fuera la primera vez.

Mejor que la primera vez.

Se conocían, habían descubierto los secretos de sus cuerpos, las mil formas de complacerse. No existían más pudores entre los dos, sus pieles desnudas no los avergonzaban. Charles le quitó el sencillo vestido, la ropa interior. Desnuda, con su cabello trenzado con flores amarillas lucía como una ninfa. Repetir lo bella que la hallaba era en vano, solo restaba demostrarlo. Permitió que ella llevara a cabo la tarea de despojarlo de las ropas de gala para vestir su piel con la luz de la luna que se colaba por las ventanas.

Las bocas se volvieron osadas, explorando, besando cada rincón. Charles bebió del placer de Nora, se alimentó de su sabor, de su perfume a flores y de los gemidos ahogados que nacían en su garganta. Amaba sus senos pequeños e enhiestos, los pezones rosados que clamaban por caricias. Los llevó a la boca para degustarlos, y Nora lo complació enredando los dedos en sus mechones espesos. La exploración continuó hacia el ombligo, el vientre plano, y más abajo, la entrada de su cuerpo. La preparó con la boca, aunque Nora ya estuviera lista. Extendió el placer con su lengua, estimulando el punto exacto que la empujaba a la cima. Ella ya conocía las sensaciones, la forma en que respondía su cuerpo a las caricias de Charles y escapó de él antes de explotar en mil pedazos.

—Tómame, Charles, tómame como tu mujer.

Él deshizo el camino, ascendiendo por su piel hasta tocar con los labios su cuello. La sintió estremecerse, y lo hizo con ella. Su pecho musculoso le aprisionaba los senos, sentía los pezones rozarse contra el vello. Las manos de su esposa no se mantuvieron impávidas, se sumaron al juego y recorrieron la espalda de Charles hasta alcanzar los glúteos, donde clavó las uñas con fuerza de fiera. Él rio satisfecho, lo embravecía el desenfreno de Nora, el modo en que la pasión borraba los estirados modos británicos y los reemplazaba por los de mujer amante.

—Guíame —le exigió él—, muéstrame lo que quieres de mí, Nora.

Charles lo sabía, pero deseaba que su esposa se lo indicara; dejar en claro que no había anhelo de ella que no estuviera gustoso de cumplir. Todos sus caprichos se volvían demandas, y sus demandas, hechos. La muchacha abrió

aún más las piernas, para que el miembro de Charles encontrara cobijo en la entrada de su cuerpo. Le indicó el sendero a su interior, aferrándose a la cintura con sus muslos firmes y elevando las caderas para tomarlo por completo.

Charles se hundió en ella, arrancando de su garganta un grito de placer y gloria; la tomó de las caderas para hallar el ángulo perfecto y embistió con la fuerza que Nora clamaba.

Dejó que los sonidos de deleite, la humedad de esa mujer receptiva y los espasmos le indicaran el ritmo, el momento, el destino, como las estrellas de una noche despejada. La hizo alcanzar la cima, desde donde ella cayó susurrando su nombre: Charles... Charles.

Se derramó en su interior, dejando su esencia de hombre en ella. Nora... Nora...

El amanecer los encontró abrazados y despiertos. Contuvieron las risas al escuchar el retorno de Amy, Kaliska y José. Los tres llegaban ebrios, y Hotah, el empleado de Zachary, parecía incapaz de controlar a esa tribu de achispados.

—*¡Vivan los novios!* —gritó José en español, y Amy repitió cualquier cosa. Las carcajadas resonaban seguidas de *shh, shh*. Un jarrón fue a parar al piso, la señorita Brosman a punto estuvo de hacerle compañía.

—Señor Hotah, ha salvado mi vida —le agradeció con dramatismo, seguido de otro coro de *Shh*, y reprimendas que intentaban ser silenciosas, pero eran tan sonoras como truenos de tormenta.

—Ahí tienes a nuestra chaperona, no me sorprende que hayamos logrado evadirla con tanto éxito —bromeó Charles a una Nora que escondía la cabeza en la almohada para no delatar la risa.

—Si la viera la señora Saint Jordan, muere de un infarto. O la señora Sullivan. Las ha deshonrado como carabinas.

—Pero le ha ganado como casamentera, has conseguido marido.

—Debería escribirle a la señora Monroe, Clark, Saint Jordan... se enfadarán si no las tengo al corriente. —La propuesta era nueva incluso para ella, significaba que las consideraba sus allegados, y, tal como había remarcado Amy, era una forma de abrir su corazón que hasta ese día estuvo sellado. Charles había abierto la puerta con su amor, ahora era tiempo de dejar entrar a más personas.

—Deberías, pero no tienes por qué preocuparte, les haremos una visita y podrás contarles en persona...

—¿Viajaremos a Nueva York y Boston?

—Sí... bueno, en realidad, será una escala en nuestro viaje.

—Charles... —Nora se incorporó. Estaba por completo desnuda y sus senos quedaron al descubierto de las sábanas, acto que desconcertó a Miler y lo hizo perder el hilo de sus pensamientos—. ¡Charles! ¿A dónde iremos?

—A Inglaterra —dijo sin medir las consecuencias. Se incorporó para besar los labios de su esposa, y Nora se hizo a un lado.

—¡Nada de distracciones, señor Miler! —se puso de pie y buscó su

camisola. Charles bufó como un niño que le hubieran negado un capricho. Se veía adorable con sus mechones castaños despeinados, su voz más ronca de lo habitual y una protuberancia difícil de ocultar bajo las mantas—. ¿Qué es eso de que iremos a Inglaterra?

—Haremos justicia por Elisa, Nora. Eso haremos, ahora, ven a la cama unos segundos más.

—No... Charles, no puedes hablar en serio... No puedes. —Los ojos se le humedecieron, él no estaba sorprendido, era la reacción esperada.

—Sí, hablo en serio. Ya estamos casados, lo hicimos frente a muchos testigos... Adoro a la señora Grant, no me malinterpretes, pero tenía mis motivos para permitirle organizar su festejo con todo el rancho y sus reses... California completa sabe que Charles Miler y Nora Jolley son ahora marido y mujer, y recuerdas las palabras del pastor: *que lo que Dios ha unido...*

—Pero serás un marqués y yo, una plebeya. Ya sabes lo que le sucedió a tu abuela... Charles... —Se arrojó a la cama, junto a él, y lo abrazó con fuerza, casi haciéndole daño—. Yo no puedo perderte, no soy ella, no lo soportaré.

—No lo harás. Si debo elegir entre el título o a ti, te elegiré a ti. ¿Tienes dudas de eso, Nora, tienes dudas de mi amor por ti?

—¡No, por supuesto que no! Sin embargo...

—Vamos, lanza todos tus recelos al plan. Te sorprenderá lo mucho que lo he pensado para dejarte sin excusas.

—Charles...

—Mereces ser feliz, Nora. Ambos lo merecemos. Tú, mi bella esposa, me has ayudado a superar mi pasado, y sabes la cantidad de horrores que allí se esconden. Me has hecho creer en las personas, una vez más; en el amor, en la empatía y en la sensibilidad. Me has hecho creer, de nuevo, en que existe un mundo mejor, porque existen personas mejores. Y que está en nosotros forjarlo. Tú, Nora, le das razón a mi vida, a mi existir. No puedo no intentarlo. No haré promesas, no puedo asegurarte que se hará justicia, lo que te ofrezco es la determinación que corre por mis venas de hacer todo lo que esté a mi alcance.

—¿Y la editorial?

—Louis aceptó ser mi apoderado por el tiempo que estemos en Inglaterra. Las oficinas, ya sabes cómo funcionan, tú misma has gestionado una por tu cuenta. Son independientes, salvo detalles que recaerán en Grant.

—¿La lucha por la abolición? Estás muy comprometida con ella... has dado todo de ti, ¡todo!

—Y lo seguiré dando. —La sonrisa de Miler le dijo que esa opción ya había sido contemplada—. Este mes, mientras tú ibas al pueblo, me dediqué a estudiar la situación diplomática entre Inglaterra y Estados Unidos. Henry Temple, Lord Palmerston, es el nuevo primer ministro de Reino Unido... estar allí y ostentar un título puede permitirme un acercamiento y hacerlo repensar el posible apoyo a las políticas del sur.

—¿Y si no me aceptan, si no nos aceptan y solo te ganas un enemigo poderoso y vil como es el actual marqués de Aberdeen?

—En ese caso, volveré a Estados Unidos, con «mi» esposa, nos refugiaremos en California y publicaremos un controversial libro que hable de las infamias de la nobleza británica. Estoy seguro de contar con la escritora perfecta para la tarea, una condesa que adora poner en jaque a la sociedad bostoniana e inglesa. ¿Alguna excusa más, esposa mía?, ¿ya podemos regresar a lo importante?

—Charles... —Él abrió los brazos y le prestó su pecho de refugio. Pues allí, Nora Jolley siempre estaría al resguardo de las maldades del mundo.

Las despedidas fueron repletas de *hasta luego*. Ninguno de los Grant diría *adiós*. Pretendían volver a ver al matrimonio Miler, y esperaban que fuera más temprano que tarde.

Un carruaje se dispuso para ambos y, a diferencia del viaje que hizo Nora para llegar a él, optaron por recorrer el norte del país, terrenos que resultaban más seguros para el editor; donde no tenía tantos enemigos.

Estaban nerviosos por las expectativas, y lo sobrellevaron del modo que sabían: trabajando. En el interior del carruaje, y luego en el vagón personal de Miler, no hicieron más que leer y analizar manuscritos, tomar notas y dejar órdenes explícitas como para una década de publicaciones.

—Ya conocerás a la señora Saint Jordan, Charles. Espero que no la escuches... repito, que no la escuches.

Él carcajeó ante las inquietudes de Nora. Su flamante esposa había decidido, y a Charles le pareció una grandiosa idea, seguir con su puesto de asistente. No concebía, tras la independencia y la sensación de hacer algo de valor intelectual, retornar a una vida sin libros. Incluso, prometió, vería el modo de balancear las responsabilidades cuando los niños llegaran. Él no temía, sabía que Nora era capaz de manejar más de un plano, sin contar con que él no pretendía ser uno de esos padres que se desatendían de sus hijos. Los imaginaba correteando en la biblioteca mientras ellos intentaban cerrar las correcciones de algún libro. La idea le resultaba encantadora.

La primera parada fue Nueva York, donde fueron recibidos por los Clark y la señora Monroe. Cancelaron la reserva del hotel, pues Edward insistió en hospedarlos bajo su techo. Las noches que pasaron en esa casa fueron hermosas, Charles había olvidado lo mucho que disfrutaba de la nieve, de patinar en el hielo y de comer platos tan pesados que te hacían olvidar del frío.

—Y todavía nos queda Boston... —bromeó Nora, que estaba a sus anchas en ese clima invernal. Volvía a sus enaguas sin que la brotaran, a los guantes de piel, a los pesados abrigos y a la moda que siempre conoció y que, Charles debía admitir, le sentaba de mil maravillas.

La hizo ir de compras por las lujosas tiendas de Nueva York, joyas, telas,

zapatos, cintas. Nora se negó a que le confeccionaran los vestidos allí, y le pidió que guardara todo aquello hasta llegar a Boston.

Las despedidas no se hicieron esperar, y marcharon a Boston, donde la señora Saint Jordan estaba feliz y ofendida en partes iguales. Feliz por el matrimonio, horrorizada ante la idea de que ese hombre sin escrúpulos permitiera a su esposa trabajar.

—¿Es que acaso pretende que te ganes tu asignación?

—No, señora Saint Jordan —bromeó Nora, con intención no solo de tomarle el pelo a su anterior casera, sino también a su marido—, lo que intenta es ahorrarse el sueldo de una asistente.

—¡Ay, Dios bendito, ya sabía yo que no debía dejarte sola! Las señoritas de ahora no saben elegir maridos. Se dejan ganar por lo apuesto...

—¿Me encuentra apuesto? —susurró Miler a su lado, haciéndola reír.

Clarise contenía las carcajadas y soportaba las indirectas que caían sobre ella. Aguardó a que la señora se distrajera para arrastrar a su amiga y esperar a que la pusiera al corriente de Amy, de su matrimonio y de la aventura de enfrentar al marqués de Aberdeen. Al falso...

—Tendré preparadas las sales para cuando la señora Saint Jordan se entere de que está tratando de avaro al verdadero marqués de Aberdeen —comentó Clarise, y escondieron las risas tras las tazas de té.

—No serán necesarias, ya sabemos que sus achaques son solo fingidos.

Una vez al tanto de las andanzas de las dos amigas en California, Clarise recibió el pedido de Nora:

—Confecciona mi ajuar, Clarise. He traído telas, cintas, hilos... pero también te doy el mando para comprar lo que necesites. No debería decir esto, es de mala educación... Me he casado con un hombre rico.

—¿Y piensas fundirlo? —La reprendió entre risas la señorita Eastwood.

—No, pienso usar mi asignación en tu boutique... y si esta horrible idea de convertir a una plebeya en marquesa funciona, diré a todo el mundo que mis diseños son de *madame Eastwood* la dueña de la mejor boutique de Boston, ¡de América!, ¡de Inglaterra!

La emoción hizo a Clarise romper la taza de té; no escuchó las quejas de la señora Saint Jordan, porque ambas muchachas se abrazaban y chillaban exaltadas como dos niñas en navidad.

Pasaron en Boston tres semanas de intenso trabajo. Frank Stean estaba feliz de saber que Nora seguiría cumpliendo con su tarea, pues descubrió que,

firme y todo, era mucho más dócil que Charles Miler en persona. ¡Por Dios!, ese hombre era pura pasión y su temperamento podía volverse tormentoso cuando de asuntos importantes se hablaba. Solo Nora podía calmarlo, un poco, lo suficiente como para que las discusiones se dieran de manera civilizada.

El día del embarco llegó, y los Miler subieron al buque con sus equipajes repletos de lujos y miedos. La travesía era de algunas semanas y se dio con algo de nostalgia. La vida de ambos cambiaría por siempre.

El arribo a tierras británicas fue inesperado. Varios carruajes aguardaban por ellos, sin que ninguno se hubiera puesto de acuerdo. Los rostros de bienvenida no mostraban ni el más mínimo asombro ante el aspecto amenazador de Miler, con su parche, su herida de carimbo y las manos rígidas enguantadas. Sabían a quién esperaban y la historia detrás de cada cicatriz. Lo admiraban, y se encontraban satisfechos ante el cambio que avecinaba.

El bastón de Lord Richmond, marqués de Shropshire, resonó sobre los adoquines poniendo orden.

—Lo siento, milores, miladies, haré uso del protocolo para poner orden.
—Lady Thomson bufó con humor.

—Si no fuera tan encantador, diría que es un déspota. Pero sin duda, lady Katherine no se hubiese casado con usted, de modo que le otorgaré el beneficio de la duda.

—No lo haga, Lady Mariana... —intervino Lady Katherine—, mi esposo es todo un déspota. Aunque también tiene razón en lo de encantador.

—Querida —se quejó el marqués, sin reprenderla—, no espantemos a los recién llegados.

—¿Espantarlos? —Lord Webb descendió del tercer carruaje de recepción—. Ya han conocido a los Grant, eso es imposible. Señor Miler, Lord Webb, a sus servicios. Espero en breve poder decirle milord.

—Y que pueda usted bajarle los aires a Richmond... será agradable tener otro marqués a su altura —agregó Lady Thomson—. Ahora, si es tan amable de dejarnos ver a su esposa. Estamos muy, muy intrigados.

Miler hizo una reverencia a la inesperada comitiva, gesto que hizo reír a Nora por lo bajo. Le salía a la perfección, muy bien lograda, pero recordó cuánto le había costado a ella quitarse esa costumbre de tratar a todos como si fueran esos lores que tenía ante sí. Se hizo a un lado, le dio el espacio a Nora, y antes de que ella pudiera imitarlo, Lord Webb irrumpió por encima de protocolos y títulos.

—¡Niña, tú sí que has crecido!, pero mira nada más. Tan pequeñita e indefensa, y te marchas para devorarte América y regresas para comerte Inglaterra.

—Lord Webb... —atinó Nora a decir conteniendo las ganas de romper las normas.

—Colin, siempre Colin para ti. Hemos cumplido condena de grumetes juntos. —Charles lo observaba y sus facciones se endurecieron, no le agradaba demasiado que ese lord de rostro tallado por los ángeles se comportara de un modo tan amistoso con *su* Nora.

—Colin, querido —lo reprendió Emily, que aprovechó a descender también con ayuda del cochero. Charles la reconoció de inmediato, era una auténtica Grant—. Deja a nuestra niña en paz, que ya no es niña, es señora... y es señora Miler —remarcó con un codazo.

—Pues para mí siempre será una niña de dos trenzas.

—Deben estar muy cansados... —La voz de Lady Katherine Richmond fue bien recibida—, y como bien ha dicho mi marido, haremos el honor de ser sus anfitriones. Y, haciéndome eco de las palabras de Lady Thomson, como somos unos déspotas, no aceptaremos un no por respuesta.

La marquesa de Shropshire tomó el brazo de Nora y, con delicadeza, la arrastró hacia el carruaje. La situación pudo ser incómoda; no lo fue. Cuando la tuvo a su lado, Katherine le susurró:

—Necesito saber cómo está mi Amy, soy la más hambrienta de información de las tres comitivas. Apíadese de mí, señora Miler. —Y Nora no pudo negarse, sabía que esa refinada Lady amaba a la señorita Brosman como a su propia hija. Volteó su rostro para asentir a su marido, y de ese modo, quedó sellado quién los hospedaría.

—Bien... dado que gané la disputa —expresó Lord Anthony Richmond—, lo festejaré con una cena en Shropshire house.

—Excelente idea, extraño ver a su madre. —Lady Thomson subió a su propio carruaje y aceptó ver a los recién llegados en la hermosa mansión del marquesado.

Lord y Lady Webb hicieron lo mismo, no sin recibir instrucciones de comunicarle la invitación a los Witthall. El matrimonio Miler estaba ansioso por conocer a los excéntricos condes, hablar de libros y de controversiales publicaciones. Lord Sutcliff también se haría presente.

Lord Simon Gordon era el único en desconocer que su poderío rozaba a su fin. La amenaza acababa de pisar el puerto de Londres y, en menos de media hora, ya tenía a la mitad de la cámara de lores a su favor. ¿Por quién se decantaría la reina?

El día amaneció nublado, con una llovizna que no cesaba y que, la noche anterior, se había vuelto escarcha. Nora despertó desbordada de energías, mientras Charles escondía su rostro en las almohadas y demandaba de unos minutos más de descanso.

—Extraño el sol.

—Oh, Charles. Yo extrañaba esto, mira... se ve tan verde.

—Eso es gris, Nora. Gris, gris y más gris.

—Eres un aguafiestas...

—Aquí todo es agua *algo*. Estamos pasados por agua. —Ella se lanzó en la amplia cama y le hizo cosquillas para motivarlo a levantarse. Shropshire house era tan bello que cortaba el aliento. No se comparaba a los lujos Grant, modernos, tan acordes a la posición ganada en los últimos años. Allí se lucía el encanto de generaciones y generaciones de dinero y poder.

La marquesa madre era una mujer tan excéntrica como amable. Poco necesitaron para descubrir el secreto que esa mansión escondía, el de un romance penado por la sociedad. A Nora le había resultado una ventisca de aire fresco y de fuerza nueva para su corazón asustado, si un marquesado no había podido romper con ese amor, más inaceptable para la rígida élite británica, menos podría con el que compartían Charles y ella.

—Envejecer juntos, Charles, hay mejor sueño que ese. Toda la vida...

—Y lo lograremos, mi amor, con o sin título, y hoy daremos el primer paso para saber de qué modo será.

Lord Richmond les asignó doncella y ayudante de cámara que se hicieron presentes al segundo de hacer sonar la campanilla. La habitación estaba dividida por un biombo, para que marido y mujer respetaran sus espacios privados. La idea les resultaba absurda, y supieron que, pese a las formas, los actuales marqueses de Shropshire tampoco eran dados a esas costumbres.

Nora dio instrucciones precisas, Clarise le había diseñado un vestido especialmente para la ocasión, uno que iba a juego con el collar de perlas que Charles le había regalado en su fiesta de compromiso. Un traje sobrio y elegante, en un tono azul oscuro, con la sobrefalda que se abría para dejar ver la delicada tela blanca, bordada a mano. El escote era bajo, sin ser osado; lo

suficiente para dejar ver el collar, e iba acompañado de un abrigo de piel sobre los hombros, que la cubría del frío. Los guantes blancos y el bolso de perlas completaban el atuendo. Charles no desentonaba, había optado por el mismo estilo sobrio, en negro, con sombrero de copa que ocultaba parte de sus facciones y lo hacía aún más enigmático. El único detalle en otro tono era la pañoleta gris plata, a la que Nora acomodó con sus manos y le agregó un alfiler de oro.

—Nunca me cansaré de admirarte, Charles. —Lo besó con ardor y la seguridad que le daba saber que decía la verdad. El amor que le profesaba no se extinguiría jamás.

—Mi bella Nora, intenta dejar palabras en mi boca, por si me corresponde hablar frente a los lores.

—No, es mejor quitártelas —bromeó entre sus brazos—, si hablas frente a ellos, los obnubilarás, y temerán tu inteligencia. Es mejor que dejes todo en manos de alguien más.

—¡Oh, no!, ¡han americanizado a mi pequeña Nora!, ¿qué es eso de hablar así de la nobleza?

Entre risas, bajaron a desayunar en compañía del marqués y su familia. Un coro de niños que no dejaba de preguntar por Amy y que prometían viajar a las lejanas tierras del oeste americano para ver con sus propios ojos a su *hermana*.

Finalizado el desayuno, los jóvenes Richmond se marcharon a cumplir con sus horas de estudio, y el marqués y la marquesa subieron al carruaje con el escudo de Shropshire para ir a la cámara en compañía de los Miler. Lo hicieron en silencio, todos estaban nerviosos.

En las puertas del Palacio de Westminster esperaba un tumulto de hombres poderosos, que comentaban los rumores y debatían sus consecuencias: Lord Sutcliff, Lord Thomson y Lord Witthall eran los culpables de los rumores, y sopesaban las reacciones generales.

—Oh —exclamó con fingida emoción William Witthall—, ¿será ese el tal señor Miler?, pero si viene acompañado del marqués de Shropshire. No, no debe de ser, de seguro Richmond apoya a Gordon.

Arthur Webb simuló toser para tapar la risa. Las declaraciones de Witthall levantaron un eco de susurros y conjeturas. ¿Quién más poderoso que Lord Richmond?, solo se les ocurría el duque de Weymouth. Todas las miradas buscaron la roja cabellera del hombre, y la hallaron junto a la de su hijo, Lord Bridport.

—Elliot, pss, Elliot... —Lo llamó en confianza Arthur Webb. La amistad entre Elliot Spencer, hijo del duque, y Colin Webb databa de la época de Eton, y eso le otorgaba al conde la confianza para llamarlo de ese modo—. ¿Tu padre...?

—Lo he arreglado puertas adentro. Se abstendrá...

—Es mejor que en contra —acordó el conde. No podía pedir más, Weymouth era un conservador a toda regla, aceptar a un americano como marqués le debía provocar ardor estomacal, aunque no tanto como ser acusado frente a todos de tener él mismo hijos no reconocidos que pudieran reclamar el ducado.

La cámara de lores abrió sesión, y lo hizo con un discurso del marqués de Shropshire en el que expuso, con solemnidad y firmeza, la importancia que tenía para Gran Bretaña y sus colonias el rol de los nobles, de la jerarquía de los mismos y de la legitimidad. Habló de todas las cámaras, de las de los comunes y de las de ellos, y las responsabilidades que debían afrontar. Condimentó el relato con los riesgos y las amenazas a las que se enfrentaban a diario, y cómo estas se acrecentaban cuando la corrupción tocaba las puertas del poder y ensuciaba las nobles bancas que tenían el honor de ocupar.

Sus palabras allanaron el camino, marcando una línea moral entre los que apoyarían su moción y los que no. Y Lord Richmond había forjado su nombre como un hombre ético, que cambió la vida de los huérfanos y de los más necesitados de Inglaterra. Weymouth rechinaba sus dientes, y maldecía a su hijo por amenazarlo con otro escándalo en caso de manifestarse en contra. El duque detestaba a los americanos y despreciaba el secreto que escondía el apellido del marqués.

—Pues bien, honorable cámara, tenemos, entre nosotros, a un vil impostor. A un hombre que ostenta un puesto que no le pertenece y que, como cualquier persona indigna del poder que abraza, lo ha usado con fines viles y perversos, poniendo en peligro el poder de la Corona Británica y con ello, a nuestra reina Victoria. Este hombre es Simon Gordon, cuyo nombre no debe ser jamás antepuesto con la palabra Lord, salvo que nuestra alteza así lo disponga. No obstante, tal decisión será libre solo ante la verdad, y la misma será expuesta en este mismo instante. Frente a ustedes, solicito que se le autorice el ingreso a la cámara para atestiguar al señor Charles Miler, el legítimo heredero del marquesado de Aberdeen.

El murmullo creció hasta hacerse griterío, e hicieron falta varios minutos para recuperar la calma. Una vez en silencio, quien presidía la sesión hizo

entrar a Charles y su imagen fue de gran impacto para los presentes.

—Buenos días, honorable cámara de lores. Me presento ante ustedes con las pruebas irrefutables de mi legitimidad. —Las mismas fueron entregadas de manera numerada ante el secretario de la sesión y fueron analizadas una a una.

El hombre mencionado expuso:

—Prueba número uno: acta de matrimonio entre Lord Christopher Gordon y Anastasia Miler, año 1803. —El murmullo volvió a recorrer la cámara, el secretario alzó la voz para hacerse oír—. Prueba número dos: acta de matrimonio de Lord Christopher Gordon y Lady Stanmore, año 1806. Prueba número tres: acta de defunción de Anastasia Miler, América, 1841. Prueba número cuatro... —el griterío era ensordecedor, y al secretario le ardía la garganta—. Acta de nacimiento de Charles Miler, Eastbourne, 1804. Queda en manifiesto, sentado en los registros de la cámara, que hablamos del padre de quien hoy tenemos presente, difunto en Virginia, Estados Unidos de América, en 1850. Prosigamos... —Resonó el impacto de golpes en la madera para pedir silencio—, Prosigamos... Prueba número cinco, acta de nacimiento de Simon Gordon, Easbourne 1808. Prueba número seis, legitimidad del demandante: Charles Miler, hijo de Charles Miler y Natalie Roosevelt, casados en la iglesia protestante, bajo la santa bendición de la iglesia, de Dios y de nuestra fe. Bautizado en nuestra fe. De probarse la legitimidad de estos documentos, verdadero heredero del marquesado de Aberdeen.

Un cuarto de hora fue lo que se tardó en conseguir que la calma retornara a la cámara. Nora y las demás mujeres aguardaban afuera. Se encontraba contenida por Lady Richmond, Lady Webb, Lady Bridport, Lady Thomson y Lady Witthall. Lord Bridport y Lord Colin Webb esperaban en la antesala, pues no podían entrar a la cámara sin ser invitados, y allí recibieron a Charles Miler cuando se le solicitó abandonar el recinto. Tendría entonces, lugar el debate.

Shropshire no tenía intenciones de dejar librado al azar ni al conservadurismo el tema del legítimo reclamo, de modo que apostó más fuerte.

—Agregaré una última prueba, una que no es de legitimidad, sino de la importancia de limpiar la cámara de la corrupción que el poder robado arroja sobre ella. Tengo en mis manos una carta, escrita por Elisa Jolley a su hermana, Nora Jolley, que fue acompañada de la mayoría de las evidencias que ustedes tienen en sus manos. En esta misiva, además de exponerse el engaño de quien se proclama como marqués, el conocimiento del mismo sobre

lo ilegítimo de su situación, también pone en manifiesto la esencia amoral de Simon Gordon.

—¡No se dejen convencer por habladurías! —espetó Gordon, fuera de sí—. Ya escucharon la declaración de un simple burgués...

—Un burgués que ha demostrado ser un hombre íntegro —intervino Arthur Webb—, la clase de hombre que necesita esta cámara. Dispuesto a pelear por las causas justas, como ha hecho su padre, Lord Gordon, al luchar por la corona en las guerras napoleónicas, y que usted ha ensuciado con su mentira y comportamiento.

—No se dejen engañar, las malditas zorras Jolley solo desean la destrucción del marquesado.

—Entonces, admite usted haber tenido una relación con Elisa Jolley... —La voz de Witthall sonó serena, algo raro entre tanto griterío—. Y, dígame, milord... o señor, como prefiera, ¿llama usted zorras a todas sus empleadas?, ¿o solo a aquellas de las que abusa?

—¡Esto es inadmisibile!, ¡no tienen nada contra mí!, menos pueden escuchar las declaraciones de este loco, demente, ya sabemos que casi arruina el condado de Dorset, no es digno de que tengamos en cuenta su opinión.

—¡Qué pena, pues iba a votar a su favor, Gordon!, en ese caso, ya lo oyeron, no tengan en cuenta la opinión de este loco.

Los gritos pasaron a ser un incómodo coro de risas, que se cortó cuando Gordon se descompensó y tuvieron que levantar la sesión. Se votaría una vez que las fuerzas de la ley al servicio de la reina investigaran la veracidad de cada prueba presentada.

Los lores dejaron el recinto sumidos en conjeturas, y más que eso, en alianzas. Durante el periodo de revisión, los nobles tejerían una nueva red de favores y poder, una que excluiría con facilidad a Simon Gordon para darle cobijo a Charles Miler.

Todo lo que Lord Shropshire hacía por evitar el escándalo, Lady Thomson lo hacía para llamarlo. De modo que, tras el evento en la cámara de lores, se impuso ante el marqués y organizó un evento en su casa de Londres para esperar los resultados de las investigaciones y deliberaciones.

Invitó a todos los que estaban a favor de Charles Miler y los hospedó bajo su techo. Adoraba asomarse cada mañana y encontrar a los periodistas prendidos de la reja de ingreso a la espera de alguna migaja de información.

En el resguardo de la mansión, los invitados mataban el tiempo como les era posible. Se dispuso la sala de juegos para los más pequeños y el salón principal era un ir y venir de adultos que intentaban entretenerse. El clima no acompañaba, desde el lunes anterior que no dejaba de lloviznar. Nora se encontraba en los jardines, sin importarle la humedad, y conversaba con Lord Witthall acerca de duendes.

—Le juro, milord, que en California tienen sus propios duendes, en lugar de tréboles, portan girasoles.

—Magnífico...

Semejante charla le resultaba graciosa y absurda a Charles, que escuchaba retazos desde el interior. El frío no lo invitaba a la exploración.

—Nora, cariño —la llamó—, ven, te enfermarás.

La mujer volteó el rostro hacia él para mostrarle su amplia sonrisa, y giró bajo la lluvia con deleite. Miler rio feliz por ella. Las cosas empezaban a encaminarse, las fuerzas de la ley habían constatado la veracidad de lo expuesto y la reina aceptaría, en principio, la legitimidad de Charles como heredero del marquesado de Aberdeen. Solo restaba la oficialización, que se debía dar tras los votos de la cámara de lores, los cuales se sabían de antemano. Lo único que restaba era algo que había solicitado la reina en persona: que se investigara la muerte de Elisa Jolley. Al parecer, el discurso de Anthony Richmond había repercutido en los periódicos y se esperaba que la nobleza limpiara su buen nombre. Era inadmisibles que ampararan en la inmunidad de los lores semejante crimen, de modo que caería sobre Gordon la justicia común de todos los mortales. Hasta entonces, la brillante reina se mantenía neutral, aunque los círculos cercanos supieran el veredicto.

—¿Qué está haciendo nuestra nueva marquesa? —preguntó Lady Thomson en tono jovial.

—Al parecer, ha adoptado los hábitos de los cactus, milady. —La voz de Vanessa denotaba el tinte irónico de siempre—. Junta humedad para los días del desierto.

Lady Witthall leía *Dios no fuma tabaco* mientras recorría de punta a punta el salón. Los presentes se cansaban de solo verla andar y bufar de ira a cada párrafo. Miler esperaba las opiniones de la joven condesa con los brazos cruzados y la mirada puesta en su esposa que disfrutaba del horroroso clima británico. ¿Debía decirle que tenía el peinado deshecho y que los mechones se le pegaban al rostro? No, era mejor observar su sonrisa radiante que compensaba la falta de sol.

—Milord, no me decido... creo que es la obra que más ira me ha despertado —sentenció Vanessa a su editor—. Me parece atroz lo sucedido, como el hecho de que sean, en ocasiones, los mismos africanos quienes atacan a sus pares. Me ha hecho pensar...

—¿Sí? ¿Qué?

—Que es un patrón que se repite. En las colonias de La India sucede lo mismo, y, sin ir más lejos, es lo que nos sucede a las mujeres. Son las mismas mujeres quienes crean las normas morales con las que se oprime a las demás, y son, a su vez, ellas quienes marginan a las damas que no las cumplen. Y todo eso en beneficio de quién... Alguien debería hablar de esto... escribir sobre esto.

—Oh —Miler sonrió—, ¡si tan solo tuviéramos una escritora con las suficientes agallas para escribirlo!

—Claro... y si tan solo existiera un editor con las agallas para publicarlo sin pseudónimo...

—¿Tenemos un trato, Lady Witthall? —Extendió la mano para sellar el nuevo contrato editorial.

El alboroto de periodistas se hizo oír por encima de los vidrios cerrados. El motivo: la llegada de Lord Shropshire. El hombre bajó de un salto de su carruaje, evitó el tumulto en la reja de ingreso y corrió por el sendero sin demasiada elegancia. El mayordomo abrió un segundo antes de que Richmond golpeará, y el marqués pasó sin pedir permiso.

Los invitados de Lady Thomson corrieron al salón principal, alertados por el movimiento. Todos estaban ansiosos por las noticias: Los Sutcliff, los Bridport, los Witthall, Thomson... Nora y William ingresaron, empapados, y

la joven esposa Miler sintió que se quedaba sin aire al tratar de interpretar la mirada de Anthony Richmond.

El hombre sostenía en sus manos el último ejemplar emitido de *The Times*. En la primera plana estaba la noticia, las fuerzas de la ley habían demostrado que la muerte de Elisa Jolley no había sido suicidio, sin embargo, antes de que pudieran arrestar a Simon Gordon, el falso marqués se había ahorcado en su habitación de la casa de Londres.

Charles corrió a sostener a Nora, que, tras el impacto, comenzó a llorar. Un llanto de conmoción, sí, pero también de alivio, de paz...

—Se hizo justicia, Charles. Se hizo justicia por Elisa... ¡oh, gracias, mi amor!, gracias.

No eran momentos de festejos ni celebraciones, sino de consuelo y sosiego. Para Nora, significaba al fin velar a su hermana... podría decirle adiós.

EPÍLOGO

Las semanas siguientes se dieron entre un sin fin de eventos que dejaron al matrimonio exhausto. El primero fue el recibimiento de la reina Victoria; el segundo, la misa conmemorativa en nombre de Elisa Jolley y la bendición de su tumba, que al probarse que no fue un suicidio, les correspondía consagrar; la tercera: la reunión de Charles Miler, marqués de Aberdeen, con Lord Palmerston, el primer ministro de Gran Bretaña.

El hombre los recibió en su despacho, lo felicitó por la justicia obtenida y lo invitó a dialogar sobre las responsabilidades a las que ahora debía hacerle frente.

La reunión fue breve y concisa. Lord Palmerston estaba preocupado por las disputas al otro lado del océano y el impacto diplomático que eso provocaba en tierras británicas y, en sus palabras, quién mejor que un hombre nacido en América para mediar. La oferta no podía ser mejor, Charles Miler desarrollaría tareas en la embajada de Inglaterra en Estados Unidos en nombre del país y de la reina Victoria.

—De ser así, permítame brindarle mi primer consejo diplomático, milord... —dijo Miler, sin amedrentarse ante el poder que tenía enfrente—. Permítame decirle que lo que se disputa en América es más que un modelo de industria y comercio, es un tema ético, moral, humano...

Dejó en el despacho del hombre dos libros que determinarían la decisión del primer ministro algunos años después: *La cabaña del tío Tom* y *Dios no fuma tabaco*.

Se marchó satisfecho, había logrado lo prometido sin renunciar en ningún momento a sus principios. Era tiempo de regresar a su amada California, el lugar en donde encontró la serenidad y el amor.

Nora esperaba por él en una casa de alquiler, se había negado a pisar las tierras de Aberdeen, y Charles no podía culparla. Había dedicado el tiempo libre a dos tareas: trabajar en los borradores del nuevo libro de Vanessa Withhall y hacerle publicidad a Clarise Eastwood, la creadora de los hermosos diseños que comenzaban a dar qué hablar en la sociedad inglesa.

—¿Y bien, cariño?, ¿ya podemos marcharnos? —Nora también se expresaba ansiosa de regreso.

—Sí, en unas semanas... aún nos queda un pequeño asunto por resolver.

—¿Ah, sí?, ¿cuál?

—Algo sobre señoritas enamoradas que huyen de sus amados... en particular, una tal Thelma Ferrer.

—Oh, déjamela a mí, Charles, por favor. Las señoritas enamoradas pueden ser muy esquivas... yo la convenceré —prometió—, o, en su defecto... —La picardía brilló en su mirada, y Miler supo que su esposa conseguiría subir a la señorita Ferrer a un barco con destino a América.

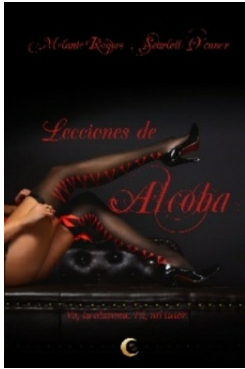
—¿Es cierto lo que dices?, ¿las mujeres enamoradas pueden ser muy esquivas? —Intentó rodearla con los brazos y Nora escapó de él—. Pues yo recibí un sabio consejo, siempre hay que ir detrás de ellas...

—Entonces, ¿Qué esperas, Charles? Ven a buscarme —y corrió escalera arriba, a su recámara matrimonial. Les quedaban un par de semanas en Londres, y ya habían encontrado un reemplazo para el remanso del arroyo. Allí, en esas sábanas, también podían creer en la magia.

PRÓXIMAMENTE



NUESTRO CATÁLOGO



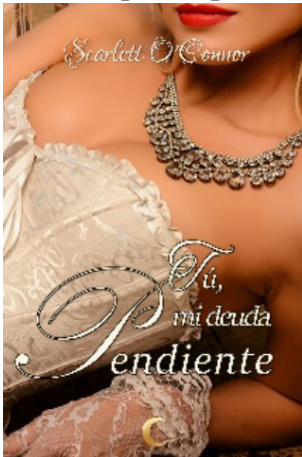
Melanie Rogers y Scarlett O'connor se reúnen para escribir una novela erótica que no podrás dejar de leer.

"Recuerda siempre leer la letra pequeña".

Xaviera Fontaine estaba desesperada, día a día, su marido se distanciaba de ella. Por eso, cuando Alice le habla del mejor amante de la ciudad, no duda en recurrir a él para descubrir los placeres del sexo y reconstruir su matrimonio.

Pero nadie le advirtió...

Una vez pasas por la cama de Leonard, no vuelves a ser la misma mujer.



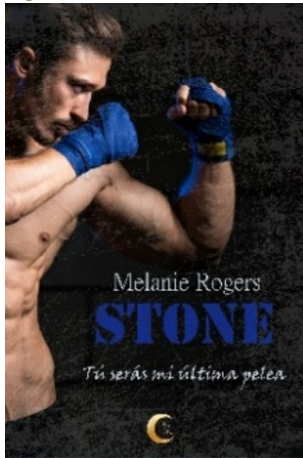
¡Scarlett lo ha hecho de nuevo! «Tú, mi deuda pendiente» es una novela llena de sensualidad y erotismo que te volverá a hacer creer en el amor.

-Melanie Rogers

Una traición ha llevado a la ruina a su familia. Anthony Richmond desea que el traidor pague con sangre, pero cuando Lady Katherine se presenta sola en su casa de soltero a clamar por la vida de su hermano, los planes de venganza tomarán otro rumbo. Uno mucho más placentero para el marqués de Shropshire:

Seducirla, mancillarla y pasar por el lodo el apellido Aldridge, como ellos hicieron con Richmond.

Pero nadie le advirtió. Lady Katherine puede ser tan buena contrincante como él en el juego de seducción.



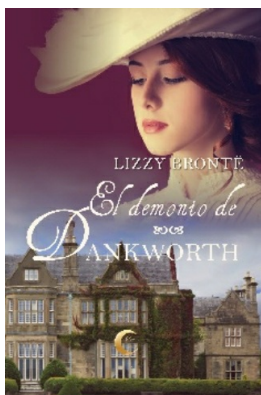
Melanie regresa golpeando fuerte. Peleas clandestinas, mafia, odio y, por supuesto, AMOR con todas las letras. Una historia adictiva. -Lizzy Brontë
Una mujer. Un pasado. Y la pelea de su vida.

Vince "The Stone" Flynn sobrevive en las sombras. La noche es su fiel compañera, en ella oculta los fragmentos de una vida que quiere dejar atrás. Por desgracia, la presencia de Katrina, una mujer que oculta un pasado igual de oscuro que él, lo arrastrará directo al infierno del cual escapó tiempo atrás.

Golpe a golpe, así recordará quién es.

Puño contra puño, así reclamará lo que es suyo.

No hay reglas. No hay piedad. Solo... ganar o morir.



Un sinfín de emociones. Eso es lo que promete Lizzy Brontë con esta novela de romance gótico. Miedo, misterio y amor se entremezclan para crear una historia adictiva.

-Scarlett O'Connor.

¿Quién estaría tan desesperada como para casarse con el Demonio de Dankworth?

Diane Mayer, la huérfana del Barón de Tavernier, está atrapada en una vida que no tiene buen presagio. Los avances de su libidinoso tío son cada día más osados, y la

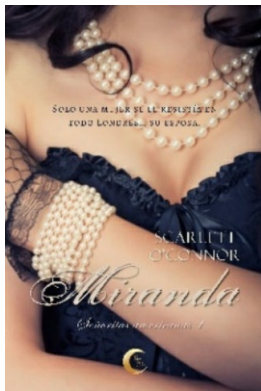
única salida que es capaz de evaluar se le presenta en el abismo ante ella.

Una tormenta, un cambio de planes y una nueva opción: Morir o casarse con el Demonio de Dankworth. Cambiar un monstruo por otro.

Andrew Lawrens, conde de Dankworth, lleva el disfraz por fuera. Las cicatrices en su cuerpo son reflejo de las que porta en su interior. Tiene en sus manos la posibilidad de salvar a Diane de su infortunio... ¿O será Diane quien lo salve a él?

Personajes inolvidables. Romance como *Scarlett* nos tiene acostumbrados y un final que te dejará con ganas de saber más de esta serie. Ansiosa por más entregas de «Señoritas americanas».

Para la sociedad inglesa, Miranda Clark es sinónimo de escándalo. Todo en ella resulta repudiable, sus costumbres americanas, su falta de decoro y su deshonroso pasado.

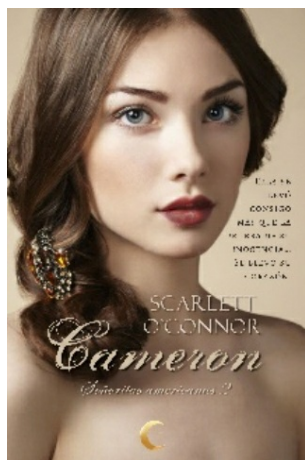


Por desgracia para ellos, Elliot Spencer, el futuro duque de Weymouth, especialista en el escándalo local, piensa lo contrario. Hacerla su esposa se convierte en una necesidad.

No enamorarse, ese es el plan de Elliot.

No caer en la red de sus encantos, ese es el plan de Miranda.

Las apuestas se abren... ¿Quién ganará?



Cameron Madison había crecido entre algodones, protegida y alejada de todos, hasta que Sean Walsh llegó a su vida y le robó el corazón.

El empresario de Chicago ve más allá de su apariencia, ve su espíritu indómito, sus ansias de vivir y de experimentar.

Ambos se aman, ambos tienen planes juntos, hasta que el asesinato de una esclava lo apunta a él como único autor, y a ella, como único testigo.

Un océano de distancia no bastará para acallar la verdad, para romper con su amor... para poner fin al peligro que asecha a Cameron.

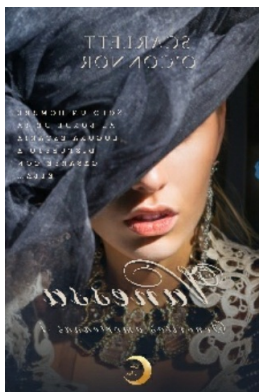
Ella se había llevado más que su corazón, se había llevado la prueba de su inocencia. Debe recuperarla antes de que sea demasiado tarde.



Emily Grant debía casarse. El estatus de su familia dependía de que consiguiera un buen marido, cualquiera con un título nobiliario o buenas relaciones bastaría. Pero... Si todos los hombres eran iguales, ¿por qué no podían ser iguales a Lord Colin Webb?

Colin Webb es el heredero del condado de Sutcliff, un dandi que parece tener a todas las mujeres a sus pies. Su secreto lo lleva a mantener una fachada de perfecto amante, una farsa que está agotado de mantener.

¿Podrá una discolor americana ser la respuesta que lleva años buscando en sus compañeras de alcoba?



Última entrega de la serie Señoritas americanas. Scarlett nos regala una historia plagada de esperanza y superación, una mujer fuerte que intenta

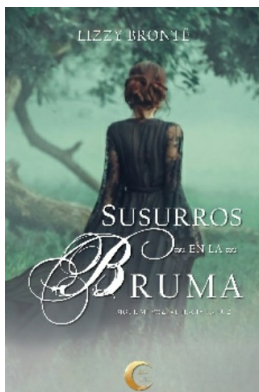
abrirse camino en un mundo de hombres.

¿Quién estaría tan desesperado como para casarse con la arisca Vanessa Cleveland?

Desesperado y demente. William Witthall, conocido como el conde Loco, está en la ruina. Quizá se deba a su mala administración o, tal vez, a su afición a hablar de duendes. No lo sabe. Lo único de lo que está seguro es de que necesita ayuda para salvar sus tierras, y ¿quién mejor que la brillante señorita Cleveland?

Vanessa no podrá resistir el desafío de probar que puede hacer todo aquello que le es vedado, más aún, cuando los secretos de su pasado vuelvan para atosigarla y la obliguen a averiguar de qué están hechos sus sueños y aspiraciones.

¿Eres tan loco como William, te atreves a lanzarte a la historia de Vanessa?



Ava Monroe tiene un don, el de ayudar almas atrapadas. Su vida nómada y excéntrica le brinda todo lo que necesita, libertad y ausencia de lazos afectivos. No desea echar raíces, conoce mejor que nadie el dolor de la pérdida.

Una voz susurrante, un pedido de auxilio en medio de la noche la llevan a las tierras de Durstfall.

Entre las sombras de la olvidada mansión habitan Luke Skyller y su sobrina Rose. Ambos viven una existencia de exilio; en el caso de la niña, por sus sentidos perdidos, en el caso del conde, por su afán de no volver a sentir. Sortear esos muros emocionales será un desafío para Ava Monroe, uno que pondrá en peligro su tan bien resguardado corazón.

¿Podrá Ava sacarlos de su encierro, o será ella la que caiga en la trampa de los brazos de Luke?



¿Don o maldición? Julia Wesley era poseedora de una gran capacidad empática, característica que marcó su existencia desde temprana edad.

Hija de un general durante la guerra napoleónica, huérfana de madre y con un pasado escandaloso en el frente de batalla, está condenada a la soltería.

Sin embargo, su camino puede truncarse. Un enigmático camafeo y dos hombres atormentados alterarán la vida de Julia para siempre.

Ella tiene el poder de sanarlos, pero solo uno de ellos tiene salvación.

La música y la esperanza resuenan en esta hermosa historia de Lizzy Brontë, una novela que nos enseña que los héroes no necesitan capas ni espadas... El amor es la más poderosa de las armas.

SÍGUENOS EN LAS REDES SOCIALES



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](#)



[/lune.noir.libros](#)

Icons made by: flaticon

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.



<https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir>